Mario Ramírez Rancaño

Victoriano Huerta
y sus correligionarios en España
1914-1920

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Instituto de Investigaciones Históricas

Victoriano Huerta y sus correligionarios en España 1914-1920

Victoriano Huerta y sus correligionarios en España 1914-1920

Mario Ramírez Rancaño

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Instituto de Investigaciones Históricas
Ciudad de México, 2020

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Ramírez Rancaño, Mario, autor.

Título: Victoriano Huerta y sus correligionarios en España : 1914-1920 / Mario Ramírez Rancaño.

Descripción: Primera edición | Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales : Instituto de Investigaciones Históricas, 2020.

Identificadores: LIBRUNAM 2083156 | ISBN 978-607-30-3270-4

Temas: Huerta, Victoriano, 1845-1916 | México – Historia – Revolución, 1910-1920 | México – Relaciones exteriores – 1910-1946 | España – Relaciones exteriores – Siglo XX

Clasificación: LCC F1234.H87.R355 2020 | DDC 972.0816 —dc23

Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos externos al Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo Editorial de las Colecciones de Libros del Instituto.

Primera edición: septiembre de 2020

D.R.© 2020, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Sociales
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

D.R.© 2020, Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México

Coordinación editorial: Virginia Careaga Covarrubias
Cuidado de la edición: Marcela Pineda Camacho
Diseño de portada y tratamiento de imágenes: Cynthia Trigos Suzán
Formación de textos: Óscar Quintana Ángeles

Impreso y hecho en México

ISBN: 978-607-30-3270-4

Índice

7 Agradecimientos

9 Introducción

19 La renuncia de Huerta

39 ¿Hacia dónde ir?

51 Otros fugitivos

69 La ruptura entre Huerta y Blanquet

77 Desencuentros entre México y España

103 Hacia Barcelona

111 Los residentes porfiristas y felicistas

123 La avanzada huertista

133 Un lugar para radicar

145 La desarticulación del aparato consular

171 España: refugio de cónsules de otros países

181 Los mecanismos de supervivencia

203 Tras los pasos de Huerta

209 El juicio adverso sobre Huerta

229 Franz von Rintelen, Enrique C. Creel, Victoriano Huerta y la contrarrevolución

239 Huerta hacia el Nuevo Mundo

253 Porfirio Díaz hijo y la contrarrevolución

259 La madre patria abandonada

281 La colonia mexicana en los años veinte

289 El destino de la familia Huerta

299 La medusa: ¿mito o realidad?

307 Fuentes de investigación

Agradecimientos

En la investigación contamos con el apoyo del director del Instituto de Investigaciones Sociales, doctor Miguel Armando López Leyva, y de la entonces secretaria académica, doctora Silvia Inclán. La doctora Ana Carolina Ibarra González, directora del Instituto de Investigaciones Históricas, vio con simpatía la investigación y apoyó su coedición. Asimismo, agradecemos el apoyo del doctor Hubert Carton de Grammont, coordinador de las Colecciones de Libros, a la maestra Virginia Careaga, coordinadora del Departamento de Publicaciones del IISUNAM, y de la maestra Miriam Olvera, secretaria técnica del IIH. A los licenciados Cynthia Trigos y Óscar Quintana por el proceso editorial. Y finalmente a la Dirección General de Asuntos del Personal Académico y la Coordinación de Humanidades que nos proporcionaron los recursos necesarios para rastrear en el Archivo Histórico Nacional de Madrid las andanzas de Huerta en la península, sobre todo en Barcelona, donde se radicó.

Españita, Tlaxcala
San Lucas, Coyoacán
Sant Just Desvern, Barcelona, España

Introducción

El 15 de julio de 1914, con un semblante de persona amargada y derrotada, pero no exenta de cierto orgullo, Victoriano Huerta presentó su renuncia al Congreso. No tenía otra opción. Las fuerzas revolucionarias se acercaban peligrosamente a la capital de la República, y no le quedaba más que resistir militarmente, o huir. Resistir con los residuos del ejército federal derrotados en Torreón, en San Pedro de las Colonias, Saltillo y finalmente en Zacatecas, más la invasión americana a Veracruz, carecía de sentido. Resistir no era una buena opción ya que la moral del ejército estaba hecha añicos. Por lo demás, a sus espaldas, violando la ordenanza militar, algunos generales estaban dispuestos a negociar con los jefes revolucionarios el cese de la lucha armada. Ya no tenían intención de seguir luchando por una causa que consideraban perdida. Pero algo más dramático estaba ocurriendo. Acorde al adagio que dicta que cuando un barco se hunde, las ratas huyen despavoridas, algunos de los colaboradores, alegando diversos pretextos, empezaron a salir del país. Un día antes de su renuncia, Huerta sacó a su familia de la ciudad de México para salvarla de un eventual linchamiento, pero el enigma era, qué haría él después de renunciar. Como la historia lo registra, también decidió huir, y exiliarse en Europa. Pero Huerta tomó sus precauciones. Consciente del clásico cambio de casaca entre el personal político y la población, con los militares de su confianza, integró una guardia personal para

que lo acompañara en el trayecto hacia Puerto México, actualmente Coatzacoalcos, Veracruz, y luego al destierro.

Aceptada su renuncia, una caravana de automóviles abandonó la capital de la República hacia un entronque ferroviario cercano. En él iba Victoriano Huerta. Para los observadores que se percataron del paso de los automóviles por las calles, se trataba de una huida desesperada. Ya instalados en el tren, durante el trayecto hacia la costa veracruzana, los viajeros vivieron momentos de angustia, temerosos que un grupo rebelde los interceptara y atentara contra su vida. No obstante el destacamento militar que superaba los mil efectivos ubicados en la vanguardia y en la retaguardia del tren, que lo acompañó hasta el citado puerto, el temor de ser asesinados los tuvo al filo de la navaja. Al final de cuentas, nada sucedió. Ya en Puerto México, Huerta y su familia abordaron dos cruceros, y es probable que lo mismo hicieran los integrantes de su comando militar. De cualquier forma, el drama de resultar atrapados y fusilados no desapareció, sino hasta que llegaron a Kingston, Jamaica. Casi al mismo tiempo, otro grupo importante de sus seguidores, civiles y militares, abordaron el vapor *Buenos Aires*, el *Alfonso XIII,* el *María Cristina,* y el *Espagne* para cruzar el océano. Su intención era exiliarse en España.

En Kingston, Jamaica, Huerta y sus acompañantes contrataron otro crucero para cruzar el océano y llegar al Viejo Mundo. Después de unos días, atracaron en Bristol, Inglaterra, cuando los tambores de guerra anunciaban el inicio del conflicto bélico mundial. Por cierto, las autoridades no le rindieron saludo alguno de cortesía. Lo mismo sucedió el llegar a España. Quizás debido al estallido de la citada guerra, en ambos países, su arribo pasó desapercibido. De cualquier forma, para una persona enterada del protocolo diplomático, la humillación debió ser dolorosa. En su paso por España rumbo al exilio en Francia, Porfirio Díaz fue homenajeado, e incluso recibido por el rey Alfonso XIII, y durante sus viajes de placer a varios países europeos, le rindieron el trato de ex mandatario. Es probable que Huerta soñara con recibir el mismo trato, e incluso ser saludado por el rey Alfonso XIII. Las razones para soñar con semejante trato son múltiples:

su gobierno fue reconocido por España, al igual que por casi todas las naciones del mundo, salvo por los Estados Unidos. Sea lo que sea, las autoridades españolas le recetaron la indiferencia total. En cambio, uno de sus subalternos, instigador del golpe de Estado contra Madero y redactor del Pacto de la Embajada, Rodolfo Reyes, afirma que al llegar a España conversó con el rey Alfonso XIII sobre los avatares de la guerra e incluso jugó el tiro al pichón.

De noche y de día, a Huerta lo atormentaba su debacle político y militar. Soñó con restablecer el orden en México, contó con el apoyo político y económico de amplios sectores de la población, y de casi todas las naciones del mundo, salvo de los Estados Unidos, y todo se esfumó de un plumazo. Todo ello sin contar con que, al llegar a España, sus culpas, ficticias o reales, aumentaron. La propaganda de los constitucionalistas explotaba su traición a Francisco I. Madero, la usurpación de la silla presidencial, el asesinato de Madero y José María Pino Suárez, provocar la invasión a Veracruz, amén de una multitud de defectos personales como su alcoholismo, su raigambre indígena, y su supuesta afición a las drogas. Una leyenda negra que creció como la espuma. Ya en España, la prensa explotó al máximo la afectación a la vida y propiedades de los peninsulares, pero los culpables fueron sus sucesores en el poder.

A diferencia de Porfirio Díaz, quien vivía tranquilo en París, Huerta mascullaba su desgracia y se resistía a quedarse quieto. Destilaba sumo rencor contra quienes lo echaron de la silla presidencial al grado que la única forma de aplacarla era vengándose. A su favor jugaba el hecho de que en España estaba exiliado, Manuel Mondragón, su primer ex secretario de Guerra y Marina, y a su lado, Aureliano Blanquet, su acompañante durante poco más de un año en el gabinete también como secretario de Guerra y Marina. Semanas más tarde, arribó a suelo hispano, el general José Refugio Velasco, quien fue secretario de Guerra y Marina, de otro presidente de la República, de Francisco S. Carbajal. Una cuarteta de militares de alta graduación con los cuales, en teoría, era viable el montaje de la contrarrevolución. Lo que faltaban eran las infanterías, soldados a pie, que brillaban por su ausencia.

Para Huerta era vital reunirse de inmediato con sus correligionarios para decidir qué hacer en el futuro. Quedarse quietos, buscar la forma de sobrevivir, o bien, regresar a México con las armas en la mano. Todo ello era necesario discutirlo. Sobra decir que Huerta se seguía sintiendo que era el jefe, el eje aglutinador, la persona que debía marcar la línea a seguir en el futuro. Pero aquí vino un suceso inesperado. No todos comulgaron con sus ideas. Para algunos, lo más prudente era buscar la forma de sobrevivir, buscar un empleo. A otros, no les agradada la idea de regresar a México con las armas en la mano, ya que no tenían ni la vocación ni la preparación. De ahí que, entre los expatriados, la aparente unidad hiciera explosión. Para arruinar el cuadro, tanto Blanquet, como los integrantes de su comando militar, y probablemente Manuel Mondragón, expresaron sin tapujos, que la persona indicada para jefaturar un movimiento contrarrevolucionario, era Félix Díaz, exiliado en los Estados Unidos. La respuesta cayó como tromba en los oídos de Huerta, quien jamás sospechó que eso sucedería. Sin lugar a duda, la respuesta lo dejó destrozado.

Huerta había dejado de ser la figura admirada y respetada. Pero eso no fue todo. En forma misteriosa, la mayoría de los recién llegados a la península ibérica, civiles y militares, experimentaron un cambio sorpresivo e inesperado. Le dieron la espalda. Inclusive, en lo sucesivo, nadie se reunió con él. El huertismo que meses atrás profesaron a los cuatro vientos se había extinguido. Entre paréntesis, los integrantes del comando militar encargado de protegerlo, desapareció. Para Huerta, el golpe debió ser demoledor. De cualquier forma, Huerta aún tuvo esperanzas de ser bien recibido por alguien en España. Confiaba que el cuerpo consular, adscrito en los 28 consulados, le diera la bienvenida. A varios de sus funcionarios los designó y al resto los confirmó en el puesto, salvo a dos o tres cónsules que, ajustándose al protocolo diplomático, expresaron que el gobierno legítimo en México era el de Huerta y no el de Venustiano Carranza, el resto de los cónsules callaron. Hubo otra esperanza. En España había un número no despreciable de mexicanos residentes, sobre todo porfiristas, y hombres de negocios, que años atrás huyeron del país, porque no comulgaron con

los ideales de la revolución, y menos con sus estragos. De ellos, nada podía esperar, como efectivamente sucedió. No eran sus partidarios. De ahí que la indiferencia fuera total y absoluta. De los aventureros que por ahí pululaban, a la espera de extorsionar a los incautos, menos. Su vocación era otra, mas no la política.

Ante semejante panorama, la pregunta era, qué hacer. Por el momento, para Huerta, quedaba descartada la contrarrevolución. La opción era permanecer en España, aguantando indiferencia y hostilidad. No le quedaba otra opción. Como se ha señalado, desde meses antes, le achacaban que durante su gestión resultaron afectados tanto los bienes como las vidas de los españoles. El señalamiento levantó ámpula y la prensa se lo echó en cara. Pero hubo un calificativo que provocó tanto o más escozor. Supuestamente, durante un banquete, llamó pícaros a los españoles, lo cual los indignó. Otra opción más era trasladarse a los Estados Unidos, donde sabía que tenía numerosos partidarios, pero quedaría al alcance de los constitucionalistas, a más de la hostilidad del gobierno americano, al cual culpaba de haber sido determinante en su caída. Regresar a México resultaba una opción suicida. Para congraciarse con los constitucionalistas, cualquier espontáneo lo podría asesinar, lo cual lo convertiría en héroe.

Así, como perro apestado, en la segunda quincena de septiembre de 1914, acompañado únicamente de su familia, Huerta se dirigió a Barcelona, una ciudad en la cual vivía un número importante de mexicanos de filiación porfirista. A Huerta no le quedaba más que afrontar con valentía su desgracia. La ingratitud de sus ex compañeros, en particular la de Blanquet, le dolió en lo más profundo de su alma. Huerta estaba liquidado política y militarmente, pero en México no todos pensaban igual. El Primer Jefe temía que Huerta, Blanquet, Mondragón, y José Refugio Velasco, montaran un movimiento contrarrevolucionario. En España y no en los Estados Unidos. A raíz de ello, Carranza comisionó al cónsul de Barcelona, Inocencio Arreola, para que los tuviera en la mira, en particular al primero. La tarea encomendada a Arreola no fue complicada ya que casi todos

los expatriados estaban radicados en tres ciudades: San Sebastián, Madrid y Barcelona.

Es probable que Carranza ignorara que Huerta había sido abandonado por sus otrora partidarios, y que estaba literalmente solo, pero acorde a lo que dicta el refrán, que para acabar con la rabia es necesario matar al perro, decidió asestarle la puntilla. Contrató a los hermanos González Blanco, de los cuales Edmundo fue el más prominente, para escribir sendos libelos para denostarlo. Edmundo escribió un libelo racista y xenófobo. Es sus páginas, Huerta aparece convertido en un ser siniestro, un asesino sediento de sangre humana, una bestia demoniaca, alcoholizada, pero hubo algo adicional. González Blanco explotó su condición indígena. A su juicio, se trataba de un indio feo, horripilante y deforme, que con sus pisadas mancillaba el suelo español. Para evitar que la madre patria siguiera siendo mancillada, insinuaba deportarlo. Así cumplía con las directrices de Carranza, quien pagaba con creces sus servicios. Entre paréntesis, González Blanco pintaba a Francisco Villa como héroe que castigaba a los españoles radicados en México, por su conducta usurera, explotadora, y por sabotear la revolución constitucionalista. Esta imagen se derrumbó rápidamente ante el alud de denuncias de los españoles radicados en México en contra de Villa, con la resultante que el libro se convirtió en un bumerang provocando el efecto contrario al buscado originalmente. El héroe fue bajado de su pedestal. Pero hubo algo más. Vino la ruptura entre Carranza y Villa, y el libro quedó descontinuado. Por cierto, casi todos los juicios racistas y malévolos contra Huerta germinaron y fueron adoptados por la literatura prorrevolucionaria. Edmundo González Blanco fue el pionero.

En este contexto, a Huerta le quedaban dos opciones: permanecer quieto en España, como Porfirio Díaz en París, o bien intentar vengarse. Díaz estaba demasiado viejo, y él, no. Esa era la diferencia. Su rencor era tanto, que quedarse a vivir en España como apestado, le desagradaba. Con el paso de los días, la aspiración de recuperar el poder político se tornó incontenible. El problema era encontrar la forma de ponerla en marcha. Un factor inesperado facilitó las cosas. Se

vivía a plenitud la Primera Guerra Mundial, y para fines estratégicos y militares, a los alemanes les interesaba que Huerta recuperara el poder político en México. Así, México sería una suerte de distractor en el ajedrez mundial. A principios de 1915, el capitán Franz von Rintelen visitó a Huerta en Barcelona y le ofreció armas, dinero, y apoyo logístico. Pero eso no fue todo. Las aspiraciones de Huerta se fortalecieron cuando casi en forma paralela, Enrique C. Creel también lo visitó en Barcelona, y le hizo saber que gran parte de los exiliados en los Estados Unidos, estaban dispuestos a apoyarlo para que recuperara el poder político en México. A los alemanes jamás les interesó Porfirio Díaz, Félix Díaz, Aureliano Blanquet, Manuel Mondragón, u otro, para encabezar la contrarrevolución. Su carta fuerte era Huerta. Al final de cuentas, el nativo de Colotlán, Jalisco, aceptó encabezar semejante empresa.

Resulta un enigma que un estratega militar como Huerta no calculara que el gobierno de los Estados Unidos jamás permitiría el montaje del movimiento contrarrevolucionario en su propio territorio. El sentido común indicaba que lo podían atrapar y entregar a Villa o a Carranza. El pretexto: la violación de las leyes de neutralidad. Por lo demás, la supuesta ayuda alemana estaba por verse. Lo único seguro era el apoyo de una parte importante del extinto ejército federal ahí desterrado. Contra todos los pronósticos, Huerta puso en marcha su movimiento con la resultante que fue atrapado por la policía norteamericana a punto de cruzar el río Bravo, y recluido en una prisión militar. Ahí, recordó su papel en el golpe de estado contra Madero, el apoyo de Henry Lane Wilson, el embajador de los Estados Unidos, y de gran parte de los mexicanos, su gestión presidencial, y su destierro en España, en el cual arrastró a su familia. Recordó sus días de gloria cuando estuvo rodeado de políticos, intelectuales, embajadores, que ahora lo menospreciaban.

Sus males físicos se agravaron, al igual que su amargura, y como toda persona con sentido común, supo que de este trance no saldría. Estaba en manos de los americanos quienes no ocultaban su desprecio hacia él, y al otro lado de la frontera, Carranza, Villa y compañía lo

esperaban con rifle en mano para eliminarlo. De ahí que el martirio estuviera a la vuelta de la esquina, y que incluso lo buscara para calmar su desgracia. Sus ex aliados, Blanquet y Mondragón, también estaban en los Estados Unidos, pero lo vieron con indiferencia. A nuestro juicio, la vida de Victoriano Huerta fue toda una tragedia. Su intento de recuperar el poder político, su aprehensión y muerte, constituyen un catálogo de desgracias que no tienen parangón. Acompañado únicamente de Emilia Águila, su esposa, y de sus hijos, emprendió la marcha hacia la eternidad. Ni Porfirio Díaz ni Victoriano Huerta regresaron a México, tampoco sus cenizas. Ambos murieron en el destierro, y ahí están sepultados, uno en Francia, y el otro, en los Estados Unidos. En el cementerio de Montparnasse, en París, se pueden observar diariamente flores frescas en la capilla de Porfirio Díaz. Se ignora si en el cementerio Evergreen, en el Paso, Texas, alguien le rinde un homenaje parecido a Huerta. Es probable que su tumba esté abandonada o perdida.

¿Qué pasó con sus correligionarios que acompañaron a Huerta en el exilio en España? La frase correcta es: un exilio adverso y traumatizante, tan adverso que, a unos cuantos meses de su llegada, casi todos abandonaron la península. Cruzaron el océano de regreso y buscaron refugio en los Estados Unidos y en Cuba, donde les fue mejor. Ahí esperaron pacientemente que Carranza les permitiera regresar a suelo patrio. Para congraciarse con el nuevo hombre fuerte de México, algunos no dudaron en echar pestes contra Huerta. Otros, como Rodolfo Reyes, agitaron versiones que suenan a embustes. Juraba y perjuraba que si bien durante la Decena Trágica, tanto él como Félix Díaz, jugaron un papel relevante, fueron personas demasiado ingenuas, honradas y decentes. Lo dijo en un libro publicado en Madrid en 1930, en el dorado destierro.

Al momento que murió Manuel Mondragón, el mismo Rodolfo Reyes se jactó de haber sido pilar de la Decena Trágica. No dijo haber sido un segundón. A su vez, Félix Díaz hizo público que siendo Huerta presidente de la República, Manuel Mondragón planeó asesinarlo. En una suerte de juego macabro, Luis Fuentes, testigo del

asesinato de Gustavo Madero, afirmó que Félix Díaz ordenó el referido asesinato. En resumen: todos estuvieron involucrados. Todos fueron igual de perversos.

La tragedia vivida por Victoriano Huerta no ha sido única. Décadas más tarde, tanto en Europa como en América Latina, los ejemplos se multiplicaron. En el nuevo mundo, Fulgencio Batista y Anastasio Somoza Debayle escaparon de Cuba y de Nicaragua respectivamente para salvarse de la ira de los revolucionarios. El primero a España y el segundo a Paraguay, donde fue ejecutado por un comando sandinista.

Del otro lado del océano, Benito Mussolini tuvo un destino similar. A la debacle del fascismo, fue atrapado por sus compatriotas, quienes enardecidos lo colgaron de los pies. Para saciar del todo su furia, lo descolgaron y remataron a puntapiés.

A Muamar Kadafi, el hombre fuerte de Libia, que gobernó con mano de hierro a sus compatriotas, le ocurrió algo similar. Sus compatriotas se sublevaron, lo persiguieron con saña brutal y le dispararon a quema ropa en el estómago y en la sien.

Al desmantelarse la cortina de hierro, la nomenklatura soviética se desmoronó. Los gobernantes de varios países de Europa Oriental quedaron a la deriva y sin un manto protector. Nicolae Ceaucescu, el hombre fuerte de Rumania, fue atrapado y ejecutado por un tribunal militar en un juicio sumario que duró dos horas.

Erich Honecker, hombre de las confianzas de Moscú en la Alemania del Este, pudo huir a Chile para salvar su vida donde falleció. El apoyo que tales personajes tuvieron de su pueblo se esfumó, ha sido olvidado. Ninguno despierta simpatías.

La renuncia de Huerta

Es probable que después del fracaso del general José Refugio Velasco para contener a Francisco Villa y a sus huestes en Torreón, y la invasión americana a Veracruz en abril de 1914, que Huerta considerara que todo estaba perdido, y que era necesario tomar sus precauciones. El ejército federal estaba totalmente desmoralizado, incluso una parte en desbandada, y como hormiguitas, parte del personal político abarrotaba las terminales ferroviarias en la ciudad de México para dirigirse a Veracruz, y Puerto México, y luego a Europa, a los Estados Unidos y Cuba. Día con día se registraba una suerte de diáspora. Lo importante era evitar caer en manos de las avanzadas constitucionalistas. Ante semejante panorama, qué le quedaba a Huerta. La respuesta es nada o casi nada. La revolución constitucionalista avanzaba triunfante del norte al centro de la República, y con Veracruz invadido por tropas de los Estados Unidos, la tragedia no tenía parangón. Huerta tenía dos opciones: ponerse al frente del ejército federal y encarar al ejército constitucionalista, o bien, francamente tirar el arpa y huir del país.

Para arruinar el cuadro, desde meses antes, hubo incidentes que fueron minando su carácter y temperamento hasta doblegarlo. Al iniciarse la segunda semana de noviembre de 1913, circuló en Washington la noticia de que una persona desconocida había intentado asesinarlo. De inmediato la noticia fue desmentida y para demostrar

que estaba sano y salvo, Huerta apareció en público.[1] Ciertos o falsos, tales rumores persistieron. A finales de mayo de 1914, ahora sí, Victoriano Huerta estuvo a punto de ser asesinado. Al transitar en automóvil rumbo a su casa ubicada en la calle de Popotla, en Tacuba, tres individuos lo esperaban parapetados en una zanja ubicada al lado de una calzada, con sus respectivos rifles cargados. Al visualizar su automóvil, le dispararon. Por fortuna, ninguno de los tiros hizo blanco y el automóvil continuó su marcha como si nada hubiera sucedido. Detrás del vehículo del general Huerta, iba el del general Ignacio A. Bravo, comandante militar de la ciudad de México, quien detuvo su automóvil, y acompañado por un ayudante, descendió a la zanja. Como los asaltantes habían agotado todos sus proyectiles, no pudieron defenderse y se entregaron sin hacer resistencia. Naturalmente que hubo un severo correctivo. Minutos más tarde, un piquete de militares disparó sobre los tres desdichados que atentaron contra la vida de Huerta (García Naranjo, s.f.: 308-309). La noticia no apareció en la prensa ni tampoco hubo reacción oficial alguna. Pero hubo más.

Un cable fechado el 4 de mayo de 1914, difundido en Londres, aseguraba que el mismo día que las tropas americanas ocuparon Veracruz, Huerta había dimitido alegando que su situación se había tornado insostenible. Puesta a consideración del Consejo de ministros, la renuncia fue rechazada por no considerarla oportuna ni necesaria. Huerta aceptó permanecer en el puesto a condición de que, llegado el momento, Inglaterra le diera un salvoconducto, y lo admitiera en uno de sus buques para salir del país. El mismo cable informó que era falso que Huerta se hallara agotado y deprimido moral y físicamente, y que hubieran estallado manifestaciones multitudinarias en la ciudad de México en su contra. Como sucedió en otras ocasiones, se dijo que el presidente recorrió la ciudad, sin escolta de por medio, y luego almorzó en uno de los restaurantes más lujosos. Al ser visuali-

[1] "La situación en México", en *La Correspondencia de España*, Madrid, 9 de noviembre de 1913, p. 3.

zado, la muchedumbre lo aclamó con entusiasmo.[2] Pero los rumores alarmantes continuaron. Un cable procedente de París, difundido en la península ibérica, afirmó que había sido descubierto otro complot en la ciudad de México destinado a asesinarlo al igual que a Aureliano Blanquet, a bombazos. Con esta fórmula letal, nadie escapaba con vida. Las autoridades se enteraron a tiempo, y detuvieron a once personas, entre ellas un diputado.[3] Tampoco este atentado, si es que fue cierto, se difundió en México

Bernardo Jacinto Cólogan y Cólogan

En 1908, Bernardo Cólogan y Cólogan fue designado ministro de España en México, y al llegar al país, fue testigo de la agitación obrera en la industria textil y en los ferrocarriles, y naturalmente de las ambiciones de Bernardo Reyes, José Yves Limantour, y de Francisco I. Madero para heredar la silla presidencial que durante tres décadas ocupaba Porfirio Díaz (Relaciones diplomáticas México-España, 1977: 507). Intervino en las fiestas del Centenario de la Independencia de México en 1910, y vivió el desmoronamiento del viejo régimen a cuya cabeza estaba un hombre anciano que no supo retirarse a tiempo. Un hombre que al renunciar, no tuvo más que salir al exilio. En la algarabía total, Cólogan presenció el ascenso de Francisco I. Madero al poder, y el estallido de la Decena Trágica en febrero de 1913 que, a la postre, marcó su caída. Alarmado por los estragos causados por las fuerzas rebeldes comandadas por Félix Díaz, Manuel Mondragón, y las gubernamentales, a cuyo frente estaba Victoriano Huerta, Henry Lane Wilson decidió intervenir. El 12 de febrero, acompañado del ministro alemán, Paul von Hintze, y del español Bernardo Cólogan y Cólogan, se entrevistaron con Madero para hacerle patente su protesta por la situación vivida (*De cómo vino Huerta*, 1975: 115). La misma tarde, secundados por el ministro inglés, Francis Stronge, acudieron

[2] "Figuras de la guerra. Pancho Villa", en *ABC*, Madrid, 5 de mayo de 1914, p. 15.

[3] "La situación de México", en *ABC*, Madrid, 15 de julio de 1914, p. 16.

a La Ciudadela, para plantearle la misma preocupación a Félix Díaz. Como las cosas siguieron igual, el 15 de febrero, Wilson invitó a la embajada americana a la cuarteta de ministros señalada para discutir los pasos a seguir. Después de varias horas de discusiones, por iniciativa de Wilson, decidieron pedirle la renuncia al presidente de la República, y aquí vino lo crucial: el encargado de cumplir semejante misión fue Cólogan, provocando la ira de Madero (Meyer, 1983: 58-61). Al fin de cuentas, este último cayó, y vino un nuevo gobierno encabezado por Victoriano Huerta.

Debido a que los Estados Unidos se negaron a reconocer al gobierno de Huerta, la paz social empezó a desaparecer en varias partes del país, y la afectación de las propiedades extranjeras, entre ellas de los españoles, cundió. Los hacendados dejaron de acudir al Palacio Nacional para brindar apoyo económico y político al presidente de la República con la esperanza que el país fuera pacificado. Nos referimos a los henequeneros, algodoneros, azucareros, cerealeros, entre otros. El último espaldarazo tuvo lugar el 15 de septiembre de 1913 durante la celebración de las fiestas patrias. En fecha tan significativa, 14 delegados de distintas cámaras agrícolas de la República le dieron un voto de confianza a Huerta, expresando estar dispuestos a morir en defensa del régimen.[4] Cólogan hizo lo que pudo para defender a sus compatriotas, pero al fortalecerse las fuerzas constitucionalistas en el norte del país, los estragos fueron crecientes. Si alguna esperanza tuvo el ministro español de que la paz social retornara, se esfumó. Ante el avance de las tropas constitucionalistas en el norte del país, y la invasión a Veracruz por las tropas americanas en abril de 1914, la caída de Huerta fue inevitable.

[4] "Solidaridad de las cámaras agrícolas con el gobierno", en *El Imparcial*, 18 de septiembre de 1913.

Rumores inquietantes sobre la huida de Huerta

A diferencia de los otros ministros acreditados en México, Cólogan hizo algo inaudito. Dolido por los estragos sufridos por sus compatriotas tanto en sus vidas como en sus propiedades, dedicó día y noche a impedir que Huerta, se refugiara en España. El alemán Paul von Hintze y el inglés Francis Stronge guardaron suma prudencia, sin alarmarse por el posible exilio de Huerta en sus países. El 19 de junio de 1914, Cólogan tuvo un sobresalto, tanto que le envió una nota al ministro de Asuntos Exteriores de su país, Salvador Bermúdez de Castro y O'Lawlor, conocido como el marqués de Lema, en la cual le planteaba sus sospechas de que la renuncia de Huerta era inminente, y que intentaba embarcarse en unos de los vapores de la Compañía Trasatlántica, para dirigirse a la madre patria. Cólogan dijo que había instruido al agente de la citada compañía para que echara abajo tales pretensiones, aludiendo cualquier pretexto. Debido a que los vapores de la compañía zarpaban velas los días 16 y 27 de cada mes, Cólogan sospechaba que Huerta estaba calculando la fecha exacta para renunciar, y embarcarse en una de tales fechas rumbo al destierro. De ocurrir ello, las naciones civilizadas acusarían a los españoles de proteger la fuga de Huerta, y lo que era peor, de sustraerlo de la acción de la justicia.[5]

Pero los temores de Cólogan se fueron a las nubes por un hecho fortuito. Sus informantes le dijeron que dos personas vestidas con traje militar acudieron a las oficinas de la Compañía Trasatlántica para preguntar los horarios de la salida de sus vapores hacia Europa, y el precio del pasaje. Como fue previsible, sospechó que se trataba de los emisarios de Huerta. Su primera reacción fue ponerse en contacto con Francisco Cayón y Cos, funcionario de la citada compañía, para que se impidiera que Huerta viajara en uno de sus vapores. Casi al mismo tiempo, Cólogan recibió otros datos que lo pusieron al borde

[5] Cólogan al ministro de Estado, México, 19 de junio de 1914, en el Archivo Histórico Nacional, Madrid (en lo sucesivo AHN-MADRID), legajo 2559.

de la histeria. El español Adolfo Prieto, de su gran estima, recibió el 18 de junio un enigmático cablegrama procedente de Nueva York, que a la letra decía:

> Familia mi amistad quiere embarcarse Antonio López veintisiete presente Veracruz para España. Agencia Trasatlántica ésta telegrafió Agencias ésa y Veracruz reserven camarote entero número veinte. Suplícole influya Agencia resérvese ese camarote cablegrafiando sin demora conformidad Agencia ésta, donde verificárase pago encárgole reserva. Salúdole cariñosamente. Mi dirección ésta Broadway Central Hotel. Abraham Z. Ratner.[6]

Debido a que Abraham Z. Ratner era un personaje cercano a Huerta, Cólogan, Adolfo Prieto, y Francisco Cayón, sospecharon que los militares eran los encargados de comprar los boletos para la familia presidencial. Víctimas de pánico, se reunieron de inmediato para analizar el asunto. El vapor *Antonio López*, de la Compañía Trasatlántica, estaba a punto de levantar anclas, y para evitar que Huerta y su familia lo abordaran, planearon aplazar en forma indefinida su salida. El pretexto: que el vapor esperaba la llegada al puerto de varios súbditos españoles dispersos en el país, que urgía repatriar. Podrían ser días o semanas.[7] Otro cablegrama recibido por Adolfo Prieto calmó sus angustias. En realidad, las personas que querían viajar en un vapor de la Compañía Trasatlántica eran integrantes de una segunda familia de Abraham Ratner. Por ende, todos sus temores quedaron disipados.[8] Ratner era un comerciante ruso judío, con vocación para hacer negocios con todo el mundo, con quien fuera. En tiempos de Francisco I. Madero fue expulsado del país, acusado de vender armas a Emiliano Zapata. Instalado Huerta en el poder, Ratner se acercó a

[6] Cólogan al ministro de Estado, México, 19 de junio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo, 2559.

[7] *Loc. cit.*

[8] *Loc. cit.*

uno de sus hijos, y a otros altos funcionarios para hacer negocios millonarios. Cólogan supo que pocos días antes, Ratner había salido de México, cargado de dinero, rumbo a Nueva York. Semanas más tarde, aparecería en Barcelona.[9]

En la segunda quincena de junio y primeros días de julio, los rumores sobre la posible renuncia de Huerta se tornaron tan comunes que provocaron indiferencia entre la población. En realidad, nadie sabía si lo haría, ni la fecha, ni en qué vapor viajaría rumbo al destierro, ni menos en qué país se refugiaría. Algo similar ocurrió con Porfirio Díaz y con Francisco I. Madero. Con el primero, su edad avanzada, e incapacidad para sofocar a los rebeldes, presagiaron su inevitable renuncia, pero con el segundo, no tanto. Por su inclinación francófila, era esperable que Porfirio Díaz se exiliara en Francia, haciendo de lado la invitación de Weetman Pearson para que lo hiciera en Inglaterra (Tello, 1993: 34). Con el segundo, la agitación obrera en la industria textil desatada desde el inicio de su administración, las rebeliones de Emiliano Zapata, Bernardo Reyes, Pascual Orozco, y Félix Díaz, lo metieron en una encrucijada de la cual no pudo salir. La situación hizo crisis el 9 de febrero de 1913, con el estallido de la rebelión militar que provocó destrozos en torno a la Ciudadela y numerosos muertos. A resultas de ello, Madero fue sacrificado. Por ende, no tuvo la posibilidad de embarcarse rumbo al exilio ni menos elegir el país de destino. Los rumores sobre su exilio en Cuba resultaron fantasía pura. Lo único claro con Huerta fue que, en caso de renunciar, saldría del país por Puerto México, y no por el de Veracruz, ocupado por las tropas americanas. Algunos observadores sospechaban que planeaba dirigirse a Puerto México, sin reservación alguna, a la vera de que se apiadaran los capitanes de los vapores españoles, ingleses, franceses, e incluso alemanes, para sacarlo del país. Sin saber exactamente cuál fue el fundamento, Cólogan, a la par de Adolfo Prieto y Francisco Cayón, sufrieron otro sobresalto. Se enteraron de la inminente llegada de un vapor alemán a las costas mexicanas, y se abocaron a

9 *Loc. cit.*

averiguar la fecha exacta. Sus pesquisas dieron resultado y supieron que llegaría el 30 de junio.[10] No se difundió el nombre del vapor, pero pudo ser el *Dresden* o el *Breslau*. No faltó quien sospechara que los alemanes se alistaban a resolver el problema. A sacar a Huerta del país. En este entramado lleno de contracciones, el 14 de julio Cólogan dijo tener informes de que Huerta y su familia de Huerta saldrían la misma noche de la ciudad de México, en quince automóviles, hasta algún ramal del ferrocarril, en donde harían la transferencia hacia otro rumbo a Veracruz. El ministro español sospechó que en la planeación de la huida de la familia intervino sir Lionel V. Carden.[11] La noticia fue parcialmente cierta.

La mecánica de la renuncia en marcha

Ante el avance continuo de las fuerzas revolucionarias, y la ocupación de las plazas, Huerta dio un paso importante. El 10 de julio designó a Francisco S. Carbajal, secretario de Relaciones Exteriores, con la intención de que, llegado el momento, lo substituyera.[12] En medio de un gran mutismo, durante una semana, Huerta y doña Emilia realizaron los preparativos para lo que sabían sería un destierro largo e inevitable. Como medida inicial, Huerta preparó la salida de ella y de sus hijos, al igual que las de algunos de sus allegados. La orden suprema dictaba trasladarlos en trenes especiales a Puerto México, en donde yacían varios vapores anclados, sin saberse si tenían asientos reservados. Lo importante era salir de la ciudad de México, y evitar caer en las manos de los constitucionalistas que seguramente los sacrificarían. El 14 de julio, a mediodía, se notó en la estación del Ferrocarril Mexicano gran movimiento de empleados que preparaban varios trenes especiales. A las siete y media de la noche quedaron

[10] Cólogan al ministro de Estado, México, 19 de junio y 25 de julio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2559.

[11] *Loc. cit.*

[12] *Loc. cit.*

listos tres trenes de pasajeros y cuatro de carga. Con el paso de horas, aparecieron varios automóviles en los cuales iban las familias de Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, Bretón, Juan A. Hernández, Eugenio Paredes, además de Jorge y Víctor Huerta, hijos del presidente de la República, más sus esposas. También aparecía Alberto Quiroz, muy cercano a la familia, Carlos Águila, señalado como hermano político de Huerta, y otros. Inmediatamente abordaron los convoyes y tomaron sus respectivos asientos. A la una y media de la madrugada del día siguiente, fuertemente resguardos, iniciaron su marcha rumbo a Puerto México.[13] La salida de la familia de Huerta de la capital de la República a Puerto México trascendió, y el 15 de julio se difundió en Nueva York y otras partes del mundo. Se aseveraba que, para evitar sorpresa alguna, los viajeros fueron protegidos por dos batallones de soldados: uno de avanzada compuesto por 800 soldados, y otro de retaguardia con 500.[14]

El círculo íntimo

En realidad, desde días antes, los colaboradores más cercanos de Huerta se prepararon para salir del país. Hicieron sendas reservaciones en los buques atracados en Puerto México y en el de Veracruz. Nada se dejó a la improvisación. Al ignorar cuánto tiempo duraría el destierro, tomaron las reservas del caso, lo cual implicó deshacerse de su patrimonio, o de parte de él. Otra parte de sus colaboradores guardó un extraño silencio, en tanto que otros más, hicieron públicas sus simpatías por los grupos revolucionarios. El cambio de casaca en toda su expresión. Su adaptación a los nuevos tiempos, a las nuevas circunstancias. Pero de ninguna manera Huerta estuvo dispuesto a dejarse atrapar y menos ser enviado al paredón. Una vez que supo que su familia estaba a salvo, o casi a salvo, formó un grupo compuesto de unas treinta personas para que lo acompañaran desde su salida

[13] "Han salido las familias de los ex funcionarios", en *El Imparcial*, 16 de julio de 1914.
[14] "La revolución de México", en *ABC*, Madrid,16 de julio de 1914, p. 13.

de la ciudad de México hasta Puerto México, y eventualmente hasta el destierro. Esto último implicaba que debían acompañarlo en su travesía por mar, hasta tocar tierra firme en el Viejo Mundo. Para convencerlos y asegurar su futuro, firmó sendas comisiones a cada uno de ellos, tramitadas casi todas ellas por la Secretaría de Guerra y Marina, a cargo de Aureliano Blanquet. En teoría, la citada comisión les garantizaba un ingreso seguro para vivir en la península. Lo que llama la atención fue que un buen número de ellas fueron fraguadas al vapor. Firmadas justo el día que Huerta presentaba su renuncia. Otras aparecieron fechadas en forma extemporánea, cuando Huerta ya no era más presidente de la República, ni Blanquet el secretario de Guerra.

En síntesis: la Secretaría de Guerra y Marina, tramitó *catorce* comisiones fechadas entre el 6 y el 22 de julio. *Una* el 6 de julio, cuyo beneficiario fue Daniel Maass; *dos* comisiones tienen como fecha el 15 de julio, el mismo día en que Huerta renunció. Los agraciados: Vicente Nájera y Manuel Fernández Guerra. *Cinco* de ellas estaban fechadas el 16 de julio, cuando Huerta y Blanquet habían renunciado, e iban rumbo a Puerto México. Los nombres de los comisionados: Juan Robles Linares, Agustín Figueras, Ramón Corona, Aureliano Blanquet Jr., y Javier de Moure. Otras *cuatro* tenían como fecha el 17 de julio, siendo los merecedores Fernando Gil, Agustín Bretón, Arturo Alvaradejo y Eugenio Paredes. *Una* más, el 22 de julio, a nombre de Hernando Limón. Ni Huerta ni Blanquet, podían gestionar semejantes comisiones. Al margen de lo expuesto, *otra* comisión fue gestionada el 20 de julio por la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas. Lo sorprendente fue que esta comisión tenía como objetivo proteger a Francisco Colom Prat, yerno de Huerta. Se ignora la fecha de la restante, de Joaquín Maass, pero pudo ser simultáneamente a la de su hermano Mario Maass, quien supuestamente salió comisionado a Japón en vísperas de la renuncia de Huerta.

Al margen del grupo señalado, otras catorce personas fueron comisionadas por la Secretaría de Guerra y Marina. La razón: todos eran militares. El oficio de cada uno de los comisionados tenía como destino

Cuadro 1
Comisionados con destino a Europa: 1914

Comisionados por la Secretaría de Guerra y Marina	Fecha	Probablemente comisionados por la Secretaría de Guerra y Marina
1. Vicente Nájera	15 de julio	1. Victoriano Huerta
2. Manuel Fernández Guerra	15 de julio	2. Aureliano Blanquet
3. Juan Robles Linares	16 de julio	3. Liborio Fuentes
4. Agustín Figueras	16 de julio	4. Luis Fuentes
5. Ramón Corona	16 de julio	5. Guillermo Rubio Navarrete
6. Aureliano Blanquet Jr.	16 de julio	6. Benjamín Camarena
7. Javier de Moure	16 de julio	7. Joaquín Maass
8. Fernando Gil	17 de julio	8. Jorge Huerta
9. Agustín Bretón	17 de julio	9. Carlos Águila
10. Arturo Alvaradejo	17 de julio	10. Alberto Quiroz
11. Eugenio Paredes	17 de julio	11. Felipe Fortuño Miramón
12. Hernando Limón	20 de julio	12. Juan A. Hernández
13. Daniel Maass	6 de julio	13. Mario Maass
14. Hernando Limón	22 de julio	14. Gabriel Huerta

Nota:
[a] Francisco Colom fue comisionado por la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas.
Fuente: Acervo Histórico Diplomático Genaro Estrada, Secretaría de Relaciones Exteriores, expediente 306, folios 81, 83, 87, 282; expediente 307, folios 243, 259; expediente 308, folios 40, 56, 102, 107, 114, 155, 160, 187, 283. Además, ver el expediente 6-7-130, folio 1.

Europa, pero al calce se leía "Señor Ministro de México en España. Madrid". En Madrid el cónsul era Francisco A. de Icaza. Ningún oficio fue dirigido al cónsul de París, Londres, u otro país. Queda en el aire si efectivamente los oficios fueron enviados, si llegaron a su destino, o si se quedaron en algún cajón de desperdicios. En caso de que los oficios hayan sido enviados, llegaron a la par que sus beneficiarios.[15]

[15] Ver "Quiénes serán los militares que van a desempeñar comisiones en el extranjero", en *El País*, 17 de julio de 1914. En las *Memorias de Victoriano Huerta*, consideradas apócrifas, se lee lo siguiente: "La mañana del día que debía abandonar la Presidencia y mi Patria, la empleé

En un mar de rumores se dijeron cosas ciertas, y otras falsas. Dilucidar unas de otras, resulta imposible. Una de ellas afirma que antes de renunciar, Victoriano Huerta y Aureliano Blanquet se asignaron sendas comisiones para cumplir ciertas tareas en el extranjero. Obviamente que se trataba de tareas adecuadas a su formación profesional. Huerta viajaría a España y Blanquet a Francia, para realizar estudios sobre la militarización de sus ejércitos.[16]

La renuncia a la presidencia de la República

Por la mañana, el 15 de julio, Victoriano Huerta ordenó al general Ramón Corona, jefe de su Estado Mayor, que transmitiera a los miembros de su gabinete, excepto a Francisco S. Carbajal, titular de la secretaría de Relaciones Exteriores, la orden de dimitir de sus cargos, bajo el entendido de que él mismo lo haría a las *seis de la tarde*. Al quedar enterados, los secretarios de Estado redactaron su dimisión y la turnaron al secretario de Relaciones Exteriores. Para evitar el vacío en la administración pública, las citadas secretarías quedaron a cargo de los subsecretarios. El secretario de Guerra y Marina, Aureliano Blanquet, envió inmediatamente su renuncia al secretario de Relaciones Exteriores, aduciendo razones de orden particular. Casi de inmediato recibió respuesta, en la cual se le indicaba que el presidente de la República le encomendaba una comisión militar en Europa. En forma interina quedó al frente de la citada secretaría el

---

en distribuir el dinero que quedaba en la Tesorería y en todas las dependencias del Gobierno. A algunos de mis ministros; a mis familiares; a varios diputados; a mis criados; a los que me habían servido de verdugos o de terceros, les di dinero. Las órdenes eran giradas con el carácter de muy urgentes a Paredes, que se afanaba por hacer aquel reparto, sin duda para aumentar el número de los complicados en el fraude oficial. Señalé sueldos fabulosos y comisiones imposibles a algunos de mis oficiales. ¡A Águila, mi cuñado, a quien había hecho general, lo comisionaba a París para que estudiara los progresos de la caballería austriaca! ¡A Carlos Águila que sólo era un borrachín, pero que me había servido de muchas cosas! Di obsequios de cien mil, cincuenta mil y treinta mil pesos, se entiende que tomados de la Tesorería. ¡Era el último reparto y había que ser pródigo!". Supuestamente, las citadas memorias fueron firmadas en Barcelona, España, en 1915. La editorial Vértice las reeditó en 1957. Ver las páginas 125 y 126.

[16] "Cesa en su comisión el ex ministro Alvaradejo", en *El País*, 22 de julio de 1914.

general Gustavo A. Salas. Antes de mediodía, Ramón Corona se presentó en la secretaría de Gobernación para entrevistarse con el doctor Ignacio Alcocer. A las once y media, Alcocer entregó su renuncia. Mientras se designaba al nuevo titular, quedó en su lugar José María Luján. También por la mañana, Nemesio García Naranjo presentó su renuncia a la secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Antes de abandonar su puesto, García Naranjo agradeció a sus subalternos el apoyo que le brindaron. En su lugar quedó Rubén Valenti. A su vez, Enrique Gorostieta renunció a la secretaría de Justicia, Arturo Alvaradejo a la de Comunicaciones y Obras Públicas, Salomé Botello a la de Industria y Comercio, y Carlos Rincón Gallardo a la de Agricultura y Colonización. Así, en cascada, se presentaron otras renuncias tanto de civiles como de militares integrantes del gabinete presidencial.[17]

A las cinco de la tarde, Victoriano Huerta acudió al Congreso de la Unión y presentó su renuncia causando suma expectación. Su semblante era el de una persona amargada y derrotada, pero no carente de orgullo. Recordó que en su primer mensaje prometió restablecer la paz en todo México, y al fracasar entregaba su renuncia. Sostuvo que durante diecisiete meses formó un ejército adecuado para la tarea, pero señaló:

> Ustedes saben las inmensas dificultades con que ha tropezado el gobierno con motivo de la escasez de recursos, así como por la protección manifiesta y decidida que un Gran Poder de este Continente ha dado a los rebeldes.

Agregó:

> [...] hay quien diga que yo, a todo trance, busco mi personal interés y no el de la República; y como este dicho necesito destruirlo con hechos, hago mi formal renuncia de la Presidencia de la República.

[17] "Dimitieron los secretarios de Estado", en *El Imparcial*, 16 de julio de 1914, p. 1.

Para concluir, dijo que dejaba la Presidencia de la República llevándose

> [...] la mayor de las riquezas humanas, pues declaro que he depositado en el Banco que se llama Conciencia Universal, la honra de un puritano, al que yo, como caballero, le exhorto a que me quite esa mi propiedad.[18]

Según el diario *La Atalaya*, durante la lectura del texto de la dimisión, el silencio fue sepulcral.[19] A partir de tales momentos, la suerte de Huerta estaba echada. Ya no era presidente de la República, y no tenía más que dos opciones: ponerse al frente de la parte del ejército federal que le era adicta para batirse a muerte contra los revolucionarios, pero no se atrevió. La otra, huir del país, lo cual hizo.

La huida

En forma lacónica *El País* reportaba que acompañado de varios de sus ex ministros, del general Guillermo Rubio Navarrete, y algunos ayudantes, en una caravana de automóviles, Huerta salió de la capital de la República rumbo a la estación del Ferrocarril Interoceánico de los Reyes, ubicada a unos 18 kilómetros.[20] Con ligeros detalles, *El Imparcial* dijo que su salida fue advertida por algunos vecinos de las calles cercanas a San Lázaro. Al observar el paso de la caravana de automóviles, los vecinos salieron a los balcones de sus casas para agitar sus pañuelos en señal de despedida. Al llegar a la estación de Los Reyes, Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, Liborio Fuentes, Eugenio Paredes, Víctor Manuel Corral, Juan Vanegas; los coroneles

[18] *Diario de los debates*, 15 de julio de 1914; "La renuncia del general don Victoriano Huerta", en *El País*, 16 de julio de 1914, p. 1. En la prensa de España la noticia trascendió casi de inmediato, y apareció en el *Diario de Córdoba*, Córdoba, España, viernes 17 de julio de 1914, p. 3; "El drama mexicano", en *La Atalaya*, Santander, viernes 17 de julio de 1914, p. 1; "De México", *El Cantábrico*, Santander, viernes 17 de julio de 1914, p. 2, entre otros diarios.

[19] "El drama mexicano", en *La Atalaya*, Santander, viernes 17 de julio de 1914, p. 1.

[20] "Viaje del general Huerta", en *El País*, 16 de julio de 1914; "Ayer en la madrugada salió para Puerto México el general Huerta", en *El Imparcial*, 17 de julio de 1914, p. 1.

Arturo Alvaradejo, José Delgado, José Posada Ortiz y Gabriel Huerta; los capitanes Fernández Guerra y Vicente Nájera, entre otros, dejaron los automóviles y abordaron el convoy presidencial que los esperaba. De la estación Los Reyes, el convoy se dirigió al cruce de las líneas del Ferrocarril Mexicano y del Interoceánico, ubicado entre Irolo y Apizaco, protegidos por un tren explorador con tropas del 29 Regimiento. Aquí cambiaron de tren, y a la una y media de la mañana del día siguiente, 16 de julio, el convoy presidencial compuesto de ocho carros reanudó su marcha rumbo a Puerto México. Iba escoltado por 300 hombres del 29 Regimiento de Infantería y del Cuerpo de Guardias Presidenciales. Otras fuentes indicaban que Huerta viajaba protegido por trenes militares con unos 1500 hombres del 29 Batallón. Al igual que sucedió con su familia, la guardia militar, incluida la treintena de militares comisionados, iban dispuestos a jugarse la vida. No solo peligraba Huerta sino ellos también.[21] El *Diario de Córdoba* afirmaba que al pasar por un lugar en que se hallaban algunas fuerzas revolucionarias, y ser detectado el convoy huertista, lo tirotearon sin mayores consecuencias.[22] Durante el trayecto se respiró un ambiente de traición. Esto es que, para salvar su vida, Huerta entregara a Blanquet a los revolucionarios, y a la inversa, sin descartar que las fuerzas que los protegían entregaran a ambos. El premio: su ascenso en el nuevo ejército. Al final de cuentas, nada sucedió. Las fuerzas revolucionarias, con Carranza, Villa, Obregón, y compañía al frente transitaban por otros lares, lo cual dio cierta tranquilidad a los fugitivos.

Atrás quedaron los laureles de Huerta ganados en la pacificación de los mayas en Yucatán; sofocando la rebelión del general Canuto Neri en Guerrero que puso en aprietos al general Porfirio Díaz; la campaña contra los zapatistas en Morelos, lo cual le ganó el odio de los agraristas; y quizás lo más importante, el haber aplastado la rebelión

[21] "Curiosos detalles sobre el viaje del general Huerta", en *El País*, 21 de julio de 1914, p. 1.

[22] "Extranjero. La revolución en México", en el *Diario de Córdoba*, Córdoba, España, viernes 17 de julio de 1914, p. 3.

orozquista en 1912, que salvó al gobierno de Francisco I. Madero de su debacle. Atrás quedó sepultado su largo historial en la Comisión Geográfico Exploradora que, entre otras cuestiones, implicó el deslinde de tierras; su papel como magistrado del Supremo Tribunal Militar, sin menospreciar su labor profesional como ingeniero militar en Nuevo León. Todo se fue por la borda.

Huerta en contacto con los ministros extranjeros

En su paso por Orizaba, rumbo a Puerto México, un Huerta destrozado anímica, política y militarmente, tuvo las agallas para telegrafiar a cada uno de los ministros extranjeros su dimisión, y su salida del país. El hecho agradó a unos, y repulsión a otros, entre ellos Cólogan. Este último, recibió dos telegramas. En uno de ellos, fechado el 16 de julio, en el cual Huerta le rogaba transmitir a su Majestad Alfonso XIII, el siguiente mensaje:

> Ayer 15 a las 5.00, p. m. renuncié a la Presidencia de la República dejando en mi lugar al licenciado Francisco Carbajal y Gual. Al tener el honor de avisarle a V. E., me permito de la manera más respetuosa suplicarle se sirva impartir su amistad y ayuda al nuevo Gobierno de la República Mexicana. Soy con todo respeto de V. E., atento servidor. V. Huerta.[23]

En otro mensaje, también fechado el 16 de julio, desde Orizaba, Huerta le hizo saber a Cólogan lo siguiente:

> Orizaba 16 Julio. Ministro español México. Deseando dejar en completa libertad de acción al nuevo Gobierno de la República, salí de esa capital sin tener el honor de ir a ofrecer a V. E., mis respetos. Hoy lo saludo y le

[23] Cólogan al ministro de Estado, México, 25 de julio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo, 2559; y "De México", en *La Correspondencia de España*, Madrid, 19 de julio de 1914, p. 2.

> suplico que, como buen amigo que es usted del país, se sirva otorgar toda su confianza al nuevo Gobierno. Respetuosamente. V. Huerta.[24]

Hubo representantes extranjeros que contestaron los mensajes, e incluso los transmitieron a sus Gobiernos, pero Cólogan, no lo hizo, y en forma sorprendente, tampoco von Hintze, el ministro alemán. Pruebas: en un momento dado, Cólogan se topó con el contralmirante von Hintze quien le preguntó: ¿Cree usted que le interesará al Kaiser lo que dice el general Huerta? ¿Cree usted que Huerta tiene derecho a dirigirse al Kaiser? Sin esperar respuesta, el mismo von Hintze dijo que no. Por ende, no daría curso al referido telegrama, ni contestaría el dirigido a él mismo. No lo haría, dijo, debido a que, en un futuro, Huerta lo podría utilizar en su beneficio, como una muestra de simpatía y de estimación.[25] Como era previsible, Cólogan comentó que tampoco daría curso al telegrama dirigido a su Majestad Alfonso XIII, y menos el dirigido a él. Hacerlo implicaba reconocer su calidad de ex presidente. Pero dijo algo más: hacerlo podría exacerbar los ánimos de sus compatriotas afectados en sus bienes y propiedades.

Independientemente del grupo de fugitivos que en julio y agosto de 1914 huyeron en forma desesperada del país, lo cierto fue que el grueso del personal político vinculado a Huerta permaneció en México. Todos estaban enterados de las amenazas lanzadas por los jefes revolucionarios de pasarlos a cuchillo, pero se mantuvieron a la expectativa durante la gestión de Francisco S. Carbajal que duró un mes. Nos referimos al grueso del ejército federal, al elenco de gobernadores, a los integrantes del congreso de la Unión, y aun la mayor parte del episcopado. Fue hasta mediados del mes de agosto, con la entrada de Álvaro Obregón a la capital de la República, seguido por Venustiano Carranza, que cundió la alarma y se registró una salida casi masiva de personas que en una u otra forma colaboraron con Huerta. La diáspora continuó en septiembre y aún en octubre. Algu-

[24] *Loc. cit.*
[25] *Loc. cit.*

nos se fueron a Cuba, otros a los Estados Unidos, y quienes tenían más recursos, cruzaron el océano para poner un pie en el Viejo Mundo.

Los dineros de Huerta

Al margen de las comisiones señaladas, reales o imaginarias, que Huerta y los suyos se agenciaron para vivir en el extranjero, estallaron los rumores de que Huerta se había llevado gran parte del tesoro nacional. En una nota de página de uno de sus libros, Ramón Prida afirma que el Tesorero General de la Nación, Antonio Paredes, saqueó materialmente la Tesorería y todas las oficinas públicas, robándose personalmente más de dos millones de pesos. Hablaba de un desfalco que superaba los quince millones de pesos, siendo directamente responsables Victoriano Huerta, su secretario de Hacienda Adolfo de la Lama, y el Tesorero Antonio Paredes (Prida, 1958: 636n). Prida se equivoca ya que el Tesorero General de la Federación fue Eugenio Paredes. Antonio J. Paredes fue el vicario de la mitra capitalina. En otras palabras, el encargado del arzobispado de México. A continuación, en forma paladina, advirtió que no pudo confirmar la veracidad de sus dichos. En el fichero del archivo Histórico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, se menciona un expediente con dos clasificaciones. En el resumen alusivo al contenido de una de las fichas, se lee "Huerta (o) Blanquet: 1916. Sobre depósitos de fondos en el Banco Hispano a nombre del citado, y remite carta del mismo banco".[26] El problema es que no existe el referido expediente. Solo existe la ficha, pero no el expediente.

Sin pruebas de por medio, más que la aversión hacia el recién caído, *El Cantábrico* difundió que Huerta se dirigía a París llevando en su poder letras contra varios bancos europeos por valor de treinta millones de francos.[27] Por el estilo, el diario *La Correspondencia de España*,

[26] Fichero del AHDGE/SRE, antes, expediente 618; ahora, 45-5-15.

[27] "La situación de México. La familia de Huerta", en *El Cantábrico*, Santander, sábado 18 de julio de 1914, p. 3.

del 19 de julio de 1914, afirmaba que Huerta huyó del país llevándose una considerable fortuna para vivir tranquilamente en el destierro. Se trataba de letras a cargo de diversos bancos europeos por valor de seis millones de pesos. Eso sí: aclaró que se trataba de sus ahorros de catorce meses durante los cuales estuvo al frente de los destinos de México.[28] El diario español *La Vanguardia,* del 17 de agosto de 1914, afirmaba que, según los informes más autorizados, la fortuna de Huerta ascendía a seis millones, los cuales había colocado con antelación en bancos europeos. El diario no detallaba el tipo de moneda, ni en qué bancos. Agregaba que la revolución que provocó en México, muy desastrosa, arruinaba por igual a españoles laboriosos y a mexicanos pacíficos. El hecho no era nuevo ni original. Era norma general. Los dictadores de Hispano América estaban habituados a robar. No existían hombres enérgicos, patriotas, salvadores de sus pueblos, dispuestos a empuñar el látigo y el sable, para imponer la paz y el orden, sin meter la mano en las arcas de la nación. Todos robaban.[29]

[28] "De Méjico, Carbajal y Huerta", en *La Correspondencia de España*, Madrid, 19 de julio de 1914, p. 2.

[29] "Cartas de Cuba", en *La Vanguardia*, Barcelona, 17 de agosto de 1914, p. 8.

¿Hacia dónde ir?

Llegado a Puerto México, para Huerta y compañía, el dilema era a dónde ir. A España, Alemania, Inglaterra, Francia, o a cualquier parte. Lo importante era quedar fuera del alcance de Venustiano Carranza, y evitar la aplicación de la vieja ley de enero de 1862 que los condenaba a la pena de muerte.[1] Dirigirse a los Estados Unidos significaba un grave riesgo ya que podrían resultar atrapados por los norteamericanos, y entregados a Carranza o a Francisco Villa, quienes seguramente los tratarían con suma crueldad. En Alemania y Francia se asomaban nubarrones de un conflicto bélico de grandes proporciones. A primera vista, la opción era España. Los mexicanos conocían tanto las virtudes como los defectos de los españoles, y no fue raro que pregonaran cierta afinidad intelectual, cultural y aun racial. Hubo otro dato tomado en cuenta. A un mes y medio de su ascenso al poder, esto es el 28 de abril de 1913, el Rey Alfonso XIII reconoció al gobierno de Huerta, lo cual a la postre, de nada sirvió (*Relaciones México-España*, 1977: 504).

[1] "Decreto 5", en *El Constitucionalista*, Piedras Negras, Coahuila, 14 de mayo de 1913, p. 16.

El crucero *Dresden*

En su libro llamado *El oscuro invasor,* Franz von Rintelen habla de dos cruceros alemanes que pasarían a la historia en la huida de Huerta y de su familia. Menciona que al estallar la guerra los citados cruceros navegaban en los mares más distantes, pero las noticias sobre la guerra europea, los pusieron en alerta. La unidad más importante era la del *Mediterráneo*, integrada por el crucero de batalla *Goeben*, y el crucero ligero *Breslau* (Rintelen, 1942: 15). A su vez, la escuadrilla del *Extremo Oriente,* de menor importancia, estaba integrada por las unidades *Schranhorst* y el *Gneisenau,* secundados por cuatro cruceros ligeros *Leipzig*, *Nürnberg*, *Emdem* y *Dresden*. El último recibió la orden de dirigirse a las costas de México para auxiliar a los súbditos alemanes atrapados por el contexto revolucionario (Rintelen, 1942: 15 y 24). A la postre, no solo el *Dresden*, sino el crucero *Breslau* apareció en las costas mexicanas. Así, ante la negativa de los vapores de la Compañía Trasatlántica Española para transportar al Viejo Mundo a Huerta y a sus partidarios, los cruceros alemanes fueron la salvación. La pregunta salta a la vista: ¿quién hizo el contacto con los cruceros alemanes? ¿Alguno de los hombres de confianza de Huerta, previamente enviados a Puerto México? ¿Intervino Paul von Hintze, el ministro alemán en México? O bien, los capitanes tanto del *Dresden* como del *Breslau* tenían la orden de evacuar a cuanta persona se los pidiera. En realidad, no hay respuestas a tales interrogantes. El acuerdo tuvo una restricción. Llevarlos hasta Jamaica, a algún lugar adyacente, pero de ninguna manera a Europa. A causa de la entrada inminente de Alemania en la guerra europea, y del torbellino revolucionario que azotaba México, sus servicios eran fundamentales para proteger a la colonia alemana, y en caso necesario, sacarlos del país.

Huerta decidió viajar a España, aunque ya empezaba a sospechar de la aversión hacia su persona, pero en realidad, no tenía muchas opciones. Según el *New York Times*, el 17 de julio, el capitán Kohler, junto con los oficiales a su mando, recibieron al ex dictador mexi-

cano, a bordo del crucero *Dresden*, anclado en Puerto México.[2] El diario *La Correspondencia de España* fue más prolijo en su información. Expresó que Huerta y Blanquet llegaron a Puerto México, y que el capitán y un oficial del crucero alemán *Dresden*, vestidos de gala, lo visitaron de manera oficial para poner a su disposición el referido buque. Huerta les dio las gracias y ofreció devolverles la visita, lo cual hizo casi de inmediato. Pero no solo fueron los alemanes quienes lo visitaron, sino también los ingleses. El vicecónsul inglés lo visitó también de manera oficial, y le entregó un mensaje escrito en el cual le manifestaba que el buque de guerra *Bristol*, estaba a su disposición para trasladarlo a Europa. Muy agradecido, Huerta le dio las gracias.[3] Al final de cuentas, Huerta utilizó los servicios del crucero *Dresden* para salir del país. Pero el citado crucero no zarpó de inmediato. Permaneció anclado tres días más en Puerto México, sin sufrir ataque alguno. Según el diario *ABC*, fechado el 19 de julio de 1914, al embarcarse a Europa, Huerta manifestó que únicamente regresaría a México si reclamaban su presencia asuntos de interés nacional.[4] El 20 de julio zarparon, y cuatro días más tarde atracaron en Kingston, Jamaica. Huerta viajó a Jamaica sin su familia, la cual lo hizo en el acorazado *Breslau,* alemán.[5] En Jamaica se reunieron Huerta y Blanquet con sus esposas.

En Jamaica

En ningún momento, Cólogan perdió de vista a Huerta. El 25 de julio de 1914, se enteró de la llegada del *Dresden* a Jamaica, y que demoraba

[2] *New York Times*, 18 de julio de 1914, citado por Barbara W. Tuchman, *El telegrama Zimmermann*, Barcelona, RBA, 2010, p. 82.

[3] "De México, Carbajal y Huerta", *La Correspondencia de España*, Madrid, 19 de julio de 1914, p. 2.

[4] "La situación en Méjico", en *ABC*, Madrid, 19 de julio de 1914, p. 12. La misma afirmación apareció en "De México", en *La Correspondencia de España*, Madrid, 19 de julio de 1914, p. 2.

[5] "Huerta no quiere comentar la conducta de Alemania", en el *New York World*, 11 de mayo de 1915.

su salida al Viejo Mundo debido a que esperaba el arribo de algunos familiares y correligionarios. Contra lo que pudiera pensarse, Cólogan seguía sin saber hacia dónde se dirigiría Huerta. Alguien le aseguró que su destino era España, pero no había certeza plena. A causa de ello, al ministro no le quedó más que informarse de sus movimientos, y por si las dudas, le sugirió a Lema:

> [...] me considero obligado a prevenir a V. E., esperando que ninguna institución nuestra lo agasaje o le prodigue elogios la prensa, pues aquí causaría pésimo efecto, con daño siempre para los nuestros, y su persona y su funesta gestión han de ser ahora muy analizadas y puestas al descubierto, no siendo extraño que con mayor o menor éxito, se llegue a formular y pedir su extradición sea por muertes y "desaparecidos" o por el escandaloso saqueo del Tesoro Público, produciendo hoy escándalo, entre otros casos, la desaparición de unos 30 automóviles, que empezaron por ser comprados al doble de su precio.[6]

Cólogan terminó informando que el presidente Interino Francisco S. Carbajal, había anulado las comisiones que portaban Huerta y sus allegados. Según estaba informado, se reservaron dos mesadas anticipadas, pero los casos más escandalosos fueron el del Ministro de Hacienda, Adolfo de la Lama, quien llevaba 300 francos diarios; y un yerno de Huerta, recientemente ascendido de capitán a general, 102 francos.[7] El 24 de julio de 1914, *El Radical* hizo pública la lista de *catorce* personas comisionadas a quienes les serían canceladas. Sus nombres: Luis Fuentes, Inspector General de Policía, y Jefe de la Gendarmería Montada, y yerno de Huerta; Aureliano Blanquet, Guillermo Rubio Navarrete, Gabriel Huerta, José Posada Ortiz, Joaquín Maass y Aureliano Blanquet Jr. Los restantes son los siguientes: Carlos Águila,

[6] Cólogan al ministro de Estado, México, 25 de julio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2559.

[7] *Loc. cit.*

Agustín Bretón, Alberto Quiroz, Mario Maass, Eugenio Paredes, Jorge Huerta, y Daniel Maass.[8] Nada se supo de las otras.

Misión cumplida

A la debacle del maderismo, Cólogan se mantuvo en el puesto al igual que durante el huertismo, pero luego se topó con una tempestad difícil de manejar. Es probable que inicialmente haya apoyado a Huerta confiado en que controlaría la agitación tanto en el campo como en la ciudad, lo cual no sucedió. Con el paso de los días, Cólogan se enardeció y lo culpó de las atrocidades que Francisco Villa, Venustiano Carranza y compañía, cometían contra las vidas y propiedades de sus compatriotas. Sus prédicas de nada sirvieron. Al vislumbrarse la caída de Huerta, Cólogan hizo algo inaudito. Consciente de que para salvar su vida saldría del país, movió todos los resortes a su alcance para impedir que lo hiciera en un vapor español. Una vez que Huerta llegó a Jamaica, Cólogan quedó en paz. Cumplida su misión, recibió instrucciones de trasladarse a Buenos Aires. Atrás quedó su estancia en México que databa de 1908. Pero algo sucedió que no viajó a la Argentina sino a Madrid. Se podría decir que siguió los pasos de su odiado Huerta. Naturalmente supo que estaba ahí, si no en Madrid, sí en Barcelona. Resulta obvio que no se buscaron. Es probable que, al entrevistarse con sus superiores, Cólogan haya destilado más veneno contra el ex mandatario mexicano y sus correligionarios que estaban llegando a la madre patria. En forma intempestiva, recibió órdenes de trasladarse a Tanger, Marruecos, donde permaneció solo tres meses. Del primero de octubre al 31 de diciembre de 1914. Algo sucedió ya que al despuntar el año nuevo, se jubiló (Mac Gregor, 1992: 179 y 182n).

[8] "Las comisiones que llevaban los generales prófugos serán retiradas", en *El Radical,* 24 de julio de 1914.

El Patia hacia Europa

Basado en fuentes estadounidenses, Michael C. Meyer confirma que al llegar a Kingston, Jamaica, los fugitivos contrataron a *El Patia*, un vapor de la United Fruit Company, para hacer la travesía por el océano Atlántico hasta Europa (Meyer, 1983: 236). Como si se tratara de cuidar una joya preciada, las autoridades españolas tampoco perdieron de vista a Huerta. El embajador de España en Londres, Alfonso Merry del Val, hizo saber a sus superiores, que el representante de la Compañía Naviera Elders Fyffes se presentó en sus oficinas para informarle que Huerta abandonaría Jamaica el 2 de agosto con destino a Santander. Si su información es correcta, Huerta permaneció aquí una semana. Probablemente, el *impasse* fue para reunir a los viajeros que utilizaron el crucero *Breslau*. Merry calculaba que el viaje de *El Patia* duraría escasas dos semanas y que llegaría al puerto de su destino entre el 14 o el 15. Pero hubo otro dato que llama la atención: la comitiva de Huerta se elevaba a setenta personas. Es probable que además de su familia y la de Blanquet, se incluyeran los militares que, bajo la etiqueta de comisionados, tenían la misión de protegerlo, más algunos miembros de su gabinete. Al margen de ello, a Merry le interesaba saber si el gobierno español tendría algún inconveniente en que Huerta desembarcara en Santander.[9] Esa era su principal preocupación. El último día de julio, el Ministro de Estado, Lema, hizo público que no había inconveniente en que Huerta desembarcara en Santander, como cualquier otro ciudadano extranjero. Eso sí: le pidió a Merry que averiguara cuántos días planeaba Huerta permanecer en Santander, y si tenía intenciones de internarse en la península. Pidió

[9] Alfonso Merry del Val, embajador de España en Londres al Ministro de Estado, Londres, 27 de julio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2558.

fechas precisas para tomar las debidas precauciones ya que temía que estallaran manifestaciones en su contra.[10]

La llegada de Huerta al Viejo Mundo

El 28 de junio de 1914, tuvo lugar el atentado de Sarajevo, donde encontró la muerte el heredero al trono austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando, y su esposa Sofía. El 23 de julio, casi un mes después, con el aval de Alemania y del Káiser, Austria lanzó a Serbia un ultimátum, y a pesar de haber obtenido respuesta positiva a ciertas peticiones, el 28 de julio le declaró la guerra. El 30 de julio, Rusia, protectora de Serbia, ordenó una movilización general, y al día siguiente lo hicieron Alemania y Austria-Hungría. El primero de agosto, Rusia declaraba la guerra a los imperios centrales. En este frenesí, el 3 de agosto, Alemania le declaraba la guerra a Francia. Finalmente, el 4 de agosto, Inglaterra entraba en guerra al lado de Francia y Rusia. Así estalló la Primera Guerra Mundial (Procacci, 2005: 14). En alta mar, Huerta y compañía se enteraron de que el conflicto europeo alcanzaba proporciones mayúsculas: había estallado la Primera Guerra Mundial. Por consiguiente, ni Alemania, ni Francia ni Inglaterra, eran opción para refugiarse. Y si algunos mexicanos soñaron con refugiarse en algunos de tales países, la opción quedaba descartada. Según George J. Rausch Jr., el 16 de agosto, Huerta y Blanquet, con sus familias, llegaron al puerto de Bristol, en Inglaterra, palpando el sombrío panorama que imperaba en Europa. En Bristol tomaron un tren para desplazarse a Londres, hospedándose en un oscuro hotel. Recorrieron la citada ciudad, y el 24 de agosto regresaron a Bristol (Rausch, 1962: 133-134; Meyer, 1983: 235-236). De inmediato hicieron maletas para continuar su peregrinar.

[10] El ministro de Estado, al embajador de España en Londres, Madrid, 30 de julio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2558.

Hacia España

Atento a las instrucciones recibidas, el 19 de agosto de 1914, Merry informó a sus superiores que Huerta había llegado a Bristol, y que casi de inmediato salió para España.[11] A la postre, este dato fue falso. Huerta permaneció algunos días en Londres. Algunas fuentes indican que estuvo 48 horas, o sean dos días. Sea lo que sea, todo indica que fue hasta el 24 de agosto que Huerta y su comitiva salió de Bristol en el vapor inglés *Miami*. En este frenesí surgió un dato revelador. La comitiva de 70 personas que originalmente acompañó a Huerta desde Jamaica hacia Bristol, se redujo drásticamente. Ya solo serían ocho las que lo seguirían hacia Santander, entre ellos el propio Huerta, su esposa, una de sus hijas, Blanquet, su esposa, su hija y C. Guzmán, que fungía como secretario, más otra persona sin identificar.[12] Merry lamentaba que no obstante que España era el país de su destino, Huerta y compañía no se hubieran presentado en la sede de su embajada, lo cual era lógico. Pero el ministro español agregó otro dato más: que durante su estancia en suelo inglés, Huerta evitó a todo trance que se supiera en qué casa u hotel se hospedaba.[13]

Al tener en claro que Huerta pretendía ingresar a España, el Ministro de Asuntos Exteriores, el marqués de Lema, determinó, que en caso de que fuera así, ninguna institución española lo agasajara, y la prensa se abstuviera de elogiarlo ya que causaría una pésima impresión entre los españoles que vivían en México. A continuación, vino la puntilla: el citado ministro, comunicó al gobernador de Guipúzcoa, que si acaso Huerta atracaba en algún puerto de esa comunidad, se le insinuara "discretamente que el Gobierno de S.M. vería con gusto [que] no estableciese su residencia en España". Y sí Huerta insistía,

[11] El embajador de España en Londres, al ministro de Estado, Londres, 19 de agosto de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2558.

[12] El ministro de Estado al de la Gobernación de España en Madrid, San Sebastián, 21 de agosto de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2558.

[13] El embajador de España al ministro de Estado, Londres, 24 de agosto de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2559.

se le insinuara que existía la posibilidad de extraditarlo si lo pedía el gobierno constitucionalista presidido por Venustiano Carranza. Claro, ello dependía de que el mencionado gobierno triunfara y se consolidara.[14]

Ignorantes de tales directrices, Huerta, Blanquet, y sus familias, abordaron el buque *Miami* en Bristol para viajar a España. El 27 de agosto, por la mañana, el vapor inglés entró al puerto de Santander. Los viajeros desembarcaron sin toparse con contratiempo alguno, ni restricción gubernamental. Pero el diario madrileño *ABC* aportó un dato singular: que su equipaje fue revisado en forma escrupulosa. A continuación, Huerta y sus acompañantes se dirigieron a un hotel para descansar. Evidentemente, Huerta se sorprendió de la descortesía de las autoridades españolas quienes no le brindaron ningún trato especial. Olvidaron que durante su gestión protegió los intereses de los extranjeros sin distingo alguno, en especial de los españoles. Para su desgracia, los destrozos cometidos en la esfera de acción de los constitucionalistas, también le fueron achacados. Al ser identificado por los periodistas, lo interrogaron acerca de la situación de los españoles al calor de la revolución que sacudía a la población en México. Molesto por las preguntas mordaces, Huerta se expresó en forma tal, que algunos periodistas se retiraron del hotel. No soportaron los juicios que emitió. En realidad, la entrevista fue ríspida, al grado que intervino el cónsul de México para calmar los ánimos.[15] Es probable que salieran a colación las afectaciones a las propiedades de los españoles, o bien la versión de que supuestamente los calificaba de "pícaros".

[14] El ministro de Estado al ministro de Gobernación de Madrid, San Sebastián, 25 de agosto de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2558. También ver la comunicación del 21 de agosto de 1914, y la del 24 de agosto de 1914, en el mismo legajo. Además, ver a Lorenzo Meyer, *El cactus y el olivo*, México, Océano, 2001, p. 138.

[15] "El ex presidente Huerta", en *ABC*, Madrid, 28 de agosto de 1914, p. 16.

Porfirio Díaz y el trato de ex jefe de Estado

Huerta no ignoraba que tres años antes, rumbo al destierro en Francia, Porfirio Díaz también provocó reacciones encontradas en su paso por la "madre patria". Al atracar el vapor *Ipiranga* en el puerto de Vigo, en junio de 1911, se realizaba un mitin obrero en el *Teatro Circo Emilia Pardo Bazán*, en La Coruña. Apenas se enteraron, los concurrentes se exaltaron, y se afirma que "el tirano de México fue anatemizado". En una de las mesas del estrado, colocaron un paño rojo, y un texto con grandes caracteres, que decía: "¡Muera Porfirio! ¡Odio al tirano!".[16] El suceso tuvo impacto en la prensa española. *El Liberal* editado en Sevilla, señaló que el mandatario mexicano llegó al puerto de Vigo en el vapor alemán *Ipiranga* con un séquito de veinte personas. Desde un día antes, circularon por toda la ciudad panfletos excitando al pueblo a repudiar al dictador mexicano. Temerosas de que algo le sucediera, las autoridades locales y portuarias tomaron severas medidas de protección. Entre ellas, enviaron al *Ipiranga* dos lanchas con gente armada para trasladarlo a tierra firme. Lo que buscaban era evitar que los manifestantes amargaran la estancia del visitante. Acompañados por el cónsul de México, las autoridades recibieron a Díaz con beneplácito.[17]

Pero eso no fue todo. Dos días más tarde, el 19 de junio de 1911, el ex presidente de México recibió los honores de jefe de estado. Fue recibido por el rey Alfonso XIII.[18] El 2 de abril de 1912, se repitió el recibimiento oficial. Porfirio Díaz viajó a Madrid y fue recibido nuevamente por el Rey de España. El diario *ABC* rememoraba que se trataba de un personaje singular, cuyo nombre estaba unido al progreso, a la prosperidad y, sobre todo, a la larga época de paz en México. El mismo

[16] "Tierra Gallega", La Coruña, España, 26 de junio de 1911, en Carlos Illades, *México y España durante la revolución mexicana*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1985, pp. 160-161.

[17] *El Liberal,* Sevilla, 17 de junio de 1911, citado por Rosario Sevilla Soler, "España y los revolucionarios mexicanos en la prensa andaluza: una visión condicionada", en *Comunicación, Historia y Sociedad*, Universidad de Sevilla, 2006, pp. 308-309.

[18] Rosario Sevilla Soler, *op. cit*., p. 309.

diario publicó una fotografía de Porfirio Díaz saliendo del Palacio real acompañado de su esposa.[19]

Naturalmente que Huerta estuvo enterado de tales sucesos. A Díaz lo recibieron con honores, y para él, las autoridades hispanas le recetaron el silencio total, además de que marcaron la directriz de ignorarlo. Abstenerse de cualquier signo de cortesía y deferencia. Incluso, hubo insinuaciones de que lo mejor era que se marchara de España. Pero Huerta no tenía muchas alternativas. Tarde o temprano, los Estados Unidos, quedarían inmersos en la contienda mundial, y Japón estaba muy lejos. De ahí que lo prioritario fuera reunir a toda su familia, la cual estaba desembarcando en diversos puertos. Decidir en qué ciudad instalarse, y esperar.

Hacia Cádiz

Como se ha señalado, Huerta y Blanquet arribaron al puerto de Santander el 27 de agosto, y al día siguiente se dirigieron a Madrid. Por qué esta afirmación. El diario *ABC* citaba que los citados personajes llegaron a Madrid por la mañana. La misma fuente afirma que únicamente pasaron una noche en esta ciudad, y que el 29 se marcharon hacia Cádiz, en el tren llamado sudexpreso.[20] Por lógica, no tuvieron tiempo de reunirse con nadie. Por qué este continuo peregrinar. La explicación tiene que ver con que desde días antes, el 18 de agosto para ser exactos, había atracado en el puerto de la localidad, el vapor *Buenos Aires*, entre cuyos viajeros figuraba Víctor Huerta, uno de los hijos del ex mandatario.[21] Y lo mismo pudo haber sido el caso de Blanquet. Se sabe que su hijo, del mismo nombre, también salió del país, y aunque la prensa no menciona que viajara en el mismo barco, pudo haber

[19] "Huésped ilustre. El general Porfirio Díaz", en *ABC*, Madrid, 3 de abril de 1912, p. 6, y "Actualidades. El ex presidente Díaz en Madrid", en *ABC*, Madrid, 7 de abril de 1912, p. 1.

[20] "Noticias diversas", en el *ABC*, Madrid, 30 de agosto de 1914, p. 15.

[21] "Viajeros de Méjico", en *ABC*, Madrid, 19 de agosto de 1914, p. 17.

llegado en él. Ambos, descendientes de quienes fueron los hombres fuertes de México, estaban a la espera de sus padres.

En tono de conmiseración, *El Diario de Barcelona*, en su edición del 2 de septiembre de 1914, afirma que, al llegar a Cádiz, Huerta y Blanquet con sus esposas, se hospedaron en el *Hotel Francés*, pero que casi de inmediato lo dejaron. Se trasladaron a una casa de huéspedes, pretextando falta de recursos. Huerta tomó para él, su esposa, y su hijo recién llegado, dos habitaciones, pagando lo que llamaba "12 duros" diarios, por un mes, incluida toda la asistencia. A su vez, Aureliano Blanquet, tomó otra habitación, pagando la mitad.[22] Pero la información no fue del todo verídica. Únicamente pasaron una o dos noches ahí. El mismo diario *ABC* asegura que el 4 de septiembre de 1914, los generales Huerta, y Blanquet, abandonaron Cádiz y se dirigieron a Madrid. Sucede que había desembarcado en Santander, otro de los hijos del primero, Jorge, al igual que otros mexicanos.[23] Llegó en el vapor *Olympia* junto con su esposa Berta Sada y cuatro menores de edad.

[22] "El general Huerta", en el *Diario de Barcelona. Edición de la mañana*, Barcelona, 2 de septiembre de 1914, p. 11816.

[23] "El ex presidente Huerta", en *ABC*, Madrid, 5 de septiembre de 1914, p. 17.

Otros fugitivos

No todos los fugitivos salieron del país en el crucero *Dresden* y en el *Breslau*. El *Bristol*, señalado por la prensa como uno de los vapores en que se refugió la familia de Huerta en Puerto México, no fue utilizado.[1] Sirvió como sala de espera y nada más. Todo indica que el núcleo huertista más importante abordó el *Buenos Aires*, detectado por la prensa mexicana, la cubana en su paso por la Isla, y la española, al atracar en Cádiz. El segundo grupo, abordó el *María Cristina,* e incluso el *Alfonso XIII* y el *Espagne*. Salvo en contados casos, la prensa mexicana fue prolija en señalar los nombres de quienes huyeron del país, pero no el vapor utilizado.

El vapor *Buenos Aires*

El 23 de julio, el vapor *Buenos Aires* fue detectado por la prensa en Veracruz a punto de hacerse a la mar. Zarpó casi a la par que el *Dresden*. En él viajaban otros personajes vinculados a Huerta.[2] Uno de ellos, José María Lozano, agraciado por Huerta con la cartera de Instrucción Pública y Bellas Artes, y luego la de Comunicaciones y Obras Públicas. Para salvar el pellejo, el 18 de mayo de 1914, se dirigió al presidente de

[1] "Curiosos detalles sobre el viaje del general Huerta", en *El País*, 21 de julio de 1914, p. 1.
[2] "Hoy saldrá el señor general Rubio Navarrete", en *El País*, 23 de julio de 1914.

la República para comunicarle que renunciaba al cargo de secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, con carácter irrevocable:

> En las condiciones por que atraviesa el país, en estos dolorosos momentos, juzgo que el patriotismo más elemental me impone el deber de facilitar la magna tarea que corresponde al señor Presidente, dejándolo como desde ahora lo dejo, en la más amplia libertad para elegir en mi lugar un consejero, de acuerdo con las nuevas orientaciones y tendencias de la opinión pública.
>
> Tal es el motivo de esta renuncia, a la cual acompaño mis más fervientes votos por el éxito de la República y de su Gobierno, así como la expresión, no como simple frase de protocolo, sino como exteriorización de un sentimiento tan profundo como arraigado de mi gratitud personal al señor Presidente, con quien tan obligado me encuentro por las reiteradas e inmerecidas atenciones que me dispensó, sin yo merecerlas, en correspondencia de las cuales le protesto mi adhesión personal, sin condiciones de ningún género.[3]

Pero Lozano no salió inmediatamente de la ciudad de México. Dejó pasar más de dos meses para dirigirse a Veracruz, y abordar el vapor *Buenos Aires*. Fue demasiado tiempo, lo cual induce a sospechar que le urgía desvincularse de Huerta. Por consiguiente, fue testigo de la debacle del régimen, del cual fue pilar sólido.[4] El 25 de julio, el *Buenos Aires* tocó el puerto de La Habana.[5] El último día de julio, la prensa cubana hizo una reseña detallada. Aseguró que el citado vapor había atracado en el puerto de La Habana procedente de Puerto México y Veracruz, causando una expectación casi tumultuaria entre los reporteros al enterarse que viajaba un grupo importante de huertistas que huían en desbandada. Para su sorpresa, descubrieron a Víctor Huerta,

[3] "Por qué renunció el señor ministro Lozano", en *El Imparcial,* 23 de mayo de 1914.

[4] "Naderías políticas", en *El País*, 31 de julio de 1914, y "Llegada de prominentes mexicanos del elemento huertista", en el *Diario de la marina*, Cuba, 31 de julio de 1914.

[5] "Mejicano pesimista", en el *Diario de la marina*, Cuba, 26 de julio de 1914.

uno de los hijos del ex presidente de la República. La prensa cubana decía que Víctor Huerta ostentaba el grado de Mayor del ejército federal, y que había ocupado un cargo importante en la secretaría de Guerra. El citado militar iba en compañía de su esposa rumbo a Nueva York. Ante las preguntas de los reporteros, contestó que su intención era viajar a España para reunirse con su padre, y luego se negó a hablar. Se encerró en su camarote para evitar ser captado por alguna máquina fotográfica. La prensa cubana resaltó que por su aspecto modesto nadie creía que se tratara del hijo de quien fuera presidente de México.[6]

También viajaba en el *Buenos Aires* Guillermo Rubio Navarrete, supuestamente comisionado por el presidente Francisco S. Carbajal, para viajar a Francia para adquirir armamento y material de guerra, y su hermano, Agustín de los mismos apellidos. Obviamente que la citada comisión era un embuste. Francisco S. Carbajal no podía otorgar comisiones de ninguna clase cuando apenas se estaba sentando en la silla presidencial. Asimismo, se dijo que Juan A. Hernández, el gobernador de Puebla, viajaba a Italia en comisión militar; un supuesto general José Simón, quien afirmó viajar comisionado a Europa; el obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca, de viaje a Europa para curarse una afección de la vista; Manuel Vidaurrázaga, ex secretario particular del que llamaban vicepresidente de México, Aureliano Blanquet. Por cierto, al ser interrogado sobre la situación que privaba en México, se negó a hablar. A la lista se agregarían Ricardo Gómez Robelo, que fue Procurador General de la República; Jesús T. Acevedo, ex administrador General de Correos; Luis del Toro, director del diario *El Independiente,* diario que se hizo de fama gracias a que difundió las corridas de toros donde participaba Rodolfo Gaona; Nicolás Bencochea, redactor de *El Imparcial,* y Miguel Quiroga, supuestamente hijo de un célebre escritor. Debido a que otros viajeros se cambiaron el nombre, iban mal vestidos, negándose a comentar las razones de su viaje,

[6] "Llegada de prominentes mexicanos del elemento huertista", en el *Diario de la marina*, Cuba, 31 de julio de 1914.

no fueron identificados por la prensa cubana. Para la citada prensa, era obvio que todos habían salido de México en forma precipitada.[7]

En sus *Memorias*, Nemesio García Naranjo narra que su salida del país coincidió con la de un gran número de partidarios de Huerta. A bordo del vapor *Buenos Aires*, García Naranjo observó que muchos pasajeros desembarcaron en La Habana, pero él continuó el viaje ya que su plan era quedarse en Nueva York. Durante la travesía supo que José María Lozano, Jesús Acevedo, y Ricardo Gómez Robelo harían lo que llamaba viaje completo. Esto es, que cruzarían el océano para instalarse en Europa. Al descender del buque en Nueva York, el general Luis E. Torres hizo un comentario sarcástico sobre quienes continuaron el viaje hasta el Viejo Mundo: "Son los más ilusos de esta peregrinación, porque creen que van a regresar a México muy pronto, y por eso se preparan para retornar con rapidez" (García Naranjo, 1962: 45). Hacia dónde se dirigía Gómez Robelo, al igual que José María Lozano, Jesús Acevedo, y otros: hacia España.

De estos fugitivos, algunos no dejan de llamar la atención. A la caída de Huerta, Gómez Robelo dejó su cargo de Procurador General de la Nación, y como otros muchos, salió del país para evitar caer en manos de los constitucionalistas.[8] Con Victoriano Huerta, Jesús T. Acevedo ocupó la Dirección General de Correos, recayendo sobre él las sospechas de realizar el espionaje postal contra los constitucionalistas. El señalamiento fue brutal, y para evitar represalias, se embarcó en el *Buenos Aires* junto con lo más granado del personal huertista. Se sabe que se radicó en Madrid, en la calle de Torrijos, en el mismo edificio donde vivían Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán. Héctor Perea afirma que por las tardes realizaban dramatizaciones pictóricas, o "cuadros plásticos", inspirados en los clásicos españoles del Museo del Prado. Asimismo, el trío asistía a las corridas de toros con la intención de vender las acuarelas de Acevedo (Perea, 1996: 365).

[7] *Loc. cit.*

[8] "Renunció el licenciado Gómez Robelo", en *El País*, 17 de julio de 1914.

El diario *ABC*, editado en Madrid, señaló que el 18 de agosto de 1914 había anclado en Cádiz el vapor *Buenos Aires*, procedente de Veracruz, con escalas en La Habana y Nueva York, sin provocar mayor alboroto. En él arribaban algunos integrantes del gabinete de Huerta, así como numerosos partidarios:

> Ha fondeado hoy en estas aguas el trasatlántico *Buenos Aires*, procedente de Veracruz, con escalas en la Habana y Nueva York.
>
> Al zarpar de Veracruz quedaba allí, sin novedad, nuestro *Carlos V*. El segundo médico de este crucero, señor Ariza, viene con licencia.
>
> Y entre otros muchos pasajeros, han venido, para esperar en Europa el desenlace del conflicto mexicano, el obispo de San Luis Potosí, don Ignacio Montes de Oca, y el general Juan Hernández, ex gobernador de Puebla, muy amigo de Huerta y uno de los pocos que acompañó a éste hasta que embarcó en el vapor *Dresden* para Jamaica.
>
> Acompañan al general Hernández una hija soltera y otra casada con un hijo de Huerta, llamado Víctor, quien ha negado con frases de indignación la especie de que su padre marchase "lleno de dinero", y ha dicho también que, según radiograma que en el propio vapor *Buenos Aires* ha recibido, el ex presidente se le reunirá ahora en Santander.
>
> Viene asimismo en el *Buenos Aires* don Guillermo Rubio Navarrete, reputado como el mejor militar de México, que va agregado al Ejército francés. Este coronel mandaba el Ejército federal que operó en el Norte de México, y ha ganado muchos combates.
>
> Dice que los revolucionarios son turbas de bandidos, y que él jamás entrará en pactos con los villistas ni con los carrancistas, y que si las Cámaras eligieran un presidente de este matiz, él se retiraría para siempre del Ejército de su país.
>
> Por último, figuran también en el pasaje del *Buenos Aires*, don José Lozano, ex ministro de Comunicaciones; don Jesús Acevedo, ex director general de Comunicaciones, y su señora; don Manuel Vidaurrázaga, secretario particular del ex ministro de la Guerra Blanquet; el coronel Posada Ortiz, ayudante del general Huerta, y don Ricardo Gómez Robelo, procurador general de la República.

> En Nueva York desembarcaron el ex ministro de la Gobernación don Ignacio Alcocer, el de Instrucción Pública y Bellas Artes, don Nemesio García Naranjo y el secretario de la Cámara de Comercio.
>
> El viaje del *Buenos Aires* ha sido feliz. Cerca del cabo de San Vicente, un crucero inglés pasó cerca. El trasatlántico izó su bandera y el crucero saludó. Poco después dio vista a otro crucero francés.[9]

El diario *ABC* concluía su nota señalando que casi de inmediato, el vapor *Buenos Aires* levó anclas para dirigirse a Barcelona.

El vapor *Espagne*

El 10 de julio de 1914, el vapor francés *Espagne* yacía atracado en los muelles de Veracruz listo a prestar sus servicios a quienes lo solicitaran.[10] Naturalmente que clientes no le faltaron. Argumentando diversos pretextos, reales o ficticios, más y más funcionarios huertistas se alistaban para abandonar el país en este vapor. En algunos casos, las razones esgrimidas por los funcionarios suenan razonables, pero en otras, no. Por ejemplo, Adolfo de la Lama, secretario de Hacienda y Crédito Público, anunció el 9 de julio de 1914 que viajaría a tierras europeas para cumplir una importante comisión financiera. Según *El Imparcial*, el propio Huerta confirmó la veracidad de la noticia. Agregó que De la Lama permanecería el tiempo estrictamente necesario en el Viejo Mundo, y regresaría a México. Cuando se le pidió mayor precisión sobre la comisión, Huerta señaló que se trataba de acelerar el cumplimiento de varios contratos firmados con casas europeas. De la Lama se trasladó a Veracruz para abordar el vapor *Espagne*. Pero al día siguiente, *El Imparcial* dio otra versión. Señaló que, en realidad, el ministro De la Lama viajaba a París debido a que su esposa estaba delicada de salud, y buscaba ayuda médica, lo cual dejaba en el aire,

[9] "Viajeros de México", en *ABC*, Madrid, miércoles 19 de agosto de 1914, p. 17.

[10] "El licenciado de la Lama marchará rumbo a Europa", en *El Imparcial*, 9 de julio de 1914; *Diario de la marina*, 12 de julio de 1914.

la primera versión de su viaje.[11] Al llegar a Veracruz hizo una declaración un tanto retadora: que Huerta no tenía la menor intención de renunciar. Al llegar al muelle, una lancha lo esperaba para trasladarlo al vapor *Espagne*. Al ver que tenía una bandera extranjera, la rehusó diciendo que solo se trasladaría en una embarcación con bandera mexicana. Un oficial de la marina le hizo ver que en Veracruz ninguna lancha tenía bandera mexicana. Ante ello, no tuvo más remedio que aceptar.[12] Instalado en el vapor francés *Espagne*, Adolfo de la Lama se enteró que Huerta había renunciado a la presidencia de la República, al igual que todos los integrantes del gabinete presidencial, y que él no lo había hecho. Para resolver el problema, el 16 de julio de 1914 envió la suya por telegrafía inalámbrica.[13]

El día once de julio llegaron a Veracruz más personas vinculadas a Huerta, entre ellas los hermanos Joaquín y Mario Maass, y Felipe Fortuño Miramón, con sus respectivas familias. Este último dijo que se dirigía a Oviedo, España, comisionado por la Secretaría de Guerra y Marina, para visitar una fábrica de armas, entre cuyos accionistas figuraban los señores Noriega, miembros muy conocidos de la sociedad española de la capital de la República.[14] De Mario Maass, ex subsecretario de Industria y Comercio, se dijo que viajaba comisionado para "asistir a la recepción de armas en el Japón". A su vez, Joaquín iba en viaje de placer.[15] Lo notable es que salieran con sus respectivas familias. Su plan era abordar el *Espagne*. A Cólogan le llamó la atención la salida del país de los hermanos Maass, y echó pestes sobre Joaquín,

[11] "Hoy saldrá el señor licenciado Adolfo de la Lama", en *El Imparcial*, 9 de julio de 1914.

[12] "Otro ex ministro en Veracruz", en el *Diario de la marina*, Cuba, 12 de julio de 1914.

[13] "Envió su renuncia el señor licenciado A. de la Lama", en *El País*, 18 de julio de 1914; "La renuncia de De la Lama", en *El Radical*, 20 de julio de 1914; "La expatriación de los huertistas por los puertos de Veracruz", en *El País*, 16 de julio de 1914; "El texto de la renuncia del ex ministro de Hacienda", en *El Imparcial*, 24 de julio de 1914, y "Otro ex ministro en Veracruz", en el *Diario de la marina*, Cuba, 12 de julio de 1914.

[14] "La expatriación de los huertistas por los puertos de Veracruz", en *El País*, 16 de julio de 1914.

[15] "¿Quién es el verdadero asesino de Madero?", en *Diario de la Marina*, Cuba, 15 de julio de 1914; y "La expatriación de los huertistas por los puertos de Veracruz", *El País*, 16 de julio de 1914.

del cual dijo que fue ascendido vertiginosamente de capitán a general de división, lo cual le permitió convertirse en millonario, al igual que sus hermanos.[16] Al tratarse de piezas mayores, el 13 de julio de 1914, el comandante del vapor español *Carlos V*, transmitió al ministro de Marina de España, que justo este día había levantado anclas el vapor francés *Espagne* llevando a bordo a los ministros de Hacienda, Adolfo de la Lama, y al ex subsecretario de Comercio, Mario Maass, además de Joaquín del mismo apellido, sobrinos de Huerta, con sus respectivas familias.[17]

Vale la pena señalar que Felipe Fortuño Miramón tenía un largo historial. El 17 de octubre de 1914, el cónsul de Barcelona Inocencio Arreola, le informó a Juan Sánchez Azcona, que había llegado a Barcelona la familia Duret, y con ellos, el "famosísimo Fortuño Miramón", quejándose de que los constitucionalistas se habían apropiado de las casas de los caídos en desgracia.[18] Al hablar de la familia Duret, se refería a Concepción Miramón de Duret, y sus hijos, entre ellos, Felipe. Pero quién era este personaje. Se trataba del nieto del general Miguel M. Miramón, fusilado en 1867 en Querétaro junto con el general Tomás Mejía y el emperador Maximiliano de Habsburgo. Durante el huertismo, Felipe Fortuño jefaturaba una fuerza de Rurales dependiente, primero de la Secretaría de Gobernación, y luego de la Secretaría de Guerra y Marina. Durante algún tiempo, Fortuño Miramón operó en Tlalnepantla, lugar donde se dice, eran conducidos los reos políticos para ser sacrificados. Precisamente, Felipe Fortuño Miramón fue señalado como cómplice en el asesinato del diputado Serapio Rendón.[19] Otra versión es más directa. Señala que Serapio Rendón fue secuestrado y conducido en un automóvil a Tlalnepantla, donde el jefe de Rurales, Felipe Fortuño Miramón, lo asesinó (Fabela, 1962: 363).

[16] Cólogan al ministro de Estado, México, 25 de julio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2559.

[17] Comandante del *Carlos V* al ministro de Marina, Veracruz, 13 de julio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2559.

[18] Inocencio Arreola a Juan Sánchez Azcona, Barcelona, 17 de octubre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fols. 323-324.

[19] Sin remitente y sin fecha, en el AHDGE/SRE, expediente 16-17-142.

Al parecer, sus servicios fueron recompensados permitiéndole hacer varios negocios, entre ellos la compra de caballos para el ejército. Un informe consular agrega que sus socios en tales menesteres eran los hijos de Huerta y de Blanquet: Jorge Huerta y Aureliano Blanquet hijo.[20] Una indiscreción cometida por Fortuño Miramón trascendió y el público se enteró de su intervención en el referido asesinato.

El vapor *Alfonso XIII*

Hubo el caso de un alto funcionario que suena a franca deserción. A renuncia de José López Portillo al cargo de secretario de Relaciones Exteriores en mayo de 1914, el subsecretario, Roberto A. Esteva Ruiz se hizo cargo de la citada dependencia, pero su estancia fue fugaz. El subsecretario fue víctima del pánico y casi de inmediato buscó zafarse del cargo vía la renuncia. Al rumorearse que planeaba embarcarse en el *Carlos V* y refugiarse en España, Cólogan saltó. El primero de julio se comunicó con el comandante del vapor aludido para que, llegado al caso, se le negara tal posibilidad. No quería que él ni ningún otro personaje vinculado a Huerta se embarcara en un vapor de la Compañía Trasatlántica:

> México 1º. Julio. Comandante *Carlos V.* Veracruz. Ministro Interino de Relaciones Exteriores saliente tuvo la absurda pretensión ir en *Carlos Quinto* a Nueva Orleans, o ser alojado hasta salida *Alfonso XIII*. Se dice también Huerta saldrá esta noche. Suplico a V. S., negar decididamente hospitalidad o deferencia alguna a miembros o cómplices de este Gobierno evitando así graves consecuencias para compatriotas y saliendo de Veracruz si pudiera convenir como pretexto.[21]

[20] Sin remitente y sin fecha, en el AHDGE/SRE, expediente 16-17-142.

[21] Cólogan al ministro de Estado, México, 25 de julio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2559.

El 11 de julio, Esteva Ruiz abordó en la ciudad de México un convoy especial agregado al tren ordinario para dirigirse a Veracruz junto con su familia. Para justificar su viaje, adujo que portaba una misión oficial: agradecer a los gobiernos de Chile, Argentina, y Brasil, su mediación en el conflicto entre México y los Estados Unidos, en las conferencias del Niágara Falls por la invasión a Veracruz. Se difundió que en Veracruz abordaría un vapor francés rumbo a Europa, y de ahí, regresaría al Nuevo Mundo, a la Argentina inicialmente, y luego a los otros dos países.[22] No obstante la reticencia de Cólogan, el vapor que finalmente abordó fue el *Alfonso XIII*. Para el 20 de julio, el vapor de marras estaba de paso en La Habana.[23] Para esta fecha, Huerta había renunciado, y naturalmente que se enteró. En vista de lo sucedido, la misión de Roberto A. Esteva Ruiz carecía de sentido. La opción era regresar a México, o bien continuar el viaje. La opción elegida fue la segunda ya que la revolución triunfante lo tenía en la mira. Su plan era radicarse en Madrid, y ejercer su profesión de abogado.[24]

El vapor *María Cristina*

El día 16 de agosto de 1914, un mes después de la renuncia de Huerta, zarpó de Veracruz el vapor *María Cristina* rumbo al Viejo Mundo, con escala en La Habana, cargado de un número importante de civiles y eclesiásticos. Debido al número elevado de viajeros, casi todos tuvieron que compartir camarotes de cuatro camas. Al arzobispo de Guadalajara, Francisco Orozco y Jiménez, que viajaba acompañado de su secretario, el padre Gutiérrez Pérez, le tocó compartir el camarote con Francisco Chávez, el ex Inspector General de Policía de México y su ayudante o guarda espalda. Francisco Chávez se había ganado la fama de ser uno de los asesinos del régimen. Para el prelado y su ayudante, la compañía de los citados ex agentes policiacos les resultó aborreci-

[22] "Para Europa salió el licenciado Esteva Ruiz", en *El Imparcial*, 12 de julio de 1914.
[23] "El Alfonso XIII en Bahía", en el *Diario de la marina*, Cuba, 20 de julio de 1914.
[24] *Loc. cit*.

ble por sus hábitos y pésimas costumbres. En cambio, estos últimos se sentían ufanos de compartir el camarote con un prelado como Orozco y Jiménez y su acompañante. Como la travesía por el océano duró quince días, un lapso no precisamente breve, hubo necesidad de tratarse con cierta familiaridad. Quien resultó ser más extrovertido fue Francisco Chávez quien en un arranque de sinceridad, le declaró al arzobispo ser su ferviente feligrés y paisano ya que era nativo de La Encarnación, municipalidad de Jalisco (Camberos Vizcaíno, I, 1966: 273). El arzobispo y los ex policías desembarcaron el 2 de septiembre en Santander. El plan del prelado era viajar a Irún y seguir a la Costa Azul, en Francia, pero las autoridades civiles se lo impidieron por hallarse París amagado por las fuerzas alemanas. Fue entonces que abordó un tren con destino a la localidad llamada Limpias, donde el prelado se entrevistó con Gabriel Fernández Somellera, otrora presidente del Partido Católico Nacional. Viajó a Zaragoza y luego a Barcelona, ciudad a la cual también llegarían Francisco Chávez y su acompañante. Eso sí, viajaron cada quien por su lado (Camberos Vizcaíno, I, 1966: 276-277).

Al iniciarse el año de 1915, el cónsul de Barcelona, Inocencio Arreola, detectó la presencia en su demarcación, de Francisco Chávez, vinculado a varios asesinatos en México, entre ellos, el del poeta nicaragüense Solón Argüello. A propósito de su presencia en esta ciudad, Inocencio Arreola, dijo en forma festiva, que todo indicaba que a Huerta le había dado pulmonía, enfermedad que le impedía salir a la calle. Si salía a la calle, corría el riesgo de toparse con Chávez, quien con seguridad le pediría dinero. Como la tardanza en ver a Huerta lo tenía desesperado, Chávez amenazaba con hablar más de la cuenta. Esto es, difundir detalles sobre los crímenes que le achacaban. Para no perder detalles, Arreola comisionó a un agente de sus confianzas para que lo siguiera muy de cerca. Arreola se enteró que el ex Inspector General de Policía se reunía con varios ex militares huertistas, así como con algunos españoles, que sospechaba habían sido policías secretos a su servicio. Sin aportar más detalles, supo que a Chávez no

le agradó Barcelona, y que estaba a punto de embarcarse en el vapor *María Cristina*, sin saberse hacia dónde.[25]

Salvador Díaz Mirón

Según Edith Coues O'Shaughnessy, durante la gestión de Huerta, el poeta Salvador Díaz Mirón tuvo la osadía de amenazar la vida de su esposo Nelson, el encargado de negocios de los Estados Unidos en México. Su afirmación la hizo a mediados de febrero de 1914. Para demostrar su peligrosidad, mencionó que Díaz Mirón había matado a tres hombres, que otra persona a quien le disparó un balazo, andaba cojeando por la ciudad, y él mismo tenía un brazo lastimado. Lo calificó de anciano neurótico, violento, y excéntrico que, por cierto, en su juventud, escribió algunos de los versos más hermosos en idioma español. Aunque para la citada esposa del encargado de negocios, las amenazas del poeta no pasarían de eso, sugería de cualquier forma, que Díaz Mirón fuera internado en la Penitenciaría o en la cárcel de Belem (O'Shaughnessy, 2005: 204). Meses más tarde, a la debacle del huertismo, el poeta hizo pública su renuncia a la dirección de *El Imparcial* en los términos siguientes:

> Tendré que obedecer generosa orden que el Jefe de la Nación me dará oportunamente, y que justificará mi separación de *El Imparcial*, y dejará bien puesto mi honor. En previsión de recibir tal mandato –o de que el Primer Magistrado se ausente obligado por las circunstancias– renuncio a la dirección del diario mencionado.[26]

De inmediato, Díaz Mirón salió por tren de la ciudad de México, y al llegar a Veracruz, abordó el vapor *Reina María Cristina* que como se ha

[25] Inocencio Arreola a Juan Sánchez Azcona, Barcelona, 13 de enero de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fol. 24-25; asimismo, el mismo expediente, folio 30, con fecha 19 de enero de 1915.

[26] "Una renuncia y un voto de gracias", en *El Imparcial*, 18 de julio de 1914.

señalado, zarpó el 16 de agosto rumbo a España. Se dice que Díaz Mirón desembarcó en Santander, instalándose en una modesta pensión, y que su llegada causó expectación al grado que el cónsul de Barcelona, Inocencio Arreola, le telegrafió al agente comercial de Santander, pidiéndole que le informara de las actividades de cada uno de los que llamaba "huidos" que llegaban al puerto. Pero hubo una petición especial: que le informara de las conferencias dictadas por Díaz Mirón.[27] Es casi seguro que el poeta se reuniera con otros mexicanos tales como Rodolfo Reyes, Manuel Mondragón y Adolfo de la Lama.

El vapor *Olympia*

El 3 de agosto de 1914, el vapor *Olympia* atracó en el puerto de La Habana, y entre sus pasajeros figuraba Jorge Huerta Águila, su esposa Berta Sada, y cuatro menores de edad. Lo extraño es que también viajaban cuatro personas más con el apellido Huerta, sin saberse si eran o no familiares. Su destino era el puerto de Santander, en donde se reuniría días más tarde con su padre, Victoriano Huerta.[28]

Otros vapores y fugitivos

Hubo otros personajes sobre los cuales no se supo en qué vapor se trasladaron al Viejo Mundo. Es probable que haya sido en alguno de los vapores citados, pero no se tiene certeza plena. Salvo Concepción Miramón, una dama que aborrecía la anarquía reinante en México, aparecen varios de los personajes que se significaron por su calidad de mano ejecutora de los enemigos del régimen. En otras palabras: de asesinos.

[27] Inocencio Arreola a Juan Sánchez Azcona, Barcelona, 17 de octubre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fols. 323-324.

[28] Capitanía de Puerto, *Registro de Entrada de pasajeros, La Habana*, en el Archivo Nacional de La Habana, Cuba.

Concepción Miramón de Duret

El 25 de agosto de 1914, Federico Gamboa abordó un tren para dirigirse a Veracruz, y ahí se embarcó al destierro en los Estados Unidos y luego en La Habana. La novedad fue que en el tren colmado de pasajeros viajaba Concepción Miramón de Duret con la cual le unía una gran amistad. El plan de la señora era reunirse en Veracruz con su esposo Fernando Duret, y juntos marcharse a Europa, en concreto a España. En la conversación salió a colación que antes de salir de la ciudad de México, Concepción Miramón conversó con Luis Cabrera, amigo de su primer esposo, Leonardo Fortuño, para insinuarle que no afectaran sus propiedades. Asimismo, Concha Miramón lamentaba el odio de los constitucionalistas contra los caídos en desgracia expresado en innumerables atropellos. Concha Miramón narró que días antes, por el rumbo de los Llanos de Apan, le tocó presenciar un asalto en un tren de pasajeros. Un grupo de gente armada se subió al convoy y sacó con lujo de violencia a varios pasajeros, frente a sus esposas e hijos (Gamboa, 1995: 168). La señora no jugó papel alguno durante el huertismo. Más bien, no simpatizaba con la revolución, al grado que abandonó en forma temporal el país. Su hijo, el citado Felipe, ya estaba en España, y a los pocos días se reunirían.

Los asesinos del régimen

Desde las vísperas del triunfo de los constitucionalistas, circularon rumores sobre infinidad de asesinatos políticos ocurridos durante los años 1913 y mediados de 1914. En realidad, las listas que han circulado son ambiguas. Michael C. Meyer opina que el número total de víctimas puede alcanzar el centenar, pero al verificar los datos, el número se reduce, y a su juicio, es posible documentar con razonable certeza, treinta y cinco casos. Los nombres se repiten en la literatura revolucionaria, destacando los consabidos Francisco I. Madero, Pino Suárez, Belisario Domínguez, Abraham González, Serapio Rendón y el poeta Solón Argüello, entre otros (Meyer: 1983: 153-154). El mismo

analista afirma que con el paso de los días, varias de las personas supuestamente asesinadas, aparecieron sanas y salvas. De cualquier forma, se sabe que, sin esperar que los constitucionalistas llegaran a la ciudad de México, siete de los involucrados en algunos de los asesinatos ocurridos durante el huertismo, pusieron lo que se llama vulgarmente pies de pólvora, y se dirigieron a Veracruz para embarcarse rumbo a Europa. Sus nombres: Benjamín Camarena, Hernando Limón, Celso Acosta, Alberto Quiroz, Gabriel Huerta, los referidos Francisco Chávez y Felipe Fortuño Miramón.

Se ha señalado que Francisco Chávez salió en el vapor *María Cristina*, y Felipe Fortuño Miramón en el *Espagne,* pero sobre los cinco restantes no hay forma de determinar en qué vapor salieron del país. Lo que sí es probable es que salieran al igual que Chávez y Fortuño Miramón, en uno de tales vapores.

La historia de Benjamín Camarena resulta trágica. Fue el pionero en el terreno de los asesinatos políticos registrados durante el huertismo ya que estuvo involucrado en el de Abraham González, gobernador de Chihuahua. Al negarse a reconocer a Victoriano Huerta como presidente de la República, el 22 de febrero de 1913 se giraron instrucciones al general Antonio Rábago, jefe de la Zona Militar, para que aprehendiera al gobernador. Cumplida la orden, Abraham González fue obligado a firmar su renuncia, y el 6 de marzo, Antonio Rábago, ya convertido en gobernador de Chihuahua, entregó al prisionero a una escolta militar integrada por Benjamín Camarena, Hernando Limón y Federico Revilla. El tren salió de la ciudad de Chihuahua rumbo a la de México, pero después de pasar la Estación Horcasitas, Camarena y compañía se deshicieron del ex gobernador. Lo entregaron a una escolta del 5º Regimiento comandada por el capitán Manuel Rodríguez, quien sin más ni más le aplicó la ley fuga. Cumplida su tarea, cavaron una tumba y le dieron sepultura (Almada, 1964: 17-19). A la caída de Huerta, tanto Benjamín Camarena como Hernando Limón se apresuraron a salir del país. El 17 de julio de 1914 se difundió que Benjamín Camarena, ex Inspector General de Policía, y ex director de la Penitenciaría del Distrito Federal, viajaba a Londres comisionado

por la Secretaría de Guerra y Marina para estudiar todo lo relativo a la caballería inglesa.[29] Lo mismo sucedió con el general Hernando Limón. La misma secretaría giró la orden para que el citado general viajara a Europa para desempeñar una comisión de la cual no se dieron mayores informes.[30] Como en otros casos señalados, por las fechas, las comisiones eran una farsa. Al final de cuentas, ambos se exiliaron en España.

Debido a que no estaba dispuesto a perder la vida a manos de los carrancistas, el Inspector de Policía del Distrito Federal, Celso Acosta, salió del país y se exilió en España. Los sabuesos del cónsul Arreola reportaron que estuvo unos días en Barcelona, y luego se dirigió a San Sebastián. Lo sorprendente fue que en esta ciudad resultó ser el propietario de una casa. Como su esposa no tenía fortuna, ni tampoco él, sospechaba que la compró con dinero robado en México.[31]

Alberto Quiroz estuvo involucrado en uno de los crímenes más escandalosos del huertismo. La historia es más o menos la siguiente: en el segundo semestre de 1913, las críticas contra Huerta arreciaron, y uno de sus máximos detractores fue el senador Belisario Domínguez. El 23 de septiembre, el senador pidió la palabra para leer una declaración. El ataque fue temerario ya que llamaba a Huerta carnicero, sanguinario, y exigió deponerlo de la presidencia de la República. Una semana más tarde, Domínguez pidió autorización al Senado para trasladarse a las oficinas de la Presidencia y exigir la renuncia de Huerta. Como fue previsible, el Senado se lo negó, y Domínguez renovó sus ataques vitriólicos contra el régimen. El ocho de octubre de 1914, cuatro policías de la ciudad de México, cuyos nombres son Alberto Quiroz, Gabriel Huerta, Gilberto Martínez y José Hernández, irrumpieron en el cuarto del Hotel Jardín en que estaba hospedado el

[29] "Quiénes serán los militares que van a desempeñar comisiones en el extranjero", en *El País*, 17 de julio de 1914.

[30] Jorge Delorme y Campos a la Secretaría de Estado y del Despacho de Relaciones Exteriores, México, 22 de julio de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 308, fol. 102.

[31] Inocencio Arreola a Juan Sánchez Azcona, Barcelona, 13 de enero de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fols. 24-25.

senador, lo sacaron y trasladaron en un automóvil hasta el cementerio de Coyoacán. Aparentemente Quiroz y Martínez le dispararon y de inmediato lo sepultaron en una fosa previamente cavada. También se menciona que el segundo en disparar fue Gabriel Huerta (Fabela, 1962: 363; Meléndez, I y II, 1987: 122). Precisamente, Alberto Quiroz fue uno de los comisionados que acompañó a Huerta rumbo a España. De acuerdo con *El País*, al general Quiroz, a la sazón Inspector General de Policía, se le había encomendado estudiar el servicio de exploración y policía militar en Europa.[32] A la postre, Alberto Quiroz se casaría en Barcelona con Elena Huerta, la hija del ex presidente mexicano.

Tal como se ha señalado, en mayor o menor medida, Gabriel Huerta estuvo involucrado en el asesinato de Belisario Domínguez. En julio de 1914 salió del país, sin comisión alguna. Se ignora si estuvo en España, pero sí en Francia. El 16 de septiembre del mismo año, Luis Quintanilla lo tuvo frente a sí en París, al igual que a Guillermo Rubio Navarrete y Fernando González. No obstante ser un funcionario carrancista, sin más ni más, los visitantes le pidieron recomendaciones y pasaportes, los cuales les fueron negados.[33]

[32] "Quiénes serán los militares que van a desempeñar comisiones en el extranjero", en *El País*, 17 de julio de 1914.

[33] Luis Quintanilla a Juan Sánchez Azcona, París, 16 de septiembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, p. 287.

La ruptura entre Huerta y Blanquet

Como se ha señalado, no obstante que España fue uno de los países que en abril de 1913 reconocieron al gobierno de Huerta, a su llegada a España, el ex mandatario no fue objeto de ningún trato especial (Relaciones México-España, 1977: 504). El menosprecio, la indiferencia y la vigilancia fue el pan de cada día. Como se ha señalado, con el objeto de no tener problemas con Venustiano Carranza, el abanderado del ejército constitucionalista que se perfilaba como triunfante, las autoridades españolas le insinuaron a Victoriano Huerta, que en aras de las buenas relaciones entre España y México, lo más prudente era que fijara su residencia fuera de la península.[1] En resumidas cuentas: que se fuera a otro país. Utilizando un poco de sentido común, Huerta se dio cuenta que llevaba consigo un estigma, y que carecía de sentido continuar viviendo ahí, pero en realidad no tenía muchas alternativas. A dónde ir: a los Estados Unidos no le agradaba, y en Francia y Alemania, resultaba imposible a causa de la Primera Guerra Mundial. Permaneció ahí contra viento y marea, aunque existía el riesgo de que los constitucionalistas ya afianzados en el poder tramitaran su extradición y le cortaran la cabeza. Pero lo peor estaba por venir.

[1] El ministro de Estado al ministro de gobernación de Madrid, San Sebastián, 25 de agosto de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2558.

Los augurios de una crisis severa

Después del viaje a Cádiz, la mancuerna Huerta y Blanquet regresó a Santander para recoger a Jorge Huerta. Sobre la marcha, se instalaron en Madrid en el mismo hotel. A continuación, lo procedente era reunirse con los desterrados para comentar los destinos de México, sin descartar el montaje de un movimiento para vengarse de los constitucionalistas que no solo los echaron del poder, sino del país. A primera vista, la persona indicada para encabezar el movimiento era Huerta. Tuvo a su alcance a varias personas que formaron parte de su gabinete de los cuales ocho fueron secretarios, dos subsecretarios, sin considerar otras personas más de menor calibre en el aparato gubernamental, que vivían en San Sebastián, Barcelona, y Madrid mismo. El segundo personaje en importancia era Aureliano Blanquet, ex secretario de Guerra y Marina, acompañante de Huerta desde que salieron de México, pero sin saber qué pasó, empezó a mostrar una conducta extraña y vacilante. Un desagrado hacia su ex jefe. En San Sebastián vivía el general Manuel Mondragón, su primer secretario de Guerra y Marina, pero existía demasiado resquemor, y difícilmente hizo las paces con él. Un año atrás, Huerta le quitó el mando de la Secretaría de Guerra y Marina, y lo sacó del país, todo para poner a Blanquet en su lugar. Se ignora si Huerta lo buscó, pero lo más probable es que no haya sido así. Mondragón no olvidaba que lo culparon de las continuas derrotas del ejército federal, y expulsado no solo del gabinete, sino del país, lo cual tuvo lugar el 23 de junio de 1913. Asimismo, figuraba Rodolfo Reyes, promotor de la Decena Trágica, premiado con la Secretaría de Justicia, el cual después de una serie de fricciones con Huerta, dejó el gabinete. De paso, Huerta lo encarceló y sacó del país. A resultas de ello, Reyes se convirtió en su crítico más feroz, y volcó sus simpatías por Félix Díaz. Huerta tuvo a su alcance otros personajes aparentemente más dúctiles, pero le recetaron el mismo desdén. Adolfo de la Lama, que ocupó dos secretarías: la de Justicia y la de Hacienda; José María Lozano, titular de Instrucción Pública y Bellas Artes, y de Comunicaciones y Obras Públicas; Carlos Rincón

Gallardo, fugaz secretario de Agricultura y Colonización, puesto que fue designado en julio de 1914. Por último, figuraba Arturo Alvaradejo, secretario de Comunicaciones y Obras Públicas. A la lista habría que agregar dos subsecretarios: Roberto A. Esteva Ruiz, subsecretario de Relaciones Exteriores, y Mario Maass, de Industria y Comercio, de quien se tienen dudas de que se haya refugiado en España. Todo ello sin olvidar cerca de una veintena de funcionarios de nivel inferior como Ricardo Gómez Robelo, que fue Procurador General de la República, Eugenio Paredes, Tesorero General de la Federación, un gobernador del Distrito Federal, los comisionados militares, entre otros. Con ellas pudo reunirse como sucedió meses más tarde con los desterrados en los Estados Unidos, pero nada de ello sucedió.

Cuadro 2
Algunos funcionarios huertistas exiliados

Nombre	Concepto
1. Victoriano Huerta	Presidente de la República
2. Aureliano Blanquet	Secretario de Guerra y Marina
3. Manuel Mondragón	Secretario de Guerra y Marina
4. José Refugio Velasco	Secretario de Guerra y Marina
5. Rodolfo Reyes	Secretario de Justicia
6. Adolfo de la Lama	Secretario de Hacienda, y de Justicia
7. José María Lozano	Secretario de Instrucción Pública, y de Comunicaciones y Obras Públicas
8. Arturo Alvaradejo	Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas
9. Carlos Rincón Gallardo	Secretario de Agricultura y Colonización
10. Roberto A. Esteva Ruiz	Subsecretario de Relaciones Exteriores
11. Gral. Mario Maass	Subsecretario de Industria y Comercio
12. Gral. Ramón Corona	Gobernador del Distrito Federal
13. Ricardo Gómez Robelo	Procurador General de la República

Nombre	Concepto
14. Eugenio Paredes	Tesorero General de la Federación
15. Jesús T. Acevedo	Director General de Correos
16. Salvador Díaz Mirón	Director de *El Imparcial*
17. Francisco Chávez	Inspector General de Policía
18. Celso Acosta	Inspector de Policía del Distrito Federal
19. Felipe Fortuño Miramón	Jefe de Rurales
20. Liborio Fuentes	Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra, y diputado de la XXVI Legislatura Bis
21. Benjamín Camarena	Inspector General de Policía y Director de la Penitenciaría del Distrito Federal, y diputado de la XXVI Legislatura Bis
22. Alberto Quiroz	Inspector General de Policía (Jefe de la Policía de a pie)
23. Luis Fuentes	Jefe de la Gendarmería Montada o Jefe de la Policía Montada
24. Gral. Manuel Guasque	Inspector General de Policía, y diputado de XXVI Legislatura Bis
25. Gral. Juan A. Hernández	Gobernador de Puebla y consuegro de Huerta, y diputado De la XXVI Legislatura Bis
26. Javier de Moure	Comandante Militar de la Plaza, y diputado de la XXVI Legislatura Bis
27. Agustín Bretón	Gobernador de Morelos, y diputado de la XXVI Legislatura Bis
28. Manuel Vidaurrázaga	Secretario y agente confidencial de Aureliano Blanquet

Fuente: Elaboración propia.

Una hipotética reunión

Los meses en que Huerta y Blanquet hicieron mancuerna en México en la conducción del país, la convivencia diaria en barco al cruzar el Océano Atlántico, y el desembarco en el Viejo Mundo, hizo crisis. Una crisis que cundió entre todos los desterrados, que al final de cuentas,

liquidó la esperanza de Huerta de fungir como adalid de sus compatriotas en España. Qué sucedió. Es probable que haya habido una reunión un tanto secreta en Madrid en la cual intervinieron Manuel Mondragón, Rodolfo Reyes, Aureliano Blanquet, y otros integrantes del gabinete de Huerta, salvo este último. Analizaran la situación que atravesaba México, su situación personal, y concluido que no había más que dos opciones: quedarse quietos en España, o bien, intervenir en un movimiento contrarrevolucionario. Al inclinarse por la segunda opción, Mondragón, al igual que Rodolfo Reyes y Blanquet, opinaron que se necesitaba un ejército, y que el lugar indicado para formarlo era los Estados Unidos, o Cuba, pero jamás en España. Ahí no había suficientes mexicanos, y a los españoles no les llamaba la atención convertirse en mercenarios. Pero hubo otro factor inesperado. Tanto Mondragón como Rodolfo Reyes y Blanquet, adujeron que la única forma de triunfar era tener como caudillo a Félix Díaz, exiliado en los Estados Unidos. Lo expuesto no se puede verificar. No existe un documento escrito ni una declaración de los involucrados que lo insinúe.

La pregunta es: ¿por qué los ex secretarios de Guerra y Marina le dieron la espalda a Huerta, y optaron por jugársela por una persona como Félix Díaz, que militarmente no garantizaba gran cosa? La respuesta es simple: más que huertistas, eran felicistas. Para mayor desgracia, el abogado Rodolfo Reyes, el redactor del Pacto de la Embajada, desde meses antes, había puesto sus conocimientos al servicio de Félix Díaz, y en el futuro cercano, lo demostró con creces. Mondragón fue del mismo sentir. Los comisionados, básicamente militares, salvo algunos, no aparecieron por ningún lado. A todas luces, el huertismo de casi todos fue circunstancial. Se les había acabado. En estas condiciones, a Huerta sólo le quedaba una carta en sus manos: José Refugio Velasco, pero nada sucedió. A la renuncia de Huerta a la Presidencia de la República, su sucesor, Francisco S. Carbajal lo designó secretario de Guerra Marina. Como la revolución se tornó incontenible, a escaso un mes, todo se derrumbó. José Refugio Velasco pactó con los grupos revolucionarios la rendición de la plaza, la disolución del ejército federal, y luego se dirigió a Veracruz junto con el general Francisco Salido,

para embarcarse en el vapor *Alfonso XIII*.[2] El 19 de septiembre el citado vapor se hallaba en La Habana, y días más tarde, desembarcaron en Santander. Para entonces, Huerta estaba en Barcelona. El recién llegado sabía de sobra que Manuel Mondragón vivía en San Sebastián, y Blanquet en Madrid, pero al parecer, no los buscó. Razones desconocidas, pero poderosas, hicieron que José Refugio Velasco se aislara.

La ruptura con Blanquet

En la biografía que Roberto Gayón escribió sobre Blanquet, hizo una breve referencia sobre la ruptura con Huerta. Narra que, al llegar a Madrid, se alojaron en el mismo hotel, pero transcurridos unos cuantos días, sin razón de por medio, Huerta se fue a Barcelona, y Blanquet continuó en Madrid. Cada uno siguió un derrotero distinto. En forma paladina afirma que la intención de Blanquet era alejarse de las cuestiones políticas, que tantos sinsabores le habían causado, y llevar una vida tranquila. En seguida vino algo puntual:

> Al separarse allí del general Huerta habían quedado rotas de hecho las ligas de esa clase que con él le habían unido, no subsistiendo sino los lazos de una antigua amistad. Así se demostró en los intentos de una nueva revolución contra Carranza, que llevaron al Gral. Huerta a los Estados Unidos, y en los que ninguna injerencia quiso tener el Gral. Blanquet (Gayón, 1918: 88).

La versión es infantil y falsa. Blanquet tenía demasiadas ambiciones políticas y militares, y lo demostraría meses más tarde. En las *Memorias* de Huerta, apócrifas, por cierto, nada se dice sobre la ruptura (*Memorias de Victoriano Huerta*, 1957), ni en el libro biográfico sobre José Refugio Velasco (Ramos, 1960). Al parecer, Manuel Mondragón tampoco nada dijo. Todo quedó en el más absoluto misterio. Qué fue lo

[2] "Unos momentos con el valeroso general José Refugio Velasco a bordo del Alfonso XIII", en el *Heraldo de Cuba*, Cuba, 21 de septiembre de 1914.

que en realidad sucedió. Entrando en el terreno de las suposiciones, es posible desentrañar las razones de lo ocurrido. Para ello, es necesario remontarse a los días de la Decena Trágica. Ahí puede estar la razón de la ruptura entre Huerta y Blanquet, y la repentina indiferencia del resto de los otrora huertistas. El golpe de estado contra Madero fue montado por Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz, y el civil Cecilio Ocón. Puestos de acuerdo, contactaron a varios personajes descontentos con la administración maderista, entre los cuales figuraron Félix Díaz y Rodolfo Reyes. Al triunfar, el plan contemplaba sentar en la silla presidencial a Bernardo Reyes. Apenas estalló el movimiento, cayó muerto Bernardo Reyes. Al enterarse del cuartelazo, y herido el general Lauro Villar, defensor del Palacio Nacional, Madero designó a Huerta jefe interino de las tropas leales.

Pasados varios días, el embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, invitó a Félix Díaz, Huerta, y a Rodolfo Reyes, a la sede de la embajada. La reunión tuvo lugar el 18 de febrero, y se acordó que Huerta asumiría la presidencia de República en un plazo de setenta y dos horas, y que el gabinete sería felicista. Así, Manuel Mondragón fue agraciado como secretario de Guerra y Marina, Rodolfo Reyes, como Secretario de Justicia, y Félix Díaz quedó libre para iniciar su campaña presidencial para las próximas elecciones. No se fijó la fecha de las elecciones, pero se suponía que se realizarían dentro de unas cuantas semanas. A la postre, Francisco I. Madero y José María Pino Suárez fueron asesinados, y Huerta hizo tiempo para fijar la fecha para las prometidas elecciones presidenciales, y la candidatura de Félix Díaz se descarriló. Al mismo tiempo, Huerta quitó de su gabinete a Rodolfo Reyes, a Manuel Mondragón, y para calmar las ansias de Félix Díaz, lo envió de comisión al Japón. Para reemplazar a Mondragón, se hizo de los servicios de Aureliano Blanquet. En síntesis: el grupo promotor de la asonada militar forjado por Manuel Mondragón, secundado por Rodolfo Reyes, y Félix Díaz, fue desarticulado, lo cual generó demasiados resquemores.

Ya en el exilio en España, resucitaron las simpatías de Manuel Mondragón y Rodolfo Reyes por Félix Díaz. Blanquet fue del mismo

parecer, lo cual explica su ruptura con Huerta. Simpatías en gran parte alentadas por la figura de Porfirio Díaz que vivía en París. El hecho no pasó desapercibido para el resto de los exiliados, quienes optaron por aislarse y salvarse cada uno por su lado. A raíz de ello, sin Huerta como eje aglutinador, la mayoría de los exiliados vagaron en suelo hispano como auténticos parias, rumiando sus desgracias, sin incubar la menor ansia de venganza. Al parecer, el único que sí las incubó fue Huerta. Razones para pensar en esto último eran fáciles de deducir: se trataba de vengar el orgullo lastimado de ex presidente de la República. De un personaje formado en el arte de la guerra en el Colegio Militar, y que fue echado del poder y del país por aficionados. Quedarse tranquilo, e incrustarse en la sociedad española no le agradaba. Para un profesional de las armas, no resultaba fácil conseguir un empleo. Ciertamente que tenía otra opción. En el Colegio Militar se formó como ingeniero militar, y tuvo vasta experiencia en la construcción de caminos y carreteras, pero no le interesó. De ahí que en su mente campeara el montaje de un movimiento contrarrevolucionario, pero acaudillado por Félix Díaz, nunca. Tarde o temprano entró en contacto con algunos militares exiliados en los Estados Unidos, ex subordinados suyos, que comulgaban con sus mismas ideas. El principal, Pascual Orozco, que años atrás, le demostró suma lealtad. De los mexicanos que lo siguieron a España, incluidos los comisionados, cuyo paradero se ignora, el silencio fue total. Nadie le externó apoyo alguno.

Desencuentros entre México y España

Por siglos, fue común que la "madre patria" enviara miles y miles de súbditos a sus antiguas colonias ubicadas en el continente americano, y otros lares, pero no a la inversa. En forma sorpresiva, durante la revolución mexicana, el fenómeno se revirtió, y España, ubicada a unos 10 mil kilómetros de distancia, se convirtió en forma inesperada en el tercer santuario de huertistas después de los Estados Unidos y Cuba. Para cruzar el océano Atlántico, los fugitivos utilizaron barcos de distintas compañías, entre ellas de la Compañía Trasatlántica Española y barcos franceses. Un buen número de barcos llegaban a la península por el puerto de Santander, en el mar Cantábrico, y otros al de Cádiz. De ambos, el primero fue el preferido. De Santander, los viajeros se desplazaron a San Sebastián, a Madrid, Barcelona y otras ciudades. Por cierto, al estallido de la Primera Guerra Mundial, San Sebastián, ubicada a 20 kilómetros de la frontera con Francia, se convirtió en una de las ciudades más cosmopolitas de Europa.

En la mente de los fugitivos no era ajeno el hecho de que, en años anteriores, los españoles que abandonaban la península se desplazaban hacia sus antiguos dominios en América. Esa era la tónica. Entre 1906 y 1910, el 82.3 por ciento de todos los que salían de España, se dirigían a América; entre 1911 y 1915, la emigración se redujo ligeramente al 79.3 por ciento, pero entre 1916 y 1920, las cifras repuntaron al nivel del 88.3 por ciento. El español que abandonaba la madre patria,

por orden de importancia, prefería la Argentina, Cuba, México, Brasil y Venezuela.[1] México ocupaba el tercer lugar de sus preferencias. Los españoles que en tales años optaron por México, que los hubo, desafiaron el furor revolucionario. Las quejas por las afectaciones a sus propiedades, cuyo número crecía, no los amilanaron. Tampoco la aversión que hacia ellos propalaban Villa y Zapata.

Al fragor de la lucha armada en México, no pocos españoles resultaron afectados: hubo haciendas invadidas, saqueadas, y sus dueños vituperados, cuando no asesinados. Lo mismo sucedió con algunas fábricas textiles y comercios, sin que sus cónsules hayan podido hacer mucho en su defensa. A raíz de ello hubo una fuerte fricción diplomática, y las protestas en la prensa hispana estuvieron a la orden del día. El gobierno español hizo lo que pudo para atender a sus súbditos, pero no fue suficiente. Entre 1913 y 1914, tuvo que afrontar el grave problema militar que significaba la pacificación de Marruecos, y la violencia cercana en los Balcanes, entre búlgaros y griegos (Meyer, 2001: 117 y 129). De ahí que desde el ascenso de Huerta al poder en febrero de 1913, y aún antes, hubiera una gran cantidad de protestas de las autoridades españolas por la suerte que corrían sus súbditos en México.

Para suavizar la hostilidad que en España se advertía contra México y los mexicanos, el 2 de diciembre de 1913 atracó en el puerto de Santander el vapor *Alfonso XIII*, y entre sus pasajeros figuraba Félix Magaña, nombrado cónsul en la ciudad del mismo nombre. El reportero de *El Cantábrico* lo abordó para conocer su versión acerca de la situación política que México experimentaba a raíz del movimiento revolucionario, y por otro lado, las fricciones con los Estados Unidos. En tono triunfal, Magaña profetizó la rápida pacificación del país, y señaló que salvo durante la Decena Trágica, en México se respiraba un ambiente de tranquilidad, la gente llevaba a cabo una

[1] A. Blanes, E. Gil, y J. Pérez, *Población y actividad en España: evolución y perspectivas*, Colección de Estudios e Informes, núm. 5, La CAIXA, Caja de Ahorros y Pensiones de Barcelona, 1996, p. 47.

vida normal, y acudía a los espectáculos públicos sin temor alguno. Para el nuevo cónsul, la revolución estaba vencida lo mismo en el norte que en el sur, los negocios no se habían paralizado, las cosechas eran abundantes, y los precios de los artículos de consumo no habían sufrido la menor alteración. Las partidas rebeldes de Carranza y Villa estaban disminuidas y pronto desaparecerían, y todo sería más rápido si los Estados Unidos reconocía al gobierno del presidente Huerta. Lo que no se había podido resolver era la falta de brazos en el campo, pero confiaba en la llegada de extranjeros para impulsar los negocios agrícolas. A juicio de Félix Magaña, los extranjeros habían sufrido algunas pérdidas en sus negocios, pero los españoles eran los menos afectados. Además, eran muy estimados y ejercían una gran influencia en la esfera política. Quienes estaban siendo golpeados mayormente en los vaivenes de la revolución eran los mexicanos. Félix Magaña recomendó no hacer caso a las noticias alarmistas publicadas en la prensa hispana ya que no procedían de México. Procedían de entidades interesadas en desacreditar a México, el país más próspero y rico de América.[2]

Un ataque lapidario contra Huerta

Según *La Correspondencia de España,* en la primera semana de diciembre de 1913, unas 200 mujeres se presentaron en el domicilio de Huerta para hablar con él. Al no ser recibidas profirieron una sarta de amenazas y maldiciones en su contra. Su protesta se debía a que sus esposos habían sido enrolados en el ejército federal, y ellas habían quedado abandonadas y sin recursos para subsistir.[3] Al día siguiente, 9 de diciembre, el mismo diario publicó un ataque brutal contra Huerta. Lo hizo afirmando tres cosas:

[2] "Los asuntos de México", en *El Cantábrico*, Santander, jueves 4 de diciembre de 1913, p. 1.

[3] "La situación en México", en *La Correspondencia de España*, Madrid, lunes 8 de diciembre de 1913, p. 2.

Primero: que miles de españoles habían sido asesinados, robados o atropellados en una nación envuelta en la más espantosa anarquía.

Segundo: que los mexicanos vivían gimiendo sus desgracias bajo el yugo del indio Victoriano Huerta secundado por Venustiano Carranza, Francisco Villa, Higinio Aguilar, Emiliano Zapata, entre otros.

Tercero: el 16 de septiembre, durante la apertura de las sesiones ordinarias del congreso de la Unión, Huerta rindió un informe que causó suma indignación por el cúmulo de falsedades con que pretendía engañar a la nación mexicana, lo cual dio pauta a que el senador por Chiapas, Belisario Domínguez, lanzara una crítica descomunal.

Entre otras cosas, señaló que, durante su administración, Huerta no sólo no había hecho nada para pacificar el país, sino que la situación se había tornado infinitamente peor. La revolución se había extendido en casi todos los Estados de la República, y muchas naciones, antes amigas, se negaban a reconocer su gobierno. El crédito internacional estaba en agonía, la prensa amordazada o vendida, los campos estaban asolados, innumerables pueblos habían sido arrasados, el hambre y la miseria campeaba por todos lados, y amenazaba con cubrir todo el país.

Todo esto tenía una explicación: el pueblo mexicano no se resignaba a tener como presidente de la República a Victoriano Huerta, un soldado al cual Madero colmó de ascensos, honores y distinciones, y que, en forma hipócrita, le juró lealtad y fidelidad inquebrantable. Una vez que se apoderó del poder, su primer acto fue asesinarlo. Por ende, el desastre que se vivía en México era el resultado de los medios utilizados por Huerta para pacificarlo, que no eran otros que la muerte y el exterminio de hombres, familias y pueblos enteros. ¿Por qué hizo esto? Porque su lema fue: "la paz se hará, cueste lo que cueste". Belisario Domínguez se preguntaba: "¿Habéis profundizado, señores senadores, lo que significan estas palabras en el criterio egoísta y feroz

de don Victoriano Huerta?" A su juicio, estas palabras indicaban que Huerta estaba dispuesto a derramar toda la sangre mexicana, salvo la suya, y cubrir de cadáveres el territorio nacional. En su loco afán por conservar la presidencia, Huerta cometía otra infamia: provocar a los Estados Unidos con el fin de empujar a los mexicanos a tomar las armas para encontrar una muerte segura, salvo la suya, y la de Aureliano Blanquet, un dúo de seres desgraciados manchados con el estigma de la traición. Huerta violó de manera falaz la soberanía de los Estados al quitar gobernadores constitucionales y poner en su lugar gobernadores militares. A continuación, Belisario Domínguez pidió al senado de la República deponer a Huerta de la presidencia, por ser él contra quien protestaban los mexicanos levantados en armas. Huerta era el menos capacitado para pacificar el país, el máximo anhelo de los mexicanos. Se trataba de un soldado sanguinario y feroz, acostumbrado a asesinar sin piedad. Un impostor, un inepto, un ser malvado, que estaba llevando a la patria a la ruina. Para concluir, hizo un llamado de alerta: "El mundo está pendiente de nosotros, señores miembros del Congreso Nacional Mexicano, y la patria espera que la honraréis ante el mundo, evitándole la vergüenza de tener por mandatario a un traidor y un asesino".[4]

La respuesta de Francisco A. de Icaza

Todo esto llegó al conocimiento de Huerta, y algunos de sus allegados le insinuaron que el cónsul acreditado en Madrid, Francisco A. de Icaza, debía tomar cartas en el asunto y evitar la andanada de ataques adversos. El 27 de diciembre de 1913, Huerta llamó al ministro de Relaciones Exteriores, Querido Moheno, y le exigió que pidiera la renuncia de Francisco A. de Icaza. Huerta dijo que no entendía el porqué, si Icaza tenía prestigio y buenas relaciones en Madrid, no las hubiera utilizado para contrarrestar tales ataques, e impedir la

[4] "Un documento histórico. Cómo gobierna Huerta", en *La Correspondencia de España*, Madrid, martes 9 de diciembre de 1913, p. 1.

difusión de las versiones favorables a los revolucionarios (Flores, 2001: 243-244). Cuando Querido Moheno le pidió explicación sobre su supuesta pasividad, Icaza se defendió. Envió un oficio del gabinete del gobierno de Alfonso XIII en el cual se afirmaba que el ministro mexicano era una persona grata. Pero no sólo eso, sino que había protestado oportunamente contra lo publicado por los revolucionarios en algunos periódicos. Pero Icaza fue más allá: el 27 de diciembre de 1913, Icaza le comunicó a Huerta lo que sigue:

> Señor Presidente: [...] No sólo he influido directa e indirectamente en la publicación de los artículos aparecidos en la prensa española haciendo justicia a nuestro gobierno, sino que he logrado impedir –gratuitamente para México– la inserción de propaganda revolucionaria, a pesar del dinero que los insurrectos tienen en España destinado a este objeto (Illades, 1985: 186).

Victoriano Huerta recapacitó y le agradeció a Francisco A. de Icaza las gestiones que hizo ante el marqués de Lema para revertir la imagen negativa difundida en España sobre México. El 28 de enero de 1914, Huerta le espetaba:

> Con verdadera satisfacción he tomado nota de los esfuerzos de Usted para rectificar las inexactas noticias que se publican en contra de este Gobierno, y para propagar todas aquellas que favorecen el buen nombre de México; por ello quedo a Usted profundamente agradecido y espero, dado su reconocido criterio en el cumplimiento de sus altos deberes, y su buena voluntad para servir a su Patria, continúe Usted ayudando a la obra de la pacificación del país y a su prestigio.[5]

Francisco A. de Icaza cumplió esta y otras encomiendas presidenciales, y el 17 de febrero de 1914, Huerta le volvió a agradecer su labor

[5] Victoriano Huerta a Francisco A. de Icaza, México, 28 de enero de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fol. 13.

emprendida cerca del Ministerio de Estado para contrarrestar la campaña de los malos mexicanos obstinados en destruir a México. Asimismo, le hizo saber al cónsul, que se había dirigido a varios periódicos españoles considerados amigos de México, para que reprodujeran en sus páginas artículos objetivos e imparciales, y de esta forma, reafirmar el prestigio de México, tan agredido por sus enemigos torpes e irreflexivos.[6]

El diario *La Atalaya*

Desde finales de 1913 y principios de 1914, el diario *La Atalaya*, editado en Santander, emprendió una campaña feroz contra el gobierno de Huerta alegando innumerables tropelías cometidas contra los españoles en México. El 3 de febrero de 1914, el citado diario afirmaba que un día antes había entrado al puerto el trasatlántico español *Alfonso III*, cargado de compatriotas que regresaban de "aquella horrible cabeza de Medusa, en la que se enroscan y abren sus fauces cientos de serpientes". Los viajeros que arribaban a las costas españolas narraban historias de martirios y humillaciones sufridas por sus compatriotas en la anárquica república mexicana. En la indignación completa, denunciaba que no se podía consentir que en pleno siglo XX, se robara a los españoles el fruto del trabajo de toda su vida, así como que se les desvalijara, se les expoliara y se les asesinara.[7] A lo anterior, había que agregar una marcada xenofobia contra todo lo que oliera a español. Los comerciantes españoles se habían visto obligados a suprimir en los rótulos de sus negocios todo lo que indicara su procedencia, e incluso, ocultar su nacionalidad, lo cual era oprobioso e infamante. Hasta aquí las cosas, pero luego vino una afirmación descabellada: que "el número de españoles asesinados en

[6] Victoriano Huerta a Francisco A. de Icaza, México, 17 de febrero de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fol. 40.

[7] "Los españoles en México", en *La Atalaya*, Santander, 3 de febrero de 1914, p. 1

las haciendas mexicanas se [elevaba] a millones", versión que era falsa ya que nunca hubo millones de españoles en México.

Hubo un personaje sobre el cual *La Atalaya* descargó su ira. Se trata de Pancho Villa, calificado de indio feroz que recorría el norte de México seguido de su Estado Mayor integrado por asesinos e incendiarios. Su grito de guerra era ¡Duro con los pícaros! Así, al llegar a una hacienda propiedad de un español, ordenaba incendiarla hasta que quedaran solo cenizas, y a los ganaderos les incautaba miles de cabezas. Su salvajismo era tanto que en una hacienda cercana a Monterrey fusiló a un niño asturiano de once años, recién llegado de la península. Y con un gobernante como Victoriano Huerta, resultaba imposible poner un alto a personajes como éste. Carecía de las facultades adecuadas para gobernar un país, y para mayor desgracia, su única virtud, también era una extrema crueldad.[8]

Pero hubo otros factores que conspiraron contra de Huerta y los expatriados mexicanos. Un incidente sobre el cual existe cierta confusión, el cual contribuyó a crear suma hostilidad contra los mexicanos. Sucede que se señalaba a Huerta como culpable de ofender a los españoles. Cierto o falso, tuvo amplia difusión en la península ibérica. Según *La Atalaya*, durante un banquete celebrado el 3 de enero de 1914 en el Palacio Nacional de México, con la asistencia del cuerpo diplomático, del comandante del crucero español *Carlos V*, del representante de España, y varios oficiales, se registró un grave incidente. A la hora del brindis,

> [...] el ebrio presidente Huerta, y centelleándole sus ojos sanguinarios, se permitió decir: Yo no digo que todos los españoles sean unos pícaros, pero sí digo que todos los pícaros son de España.

Supuestamente, al escuchar esto, los representantes de Francia y Alemania se levantaron y se retiraron. Inicialmente estuvieron invitados un grupo de marinos, que por diversas razones no asistieron.

[8] *Loc. cit.*

Para *La Atalaya*, de haber estado ahí, Huerta habría tenido una respuesta fulminante.[9]

Para el secretario de la Legación de México en Santander, Vicente Veloz González, las tan comentadas palabras atribuidas a Huerta carecían de significación. Por lo demás, no se trató de un acto oficial, sino de una fiesta un tanto familiar que no tuvo lugar en el Palacio Nacional, sino en uno de los salones del Jockey Club. Se trató de un banquete ofrecido a Huerta por el nuevo Ayuntamiento de la ciudad de México y el gobernador del Distrito Federal. Al evento acudieron varios españoles, incluido Bernardo J. de Cólogan y Cólogan, y a la hora de los postres, salieron a relucir los vejámenes sufridos por los españoles en Chihuahua. Dado el carácter íntimo y familiar del banquete, Huerta dio unos golpecitos en la espalda de un español, y exclamó: "¡A los españoles no hay quien los mate! ¡Buenos pícaros están ustedes!". El tono fue de franca camaradería y jamás de agravio. Ninguno de los asistentes dio a las palabras de Huerta, un contenido agraviante, ni se retiró en señal de protesta.[10] Vicente Veloz González remató afirmando que Huerta, "el Jefe de Estado mexicano no era enemigo de los españoles". Y en caso de haber asistido los marinos, las cosas no habrían sido distintas. Su exquisita delicadeza y acendrado patriotismo estaba por encima de cualquier malentendido.[11] Por cierto, a la hora del brindis, los reporteros de los distintos diarios fueron sacados del restaurante, y no registraron las palabras que a la postre armaron tanto escándalo.[12]

A la par de la aclaración de Vicente Veloz González, el 4 de febrero, el cónsul de México en Santander, Félix Magaña Ramírez, se dirigió

[9] *Loc. cit.*

[10] "Los españoles en México", en *La Atalaya*, Santander, 4 de febrero de 1914, p. 1. Ejemplar en el AHDGE/SRE, expediente 343, p. 23.

[11] "Los españoles en México", en *La Atalaya*, Santander, 4 de febrero de 1914, p. 1. En una carta abierta titulada publicada en *El Correo de Asturias*, Asturias, del 12 de noviembre, se decía que "En México se asesina a los españoles".

[12] "El banquete de anoche en el Jockey Club", en *El Imparcial*, 4 de enero de 1914, y "El Ayuntamiento y el gobernador del Distrito ofrecieron un banquete al general Huerta", en *El País*, 4 de enero de 1914.

a Eusebio Sierra, director del diario *La Atalaya*, con el fin de aclarar más la situación por la que atravesaba el país. Insistió en que las noticias que llegaban a la península provenían de personas mal intencionadas. Le hizo ver que muchos españoles habían formado grandes capitales, lo que se había traducido en el bienestar propio y de sus familias, además de que siempre se les había recibido con cariño y hospitalidad. Para concluir, le aseguró que el gobierno mexicano se distinguía por velar los intereses de los extranjeros, lo mismo españoles que de otras nacionalidades, pero en especial de los primeros. Pero su perorata no tuvo éxito, y Eusebio Sierra lo contradijo. En *primer lugar*, expresó que de ninguna manera modificaría sus juicios ya que no eran producto de la imaginación, ni de una mente calenturienta. En *segundo lugar*, nadie ignoraba que en México se estaba derramando demasiada sangre de españoles, y que se les expoliaba no obstante su contribución al engrandecimiento del país. *Tercero*: en la montaña de la provincia de Santander, había muchas familias vestidas de luto porque uno o más hijos, habían resultado sacrificados durante la revolución mexicana; y otras más, cuyo patrimonio había sido pulverizado. Para Eusebio Sierra, su postura era la respuesta al dolor y sufrimiento de esas familias españolas. Para concluir, señaló que los hechos vandálicos registrados no solo eran una vergüenza para México, sino para toda la humanidad.[13]

Pero la controversia no quedó ahí. Es probable que, presionado por sus superiores, el 6 de febrero de 1914, el cónsul Félix Magaña Ramírez, le exigió a Eusebio Sierra, director del citado diario, que modificara sus juicios, a todas luces inexactos, acerca de lo que sucedía en México.

Primero: le aseguró que si desgraciadamente ocurría algún prejuicio contra los españoles, los mexicanos serían los primeros en lamentarlo.

Segundo: los puntos de vista expresados por *La Atalaya*, ofendían y difamaban al Jefe del Estado de un Gobierno, amigo de España.

[13] "Los españoles en México", en *La Atalaya*, Santander, 5 de febrero de 1914, p. 1.

Tercero: acorde a su función de cónsul de Santander, su obligación era difundir información cierta y veraz de lo que ocurría en México, sin el menor disfraz, sin exageraciones ni fantasías.
Cuarto: le manifestó que México y el gobierno español conocían perfectamente sus derechos y obligaciones.
Quinto: en franco tono de reto le preguntó si estaba dispuesto a rectificar los insultos vertidos en *La Atalaya* contra el Jefe de Estado de la República Mexicana, general de división Victoriano Huerta.

A continuación, Félix Magaña Ramírez le hizo varias preguntas concretas:

> ¿En España se admite sin son ni razón, por suposiciones, difamar e injuriar al Gobierno de una nación amiga? ¿A su Jefe Supremo? ¿Qué le parecería a usted, estimado señor, que la Prensa de México, de lo que no es capaz, hiciera algo parecido con el Gobierno muy honorable de este culto país? [14]

Eusebio Sierra contestó que su probidad periodística estaba fuera de duda, y que no perdería más el tiempo ocupándose de hechos ocurridos en México, irrebatibles, por cierto. En lo sucesivo, su diario se ocuparía de temas de mayor relieve e importancia. Juicios más graves se difundían en forma cotidiana en otros diarios, acerca de la revolución mexicana. Por ejemplo, el 4 de febrero de 1914, el diario el *Heraldo* publicó una nota de Luis Bonafoux afirmando que Huerta tenía una deuda de 25 000 pesos en una taberna mexicana por el consumo de bebidas alcohólicas.[15] Para terminar, afirmó de manera tajante, que en España no se difamaba sin razón, al jefe de una nación amiga, pero cuando el citado jefe asesinaba y reducía a los españoles

[14] "Otra carta del cónsul de México", en *La Atalaya*, Santander, 5 de febrero de 1914, p. 1.
[15] *Loc. cit.*

a la triste condición reportada en una circular del Casino Español de México, cabía el derecho de protestar por tamañas atrocidades.

Y mientras tales atrocidades subsistieran, *La Atalaya* mantendría sus juicios:

> Para que la prensa de México tratase en idéntica forma al jefe del Estado español sería preciso que aquí se robase y se asesinase a los mejicanos como allí se hace con los españoles. Mientras esto no ocurra como no ocurrirá para honra nuestra, el razonamiento del señor Magaña resultara incongruente.[16]

El 8 de febrero, el cónsul de Madrid, Francisco A. de Icaza intervino para aclarar la frase pícaros atribuida a Huerta. Lo hizo en forma inteligente con la intención de demostrar que se trataba de un embuste. El texto dirigido al ministro de Estado es el siguiente:

> [...] en México, como en todas partes, existe un protocolo y allí, como en todas partes también, únicamente los jefes de misión, embajadores, ministros y encargados de negocios asisten a los banquetes del Jefe de Estado; a los que no concurren cónsules ni vicecónsules. No ya un funcionario consular, sino un Encargado de Negocios, dada su procedencia, habría tenido en la mesa diplomática un sitio tan lejano del presidente de la República, que no se hallaría en condiciones materiales de escuchar la conversación de éste. Complétase la inverosimilitud, demostrando que quien inventó el cuento ignora, no sólo las prácticas protocolarias, sino las más rudimentarias formas de educación social, pues supone que en un banquete puede alguien, dejando en la mesa a quien lo invitó, y marcharse cuando le place, y que en el caso era nada menos que el Jefe de la nación, ante quien el imaginario cónsul estaba acreditado. Por supuesto que de ese cúmulo de incongruencias no hay la menor noticia en el Ministerio de Estado (Illades, 1985: 114-115).

[16] *Loc. cit.*

Pero lo peor estaba por venir. En el campo de operación de los revolucionarios, los destrozos contra los españoles y sus propiedades adquirieron mayor realce.

Hostilidad creciente

Como se ha visto, durante el huertismo hubo una marcada hostilidad entre México y España, sin que al ascenso de Carranza desapareciera, sino más bien se acentuó. En el periodo que corre de mayo a diciembre de 1913, hubo una docena de protestas de los españoles ante la embajada de España en Washington por los destrozos cometidos en sus bienes y propiedades en el norte de México. A primera vista, el número no fue alarmante. Pero a partir de marzo de 1914, en que Villa y sus huestes arrinconaron al ejército federal en Torreón, destrozándolo, y el 21 de abril, fecha en que los americanos invadieron Veracruz, la cosa se complicó. En enero y febrero hubo cinco protestas, pero entre marzo y mediados de julio se elevaron a 61, sin que Huerta pudiera hacer algo. Los destrozos continuaron con Carranza en el poder, e incluso se acentuaron. Villa y Zapata odiaban a los españoles, sobre todo el primero, lo cual se supo en la "madre patria".

Para arruinar el cuadro, hubo jefes locales o regionales que comulgaban con las mismas ideas. El 27 de agosto de 1914, un coronel llamado Gabriel R. Cervera, Jefe de la Guarnición de la Plaza de Salvatierra, Guanajuato, lanzó un decreto amenazante contra los españoles. Su contenido es tan sorprendente que resulta necesario reproducirlo:

> No siendo grata la permanencia de los súbditos españoles residentes en este Distrito, les hago saber que, dentro del término de *tres días*, contados desde esta fecha, deben salir del territorio del Distrito en el concepto de que a los contraventores se les juzgará militarmente. Y a fin de que los individuos aleguen IGNORANCIA sobre el particular, les será remitido un ejemplar del presente decreto del cual acusarán el recibo correspondiente.[17]

[17] "Ejército Constitucionalista. Brigada No. 24. Salvatierra, Guanajuato", en el AHDGE/SRE, legajo 343, fol. 230.

Cuadro 3
Reclamaciones de propietarios españoles del norte de México ante la Embajada de España en Washington (1913-1914)

1913	Número	1914	Número	Total 1913-1914
Mayo	1	Enero	3	4
Junio	1	Febrero	2	3
Agosto	3	Marzo	10	13
Noviembre	2	Abril	5	7
Diciembre	5	Mayo	22	27
		Junio	15	15
		1-14 de julio	9	
	12	Subtotal	66	78
		17-29 de julio	8	8
Total	*12*		*74*	*86*

Fuente: Cuadro formado con base a datos del Embajador de España a AMAE Madrid, L-2558, Anexo al Despacho número 321, Washington, 1 de agosto de 1914; y el expediente L-H2558, Anexo al Despacho 169, Washington, 1914. Tomado de Óscar Flores, *El gobierno de su majestad Alfonso XIII ante la revolución mexicana,* México, Senado de la República-Universidad de Monterrey, 2001, pp. 581-593.

A su vez, el 24 de septiembre de 1914, el gobernador y comandante militar de Puebla, el general brigadier Francisco Coss, de tinte carrancista, se convirtió también en el abanderado de la xenofobia contra los peninsulares. El rencor que privaba entre ciertos sectores de la población era tanto que publicó un decreto en el cual los atacaba en forma frontal, sabiendo que tanto los industriales textiles como sus principales empleados eran de esa nacionalidad. En su parte más importante, el decreto reza:

> [...] teniendo en consideración que, tanto en los Establecimientos fabriles como en los agrícolas, los operarios y peones han sido siempre, y siguen siendo víctimas del mal trato de los dependientes españoles, originando

con tal procedimiento el descontento general en el proletariado, implicando esto una injuria a nuestros compatriotas, y deseando el Gobierno que es a mi cargo, cumplir con una promesa de la Revolución Constitucionalista, que es emancipar a la clase proletaria de toda tiranía, en uso de las facultades de que me hallo investido, he tenido a bien decretar lo siguiente:

Artículo 1º. En los Establecimientos fabriles del Estado, no se admitirán dependientes de nacionalidad española, y en las Fincas Agrícolas del mismo, sólo se admitirán dependientes mexicanos.

Artículo 2º. Los que actualmente desempeñen cualquier empleo en los mencionados establecimientos, cesarán en el término de quince días, contados desde la publicación de este decreto.

Artículo 3º. Los dueños, Gerentes o Encargados de las Fábricas y Haciendas, cuidarán del exacto cumplimiento de lo dispuesto; en el concepto de que a los infractores se les castigará severamente con multas de quinientos a dos mil pesos.[18]

Enterado de semejante medida, un Carranza más moderado en cuestiones xenófobas, orquestó el cambio de gobernador. Francisco Coss dejó de firmar nuevos decretos y apareció la firma del general Cesáreo Castro, lo que implicaba un cambio de gobernador. En realidad, las protestas de los españoles que resultaron afectados en sus propiedades son incontables. En el Archivo Histórico Nacional, en Madrid, los seis legajos, bastante voluminosos, por cierto, que cubren el periodo 1913 hasta 1923, contienen multitud de quejas culpando ante todo a Francisco Villa de sus desgracias. La literatura disponible arroja algo parecido (Sevilla Soler, 2006: 299-339; Sevilla Soler, 2001: 597-612).

[18] "Departamento Ejecutivo. Secretaría General. El General Brigadier Francisco Coss, Gobernador y Comandante Militar del Estado Libre y Soberano de Puebla", en el *Periódico Oficial del gobierno constitucionalista del Estado de Puebla*, 29 de septiembre de 1914, núm. 27, p. 275.

La imagen de Francisco Villa

Una vez que Huerta dejó el poder y se exilió, para los españoles dejó de ser algo así como el enemigo público número uno, y su lugar fue ocupado por Francisco Villa, y en menor medida por Carranza y Zapata. El 5 de mayo de 1914, una persona que firmaba como Félix Fernández Vega, residente en Llanes (Asturias), publicó en el *ABC* de Madrid, un texto lapidario contra Francisco Villa. Para justificar sus juicios, hizo un repaso de su vida desde el momento que se sumó a las filas de la revolución. Recordó que Villa nació a la vida revolucionaria cuando Francisco I. Madero se rebeló contra la tiranía de Porfirio Díaz. Para Villa, un sujeto perseguido por la ley, el hecho tuvo gran significación, fue su salvación. Pero, Villa no abandonó su calidad de rufián. Siguió aferrado a su práctica basada en el rifle y las depredaciones. Madero fue un apóstol, en tanto que Villa, todo un chacal. Madero intentó implantar una revolución santa, en tanto que Villa, se empeñó en hundirla en un lodazal. Mientras que Pascual Orozco luchaba como todo hombre de honor, al amparo de las montañas, Villa acechaba los pueblos indefensos para aplastarlos. Al frente de una chusma integrada por ladrones de ganado, fugados de las cárceles, hampones y emigrados, incendiaba todo cuanto encontraba por su paso. Experto en el arte de la felonía, asolaba sin piedad, pueblos, haciendas, rancherías, violaba doncellas, asesinaba a gentes honradas y pacíficas. Su aparición en el horizonte auguraba actos tan siniestros, que para muchos habitantes había llegado el Apocalipsis.

Tras la caída de Ciudad Juárez en mayo de 1911, que marcó el fin del Porfiriato, Madero perdonó en forma caballerosa al general Juan J. Navarro, defensor de la plaza, pero Villa amenazó con sublevarse si no se le fusilaba. Triunfante la revolución, fue necesario licenciar a las fuerzas libertadoras, pero con las de Villa, las cosas resultaron complicadas. La orden de dejar las armas fue dictada hasta tres o cuatro veces, con la novedad de que tan pronto como recibían su paga o indemnización, sus secuaces volvían a lanzarse a la aventura. Por azares del destino, Pascual Orozco rompió con Madero y de inmediato se

hizo dueño de diversas plazas. Ante ello, Villa, quien odiaba a Pascual Orozco, se puso a las órdenes del gobierno para combatirlo. El secretario de Guerra y Marina, José González Salas, se alistó a combatirlo, pero sufrió una derrota tan estrepitosa, que se suicidó. Con los remanentes del ejército federal derrotado, en cuyas filas figuraba Villa, Huerta se aprestó al desquite. Como era previsible, Villa no cambió. Cuando la columna militar al mando de Huerta pasaba por un pueblo, Villa se rezagaba y lanzaba a sus hombres al saqueo. La indisciplina y los instintos criminales en toda su expresión. Enterado de ello, Huerta llamó a cuentas a Villa, lo increpó delante de sus oficiales, y lo amenazó con que si seguía en las mismas, le montaría un consejo de guerra. Furioso, Villa le estampó una bofetada a Huerta en el rostro. Para los ahí presentes, la negra historia del bandido había terminado, pero uno de sus secuaces telegrafió al presidente de México, pidiéndole que Villa fuera juzgado en México. Madero, firme creyente de la legalidad, lo salvó. Villa terminó recluido en la Penitenciaría de la que semanas más tarde se escapó misteriosamente. A partir de entonces, jugó un triste y lamentable papel en la tragedia revolucionaria.

Para Félix Fernández Vega, hacer una semblanza de Villa, puntal del carrancismo, bastaban dos palabras: ladrón y asesino. Sugirió hacer una corona juntando las hazañas más repugnantes de todos los bandoleros de camino real, de todos los tigres sanguinarios, y colocarla en la cabeza de Villa, quien la luciría orgulloso y con creces. Villa era un sujeto de manos parricidas y fratricidas, con cerebro de troglodita y corazón de hiena. Pancho Villa representaba el triunfo del puñal y de la tea. De una sola coz era capaz de derribar los mojones de la justicia, de la piedad, y del amor al hombre. Cuando cabalgaba sobre su caballo, dirigía sus ojos al horizonte y quedaba extasiado soñando con el incendio y la desolación. Cuando tenía sed, preparaba un brebaje en el cual mezclaba por partes iguales alcohol y las lágrimas de sus víctimas. Para rematar, afirmó que existían dos animales de cuya unión macabra nació el bandolero: el coyote y la víbora.

Después de lo dicho, Félix Fernández Vega se preguntaba: ¿quién sería capaz de loar, de ensalzar, de encumbrar la figura de este

bandolero? Las plumas honradas enrojecerían de vergüenza, pero la prensa norteamericana, no. Esta última lanzaría alabanzas etiquetándolo de héroe nacional, a la par que injuriaría a México. Lo mismo harían algunos diarios de la América española que tapizaban sus páginas con panegíricos que revolvían el estómago. Uno de ellos era el *Heraldo de Cuba*, que dio cabida en sus páginas a José Santos Chocano, al que llamaba judío errante, que embriagado por las hazañas de Villa, expresó:

> El retrato de Villa pone ante los ojos del observador una frente anchurosa, sobre la que el ventarrón de las acometidas ha de sacudir en el combate, a veces, el mechón napoleónico; una mirada aguilina, punzante, irresistible, como la que esgrimía, a manera de su mejor arma, el gran Simón Bolívar; una boca propicia para soplar una de las trompetas que derribaron las murallas de Jericó, como la que Danton perfilaba en el gesto de sus exaltaciones tribunicias. Frente napoleónica, mirada bolivaresca, boca dantoniana; interesante es tal cabeza, que pudiera ilustrar cualquiera página de los Orígenes de la Francia contemporánea.
>
> Decididamente, hay que admirar a este hombre. Está tocado por el Misterio. Está vestido por el Milagro. Está solicitado por la Gloria.[19]

Por qué Santos Chocano hizo esta apología. Muy simple. Para Félix Fernández Vega, el poeta fue expulsado de México, y en venganza puso por encima de todo lo humano a Pancho Villa. Pero Villa no era más que un reptil asqueroso, un ladrón y un asesino.[20]

Los españoles, "holgazanes"

El 12 de agosto de 1914, cuando Álvaro Obregón se alistaba para entrar triunfante a la ciudad de México, y propagar a los cuatro vientos el triunfo de la revolución constitucionalista, el diario *La Voz de la*

[19] "Figuras de la guerra. Pancho Villa", en el *ABC*, Madrid, 5 de mayo de 1914, p. 13.
[20] *Loc. cit.*

Patria, editado en Piedras Negras, Coahuila, difundió un artículo antiespañol, firmado por un tal V. K. Para aclarar su filiación política, confesó que era partidario de la citada revolución. A tambor batiente afirmó, que de entre todos los extranjeros que desembarcaban en las costas mexicanas, los españoles eran los más holgazanes y peligrosos, desde el famoso Hernán Cortés, ex celador de cerdos, convertido en 1520 en conquistador por obra y gracia del hambre que se dejaba sentir en España, hasta el último paisano de boina y alpargata que llegaba confundido entre los cajones de mercancías de Ultramar. Todos arribaban a tierra de conquista con humos de gran capitán. ¿Qué capital traían? La respuesta es nada. En su tierra natal nada tenían, ni la posibilidad de comer carne. ¿Una carrera profesional? Probablemente la de torero, analfabetas por lo general. O bien eran bailarines de café, o cómicos, embusteros o estafadores. De España no llegaban obreros calificados, escultores, pintores, ni profesionistas. Nada que oliera a gente de trabajo. Los que llegaban a México eran gente sin oficio que en las haciendas se convertían en capataces, especializados en manejar a los peones a base de latigazos, como si fueran bestias de carga. Al mismo tiempo, se especializan en robar parte del jornal de los peones bajo el disfraz de multas, como sucedía en las fábricas de cigarros. Su sueño dorado era casarse con una mexicana con dinero, aunque fuera divorciada o viuda; abrir un Montepío, para robar a todo hijo de vecino que tuviera la desgracia de caer en sus manos; abrir una tienda de abarrotes, negocio que conocían al dedillo. Una vez que acumulaban algunos miles de pesos, se largaban a disfrutarlos en su tierra, sin dejar nada en el país que les dio todo para calmar su hambre. Un país en el que vivieron sintiéndose conquistadores.

El autor del texto de marras se preguntó: ¿qué aportación habían hecho en México los españoles, desde la conquista hasta nuestros días? Un historiador del cual no se dio el nombre, tenía a flor de boca la respuesta: nada. De ahí que lo pertinente era que se largaran por cualquier puerto. Para V. K., el historiador no se equivocaba. Y precisamente a causa de semejante cuadro de cosas, la revolución triunfante estaba llevando a cabo una limpia de estos zánganos en

todo el territorio nacional, para dejar el campo abierto a extranjeros con una mentalidad distinta. La Argentina era un país floreciente y en pleno desarrollo gracias a los italianos. Su papel era fundamental en el comercio, la agricultura y la ganadería. En Chile la situación era similar. Se trataba de una nación poderosa, donde la inmigración alemana e inglesa contribuyó a convertirlo en el orgullo de América del Sur. Y lo mismo había sucedido en otras naciones donde los franceses, suizos, o personas de otras naciones, que no fueran españoles, aportaron su saber y su trabajo. Para concluir, el autor que firmaba con las letras V. K. expresó que ojalá el artículo 33, inscrito en la Constitución Política de 1857, fuera aplicado para salvarnos de los extranjeros que únicamente nos esquilmaban.[21]

Los mexicanos: bárbaros y salvajes

Pero la guerra sin cuartel entre México y España, naturalmente por medio de la prensa, continuó. Huerta había renunciado, y su sucesor en el poder, Venustiano Carranza tuvo que lidiar con ella. A mediados de noviembre de 1916, *La Campana de Gracia,* editada en Barcelona, lanzó un ataque lapidario contra México y los mexicanos, que seguramente retumbó en los oídos de Carranza y compañía. Un personaje llamado Ángel Samblancat publicó un largo artículo sorprendentemente agresivo. Resulta imposible seleccionar un párrafo central o medular ya que todo el artículo es incendiario. Por ende, reproduciremos gran parte del artículo. Ángel Samblancat afirmaba que en esos días se había celebrado en México una más de tantas fiestas tumultuarias:

> En su manera de expansionarse y de manifestarse, los mexicanos no han salido todavía de la prehistoria y de la prebarbarie, son una nación de pecarís o de antropopitecos, y si no chillan, si no pegan tiros, si no

[21] "Id a México, españoles", *El Cantábrico*, Santander, 11 de septiembre de 1914, p. 2. En un pie de página deja entrever que el historiador de marras fue Lucas Alamán.

cometen desmanes, les parece que no se divierten. Esta vez, como otras muchas, atracción presa del programa, el principal desahogo de esos antropófagos ha sido mueras a España, a los gringos y a los gachupines. Y menos mal que no les ha dado por pasar a cuchillo, por desmandolar a los compatriotas nuestros que tienen la desgracia de andar aún por allí. Será porque los han exterminado ya a todos, porque no queda ninguno por escabechar.[22]

Con una rabia inaudita, Ángel Samblancat destiló más veneno sin que Carranza, Sánchez Azcona, o Inocencio Arreola protestaran:

Esos americanos afrentan nuestro idioma. Ese México es la deshonra no solo de nuestra raza, sino hasta del linaje humano. México se halla actualmente mucho peor que antes de la conquista. Pues no eran poco más decentes los indios, aún los de las tribus apaches, que toda esta canallada de hoy. Si llega a sospecharlo Colón, no descubre a América.

Se comprende que nos maldigan y que nos odien los filipinos y los cubanos. El recuerdo de nuestras tropelías está fresco en aquellas islas. Weyler y Nozaleda aún no han muerto. La sangre de Rizal y de los estudiantes de La Habana todavía no se ha secado. Y Polavieja, el maldito, no ha dejado retoños. Pero los mexicanos, los malos hijos, los perversos descendientes ¿por qué nos aborrecen? Ellos son mucho más cerriles y montaraces que nosotros. El matonismo navajeño y el gladiodorismo taurino hacen más estragos allende que aquende el Atlántico. Aquí todavía no asesinamos a uno porque no nos guste la pipa en que fuma, como cuentan que hizo allá Díaz Mirón en los días de Porfirio, ni puede un taurómaca raptar impunemente a una niña y violarla como se dijo no ha mucho que hizo Gaona en su tierra. Los mexicanos son infinitamente más brutos que nuestros indígenas. Fuera de la capital, es difícil encontrar nadie que sepa leer. Y en algunas provincias no hablan: ladran.

[22] "Españas de allende. México", en *La Campana de Gracia*, Barcelona, 11 de noviembre de 1916.

> Este atraso es principalmente debido al odio que a nosotros, como a todo extranjero, nos tienen, y al estado de salvajismo afronegro en que el país ha caído. La revolución inicial ha sido deshonrada, ha sido ahogada en sangre y en robo, y aquel primitivo movimiento político social ha degenerado en un faccionalismo desconocido hasta ahora y en un bandidismo sin ejemplo. Lo de México no es una revolución. Es una anarquía, pero no de anarquistas, sino de criminales y bandoleros. Ni hay ideas. Todo son bestialidades desbordadas, bajas pasiones campantes y sueltas. Pandillas de asesinos señorean el país y hacen de él mangas y capirotes.[23]

Por norma general, agregaba, la tropa era reclutada entre la gente de la peor ralea, entre el peladaje, entre los mulatos más sanguinarios que en el total desenfreno asaltaban las casas que más les gustaban, echando a sus dueños a patadas a la calle, o bien a sablazos, y se instalaban en ellas. Lo mismo sucedía con los automóviles que les gustaban. Cuando estaban aburridos, jugaban el tiro al blanco contra cualquier mujer que veían en un balcón, o bien contra un comerciante que se hallaba en la puerta de su tienda. En el mejor de los casos, si en su camino se topaban con una persona y se les antojaba dispararle a los pies, lo hacían muertos de risa, sin importarles las congojas de la víctima. Cuando un carrancista necesitaba que le limpiaran las botas, llamaba a un chiquillo, y en lugar de pagarle el costo del servicio, lo acribillaba a tiros en la cabeza. Cuando, por desgracia, alguien censuraba al gobierno, antes de veinticuatro horas lo fusilaban o lo ahorcaban, previo despojo de cuanto llevaba. Ángel Samblancat afirmaba que era común que cuando una persona era atrapada por cometer algún delito, se le enterraba en un hoyo hasta el cuello. Le colocaban un fajo de cartuchos en la boca, y jugaban el tiro al blanco hasta que estallaran y le volaran los sesos.[24] Nada de esto se sabía en

[23] *Loc. cit.*
[24] *Loc. cit.*

Europa. Los llamados constitucionalistas, erigidos en triunfadores, impedían que esta realidad traspasara las fronteras. El texto no requiere mayores comentarios.

Un *cuplé* anticarrancista

Al despuntar el año de 1918, concretamente el 16 de enero, el ministro de México en Madrid, hizo una protesta formal ante las autoridades españolas debido a que en el Teatro o "Salón Pompeya", situado en la calle de Aduana, algunas integrantes del elenco artístico solían cantar un cuplé titulado "La Cucaracha", con tintes injuriosos para el presidente de México, Venustiano Carranza.[25] Inmediatamente las autoridades españolas comisionaron al Director General de Seguridad, José Bahamonde, para que investigara el meollo de la protesta. Cumplida su tarea, reportó que el bar o salón "Pompeya" no estaba situado en la calle de Aduana, sino en la de Hita número 4, que el aludido cuplé era originario de México, y que su principal difusora era una bailarina llamada Avelina García. Justo esa persona lo importó de México. Como el cuplé tuvo cierta aceptación, en los últimos días se cantaba en el salón "Chantecler" situado en la plaza del Carmen, y en el "Edén Concert", de la calle de la Aduana número 4. Pero además de Avelina García, el cuplé era cantado por Bella Flori y otras artistas más que habían transitado por Barcelona; y en Almería, su principal difusora era Lina de Lascar. La letra del dicho cuplé rezaba así:

> 1º. Allí viene Pancho Villa
> y viene con la Esperanza
> para romperle los morros
> al bandido de Carranza

[25] El ministro de Estado al Ministro de Gobernación de España, Madrid, 16 de enero de 1918, en el AHN-MADRID, legajo 2563.

Estribillo
La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar
porque no tiene, porque le falta
mariguana que fumar

2º. En la Puerta de una Iglesia
han escrito con carbón
aquí se pide pa Cristo
y no se dá ni pa Dios

Estribillo
La cucaracha, la cucaracha
ya no puede caminar
porque no tiene, porque le falta
mariguana que fumar
etc., etc., etc.[26]

Para el ministro mexicano resultaba intolerable que en el cuplé se tildara de bandido a Venustiano Carranza. Al analizar la letra de la "La Cucaracha", las autoridades españolas consideraron que efectivamente debía ser prohibida, y se giraron instrucciones para resolver el problema. Pero la aversión a México continuó, y el ministro de México tuvo que protestar nuevamente. El 12 de agosto también de 1918, afirmó que en varias salas cinematográficas de Barcelona se exhibía una película llamada *La Prisionera,* editada por la com-

[26] El Ministro de la Gobernación, Madrid, 18 de enero de 1918, en el AHN-MADRID, legajo 2563. En el texto se menciona la versión de *La Cucaracha* cantada por las tiples en Madrid y luego en Barcelona, la cual provocó las protestas de las autoridades carrancistas. Se trató de una versión adaptada por ellas mismas. Existen otras versiones, una de las cuales aparece en el libro de Armando de Maria y Campos, *El teatro de género chico en la revolución mexicana*, Cien de México, México, CONACULTA, 1996, pp. 197-202.

pañía Trasatlantic Films. En lo esencial, la película era altamente denigrante para México y para su gobierno, ya que tanto la película como los subtítulos utilizados dejaban traslucir las intenciones perversas del director.[27] Lorenzo Meyer agrega que el ministro español De Zayas intervino en la campaña difamatoria contra México. Sugirió disminuir la importancia de los escritores mexicanos residentes en España, ligados al carrancismo, como fue el caso de Amado Nervo y Luis G. Urbina, a quienes calificaba de "poetastros y literatillos completamente menospreciados" (Meyer, 2001: 197).

[27] El Ministro de Estado al Ministro de Gobernación de España, San Sebastián, 12 de agosto de 1918, en el AHN-MADRID, legajo 2563.

Hacia Barcelona

Las noticias sobre el ascenso de Huerta al poder, en febrero de 1913, trascendieron las fronteras, y llegaron a todas partes del mundo. Un cable procedente de París, del 22 de febrero de 1913, afirmaba que el cónsul general de México en Egipto ofreció un banquete en honor de Porfirio Díaz. Al tomar la palabra, el anciano mandatario, externó que siempre había tenido gran aprecio por el general Victoriano Huerta, y brindó por él. Al ser interrogado por la prensa sobre si pensaba retornar a México, contestó que no, que lo haría hasta que se restableciera la paz, o bien, salvo que el movimiento expresado en la Decena Trágica —uno de cuyos pilares era su sobrino Félix Díaz—, resultara triunfante. A la postre, acaso el asesinato de Madero y Pino Suárez complicó las cosas.[1] Es probable que Huerta se haya enterado de la declaración de Porfirio Díaz, pero meses más tarde, al ser echado del poder y salir de México, no consideró la posibilidad de exiliarse en Francia, ni contactar a Díaz. Optó por España. Es probable que, para entonces, Porfirio Díaz hubiera modificado su opinión a raíz del descarrilamiento de la candidatura presidencial de su sobrino Félix.

Desvinculado de Blanquet y de gran parte de sus otrora partidarios, Huerta y su familia abandonaron el hotel de Madrid, y se dirigieron a Barcelona, ciudad en la cual permanecerían los siguientes siete meses.

[1] "Extranjero. España y Francia", en *La Vanguardia*, Barcelona, 26 de febrero de 1913.

Se calcula que llegaron a la citada ciudad en la segunda semana de septiembre de 1914. En Madrid vivieron acaso una semana, o semana y media, pero no más. En el grupo figuraba Jorge Huerta Águila, el mayor de los hijos del ex presidente, casado con Berta Sada Sada, un apellido de renombre regiomontano; María Elisa, de los mismos apellidos, casada en agosto de 1912, con Francisco Colom Prat, nativo de Barcelona; Luz, con Luis Fuentes, casada el 23 de julio de 1913; Víctor, casado en abril de 1914 con Concepción Hernández Güereña, hija del general Juan A. Hernández, ex gobernador de Puebla. La llamada presentación matrimonial de este último se verificó el 18 de marzo de 1914, semanas antes de la debacle del régimen. Asistió el gabinete en pleno y el cuerpo diplomático, incluido Bernardo Cólogan y Cólogan, el ministro de España. Edith Coues O'Shaughnessy asistió a la referida recepción en la que se selló el citado compromiso matrimonial, llamándole la atención los ojos del que era el segundo hijo varón de Huerta, de 23 años edad, unos ojos iguales a los de su madre. Asistieron muchos de los integrantes de lo que llamaba la antigua sociedad (O'Shaughnessy, 2005: 235; *El País* y *El Imparcial*, 1914: 19 de marzo). Con seguridad, Huerta se trasladó a Barcelona con sus hijos, incluidos sus yernos y nueras, y probablemente Arturo Alvaradejo, ex secretario de Comunicaciones y Obras Públicas, y quizás otras personas más que pasaron desapercibidas. Es probable que se hayan radicado en Barcelona debido a que Francisco Colom Prat, había nacido ahí.

Emilia Águila viajaba apesadumbrada ya que cargaba con el peso de una reciente desgracia familiar. A mediados de enero de 1914, su hermana Mercedes, había quedado viuda. Su esposo, el general Joaquín Maass, gobernador de Puebla había fallecido en su domicilio ubicado en la calle de Manuel María Contreras núm. 107, de la Colonia San Rafael, en la ciudad de México. Entre paréntesis, el matrimonio tuvo varios hijos, entre ellos Mario Maass, Daniel, y Joaquín, de los mismos apellidos. Como era de esperarse, Huerta y su familia estuvieron presentes en el mencionado domicilio. Los miembros del círculo político y militar de Huerta se hicieron presentes y enviaron ofrendas florales. De quién se trataba: de José María Lozano, Aureliano

Cuadro 4
Círculo familiar de Victoriano Huerta

Nombre	Año de nacimiento	Cónyuge	Año de matrimonio
Victoriano Huerta	1850	Emilia Águila	Nov. 1880
Emilia Águila Moya	1860	Victoriano Huerta	Nov. 1880
Jorge Huerta Águila	1882	Berta Sada Sada	
María Elisa Huerta Águila	1883	Francisco Colom Prat	Agosto de 1912
Víctor Huerta Águila	1891	Concepción Hernández Güereña	Abril de 1914
Luz Huerta Águila	1892	Luis Fuentes Basauri	Julio de 1913
Elena Huerta Águila	1893	Alberto Quiroz	21 de diciembre de 1914
María del Carmen Huerta Águila	1895		
Dagoberto Huerta Águila	1900	Concepción España Muñoz	Septiembre de 1943
Eva Huerta Águila	1904	-	-
Celia Huerta Águila	1906	Enrique Pimienta Ruiz	

Fuente: La boda de Elena Huerta y Alberto Quiroz aparece en *El Día Gráfico*, Barcelona, 22 de diciembre de 1914.

Blanquet, Ramón Corona, Luis Fuentes, Arturo Alvaradejo, Jorge Huerta, Víctor Huerta, Francisco Chávez, Carlos Águila, Manuel M. Guasque, Benjamín Camarena, Javier de Moure, Juan Hernández, Fernando Gil, Francisco Colom, Manuel Vidaurrázaga, casi todos desterrados en España. Otros asistentes al sepelio fueron Ignacio Morelos Zaragoza, Ignacio Alcocer, Miguel Ruelas y Felipe Mier.[2]

[2] En la lista también figuraban Leopoldo Zea, Enrique González Martínez, Ignacio de la Peza, y otros. La noticia apareció en "Murió el general de división don Joaquín Maass Sr. Gobernador del estado de Puebla", en *El País*, 16 de enero de 1914; "Muerte del señor general Joaquín Maass", en *El Imparcial*, 16 de enero de 1914; "El señor General Maass, gobernador del Estado de Puebla, falleció ayer en México", en *El Independiente*, 16 de enero de 1914.

Incautación de las propiedades

Como las desgracias no llegan solas, al llegar las fuerzas constitucionalistas a la ciudad de México en agosto de 1914, se apoderaron de las residencias de varios de los que consideraban enemigos de la causa, y no pocos de los jefes las ocuparían. En ellas iban a vivir. Es probable que estando en Madrid, o bien en tránsito hacia Barcelona, Huerta se enterara que los citados jefes le habían intervenido a él, a su esposa, y a sus hijos, sus propiedades. A él le intervinieron la famosa casa ubicada en la calle de Abasolo número 15, en la colonia Popotla; a su esposa Emilia Águila las que parecen ser tres casas ubicadas en la calle Alfonso Herrera, números 103, 105 y 107. A Jorge, el hijo mayor, la casa ubicaba en la calle de Amazonas número 11; a Elena cinco casas ubicadas en la calle Abasolo, números 12, 13, 14, 16 y 17, de la colonia Popotla. Como se observa, se trataba de propiedades contiguas a las de su padre. A Concepción Hernández Güereña, esposa de Víctor Huerta, la casa situada en la calle de Amazonas número 22. Esta última era hija del ex gobernador de Puebla, Juan A. Hernández. En total, once casas o propiedades.[3]

La casa de Popotla ha sido mencionada en la literatura como la preferida de Huerta. Michel C. Meyer afirma que ahí se reunía los fines de semana con su esposa, algunos de sus hijos, y en ocasiones, era la sede de una que otra reunión extraordinaria del gabinete. El año nuevo de 1914 lo celebró la familia en esta casa, y unos cuantos amigos (Meyer: 1983: 144 y 213). No obstante tales propiedades, para la señora Edith Coues O'Shaughnessy, había muchos rumores acerca de la fortuna de Huerta. En realidad, nadie sabía si era rico o pobre. Aseguró haber oído que su nueva casa ubicada en San Cosme no valía gran cosa. Era una casucha cuyo precio era una bagatela (O'Shaughnessy, 2005: 140). De cualquier forma, el ajuste de cuentas ejecutadas por

[3] "Relación que manifiesta las casas intervenidas y administradas por el Departamento de Bienes Intervenidos", en el Archivo Isidro Fabela, expediente 42-XXXI.

Cuadro 5
Relación que manifiestan las casas intervenidas y administradas por el Departamento de Bienes Intervenidos

Propietario	Ubicación
Emilia Águila de Huerta	Alfonso Herrera 6ª. números 103, 105 y 107
Miguel Ahumada	Arquitectos 2ª. número 54
Francisco Bulnes	Atenas 3ª. números 61 y 63
Alberto Braniff	Avenida Jalisco números 54 y 56
Jorge Braniff	Avenida Morelos números 99 y 101
Jorge Braniff	Avenida del Ferrocarril núm. 2, Tlalpan, D. F.
Joaquín D. Casasús	Aranda 2ª. número 26
Félix Díaz	Artes 9ª. número 131
Porfirio Díaz hijo	Avenida Durango
Porfirio Díaz hijo	Avenida Jalisco "Casa Pinzón", Mixcoac, D. F.
Porfirio Díaz hijo	Avenida Jalisco Norte "Casa Blanca", Mixcoac, D. F.
Pablo Escandón	Avenida Isabel La Católica núm. 41
Fernando González	Avenida Palacio Legislativo núm. 7
Fernando González	Artes 1ª. Sin número, esq. Ignacio Ramírez (lote)
Fernando González	Artes 5ª. y 3ª. de la Industria (lote)
Rafaela García (Sucesión)	Avenida Peralvillo núm. 59
Victoriano Huerta	Abasolo núm. 15, Popotla, D. F.
Elena Huerta	Abasolo números 12, 13, 14, 16 y 17, Popotla, D. F.
Jorge Huerta	Amazonas núm. 11
Concepción Hernández de Huerta	Amazonas 1ª. núm. 22
Miguel Iturbe	Avenida Francisco I. Madero núm. 34.
Felipe Iturbe (Sucesión)	Avenida Francisco I. Madero núm. 4
Guillermo Landa y Escandón	Artes 3ª. núm. 31
Pedro Lascuráin	Avenida Hombres Ilustres núm. 55 (Hotel Alameda)
Pedro Lascuráin	Avenida Hombres Ilustres núm. 57
Pedro Lascuráin	Avenida Hombres Ilustres núm. 59 (Hotel Lascuráin)

Fuente: Archivo Histórico Isidro Fabela, expediente 42-XXXI.

los jefes de la revolución triunfante dejó a Huerta y a su familia, literalmente en la calle.

Naturalmente que tales medidas fueron extensivas a otros enemigos de la causa, y como muestra basta un botón. Intervinieron tres propiedades de Porfirio Díaz hijo, una casa a Félix Díaz; el Hotel Alameda y el Hotel Lascuráin, propiedad del ex presidente Pedro Lascuráin, más una tercera propiedad de él mismo; y por razones inexplicables, no se atrevieron a intervenir la casa de Porfirio Díaz, ubicada en la calle de la Cadena.[4] La suerte también les fue adversa a Alberto y Jorge Braniff. El 24 de septiembre de 1914 le fue incautado a Jorge el Hotel Imperial situado en las calles de Reforma y Morelos, y convertido en cuartel, y la casa número 2 de la Avenida del Ferrocarril, en Tlalpan. La familia le pidió a Carranza que les fueran reintegradas las propiedades, pero la respuesta fue que las necesitaban para satisfacer las necesidades del ejército constitucionalista (Collado, 1987: 152).

En materia de incautaciones, el 24 de agosto de 1914, un miembro de la familia Bermejillo hizo un relato lastimero. Expresó que, a su entrada a la ciudad de México, el primer acto de las fuerzas constitucionalistas fue apoderarse de las casas de los vencidos. Los generales más encumbrados y sus más allegados ocuparon las casas de María Luisa Romero Rubio, del Chato Lorenzo Elizaga, Ignacio de la Torre, Julio y José Yves Limantour, Cobián, señora Braniff, Casasús, doctor Parra, Diego Moreno, Goyeneche, Pablo Escandón, Lupe y Lola probablemente Escandón, Tomás Braniff, Pedro Lascuráin, Sebastián Camacho, y otras más, propiedad de personas de menor renombre. Pero también se

[4] "Relación que manifiesta las casas intervenidas y administradas por el Departamento de Bienes Intervenidos, con expresión de sus propietarios", en el Archivo Isidro Fabela, legajo 42-XXXI. Para mediados de noviembre de 1913, *El Liberal* afirmó que estaba en marcha la mecánica de confiscar los bienes de los diputados y senadores huertistas. Prueba de ello fue que habían sido confiscadas treinta propiedades. No se dieron los nombres de los afectados, salvo uno, el del ex diputado Carlos Ezeta, y de su esposa. Ver "Se procederá contra los ex ministros y ex gobernadores de Huerta", en *El Liberal,* 2 de octubre de 1914, y "Confiscaciones de bienes de senadores y diputados huertistas", en *El Liberal*, 13 de noviembre de 1914.

apoderaron de casas aún ocupadas por sus dueños. Para consumar su obra, arrojaron a sus dueños a la calle, apropiándose de jarras de plata, juegos de tocador, sillas crochets, alhajas, automóviles. Al dentista alemán, Dr. Keller, convertido en general constitucionalista, le gustó la casa de Alberto Braniff, y los automóviles, optando por venderlos ya fuera íntegros, o bien en partes.[5] En abril de 1915, el diario *The Mexican Herald* aseguraba que una casa propiedad del general, Manuel Guasque, exiliado en Barcelona, también había sido intervenida.[6]

Al consumarse la ruptura entre Carranza y el bando de la Convención de Aguascalientes, el Primer Jefe salió rumbo a Veracruz, y las tropas convencionistas, con Eulalio Gutiérrez a la cabeza, investido como nuevo presidente de la República, entraron a la ciudad de México. El hecho ocurrió el 30 de octubre y la primera semana de diciembre de 1914. El flamante sucesor de Carranza se instaló en el Hotel Palacio. Pasados unos días se cambió a una suntuosa residencia situada en el primer tramo del Paseo de la Reforma número 45, propiedad de los Braniff. Antes que Eulalio Gutiérrez, la había ocupado el general Rafael Buelna (Collado, 1987: 152; Alessio Robles, 1979: 389 y 403). Por cierto, al triunfo del constitucionalismo, a Venustiano Carranza le gustó la casa de Josefa Sanz de Solórzano, ubicada en Paseo de la Reforma número 19, y ahí se instaló (Rendón Garcini, 1984: 273-274). Cuantas veces se la pidieron, hizo caso omiso.

Huerta ante la prensa catalana

Apenas llegó a Barcelona, Huerta quedó bajo el escrutinio de la prensa. En su edición del 20 de septiembre de 1914, el *Heraldo de Madrid*, lo ubicó ahí, viviendo posiblemente en la calle de Bailen.[7] Un reportero

[5] Carta de una persona de la familia Bermejillo, dirigida al Presidente del Consejo, México, 24 de agosto de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2559.

[6] "Las casas de la familia Huerta. El gobierno de la Soberana Convención se ha incautado seis casas", en *The Mexican Herald*, 27 de abril de 1915.

[7] "Declaraciones de Huerta", en el *Heraldo de Madrid*, Madrid, 20 de septiembre de 1914.

le preguntó que cuáles eran sus planes futuros para con su país, y su respuesta fue que no tenía intención de intervenir en las luchas que ahí se ventilaban. Pasados unos segundos agregó que, había cumplido con su deber, pero a continuación, dejó entrever que regresaría a México, si los norteamericanos osaban invadirlo. En forma desafiante, advirtió que los norteamericanos jamás lograrían apoderarse de México. Los mexicanos tenían la vitalidad suficiente para diezmar sus fuerzas militares y agotar su dinero. En tono jactancioso, remató diciendo que una quinteta de soldados mexicanos era suficiente para poner en jaque a todo el ejército norteamericano. Casi a gritos, expresó: "México siempre será libre. Nunca estará sujeto al yugo de los norteamericanos".[8]

[8] *Loc. cit.*

Los residentes porfiristas y felicistas

A la caída de Porfirio Díaz, tanto él como sus allegados optaron por el exilio en Francia y España, y dos años más tarde, siguieron sus pasos, algunos maderistas quienes eligieron preferentemente los Estados Unidos, al igual que prominentes felicistas. Lo mismo hicieron algunos directores de diarios, hacendados, industriales textiles, mineros y hombres de negocios en general. Con diferencia de unos meses, un grupo de seguidores predilectos de Huerta se hizo a la mar, y cruzaron el océano Atlántico llegando a suelo ibérico por el puerto de Santander, y el de Cádiz, engrosando la colonia mexicana. Pero tal como se ha adelantado, existen dudas sobre si en realidad todos sus seguidores, en particular los comisionados, salieron del país. Es probable que, en vísperas de subirse al barco, algunos se enteraran que las comisiones que portaban habían sido canceladas, y permanecieron en México, con la resultante de que nada les sucedió. Carranza jamás se ocupó de ellos. De entre los que sí salieron del país, inmediatamente se dispersaron en España. Finalmente, ni siquiera se acercaron a las oficinas consulares de Madrid, Santander y San Sebastián. Como se ha señalado, varios de sus funcionarios fueron designados o ratificados por Huerta.

El censo de Antonio I. Villarreal

Pasados unos meses de estar en el poder, Francisco I. Madero designó a Antonio I. Villarreal cónsul general de México en el Reino de España, con residencia en Barcelona. El 12 de abril de 1912, Villarreal envió una circular a las autoridades mexicanas en la que hizo saber que el gobierno español le había otorgado su beneplácito para cumplir su misión. De inmediato tomó posesión del cargo, y señaló que despachaba en las oficinas del consulado ubicadas en la calle de la Diputación número 301. Una de sus tareas fue realizar un censo de los mexicanos residentes en España.[1] El referido censo permite detectar que, a la llegada de los huertistas, ya había una colonia importante de mexicanos. Algunos eran porfiristas, probablemente felicistas,[2] comerciantes, rentistas, y otros, todo ello sin faltar quienes aborrecían la lucha armada. En su mayoría eran ajenos a lo que ocurría en México. El cuadro siguiente refleja el perfil de la colonia mexicana a lo largo y ancho de España.

[1] Antonio I. Villarreal a Federico González Garza, Barcelona, 12 de abril de 1912, en el Centro de Estudios de Historia de México Carso (CEHM-CARSO), expediente CMXV.25.2466.1.

[2] En el libro de Luis Liceaga, titulado *Félix Díaz*, biografía cuasi oficial, de Félix Díaz, publicado por la editorial Jus en 1958, se afirma lo siguiente: "El Partido Liberal Democrático, uno de los primeros en sostener la candidatura del general Díaz y que dirigiera el licenciado José Luis Requena, después de varias juntas acordó lanzar la fórmula Díaz-De la Barra, como candidatos para la Presidencia y Vicepresidencia de la República...". Entre los miembros del Partido Liberal Democrático, partidarios de Félix Díaz aparece el nombre de Indalecio Sánchez Gavito, exiliado en España. Ver las páginas 270-271 y 274. Por cierto, en las mismas listas aparecen Rodolfo Reyes y Enrique Creel, también exiliados en España. En el libro *De cómo vino Huerta, y cómo se fue*..., aparecen otros datos. Durante la Decena Trágica, un grupo de senadores acordó pedir la renuncia del Presidente Madero y del Vicepresidente Pino Suárez. La comisión, encabezada por Lascuráin, estuvo integrada, entre otros por el vicepresidente del senado, Gumersindo Enríquez, exiliado en España. Victoriano Huerta, aún no había ocupado la presidencia de la República. A nuestro juicio, el hombre fuerte era Félix Díaz. El nombre de *Gumersindo Enríquez* aparece mencionado en las páginas 107, 112, 113 y 115 del libro antes referido.

Cuadro 6
Relación de los mexicanos inscritos
en los consulados de España: 1912

Consulado	Número de jefes de familia	Familiares	Total
Santander	12	14	26
Málaga	11		11
Jerez de la Frontera	2		2
San Sebastián	8	17	25
Cádiz	21		21
La Coruña	5	5	10
Sevilla	5		5
Bilbao	61		61
Barcelona	42	20	62
Total	*167*	*56*	*223*

Nota: En varios casos, en la fuente original aparecen sus familiares.
Fuente: *Relación de los ciudadanos mexicanos inscritos en los consulados de México en España*, Barcelona, 24 de febrero de 1912. El cónsul general, Antonio Villarreal, en el Archivo Histórico Diplomático, Secretaría de Relaciones Exteriores, expediente 406, fols. 7-14.

Tomando como referencia los jefes de familia, el panorama es el siguiente: en el consulado de Bilbao vivían 61; en Barcelona 42; en Cádiz 21; en Santander 12; en Málaga 11; en San Sebastián 8; en La Coruña 5; en Sevilla 5, y en Jerez de la Frontera dos. Por ende, en 1912, Bilbao y Barcelona aparecieron convertidas en santuario de mexicanos. En estas dos ciudades se concentraba el 61.6 por ciento de los jefes de familia.

Acorde al censo del general Antonio S. Villarreal, en Barcelona vivía una persona llamada José Ramón Fernández Somellera y Oliver, y Francisco, de los mismos apellidos, posiblemente familiares; más Gabriel Fernández Somellera, el ex director de *La Nación*. A los anteriores habría que agregar Luis Francisco de Paula, y Santiago Francisco de Paula; Federico León de la Barra, Concepción Sánchez de Clave, Manuel Clave y Arnou, entre otros. Pero Antonio Villarreal agregó que en Bar-

celona también vivían otras personas que no estaban registradas en su consulado, entre ellas Rafael Reyes Spíndola, quien fuera director de *El Imparcial,* y el felicista Gumersindo Enríquez y familia.[3] Sobre este último, existen dudas debido a que, durante la Decena Trágica, desempeñó un papel importante en el derrocamiento de Madero. En su calidad de vicepresidente del Senado, al frente de veinticinco legisladores, acudió en febrero de 1913 al Palacio Nacional para solicitarle a Francisco I. Madero su dimisión. Al enterarse de su misión, Madero envió al secretario de Hacienda, Ernesto Madero (*De cómo vino Huerta*, 1975: 107, 112-114). Como era previsible, la respuesta fue negativa. Ese fue su pecado. Al avizorarse el triunfo del constitucionalismo, no quiso exponerse a perder la vida, y abandonó la ciudad de México. En Veracruz abordó un vapor para dirigirse a España. Al llegar ahí, se radicó en Barcelona. Pero el censo de Antonio Villarreal tiene como fecha 1912, lo cual induce a pensar que en realidad quien estaba ahí era su familia. Gumersindo llegó más tarde. Además de las personas citadas, Villarreal incluyó a Francisco Bustillo y familia, Leopoldo Batres y familia, sobre el cual hay dudas sobre quién fue. Carlos Tello da a entender que fue arqueólogo (Tello Díaz, 1993: 201). Asimismo, ahí vivían Armando García Núñez y señora; Carlos Vera Rosas, Herlinda Gómez Heredia; Clara V. Rosas de Gómez, y la viuda de Sarlat.

En Santander, vivía Antonio Ruiz de Velasco, Francisco Fernández y Fernández Somellera, y los hermanos Joaquín y Simón Martínez Conde y de la Torre. Es posible que Francisco Fernández y Fernández Somellera sea el mismo registrado en Barcelona, aunque descontrola la duplicidad del apellido Fernández. En este entramado se descubre que, en 1912, precisamente en San Sebastián, vivía el ex secretario de Porfirio Díaz, Rafael Chousal, probablemente desvinculado de él, quien permaneció en París, hasta el fin de sus días. Igualmente, Pedro Eugenio Beguerise, Andrés Arratia y su madre

[3] *Relación de los ciudadanos mexicanos inscritos en los consulados de México en España*, Barcelona, 24 de febrero de 1912. El cónsul general, Antonio Villarreal, en el AHDGE/SRE, expediente 406, fols. 7-14.

Jacoba Díaz viuda de Arratia, Javier Rubín, entre otros. No obstante que en *Cádiz* vivía una veintena de mexicanos, sus nombres no son muy conocidos. Ejemplos: Leopoldo Pietrasanta, Servando Martínez del Cerro, Eduardo Guitier y Barca, entre otros. En *Sevilla* aparecen los nombres de Ángel Fernández Barrenechea, y Bernabé Fernández Barrón. En *Bilbao*, figuran Concepción Barra y Garay, Carlos Vidaurrázaga y Gómez, entre otros.[4]

Algunos residentes mexicanos

Entre los mexicanos que salieron del país siguiendo los pasos de Porfirio Díaz, destacan José Yves Limantour, ex secretario de Hacienda, y más tarde, Francisco León de la Barra, ex presidente de la República, y ex secretario de Relaciones Exteriores, en el primer gabinete de Huerta. Este último viajó a París en calidad de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario (Chico y Pardo, 1992: 657). Su lugar de refugio: Francia. Naturalmente que hubo otras personas que prefirieron radicarse en España, dando pie a la formación de la colonia mexicana. Entre los porfiristas notables que viajaron a España, hubo varios que llaman la atención: Fernando Pimentel y Fagoaga y Pablo Macedo, ambos del grupo de los "científicos". Pimentel y Fagoaga se avecindó en Madrid y en Barcelona, y Pablo Macedo en Madrid. El primero hizo gala de su talento en el mundo de los negocios y fundó compañías pavimentadoras de calles y una empresa de bienes raíces.

En mayo de 1911, Gabriel Fernández Somellera participó en la fundación del Partido Católico Nacional, y dirigió el diario *La Nación*, su órgano oficial. Al momento que el diario asumió una postura independiente, Huerta se molestó y Fernández Somellera fue encerrado en la prisión de San Juan de Ulúa. Mediante un amparo y la intervención de sus amigos y varios miembros del cuerpo diplomático, Fernández

[4] *Relación de los ciudadanos mexicanos inscritos en los consulados de México en España*, Barcelona, 24 de febrero de 1912. El cónsul general, Antonio Villarreal, en el AHDGE/SRE, expediente 406, fols. 7-14.

Somellera pudo abandonar la fortaleza veracruzana. Ya libre, logró la reaparición de *La Nación*, pero al poco tiempo quedó nuevamente atrapado en fuertes pugnas con el gobierno de Huerta. En vista de ello, Fernández Somellera abordó un trasatlántico y se marchó a España en donde pidió asilo. Para difamarlo, los diarios al servicio del régimen propalaron la versión de que había huido para evadir el pago de fuertes deudas y que sus acreedores gestionaban su extradición (Correa, 1991: 178-179).

Según Ricardo Rendón Garcini, en 1911 falleció José Solórzano Mata, dueño de las haciendas pulqueras Mazaquiahuac y el Rosario ubicadas en el distrito de Tlaxco, en Tlaxcala, cuya extensión alcanzaba unas 8 900 hectáreas. Su viuda, Josefa Sanz, temerosa de perder la vida a manos de los revolucionarios, encargó la administración de sus bienes, a Antonio Castro Solórzano y salió del país junto con sus ocho hijos hacia Europa, a España en concreto (Rendón Garcini, 1984: 273-274). Al triunfo del constitucionalismo, a Venustiano Carranza le gustó la casa de la viuda, ubicada en Paseo de la Reforma número 19, y ahí se instaló, sin que nadie se lo impidiera. Pasados más de dos años, esto es el 19 de noviembre de 1916, el administrador de los bienes de la viuda, le recordó al Primer Jefe que, desde el mes de mayo, la dueña de la propiedad, Josefa Sanz de Solórzano, había planeado regresar a México, sin poder hacerlo porque su casa estaba ocupada. Para reforzar su petición, le recordó que su retorno a México era una cuestión de días, lo cual le había informado con antelación. Para que Carranza no se molestara, le expresó. "En atención a esto, suplico a usted tenga la bondad de indicarme para cuándo podrá disponer de la casa la señora de Solórzano a fin de avisarle oportunamente para que prepare el viaje". Es probable que tanto la anterior petición, como esta, Carranza las haya ignorado.[5] Ante ello, el retorno a México de Josefa Sanz de Solórzano se demoró ya que en 1921 seguía viviendo en San Sebastián.

[5] Antonio Castro Solórzano a Venustiano Carranza, México, 19 de noviembre de 1916, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.103.11848.1.

Entre finales del siglo XIX y principios del XX, Marcelino García Presno formó un complejo agrícola industrial conocido como la hacienda Guadalupe, ubicada entre el Estado de México, Puebla y Tlaxcala. La propiedad incluía tres fábricas textiles, una fábrica de cajas de madera y el tinacal. Al estallar la revolución de 1910, la propiedad despertó la codicia de Domingo Arenas y de sus huestes agraristas, y las invasiones en la zona, muy comunes, por cierto, la asecharon. Para ponerse a salvo de la ira del campesinado, Marcelino García Presno regresó a su natal España. Ello ocurrió entre 1914 y 1915 (Gamboa Ojeda, 2010: 489-492). Fue un exilio temporal ya que más tarde regresó a México. Manuel Rivero Collada, nativo de Asturias, se distinguió en Puebla como un prominente industrial textil. Su nombre está vinculado a la fábrica El Mayorazgo, y al Banco Oriental de México, S. A. Víctima de la hispanofobia desatada durante la revolución mexicana, en 1916 regresó a España, instalándose en Sevilla, sin regresar a México (Gamboa Ojeda, 2010: 539-544).

En febrero de 1915, Romualdo Pasquel propietario de una hacienda en Tlaxcala llamada San Cristóbal Zacalalco y de tres en Morelos, llamadas Miacatlán, Acatzingo y Cocoyotla, llegó cabizbajo a Madrid acompañado de su esposa. En la primera oportunidad le narró a Pablo Macedo la horrenda pesadilla de haber sido prisionero de los zapatistas, y recluido en la Penitenciaría de la ciudad de México, al igual que los hacendados Ignacio de la Torre y Mier, yerno de Porfirio Díaz, Manuel Araoz y José Pagaza. Entre paréntesis, en Morelos, Ignacio de la Torre y Mier era el propietario de la hacienda Tenextepango; Manuel Araoz, de tres: Cuahuixtla, Treinta y Acamilpa, y José Pagaza de dos: Zacatepec y San Nicolás.[6] Sobra decir que apenas quedó libre, Romualdo Pasquel se embarcó rumbo a la madre patria. No quiso sufrir una represalia más.

[6] Pablo Macedo a José Y. Limantour, Madrid, 20 de febrero de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente CDLIV, 2a. 1910.18.131. También John Womack, Jr., *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1985, pp. 231 y 385.

El 19 de octubre de 1914, el sistema de espionaje carrancista detectó la presencia de Concha Miramón en Europa. A finales de agosto o principios de septiembre, había tomado el barco en Veracruz, y a estas alturas ya estaba en el Viejo Mundo. Luis Quintanilla le hizo saber a Miguel Díaz Lombardo que la citada persona pasó por Madrid. Supuso que probablemente fue a buscar a las que llamaba sus hijitas residentes en París (Valadés, II, 2007b: 94). Después de un año y medio, optó por volver a México. A principios de abril de 1916, procedente de Barcelona, Concha Miramón pasó por La Habana y volvió a conversar con Federico Gamboa (Gamboa, 1995: 335). Por tales años, un grupo de pintores mexicanos vivían becados en Europa sin importarles mucho lo que ocurría en México, entre los cuales destacaba Ángel Zárraga (González Navarro, 1994: 379). Al momento de llegar a suelo ibérico, Alfonso Reyes se lo encontró en San Sebastián, al igual que a Pablo Martínez del Río, con quienes platicó largo y tendido.[7]

Pablo Macedo

Durante el Porfiriato, Pablo Macedo, integrante del clan de los científicos comandados por José Yves Limantour, contribuyó a la modernización del sistema financiero, bancario, e incursionó en el mundo de los negocios. Entre otras cosas, fue abogado y socio de la Compañía Expendedora de Pulques, y en 1913 se opuso al descanso dominical que contemplaba el cierre de las pulquerías. Como es sabido, Limantour salió del país casi a la par de Díaz, y como hormiguitas, otros hicieron lo mismo. Es probable que, ante la debacle del huertismo, Pablo Macedo se exiliara. Para variar, se radicó en España, en Madrid concretamente. Una de las personas con las cuales se comunicaba regularmente fue precisamente con Limantour. El 29 de enero de 1915, le envió una carta en la cual obviamente se quejaba de los atro-

[7] *Ibidem*, p. 382. Se ignora cuánto tiempo vivió Zárraga en España, pero en 1944, estaba en México. A estas alturas se decía que el pintor era célebre tanto en México como en los Estados Unidos. Ver "El pintor Ángel Zárraga reunió a sus discípulos", en *Excélsior*, 3 de enero de 1944.

pellos cometidos por los constitucionalistas en sus propiedades. A su juicio, todos los que tenían algún patrimonio en México, sufrían "del mismo mal".[8] Se quejaba que en los meses que Carranza estuvo en la ciudad de México, lo cual sucedió entre finales de agosto de 1914 hasta noviembre del mismo año, los revolucionarios se apoderaron de su hacienda en Tlalpan, la explotaron para su propio beneficio, no sin antes echar a la calle al administrador. La hacienda ubicada en Tlalpan no era otra que la de Huipulco, en la cual tuvo lugar un banquete que Rodolfo Gaona ofreció a Victoriano Huerta. Lo que llamaba "bajos" de su casa ubicada en la calle de La Cadena, rentada por cierto a la Casa Broockmann, fue ocupada y convertida en cuartel para alojar 160 hombres. El jefe del destacamento militar se instaló en su despacho y en la biblioteca, "Otro salvador de la patria" se apoderó de otra casa suya ubicada en Tlalpan, en donde por suerte sus hijos se habían llevado casi todos los muebles debido a que los necesitaban. En vista de ello, al ocupante se le hizo fácil utilizar los muebles de la casa del vecino, de Guillermo Landa. El automóvil que usaba tanto su propia familia como la de su hermano Miguel Macedo, simplemente desapareció. Pero lo que parecía un verdadero milagro fue que a su hermano Miguel no lo hubieran echado de su casa.[9] Por fortuna, al momento que Carranza abandonó la ciudad de México y se trasladó a Veracruz, Miguel pudo recuperar la hacienda y las casas. Para evitar otro desaguisado de los "redentores", vació la casa de Tlalpan y trasladó la biblioteca y los libros a un lugar seguro. Pero Miguel nada bueno esperaba de Villa, Zapata y compañía, quienes, al entrar a la ciudad de México, con papel moneda en mano, les dio por comprar monedas de oro y plata, hidalgos y pesos fuertes, ofreciendo hasta 165 por ciento más del valor original. Claro: pagaban con papel moneda que nadie quería.

[8] Pablo Macedo a José Y. Limantour, Madrid, 29 de enero de 1914, en el CEHM-CARSO, expediente CDLIV.2a.1910.18.130.

[9] *Loc. cit.*

A Pablo Macedo y a otros desterrados les intrigaba lo aprobado en la Convención de Aguascalientes. Si se planeaba golpear aún más a los enemigos de su causa, vía la afectación de sus propiedades, o bien dejar las cosas tal como estaban. Un español, amigo de Pablo Macedo, le ofreció un extracto de lo acordado en la Convención de Aguascalientes. De inmediato, Pablo Macedo le ofreció una copia a Limantour para que hiciera un análisis y evaluara hasta dónde podía llegar "la locura criminal" de los revolucionarios que se habían adueñado de "los destinos de México". Limantour le preguntaba a Pablo Macedo su opinión acerca de las confiscaciones ejecutadas por los jefes revolucionarios. Concretamente le espetaba: "¿Vamos a quedarnos con los brazos cruzados?" Ante semejante pregunta, Pablo Macedo reviró: "Qué cree usted que podamos hacer". Agregó que, a su juicio, nada. Lamentaba que ningún mexicano se hubiera erigido en el abanderado de una contrarrevolución para resolver la desastrosa situación que se vivía en México. Pablo Macedo concluyó su carta revelando que la angustia lo consumía, preocupado por la situación económica tanto de sus hijos como de sus hermanos que estaban en México. En lo personal, no sabía cómo sobrevivir en el destierro. Los recursos disponibles sólo le alcanzaban para sobrevivir unos seis u ocho meses. Y tal como estaban las cosas en México, su familia no le podía enviar dinero. Ante ello se peguntaba: ¿Qué haré después, y cómo viviré?, en un país en el cual no podía ganarse la vida.[10]

Pasadas unas tres semanas, esto es, el 20 de febrero de 1915, le volvió a escribir a Limantour. Afirmó que a su hermano Miguel le resultaba difícil comunicarse con él. Que tenía que viajar a Veracruz para enviar sus cartas, o bien utilizar una persona de su confianza. En una de sus últimas cartas, la del 7 de enero de 1915, Miguel le transmitió una noticia desagradable: que el gobierno emanado de la Convención de Aguascalientes había elevado en forma desproporcionada las contribuciones de su casa de Tlalpan, y de algunos terrenos ubicados en la colonia Condesa. Para Pablo Macedo, se trataba de un vil despojo,

[10] *Loc. cit.*

de algo que no se había robado. Pero lo más preocupante fue que las huestes de Carranza recuperaron la capital de la República, y en una suerte de danza macabra, los zapatistas la recuperaron otra vez, no sin antes destruir las máquinas que surtían de agua la ciudad. De ahí que se preguntara: ¿Cómo estará aquello? ¿Cuál sería la situación de los infelices habitantes de México? Pablo Macedo le expresaba a Limantour:

> Considere usted lo que sufrimos por acá mi pobre mujer y yo pensando que ahí tenemos a dos hijas con cuatro nietos y a nuestros hermanos y hermanas. A ratos creo volverme loco de angustia, de la que ni siquiera un cable puede sacarme, pues es imposible telegrafiar cada día.[11]

Para el 26 de marzo de 1915, Pablo Macedo estaba destrozado. Lo único que lo sostenía en pie era la preocupación por la falta que haría a su familia si moría. Por momentos le pasaba por la cabeza la idea de irse al otro mundo, esto es, suicidarse, como había ocurrido con varios de sus amigos.[12] En su *Diario*, Federico Gamboa reafirma que, para abril de 1916, Pablo Macedo vivía tan deprimido, que casi no salía a la calle (Gamboa, 1995: 335).

Indalecio Sánchez Gavito

A los pocos días del ascenso de Carranza al poder, se celebraba la Convención de Aguascalientes. Fue entonces que desde Barcelona y con fecha 30 de octubre de 1914, Indalecio Sánchez Gavito, se quejaba amargamente con el senador José de Parres Sobrino. Decía tener noticias de que tanto él como su hermano Vicente estaban siendo perseguidos. También estaba enterado que la casa de su padre, donde

[11] Pablo Macedo a José Y. Limantour, Madrid, 20 de febrero de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente CDLIV.2ª.1910.18.131.

[12] Pablo Macedo a José Y. Limantour, Madrid, 26 de marzo de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente CDLIV.2ª.1910.18.137.

guardaban los documentos de su clientela, y los de sus hermanos, había sido confiscada. Para escapar de la ira de los revolucionarios, su padre y su hermano Vicente habían huido a Galveston. Indalecio había llegado a Barcelona buscando una oportunidad para invertir, pero al estallido de la guerra, todo quedó paralizado. Pero por qué tanta persecución. A su juicio, el delito de Vicente fue redactar un texto difundido en un periódico antimaderista, satírico, muy cruel, y además se empeñó en ser senador por Tlaxcala ganando las elecciones, sin que el gobierno pudiera impedir asumir el cargo. Indalecio adujo jamás haber sido revolucionario, ni tenido que ver con el cuartelazo de la Ciudadela. Su pecado fue haber sido felicista. En 1913, su papel fue el de organizador de las elecciones presidenciales en las cuales el candidato fue Félix Díaz, que a la postre fueron descarriladas. En un momento dado, se acercó a los residuos maderistas para proponerles unirse contra Victoriano Huerta, sin rendir frutos, y eso fue todo. Perseguir a su hermano Vicente tenía una explicación, pero a él, no, y menos a su padre, al grado de arruinarlo. Se trataba de una persona ajena a la política, que jamás apoyó a nadie. Indalecio se lamentaba que España no hubiera intercedido por su padre. Desde hacía cuarenta o cincuenta años, su padre del mismo nombre, había sido abogado de la Legación de España, sin salario alguno, sin recibir condecoración alguna, o una carta de agradecimiento. Además, al mismo tiempo, fue abogado del Casino Español, y patrocinador de la Beneficencia Española.[13] Al parecer no hubo respuesta a su queja, y el 12 de diciembre, la familia Sánchez Gavito no escapó a la ira de Salvador Alvarado, quien al elaborar la lista de las personas a las cuales se sometería a juicio conforme a ley del 25 de enero de 1862, incluyó a Indalecio, Vicente y Manuel Sánchez Gavito (Maldonado, 1922: 44-46).

[13] I. S. Gavito, a José de Parres Sobrino, Barcelona, 30 de octubre de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 5960.

La avanzada huertista

A los pocos meses de su administración, Huerta se quitó de encima a los felicistas que le enjaretaron en su gabinete en el llamado Pacto de la Embajada, con los cuales jamás estuvo de acuerdo. Eran partidarios de Félix Díaz y no tanto de él. Para evitar que conspiraran en su contra, los sacó del país, incluido Félix Díaz, y para variar, varios de ellos se fueron a España. Se sumaron a los residentes de tinte porfirista y a los rentistas. Entre unos y otros, nada había de común.

Manuel Mondragón

Manuel Mondragón fue nombrado secretario de Guerra y Marina en febrero de 1913, cartera en la que duró apenas cuatro meses.[1] Debido a que durante su gestión no pudo doblegar al movimiento constitucionalista, las críticas en su contra arreciaron, y el 13 de junio tuvo que renunciar. Inmediatamente su lugar fue ocupado por el inefable Aureliano Blanquet. Al decir de Antimaco Sax, en forma temprana, los compañeros de Mondragón en el gabinete le achacaron las continuas derrotas del ejército federal debido a que no atendía las labores propias de su secretaría, sino negocios de otra índole. Para corroborar su dicho, mencionaban la derrota de Pedro Ojeda en Sonora, que

[1] Ratificación en el senado de la República: 26-410-0038.

implicó la pérdida de la plaza de Naco, y la de Matamoros. Y no conforme con estos dos fracasos, sobrevino el de Zacatecas, lugar al que entraron los constitucionalistas cometiendo toda clase de atropellos. La opinión pública, sobre todo en la capital de la República, empezó a inquietarse y a culpar a Mondragón de semejantes reveses. Cierto o falso, su prestigio también resultó maltrecho al ser acusado de exigir sobornos para adjudicar los contratos en la compra de armamento militar (Sax, 1916: 51).

A tres días de su renuncia, se especuló que Mondragón tomaría el mando de una División del Ejército para contribuir en la pacificación en el norte del país, pero el ex secretario se encargó de negarlo. Dijo que, si bien estaba a disposición del gobierno, no se haría cargo de División alguna ni marcharía al norte en campaña contra los rebeldes.[2] Ya fuera del gabinete, Huerta promovió el rumor de que Mondragón preparaba un complot para derrocarlo, lo que sirvió de pretexto para expulsarlo del país (Sax, 1916: 51). La salida de Manuel Mondragón del país fue perfectamente orquestada. El 23 de junio de 1913, a las once de la mañana, Mondragón llegó a la estación de Buenavista para abordar un tren con destino a Veracruz. Para disfrazar su exilio, se dijo que el ex secretario viajaba como representante del gobierno de México al Congreso Científico en Gante, Bélgica. Mondragón fue acompañado por un grupo numeroso de altos funcionarios, incluido el propio presidente de la República. Entre otros figuraban: Aureliano Urrutia, Rodolfo Reyes, David de la Fuente, Alberto Robles Gil, Rafael Vázquez, Carlos Pereyra, Rafael Martínez Carrillo, Joaquín Pita, Félix Díaz, Nemesio García Naranjo, José Bonales Sandoval, José María Lozano, Enrique Fernández Castelló, Abraham Z. Ratner, Cecilio Ocón, Julio E. Morales, Íñigo Noriega, Adalberto Camarena, Manuel Cuesta, y otros más.[3]

[2] "Ayer entrevistamos al Sr. General M. Mondragón", en *El País*, 17 de junio de 1913.
[3] "Salió para Bélgica el Gral. Mondragón", en *El País*, 24 de junio de 1913.

Pocos minutos antes de la salida del tren, Victoriano Huerta subió al estribo del carro y abrazó a Mondragón deseándole un feliz viaje. Huerta le dijo: "Mi general, todo por el bienestar de la Patria", a lo que Mondragón contestó: "Sí señor, todo por el país". El ferrocarril salió a la hora fijada rumbo a Veracruz, acompañado de escolta de cien soldados del 29 Batallón de Infantería. Aureliano Blanquet no estuvo presente en la despedida, pero envió a su representante, al Jefe de su Estado Mayor, el coronel Agustín Bretón, quien le manifestó sus fervientes deseos de que muy pronto volviera al país (Sax, 1916: 46-47).

Rodolfo Reyes

Durante el montaje de la Decena Trágica ocurrida en febrero de 1913, Rodolfo Reyes fue uno de los más entusiastas partidarios de que su padre, el general Bernardo Reyes, se sentara en la silla presidencial. Así lo acordaron los generales Manuel Mondragón, Gregorio Ruiz, incluso Félix Díaz, y Cecilio Ocón. Durante el asalto al Palacio Nacional, Rodolfo vio esfumarse los planes de grandeza familiar ya que su padre cayó muerto ante las balas de los defensores del citado palacio. Contra lo esperado, Rodolfo no se amilanó, y continuó firme al lado de los golpistas, en particular de Félix Díaz. Su papel no fue secundario ya que redactó el Pacto de la Ciudadela en la misma embajada americana, que marcó el fin del maderismo. Este papel le abrió la puerta para convertirse en secretario de Justicia en el gabinete de Huerta. Bernardo Reyes ya no estaba, pero él sí. Pero más temprano que tarde, tuvo fuertes desacuerdos con Huerta quien hizo tiempo para convocar a nuevas elecciones para que Félix Díaz iniciara oficialmente su campaña presidencial, y en septiembre de 1913, dejó el gabinete (García Naranjo, s.f.: 156-157). Rodolfo Reyes recuperó su curul en la cámara de Diputados, y se sumó a la oposición. Al ser disueltas las cámaras en octubre del mismo año, fue internado en la Penitenciaría, y se le puso en libertad, a condición de salir del país (Sax, 1916: 46-47; Meyer, 1983: 164). En marzo de 1914, el vapor *La Navarre* lo transportó hacia el Viejo Mundo dejándolo en el puerto francés de Saint Nazaire. Su

hermano, Alfonso, lo esperaba para ayudarlo a instalarse en París. Apenas tuvo tiempo, saludó a Ives Limantour, a Francisco León de la Barra, y naturalmente a Porfirio Díaz en el Hotel Astoria. Como era previsible, cambiaron impresiones sobre Huerta, su distanciamiento y eventual caída (Reyes, 1948: 17-20).

Ante el inminente estallido de la Primera Guerra Mundial, y el éxodo de los extranjeros hacia otros lares, Rodolfo, su esposa e hijos, al igual que su hermano Alfonso, se marchó a España en un tren militar. El viaje duró dos días, cuando en condiciones normales se requerían sólo doce horas. Llegó a España y se instaló en San Sebastián. En esta ciudad, ocupó lo que calificaba de humilde pensión. Para el mes de agosto de 1914, detectó que numerosas familias mexicanas veraneaban en esta bellísima ciudad (Reyes, 1948: 21-27). Tuvo ocasión de hablar con el rey Alfonso XIII, quien, por cierto, era muy afecto al tiro de pichón. Rodolfo Reyes fue invitado a participar en un concurso logrando uno de los premios. El monarca lo llamó y entablaron una conversación, y al final, lo invitó a reunirse en otra ocasión para conversar sobre la guerra europea. Supuestamente, Rodolfo captó una clara postura germanófila del Rey, contra lo que mostraba oficialmente (Reyes, 1948: 28-29).

Casi desde su llegada al Viejo Mundo, Rodolfo Reyes se contactó con Félix Díaz. De ahí sus frecuentes viajes a los Estados Unidos, un tanto para realizar trabajos profesionales, pero también para fungir como su asesor. Pudo trasladarse a vivir a los Estados Unidos con su familia, y ejercer ahí su actividad profesional, pero no lo hizo. Ya fuera desde Madrid o Bilbao, estuvo en contacto estrecho con Francisco León de la Barra, Manuel Mondragón, y Gumersindo Enríquez. Salvo León de la Barra, los otros dos estaban exiliados en España. Todos exudaban felicismo por los poros. Cabe señalar que los cinco estaban incluidos en la lista elaborada por Salvador Alvarado, que los condenaba a ser juzgados acorde a la ley del 25 de enero de 1862.

Rodolfo Gaona, Luis del Toro y compañía

Marte R. Gómez patentizó una frase bastante expresiva. Dijo que México había producido tres celebridades que estaban fuera de toda discusión: Pancho Villa, la Virgen de Guadalupe, y Rodolfo Gaona (Gómez, I, 1978: 123, 322). Y al parecer estaba en lo cierto. A diferencia de muchos, Gaona tuvo la amistad de los poderosos, y abundante dinero. Consciente de su arrastre entre las multitudes, desde el inicio de su administración, Victoriano Huerta se le acercó, e inclusive se retrataron juntos (Campos, 1996: 126). Previa invitación al presidente de la República, el 23 de noviembre de 1913 se efectuó una corrida de toros en la plaza El Toreo. A punto de iniciarse la lidia del primer toro, entró a la plaza el general, Victoriano Huerta. Al ser observado, el público se puso de pie y estalló una enorme aclamación de júbilo, vítores y aplausos. Huerta agradeció las muestras de simpatía, y enseguida sonaron los compases del himno nacional. El público entonó las estrofas y al final estalló otra ovación. Gaona inició la fiesta brava con un toro de la ganadería de Zotoluca. Cuando los clarines indicaron que había llegado la hora suprema, Gaona se dirigió al sitio que ocupaba Huerta, para brindarle la muerte del astado. El público fijó su mira en la silueta del torero, quien dirigió unas palabras a Huerta. Entre otras cosas, le deseó suerte en su tarea de pacificar el país, acabar con los trastornadores del orden público, y le reiteró el apoyo de la población. De inmediato, la concurrencia aplaudió al Primer Mandatario, quien con un ademán agradeció el apoyo. Una vez consumada la muerte del toro, Huerta llamó a su palco a Gaona y le dio un regalo. El matador dio dos vueltas al ruedo, escuchando las palmas de la multitud que lo aclamaba. Después de la corrida, Huerta y Gaona, acompañados de varios amigos, se trasladaron en el automóvil presidencial a un restaurante del centro de la capital, para brindar con champagne. Al día siguiente, el diario *El Independiente*, dirigido por Luis del Toro, expresó que el brindis de Gaona al presidente de la República había sido noble, patriótico, y a favor de la paz, la máxima aspiración de los mexicanos. El resto de la prensa dio

también cuenta del festejo publicando las fotos de Huerta con el califa de León, rodeados de amigos y gente del pueblo.[4]

La historia se repitió meses más tarde. Entre las corridas más notables a las que Huerta asistió, destaca la verificada el 11 de enero de 1914, que la tarde airosa amenazaba con una fuerte lluvia, pero no desalentó a los aficionados. Como semanas atrás, antes de iniciar la corrida, Huerta hizo acto de presencia, siendo recibido con los acordes del himno nacional y una nutrida ovación. Para variar, Gaona le brindó uno de sus toros. En su portada, *El Imparcial* publicó una fotografía en la que se capta el momento en que Gaona brindó el toro al presidente de la República.[5] Justo al día siguiente hubo un banquete que tuvo gran esplendor y atrajo las miradas. ¿Quién lo organizó? Todo indica que Gaona. El motivo: agradecer a Huerta su asistencia a sus corridas. El banquete tuvo lugar en la hacienda de Huipulco, propiedad de Pablo Macedo. Al medio día, apareció una fila de automóviles que se estacionaron a lo largo de la calzada de Tlalpan, y descendieron los políticos más encumbrados del régimen. *El Independiente* dijo que, además de homenajear a Huerta, el banquete tenía por objeto festejar a Aureliano Blanquet, secretario de Guerra, a José María Lozano de Comunicaciones, y a otras personalidades. La lista de invitados incluía a los generales Juan Robles, Agustín Bretón y José María Mier; a los coroneles Liborio Fuentes, Benjamín Camarena y Manuel M. Guasque, Maass; al comandante militar de la plaza, Javier de Moure; a los mayores Luis Fuentes y José C. Delgado; a los capitanes

[4] "Triunfó ayer en La Condesa el torero de las elegancias", en *El Imparcial*, 24 de noviembre de 1913; "La reaparición de Gaona", en *Gil Blas*, 24 de noviembre de 1913; y "El señor presidente de la República honró con su presencia el debut del maravilloso lidiador de toros Rodolfo Gaona", en *El Independiente*, 24 de noviembre de 1913. Precisamente sobre esta corrida, José Juan Tablada hablaba pestes. En forma textual escribió: "El Golfo blasfemando contra Gaona y el exasperante frenesí del imbécil público taurófilo, es decir, de todo México". José Juan Tablada, *Obras–IV Diario (1900-1944)*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1992, p. 125.

[5] "Dos colosales fechas compendian la magnífica corrida de ayer", en *El Imparcial*, 12 de enero de 1914; "El beneficio de Gaona", en *Gil Blas*, 12 de enero de 1914; y "Las campanas de León tocan a gloria", en *El Independiente*, 12 de enero de 1914.

Lorenzo Elízaga y José Jiménez Riveroll; a los tenientes coroneles, Carlos Martínez y Felipe Fortuño Miramón; a Ramón Castro, prefecto político de Tlalpan; al diputado Remigio R. Uruchurtu; a Avelino M. Presas, Javier Algara, Francisco Bouch, A. de la Mota, Benjamín Padilla, Arturo Lozano, Faustino Vega, Alberto Palacios, Francisco Gil, M. Parajón, Juan Gavito, Ramón Castro, José de Jesús Pliego, Alfonso Noriega, Julio Necoechea, Francisco de la Barra, Fernando Paredes, Alfonso Noriega, y otras personas más.

Huerta fue uno de los primeros en llegar a la hacienda, e inmediatamente se dirigió a una mesa ubicada en un quiosco. Momentos después se le sumó Blanquet, Lozano, Aureliano Urrutia, Luis del Toro, varios coroneles y generales, más los anfitriones, Gaona y el coronel Francisco Chávez. Huerta conversó con sus compañeros de mesa, y al llegar la hora del brindis, Luis del Toro, quien además era diputado federal, y director de *El Independiente*, tomó la palabra para agradecer la presencia de todos. Como era previsible enalteció la labor de Huerta y de su gobierno. Dijo que, en los momentos más difíciles de cualquier país, surgen hombres excepcionales, como ocurrió en México en febrero de 1913, cuando el general Huerta emergió con mano de hierro para detener la catástrofe. Sin disponer de grandes recursos, cercado por varios frentes, fue capaz de sostener una guerra y salir airoso.

A continuación, intervino José María Lozano, quien expresó que admiraba a dos personas: Francisco Chávez y Rodolfo Gaona, los cuales, mediante su propio esfuerzo, habían escalado la pirámide social, y llegado a la cúspide. Luego afirmó que, en México, cuando el caos y la anarquía se ensañaban, apareció el general Huerta para imponer orden. Después de escucharlos, Huerta se puso de pie, y los asistentes guardaron silencio:

> La revolución —dijo— es un mal necesario. Con la valiente sangre mexicana que se ha derramado en los campos de batalla, se formará el mortero que ha de sustentar el futuro edificio de la Patria.
>
> Yo, antes que todo, he hecho labor de organización. México era un país débil, sin ejército, sujeto a mil veleidades. Hoy tenemos un ejército

> de 150 mil hombres que hará respetar el nombre de la Patria en todo el continente.[6]

Recordó que su gobierno, prácticamente sin recursos, había formado un gran ejército, preparado miles de oficiales y soldados, y prometió que, en el futuro cercano, este ejército sería imbatible. Nueva salva de aplausos, y al finalizar todos se pusieron de pie para escuchar el himno nacional. La fiesta continuó y durante la comida, Huerta conversó sobre cuestiones taurinas con Gaona. En un momento dado, éste emocionado, pidió a los asistentes brindar por México y por Huerta. Naturalmente que la amistad de Huerta con Gaona, las corridas de toros, los brindis y los banquetes, fueron del dominio público. Las fotos circularon y llegaron a las manos de Venustiano Carranza y de sus adláteres. Sobra decir que no pocos de los asistentes al famoso banquete, terminaron exiliados en España. Nombres: Aureliano Blanquet, José María Lozano, Agustín Bretón, Liborio Fuentes, Benjamín Camarena, Manuel M. Guasque, Luis Fuentes, José C. Delgado, Felipe Fortuño Miramón, y otros.

Después de una serie de festejos taurinos en la ciudad de México, Rodolfo Gaona participó en una corrida de toros a beneficio de un amigo, y luego abordó el Ferrocarril Mexicano con destino a Veracruz. De ahí se embarcó para Puerto Progreso. Cumplido un contrato de torear en dos festejos en Mérida, se lanzó a la conquista del público hispano. Por ende, cruzó el océano con destino a España. Ello ocurrió en febrero de 1914, justo unas dos semanas después del famoso banquete con Huerta y amigos. Una vez en la Madre Patria, Gaona se enteró de la caída de Victoriano Huerta. Efectivamente, a mediados de julio, Huerta había sido echado de la silla presidencial, y al mismo tiempo, el matador recibió la noticia que Carranza había prohibido

[6] Huerta agregó: "México será un país fuerte y dejará de estar sujeto, para siempre, a extraños manejos. Tenemos un ejército de 150 000 hombres que hará respetar el nombre de la patria en todo el continente", en *El Independiente*, 13 de enero de 1914. También ver "Una simpática manifestación de afecto al señor general Victoriano Huerta", en *El Imparcial*, 13 de enero de 1913; y "Un banquete al señor Presidente", en *Gil Blas*, 13 de enero de 1914.

las corridas de toros. Sus amigos le recomendaron abstenerse de firmar contrato alguno para torear en México, ya que resultaba imposible cumplirlo. Pero hubo algo más: el matador recibió un cable cuyo contenido expresaba que era enemigo político del Primer Jefe, a causa de su amistad pública con Huerta y Blanquet.[7] Por ende, no podría volver a México, pues de acuerdo con la vieja ley juarista de 1862, lo podían condenar a muerte. Así, no le quedó más que permanecer en España. Curiosamente, al ser publicada la lista de las personas sujetas a juicio por traición, elaborada por Salvador Alvarado, no apareció su nombre.[8]

Rafael Galindo

Hubo personajes que por razones fútiles tuvieron que salir del país, como fue el caso del violinista Rafael Galindo, autor de *Los Aires Nacionales*, una suerte de rapsodia mexicana. A juicio de García Naranjo, se trataba del primer cellista de México y conocedor profundo del arte musical. Miguel Lerdo de Tejada le dijo a Huerta que, así como los batallones y regimientos del ejército tenían sus bandas militares, los cuerpos de rurales debían tener su orquesta típica mexicana y el encargado de organizarla fue Rafael Galindo. Como era previsible, el cuerpo musical resultó de primera calidad. En un cumpleaños de Huerta, Miguel Lerdo de Tejada acudió a su domicilio acompañado de una orquesta para cantarle *Las Mañanitas*, e incluyó la citada rapsodia. A Huerta le llamó la atención y preguntó que quién era el autor del ordenamiento tan precioso como eran *Los Aires Nacionales*, y Miguel Lerdo de Tejada le presentó a Rafael Galindo. Huerta le estrechó la mano mientras que los fotógrafos de la prensa imprimían sus placas. El apretón de manos lo pagó el maestro Rafael Galindo con siete años de destierro en España (García Naranjo, 1962: 116-117).

[7] "Ayer salió para Mérida Rodolfo Gaona", en *Gil Blas*, 26 de febrero de 1914.
[8] La lista oficial aparece en Calixto Maldonado, *op. cit.*, pp. 44-46.

Un lugar para radicar

Existe un refrán que reza: para que la cuña apriete, debe ser del mismo palo. Decimos esto porque en París, hubo un singular rechazo contra los mexicanos recién llegados. Rechazo que no fue externado por los franceses, sino por un integrante del aparato diplomático carrancista. Encaramado en este bando que día con día se perfilaba como triunfante, Luis Quintanilla hizo gala de soberbia y desdén sobre los caídos en desgracia. Además de sus funciones protocolarias, en gran parte, su papel fue el de espía. El 16 de septiembre de 1914, desde París, le hizo saber a Juan Sánchez Azcona, quien se encontraba en Santander, que diariamente llegaban a la ciudad Luz, "una cadena de mejicanos, mejicanas y mejicanitos", todos ellos huertistas. Líneas más adelante agregó, que jamás se imaginó que hubiera tantos en París. En tono de conmiseración, dijo que algunos tenían la osadía de acudir a sus oficinas en demanda de auxilio para paliar los estragos de la Primera Guerra Mundial, y de su pésima situación económica. Otros le pedían ayuda para ser repatriados, y otros más, para alimentarse. Luego lanzó dardos venenosos contra determinadas personas. Expresó que tuvo frente a sí a Guillermo Rubio Navarrete, Gabriel Huerta, Guillermo Obregón, entre otros, quienes le solicitaron pasaportes y

recomendaciones, que naturalmente les negó.[1] En otra carta dirigida a Miguel Díaz Lombardo, fechada el 19 de octubre de 1914, nuevamente hizo gala de displicencia sobre los perdedores. Sin mencionar sus nombres, dijo que en París solo quedaban dos "chinacos". Se ignora por qué los llamaba "chinacos" y quiénes eran. ¿Se refería a Porfirio Díaz, a León de la Barra? No hay respuesta. Luego dijo que a causa del estallido de la Primera Guerra Mundial, resultaba imposible que llegaran más mexicanos a Francia. Hubo cierre de fronteras y las autoridades no dejaban entrar más que a los franceses (Valadés, 2007: 94). Por cierto, como se ha señalado, en París vivían algunas de las figuras clave de la política mexicana echados del país años antes por la revolución: Porfirio Díaz, José Yves Limantour, Francisco León de la Barra, y otros más, sin que Luis Quintanilla hiciera alusión explícitamente a ellos.

Resulta necesario determinar en qué ciudad se instalaron los mexicanos que llegaron a la península ibérica por diversas razones. Unos porque desde la caída de Porfirio Díaz, les desagradó el curso de los acontecimientos. Es sabido que otras personas abandonaron el país al observar que Huerta se resistía a fijar la fecha para celebrar nuevas elecciones presidenciales, en las cuales Félix Díaz era su carta fuerte. Otro grupo más fue el que acompañó a Huerta en su destierro en la península ibérica. El restante estuvo integrado por los integrantes del cuerpo consular que permaneció en España, y aun los dispersos en otras partes de Europa. La suma de todos superaba el centenar. No existen registros oficiales y la única forma de saberlo, es rastrearlos vía los informes de los cónsules, las memorias, o bien acudiendo a las fuentes secundarias, entre las cuales el *Diario* de Federico Gamboa resulta de un valor excepcional. Las fuentes españolas no se ocuparon jamás.

Naturalmente que no fue posible determinar en qué ciudad se instalaron todos y cada uno. Se tiene información sobre un total de

[1] Luis Quintanilla a Juan Sánchez Azcona, París, 16 de septiembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fols. 287 y 290.

78 personas que acompañaron a Huerta, sin que se pretenda asegurar que fueron todos. Es probable que haya habido más. De la cantidad mencionada, fue posible determinar la ciudad de residencia de 57, lo que significa una gran mayoría. Sin lugar a duda, Barcelona fue la ciudad preferida. Aquí se instalaron 27 mexicanos. Huerta vivió aquí junto con su esposa Emilia Águila, sus hijos Jorge y Víctor Huerta; sus yernos Francisco Colom, Luis Fuentes, y el que lo sería días más tarde, Alberto Quiroz; Arturo Alvaradejo, Juan A. Hernández, Luis del Toro, Francisco Chávez, entre otros. Pero Barcelona fue también el lugar de residencia de algunos partidarios de Porfirio Díaz y de Félix Díaz. Nos referimos a Gumersindo Enríquez, Gabriel Fernández Somellera, Federico León de la Barra, Fernando Pimentel y Fagoaga, Rafael Reyes Spíndola e Indalecio Sánchez Gavito. Como era predecible, casi nadie tuvo contacto con el consulado de Barcelona el cual funcionaba bajo la tutela de Inocencio Arreola, converso al carrancismo, y detractor de huertistas.

En Madrid vivían 16 personas destacando Aureliano Blanquet, su hijo del mismo nombre; los ex secretarios Roberto A. Esteva Ruiz, José María Lozano, Rodolfo Reyes, aunque este último se movía de una ciudad a otra, y Jesús T. Acevedo. Asimismo, aquí vivían varios integrantes del cuerpo consular como Francisco A. de Icaza, Carlos Pereyra, Amado Nervo, Alfonso Reyes, Enriqueta Camarillo, entre otros. Entre los porfiristas notables aquí radicados destacan Pablo Macedo, Romualdo Pasquel, Manuel Escandón y Barrón, y Pablo Martínez del Río. Hubo varios toreros cuya filiación política resulta complejo dilucidar, como fue el caso de Rodolfo Gaona y los hermanos Freg. Por azares del destino, aquí se refugió el villista Martín Luis Guzmán.

Once mexicanos se instalaron en San Sebastián, entre ellos: Manuel Mondragón, Adolfo de la Lama, Carlos Rincón Gallardo, Antonio y Francisco de los mismos apellidos, Carmen Mondragón, Manuel Rodríguez Lozano, José Arce e Hijar, y en forma transitoria Rodolfo Reyes. De los partidarios del viejo régimen, aparecen Joaquín Cortina Rincón, Rafael Chousal, Josefa Sanz de Solórzano y su familia, entre otros. Hasta donde se sabe, en Santander se instalaron tres personas:

Salvador Díaz Mirón, José Refugio Velasco y Francisco Salido. En *Sevilla* vivió Manuel Rivero Collada, y se ignora el lugar de residencia de Marcelino G. Presno.

Cuadro 7
Exiliados y lugar de residencia

Nombre	Lugar de residencia
1. Acevedo, Jesús	Madrid
2. Acosta, Celso	San Sebastián
3. Águila, Carlos	-
4. Alvaradejo, Arturo	Barcelona
5. Arce e Hijar, José	San Sebastián
6. Batres, Leopoldo y familia	-
7. Bencochea, Nicolás	-
8. Bermejillo, Andrés	-
9. Blanquet, Aureliano	Madrid
10. Blanquet, Aureliano Jr.	Madrid
11. Bretón, Agustín	-
12. Camarena, Benjamín	-
13. Colom, Francisco	Barcelona
14. Corona, Ramón	-
15. Cortina Rincón, Joaquín	San Sebastián
16. Camarillo, Enriqueta	Madrid
17. Chávez, Francisco	Barcelona
18. Dávila	Barcelona
19. De Icaza, Francisco	Madrid
20. De la Lama, Adolfo	San Sebastián

Nombre	Lugar de residencia
21. De Moure, Javier	-
22. Delgado, José C.	Barcelona
23. Del Toro, Luis	Barcelona
24. Díaz Mirón, Salvador	Santander
25. Duret, Fernando	Barcelona
26. Elorduy, Saúl	Barcelona
27. Enríquez, Gumersindo	Barcelona
28. Esteva Ruiz, Roberto A.	Madrid
29. Fernández Guerra, Manuel	-
30. Figueras, Agustín	-
31. Fortuño Miramón, Felipe	Barcelona
32. Fuentes, Liborio	Barcelona
33. Fuentes, Luis	Barcelona
34. Galindo, Rafael	Madrid
35. García y Sánchez Facio, Rafael	Barcelona
36. Gaona, Rodolfo	Madrid
37. Gil, Fernando	Barcelona
38. Gómez Robelo, Ricardo	-
39. González Esteban	Barcelona
40. González, María Elena	Barcelona
41. Guasque, Manuel	-
42. Hernández, Juan A.	Barcelona
43. Huerta, Gabriel	-
44. Huerta, Jorge	Barcelona
45. Huerta, Víctor	Barcelona

Nombre	Lugar de residencia
46. Huerta, Victoriano	Barcelona
47. Limón, Hernando	-
48. Lozano, José María	Madrid
49. Maass, Daniel	-
50. Maass, Joaquín	-
51. Maass, Mario	-
52. Mondragón, Manuel	San Sebastián
53. Mondragón, Carmen (Nahui Olin)	San Sebastián
54. Montes de Oca, Ignacio	Madrid, Cádiz, Jerez
55. Moreno, José	Barcelona
56. Nájera, Vicente	-
57. Nervo, Amado	Madrid
58. Oliva, Agustín	Barcelona
59. Paliza, Carlos	Barcelona
60. Pardo, Luis G.	Barcelona
61. Paredes, Eugenio	-
62. Pereyra, Carlos	Madrid
63. Pérez Figueroa, Luis	Madrid
64. Posada Ortiz, José	Barcelona
65. Quiroz, Alberto	Barcelona
66. Reyes, Alfonso	Madrid
67. Reyes, Rodolfo	San Sebastián, Bilbao, Madrid
68. Rincón Gallardo, Carlos	San Sebastián, Madrid
69. Rincón Gallardo, Antonio	San Sebastián

Nombre	Lugar de residencia
70. Rincón Gallardo, Francisco	San Sebastián
71. Rodríguez Lozano, Manuel	San Sebastián
72. Robles Linares, Juan	-
73. Salado Álvarez, Victoriano	Barcelona
74. Salido, Francisco	Santander
75. Sola, Emilio	Barcelona
76. Simón, José A.	
77. Velasco, José Refugio	Santander
78. Vidaurrázaga, Manuel	Madrid

Fuente: datos de archivo personal.

Al sumar algunos de los viejos residentes con los huertistas, la cifra alcanza el centenar de mexicanos, y naturalmente que Barcelona fue la ciudad preferida para vivir. Lo notable fue que vivieron desperdigados, casi sin contacto alguno. Nunca hubo una reunión que pudiera llamarse masiva. Para el orgullo de Huerta, el golpe debió ser demoledor. No sólo el gobierno mexicano, y el español, sino sus propios correligionarios, le hicieron el vacío, y aun entre ellos mismos. Las escasas noticias alusivas a Huerta y su entorno, consignan que durante el tiempo que permaneció en España, estuvo acompañado de su familia, de Arturo Alvaradejo, del ex gobernador de Puebla, Juan Hernández, y algún otro que la prensa no logró detectar. Ni sus propios sobrinos, los Maass, fueron mencionados.

Una extraña amenaza
su envío al paredón

Ante los cambios políticos registrados en México, los mexicanos residentes en la península experimentaron gran descontrol. Si bien inicialmente supusieron que Carranza no tendría problemas para

consolidarse en el poder, con el paso de los días, la realidad mostró ser un tanto diferente. No había pasado un mes cuando las fuerzas revolucionarias se dividieron. Durante la celebración de la Convención de Aguascalientes reunida el 10 de octubre de 1914, la jefatura de Carranza fue puesta en duda, y al calor de las discusiones se planteó la necesidad de reemplazarlo, y poner a otra persona en su lugar, que resultó ser Eulalio Gutiérrez, apuntalado por Francisco Villa y Emiliano Zapata. Su nombramiento fue fechado el 6 de noviembre. A la península ibérica la información llegaba a cuentas gotas provocando descontrol y estupefacción. Sobra decir, que apenas habían llegado a Europa, los emisarios de Carranza se tambalearon y por momentos quedaron a la deriva. Nos referimos a los agentes confidenciales y cónsules, cuya misión era reemplazar a los miembros del cuerpo diplomático que había servido a Huerta, a la vez que pregonar las bondades de la revolución constitucionalista. Para los integrantes del cuerpo diplomático al servicio de Huerta, su situación fue realmente grave. En ningún momento recibieron información sobre su cese, o bien sobre su ratificación, y peor aún, se quedaron sin recibir sus haberes.

En este contexto hubo un suceso inesperado. Estando en Veracruz, el 12 de diciembre de 1914, el Comandante Militar de México, Salvador Alvarado, dictaba una medida amenazante contra quienes apoyaron a Victoriano Huerta, cuyos integrantes en gran parte estaban viviendo en el exilio, salvo algunos militares de alta graduación que se enrolaron en las filas villistas, zapatistas, y aun carrancistas (Maldonado, 1922: 44-46). A diferencia del decreto número 5 dictado el 14 de mayo de 1913 en Piedras Negras, Coahuila, en que se les amenazaba, ahora se dieron a conocer los nombres de cada una de las personas que podían ser enviadas al cadalso.[2] Por supuesto que el núcleo central estaba exiliado en los Estados Unidos, Cuba, Francia, y naturalmente que en España. Aquí estaba exiliado Huerta y tres ex secretarios de Guerra y

[2] Decreto Número 5, en *El Constitucionalista*, Piedras Negras, Coahuila, 14 de mayo de 1913, p. 16.

Marina. Resulta imposible determinar si se enteraron de semejante medida. Pero la pregunta ineludible es la siguiente: por qué se dictó semejante medida si Salvador Alvarado y compañía sabían que los peces gordos estaban en el destierro. Sería que Salvador Alvarado sospechaba que, ante los vaivenes del gobierno de Carranza, y las arremetidas de los convencionistas, los exiliados tendrían el campo despejado para regresar a México y recuperar el poder. O bien, que Carranza, podría gestionar fácilmente su extradición. En realidad, no existe una respuesta satisfactoria, pero lo más probable es que Carranza y compañía buscaran quitar a los exiliados la tentación de volver a México. Sea lo que sea, los mexicanos exiliados en España, incluidos en la lista fatídica se acercaban a los cuarenta.

Cuadro 8
Personas sujetas a juicio por traición
conforme a la ley del 25 de enero de 1862

Nombre	Ciudad en que vivían
1. Acevedo, Jesús.	Madrid
2. Acosta, Celso	San Sebastián
3. Águila, Carlos	-
4. Alvaradejo, Arturo	Barcelona
5. Bermejillo, Andrés	
6. Blanquet, Aureliano	Madrid
7. Bretón, Agustín	-
8. Camarena, Benjamín	-
9. Corona, Ramón	-
10. Chávez, Francisco	Barcelona
11. De la Lama, Adolfo	San Sebastián
12. Del Toro, Luis	Barcelona
13. Díaz Mirón, Salvador	Santander

Nombre	Ciudad en que vivían
14. Díaz, Porfirio (Hijo)	San Sebastián
15. Enríquez, Gumersindo	Barcelona
16. Esteva Ruiz, Roberto A.	Madrid
17. Fernández Guerra, Manuel	-
18. Figueras, Agustín	-
19. Fuentes, Luis	Barcelona
20. Gómez Robelo, Ricardo	-
21. Guasque, Manuel	-
22. Hernández, Juan A.	Barcelona
23. Huerta, Jorge	Barcelona
24. Huerta, Victoriano	Barcelona
25. Lozano, José María	Madrid
26. Maass, Joaquín	-
27. Mondragón, Manuel	San Sebastián
28. Pereyra, Carlos	Madrid
29. Pimentel y Fagoaga, Fernando	Barcelona, Madrid
30. Quiroz, Alberto	Barcelona
31. Reyes, Rodolfo	San Sebastián, Bilbao, Madrid
32. Rincón Gallardo, Carlos	San Sebastián, Madrid
33. Rubio Navarrete, Guillermo	-
34. Sánchez Gavito, Indalecio	Barcelona
35. Velasco, José Refugio	Santander
36. Vidaurrázaga, Manuel	Madrid
37. Icaza, Francisco	

Fuente: Formado con datos de Calixto Maldonado R., *Los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez como ocurrieron*, México, 1922, pp. 44-46, y datos personales.

En la lista de marras figuraban el ministro de España en México, Bernardo de Cólogan y Cólogan, y el ex embajador de los Estados Unidos en México, Henry Lane Wilson. A otros ministros extranjeros los dejó fuera de su lista. El hecho suena risible. Amenazar con enviar al embajador americano y al ministro de España al paredón, resultaba aberrante. Alvarado olvidaba que de ocurrir ello, los americanos podían invadir México cuantas veces quisieran. A Porfirio Díaz no lo incluyó, pero sí a su hijo. La amenaza de ser enviados al paredón se extendió a Carlos Pereyra, ex cónsul en Bélgica, y Francisco A. de Icaza, con el mismo cargo en Madrid. Salvador Díaz Mirón no escapó a los ojos de Salvador Alvarado y fue incluido en la lista. Todo ello sin faltar Huerta, Blanquet, Mondragón, José Refugio Velasco y otros más. Luis G. Urbina no apareció en la lista, y es probable que al enterarse que Alvarado la elaboraba, maniobró desde su destierro en La Habana, y más temprano que tarde, se afilió al carrancismo, lo cual le permitió incrustarse en el cuerpo diplomático, y llegar triunfante a Madrid. Lo mismo hizo José Juan Tablada, exiliado en los Estados Unidos, quien sí estuvo en la lista fatídica.

La desarticulación del aparato consular

A su llegada a España, Huerta confiaba en que los funcionarios de los consulados le brindarían una cálida recepción, y el apoyo necesario para instalarse en la madre patria, pero no fue así. Ciertamente que meses atrás, algunos lo defendieron de los ataques de la prensa española, y de las quejas de los propietarios y comerciantes de la misma nacionalidad, pero en general, asumieron una postura indiferente y cautelosa. Desde otra perspectiva, para México, España era importante. Pruebas: en 1913 tenía ahí 28 agencias consulares. Sólo había dos países que lo superaban: los Estados Unidos con 50 y Gran Bretaña con 38. Con los Estados Unidos e Inglaterra, las razones eran de índole comercial, industrial y financiera, pero con España, el vínculo familiar y cultural era importante. Si bien desde el Porfiriato se hablaba mucho de la afinidad con Francia, de su cultura, vestido y alimentación, ello no se reflejaba en el número de agencias consulares. Con Alemania e incluso, Italia, tampoco. En Alemania se tenían 19 consulados, en Italia 14, y en Francia, sólo 11. Y contra lo que se suponía, en Rusia apenas 5 y en Japón, 2.

Cuadro 9
Lista de los agentes y empleados consulares
de México en España en 1913

Ciudad	Cargo	Nombre
Algeciras	Cónsul honorario	Juan Guadalupe
Alicante	Vicecónsul honorario	Ricardo Guillén Pedenti
Almería	Cónsul honorario	Antonio Manzano
Barcelona	Cónsul General	Inocencio Arreola (coronel huertista)
	Vicecónsul canciller	Juan Prieto Quemper
	Escribiente	Francisco Barrera
	Meritorio	Francisco Pesado
Bilbao	Cónsul	Adolfo M. Issasi
	Vicecónsul escribiente	Luis Barra y Garay
Cádiz	Cónsul	Joaquín García Conde
	Vicecónsul canciller	Leonardo Pietrasanta
Cartagena	Cónsul honorario	Ramón Laimón y Moncada
Córdoba	Vicecónsul honorario	Marín y Carrillo
Coruña	Cónsul	Salvador Martínez de Alva
	Vicecónsul honorario	José María Rivera
	Canciller	Luis Villaseñor
Gijón	Cónsul honorario	José Trinidad Guarneros
	Canciller honorario	Sabino Acebal y Fernández
Granada	Cónsul Honorario	José Serrano y Gabarré
	Vicecónsul honorario	Rafael de Terán y López
Irún	Cónsul honorario	Eugenio Beguerisse y Ortiz
Jerez de la Frontera	Cónsul honorario	José S. Álvarez
	Vicecónsul honorario	Pedro Gutiérrez Quijano
Las Palmas	Cónsul honorario	Alfredo Pérez
	Vicecónsul honorario	Antonio García Beltrán
Madrid	Cónsul	Enrique Camacho

Mahón	Cónsul honorario	J. E. Seguí y Oliver
	Canciller honorario	Pedro Sintes Cardona
Málaga	Cónsul	Jorge Río de la Loza
	Vicecónsul honorario	José Guerrero Bueno
Oviedo	Cónsul honorario	Antonio Vallejo
Palma de Mallorca (Islas Baleares)	Vicecónsul honorario	Juan Svan Bennazar
	Canciller honorario	Valentín Schembri y Campos
Puerto de Santa María	Vicecónsul honorario	José Ruiz de Cortázar
Santa Cruz de la Palma (Islas Canarias)	Vicecónsul honorario	Tomás de Sotomayor
	Canciller honorario	Manuel Cayetano Pérez
Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias)	Cónsul honorario	Humberto Lecuona y Díaz
San Sebastián	Cónsul	José Arce e Hijar
	Canciller honorario	Manuel Aguimbau Robles
Santander	Cónsul	Rafael Adalid
	Cónsul	Félix Magaña Ramírez
	Canciller	Horacio Uribe
Sevilla	Cónsul	César G. Torres
	Vicecónsul honorario	Joaquín Coyena
Valencia	Cónsul honorario	Eduardo Salinas Romero
Vigo	Cónsul	Marcos Daudén
	Vicecónsul honorario	Eduardo Pardo Labarta
Villa Gracia de Arosa	Vicecónsul honorario	Eduardo García Isla

Fuente: "1913. Personal consular en tiempo de Victoriano Huerta. Lista de los agentes y empleados consulares de México", en el expediente personal de Victoriano Huerta, en el AHDGE/SRE cuya clasificación es la siguiente: L-E-1579.

Pero no obstante el número importante de consulados que México tenía en España, el número de empleados apenas llegaba a 48. El consulado de Barcelona tuvo cuatro personas, por cierto, el número más elevado; el de La Coruña tres, al igual que Santander, el lugar por el cual entraron varios mexicanos. Trece ciudades tenían dos personas: Bilbao, Cádiz, Gijón, Granada, Jerez de la Frontera, Las Palmas, Mahon, Málaga, Palma de Mallorca, Santa Cruz de la Palma, San Sebastián, Sevilla y Vigo. El resto de los consulados, incluido Madrid, sólo uno. El dato resulta inesperado ya que se suponía que, por ser el centro político, administrativo y cultural más importante, el consulado de Madrid era el que tenía más empleados.

El triunfo: a la vuelta de la esquina

Al iniciarse el año de 1914, con sobrada razón, Venustiano Carranza supuso que su triunfo estaba a la vuelta de la esquina, y dio un paso trascendental. Designó a distintos personeros, llamados *Agentes Confidenciales* para acercarse a los países con los cuales México tenía fuertes vínculos políticos y comerciales. Su función, totalmente provocativa, buscaba sondear el sentir de las distintas potencias del orbe frente a la revolución constitucionalista, y al mismo tiempo, pregonar las bondades de la revolución que representaba, y en una de esas, apoderarse de los consulados. Las potencias que interesaban a Carranza obviamente eran los Estados Unidos, Inglaterra y España. Ni Francia ni Alemania fueron del todo consideradas. El 6 de enero de 1914, Juan Sánchez Azcona fue nombrado agente confidencial en Europa, aunque en realidad durante varios meses sólo actuó en territorio francés. El 28 de febrero de 1914, Miguel Covarrubias, fue designado agente confidencial en Inglaterra, y el primero de abril del mismo año, Rafael Zubarán Capmany, en los Estados Unidos. Su papel fue simbólico ya que nada efectivo pudieron hacer. Huerta seguía en el puesto y su gobierno era reconocido por las principales potencias del orbe, como España y Gran Bretaña, salvo por los Estados Unidos. En el ínterin, los personeros carrancistas permanecieron

agazapados. Una cosa era su designación, y otra, asumir realmente el cargo, para lo cual necesitaban el *agreement* o beneplácito del gobierno huésped (Rosenzweig, 2012: 1464-1465).

En vísperas de la renuncia de Huerta, y de su huida del país, Carranza dio otro paso. Envió a algunas ciudades europeas a los llamados *Agentes Comerciales*. Los más relevantes fueron: Luis Quintanilla e Inocencio Arreola. El primero en París y el segundo en Barcelona. Su nombramiento: el mes de julio de 1914. Para el analista, se trataba de otra provocación, pero con tintes reales y amenazantes. La resultante fue una conmoción total entre el cuerpo consular. Los funcionarios carrancistas no portaban el *agreement* o beneplácito que se estilaba en el mundo diplomático, pero agitaban la vieja ley juarista resucitada por Carranza para amenazar a las personas que apoyaron a Huerta. Por supuesto que la amenaza de juzgarlos, y dejarlos en la calle, los puso al filo de la navaja. A mediados de julio, Francisco S. Carbajal reemplazó a Huerta, aunque apenas tenía un mes en el cargo, renunció, y también salió del país. En agosto de 1914, Carranza se instaló en la capital de la República, sin que nadie le disputara su calidad de Primer Jefe encargado del Poder Ejecutivo. Todo esto se supo en los Estados Unidos y en Europa. Para los cónsules que sirvieron al huertismo, todo había terminado. Tanto los agentes confidenciales como los agentes comerciales carrancistas pudieron cumplir su misión a plenitud (Rosenzweig, 2012: 1464-1465).

El 16 de septiembre de 1914, Miguel Covarrubias, se hizo cargo de la Legación de Inglaterra; un día después, Rafael Zubarán Capmany de la embajada en los Estados Unidos; y el día 24, Juan Sánchez Azcona, de la Legación en España. Todo en un lapso de ocho días. El 7 de septiembre, Inocencio Arreola se hizo cargo del consulado de Barcelona, y antes de concluir el mismo mes, el consulado de París pasó a manos de Luis Quintanilla (Rosenzweig, 2012: 1465). Septiembre fue el mes clave para la asunción del cargo de casi todos ellos. El relevo del personal del cuerpo consular se llevó a cabo casi sin incidentes. Hubo tres cónsules que se resistieron a dejar el cargo, argumentado que portaban el *agreement* contemplado en el protocolo diplomático,

pero su suerte estaba echada. Incluso basaron su negativa a dejarlo argumentando que, durante los últimos tres meses de 1914 y primer semestre de 1915, en México no había un gobierno legal ni legítimo. Instalado en Barcelona, Huerta no tuvo una persona de confianza con quien contactarse.

Sobre la llegada de Sánchez Azcona a Madrid

A finales de agosto de 1914, Juan Sánchez Azcona llegó a Madrid procedente de París portando el nombramiento de Agente confidencial. El 30 de agosto la prensa hispana hizo eco de su llegada señalando que en el pasado tuvo vínculos con Francisco I. Madero, del cual fue su secretario, con José María Pino Suárez y Joaquín Casasús. Para Federico Gamboa, su papel al servicio de Carranza inquietaba a la colonia de expatriados, lo cual no impidió que algunos se le acercaran. Otros observadores afirmaban que estaba realizando un doble juego, ya que también simpatizaba con Francisco Villa, para llegado el caso, ponerlo en lugar de Carranza.[1] El 26 de marzo de 1915, Pablo Macedo le comunicó a José Y. Limantour, que acababa de llegar a Madrid el "famoso Sánchez Azcona, agente confidencial de Carranza", quien en sus tarjetas se presentaba como Embajador de México en Inglaterra, Francia, Italia y España, con residencia en Madrid. Disfrutando las mieles del poder, el flamante embajador solía viajar a París dejando en Madrid a su familia. Asimismo, tenía a su disposición un automóvil, y otras comodidades cubiertas con recursos que Carranza extrajo de sus enemigos caídos en desgracia, que vivían, unos en México, y otros en el extranjero.[2]

Enterado de la llegada casi simultánea de Huerta a España, Sánchez Azcona solicitó hablar con los periodistas para lo cual los invitó

[1] Sin remitente a Venustiano Carranza, Tampico, México, 22 de mayo de 1914, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.8.923.1.

[2] Pablo Macedo a José Y. Limantour, Madrid, 26 de marzo de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente CDLIV. 2a. 1910.18.136.

a un hotel. Ahí hizo una exposición de los propósitos que Carranza se proponía realizar como Presidente. Su primera medida sería desconocer los bonos del Tesoro emitidos por Victoriano Huerta, puestos en circulación. Segundo: destituir a todos los cónsules; y tercero, desconocer sus firmas mediante las cuales se autorizaba el envío de mercancías a México. En su lugar, serían designados como nuevos agentes comerciales. En el ínterin, se solicitaría a una nación amiga hacerse cargo de los archivos de los consulados hasta que la situación se normalizara. Esto es: hasta que el gobierno de Carranza fuera reconocido por las grandes potencias. Para justificar el nuevo orden de cosas en México, expresó que Carranza tuvo que barrer con Huerta y su gobierno, ya que constituían "un bochorno y una vergüenza" para el mundo civilizado, tanto que resultaba incomprensible que hubiera durado tanto tiempo. Para congraciarse con España, Sánchez Azcona señaló que serían respetados tanto las personas como las propiedades de sus súbditos. Prometió que serían indemnizados los daños sufridos durante la guerra, salvo los de aquellas personas que hubieran intervenido en la política mexicana. En estos casos, se les aplicaría todo el rigor de la ley. Para que le creyeran del todo recordó que, en Saltillo, Coahuila, Carranza había conferenciado con el secretario de la Legación de España en Washington. Ahí le expresó:

> [...] que la revolución mexicana no ha sido personal, ni dinámica, sino parcial y orgánica, pues como los motines y cuarteladas puede hacerlos un hombre, la revolución sostenida durante cuatro años seguidos de lucha y dos veces triunfante, solo puede hacerse cuando representa el movimiento una aspiración casi unánime en el país y que forma ambiente en el pueblo.
>
> Afirmó que pronto reinará la paz en todo México, y con la tranquilidad, la prosperidad del trabajo, bajo un régimen de orden y de justicia.[3]

[3] "Noticias de México", en *La Correspondencia de España*, Madrid, 30 de agosto de 1914, p. 4.

El 13 de septiembre, Juan Sánchez Azcona aseguró que México estaba casi en paz completa. Solo quedaban algunas partidas de inconformes refugiados en las sierras las cuales serían batidas fácilmente. Para extinguirlas, el gobierno contaba con armamento y abundantes efectivos militares. Por otro lado, el gabinete que acompañaba a Venustiano Carranza estaba integrado por ciudadanos competentes, provistos de gran capacidad técnica, conocedores de las necesidades del país, y ávidos de progreso. Reiteró que su misión era encargarse de algunas legaciones en Europa, para lo cual había recibido informes de que le serían entregadas de buen grado. Su presencia en Madrid se debía a que desde aquí podía desplazarse fácilmente de un lugar a otro, lo cual no sucedía con Francia u otro país. Para concluir insistió que los cónsules que estuvieron al servicio de Huerta estaban fuera de servicio y que, en Santander, donde José Arce e Hijar se mostraba reticente a entregar el cargo, la única persona autorizada para dar el visto a las facturas de índole comercial era Fortunato González, al cual había designado agente comercial.[4]

Pero al parecer, Sánchez Azcona no estaba del todo contento con su misión en España, lo cual le llegó a externar a Luis Quintanilla. Este último se burló abiertamente de las pretensiones calificadas de paladinas de Carranza y por extensión, de Isidro Fabela. En un texto escrito le espetó: "Cómo ha de ser posible que, simultáneamente, tomes posesión de cinco legaciones, estando en tiempo de guerra, sin un centavo, y cargado de familia. Claro que es absurdo". Sin embargo, su misión era esa, y Sánchez Azcona tuvo que aguantarse. Para consolarlo, Quintanilla le recomendó no desanimarse. Como por el momento no podía regresar a la dulce Francia, como eran sus deseos, le sugirió resignarse y ocuparse de Madrid y Lisboa.[5] No eran lo mismo, pero no había de otra.

[4] "La situación en México", en *El Cantábrico*, Santander, 13 de septiembre de 1914, p. 1.

[5] Luis Quintanilla a Juan Sánchez Azcona, París, 16 de septiembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fols. 289-290.

Los cónsules reticentes para renunciar

En los inicios del carrancismo, los cónsules heredados del huertismo asumieron posturas distintas. En su mayoría, entregaron las oficinas a su cargo, sin protestar. Los menos, alegaron que había reglas formales para reemplazarlos, basadas en el *agreement* o beneplácito del gobierno huésped, y la comunicación escrita, lo cual no hubo. En esta línea se inscriben Francisco A. de Icaza, cónsul de Madrid, al igual que José Arce e Hijar, de San Sebastián, y Eduardo Salinas Romero, de Valencia. Hasta cierto punto, los tres mantuvieron su lealtad al gobierno que los designó, o bien ratificó en el puesto, en su caso, el de Huerta. Defendieron su sitial inspirados en razones jurídicas, a más de que nadie les comunicó su cese en forma oficial.

Francisco A. de Icaza

Al llegar a Madrid, Sánchez Azcona se topó con la novedad de que el cónsul Francisco A. de Icaza no quería hablar con él, y para evitar la impresión que había abandonado la Legación, designó a Amado Nervo Encargado de Negocios. Fue éste quien habló con Sánchez Azcona. Amado Nervo no puso objeción al traspaso de la Legación. Por ende, Icaza había quedado fuera (Castillo, 1980: 31 y 92). Pero Icaza tenía razón. Tenía varios años en el servicio exterior, y sabía que había formas para quitarle el puesto. En otras palabras, para reemplazarlo. Apenas se hizo cargo de la Legación, Sánchez Azcona arremetió contra él:

> [...] encontré aquí la mejor disposición para cumplimentar las órdenes de México de parte de nuestro querido Amado Nervo, pero en cambio el señor [De] Icaza se mostraba por demás vacilante y más bien inclinado a ponerme obstáculos de todo género; por último se marchó de Madrid y dejó a Amado Nervo como Encargado de Negocios, y así, previas órdenes directas que se recibieron de México, reiterando la orden de que la Legación me fuese entregada, he quedado al frente de ella desde el 29 de

> septiembre próximo pasado habiendo dado el aviso correspondiente al Ministerio de Estado.[6]

Una vez cesado en el puesto, Icaza tuvo que remar contra la corriente para sobrevivir. En su haber jugaba el hecho de que gozaba de cierto prestigio literario en Madrid. Se había distinguido como crítico literario, entre otras cosas, por aludir a los plagios de la condesa de Pardo Bazán, y ganado el premio Charro-Hidalgo en 1900. Asimismo, había publicado artículos sobre la literatura alemana, francesa y española, biografías de los clásicos españoles y reseñas de libros. Gracias al dominio del idioma alemán, tradujo a Turgenef, Nietzsche, Hebbel, Liliencron y Dehmel (Castillo, 1980: 41, 83, 98 y 107; Rosenzweig, 2012: 1482-1485). Se trataba de un intelectual de ciertos vuelos.

José Arce e Híjar

Desde el ascenso de Carranza al poder, el cónsul de San Sebastián, José Arce e Hijar, estaba enterado del cese del cuerpo diplomático y consular, incluido por supuesto él, pero debido a que le fueron suspendidos sus haberes, entró en el terreno de la desesperación. Haciendo de tripas corazón, el 12 de diciembre de 1914, se dirigió a Inocencio Arreola, a quien calificaba de Cónsul General de México en España, en términos bastante lastimeros. Lo llamaba: apreciable señor y Jefe, asegurándole que desde el mes de agosto, la falta de ingresos y la nula recepción de sus sueldos y gastos de oficio, lo tenían sumido en una situación de indescriptible miseria, al grado de no saber si al día siguiente tendría recursos para alimentar a su esposa y pequeños hijos. Por ende, le pedía con todo comedimiento a Arreola, que si en sus manos estaba salvarlo de la miseria, a un funcionario honrado como era él, y a su inocente familia, ajena a movimientos políticos registrados en México, lo hiciera. Atender su llamado, le dijo, sería una

[6] Carta de Juan Sánchez Azcona a Luis Quintanilla, 3 de octubre de 1914, reproducida en Carlos Illades, *op. cit.*, p. 26.

acción justa y noble. Pero el cónsul fue más allá. Pidió que le enviaran cualquier cantidad de dinero, la que fuera, para aliviar su situación, mientras se normalizaban los pagos. Por lo pronto, le solicitaba un préstamo con el carácter de urgente.[7]

A continuación, Arce e Hijar dijo algo sorprendente: que, al enterarse de la designación de Sánchez Azcona como encargado de la Legación en Madrid, le escribió exponiéndole su situación, y en respuesta le dijeron que siguiera al frente del consulado. Que de nada se preocupara. Además de ello, Enrique Camacho, quien, por cierto, trabajaba en el consulado de Madrid, lo visitó en su oficina y le ofreció que intervendría para que de inmediato le enviaran los gastos de oficio y alguna gratificación, lo cual no se había realizado.[8] Pero en realidad, Arce e Hijar estaba en desgracia, y sus peticiones no fueron atendidas. En venganza, se negó a entregar el consulado. En este contexto, el 20 de mayo de 1915, Sánchez Azcona publicó en *El Pueblo Vasco*, editado en San Sebastián, una nota afirmando que el consulado de San Sebastián había sido clausurado, y que Arce e Hijar, estaba desprovisto de todo carácter oficial. Al día siguiente, envalentonado, Arce respondió en el mismo diario, que su negativa a entregar el consulado, se debía a la inexistencia de un gobierno constituido en México. Ni más ni menos, que no reconocía al gobierno presidido por Carranza. Para entonces habían transcurrido casi ocho meses, sin que Sánchez Azcona pudiera cumplir su cometido. O sea, echarlo del puesto (Flores, 2001: 434-435, nota 112).

Cuál fue el arma legal utilizada por José Arce e Hijar para negarse a entregar el consulado. Muy simple: alegó que estaba amparado en el *Real exequatur* de su majestad, el Rey Alfonso XIII. Por si ello no fuera suficiente, dijo que la única forma de retirarlo del cargo era que el gobierno español le cancelara el *exequatur*.[9] Pero la salida legal para

[7] José Arce e Hijar a Inocencio Arreola, San Sebastián, 12 de diciembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 334, fol. 270.

[8] *Loc. cit.*

[9] Juan Sánchez Azcona a Jesús Urueta, Madrid, 17 de junio de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fol. 229.

sacarlo de la jugada estaba a la vuelta de la esquina. En tono triunfal, el 17 de junio de 1915, Sánchez Azcona le hizo saber a J. Urueta, Encargado del Despacho de Relaciones Exteriores, que había encontrado la fórmula para salir del atolladero. En su parte medular, la fórmula contemplaba que, si bien el gobierno de Victoriano Huerta fue reconocido por España, el mentado gobierno había dejado de existir. Había desaparecido. Por consiguiente, José Arce e Hijar, y otros cónsules, que sirvieron al gobierno de Huerta, habían quedado al garete, en el aire. En forma textual, Sánchez Azcona expresó:

> Se buscaron precedentes sin encontrarlos, y entre tanto, se estudiaba el asunto, presenté al Señor Ministro de Estado un Apunte Confidencial, en el que definía la calidad de los documentos (alusivos a) los llamados *exequatur*, y afirmaba la doctrina de que cesando las causas cesa el efecto, y que, por consiguiente, no existiendo ya el Gobierno que hubiera podido responder de los nombramientos que eran origen del *exequatur*, conforme al derecho público establecido, el efecto del *exequatur* debería cesar *ipso facto*, con la desaparición de aquel Gobierno.[10]

Pasados varios días, el referido Ministro de Estado le contestó que compartía sus puntos de vista, y que ya se daban los pasos necesarios para que ningún cónsul que sirvió al gobierno de Huerta, se amparara en el Real *exequatur*. Eufórico, Sánchez Azcona se jactaba que su teoría, sentaba un precedente en el mundo de las disquisiciones diplomáticas.[11] Resuelto el problema, el ministro Lema instruyó a los gobernadores de Valencia y Guipúzcoa para que hablaran con los cónsules reticentes, y les explicaran la conveniencia de cesar en sus funciones. En caso de toparse con una negativa, el gobierno español les retiraría el *exequatur*. Efectivamente, el 2 de junio de 1915, el ministro de Asunto Exteriores de Madrid, marqués de Lema, envió al gobernador de Guipúzcoa, José Sánchez Guerra, el siguiente comunicado:

[10] *Loc. cit.*
[11] *Loc. cit.*

> La circunstancia que usted conoce de hallarse el general Carranza en posición de todos los puertos mexicanos, hace ineficaz la actuación de los cónsules desconocidos por aquél, y aun cuando el gobierno de S. M. persiste en su propósito de no reconocer ningún gobierno en México, no puede menos de tener en cuenta el estado de hecho, por lo cual su actitud en este asunto no envuelve la menor consideración personal hacia el señor Arce sino que se inspira exclusivamente en la necesidad de velar por los intereses de nuestros compatriotas.[12]

Finalmente, las autoridades españolas le retiraron el *exequatur* a José Arce e Hijar, y lo obligaron a entregar las oficinas del consulado, previa amenaza de utilizar la fuerza.[13] El 9 de julio, Sánchez Azcona le hizo saber a Isidro Fabela, quien por cierto estaba en París, que en el largo jaloneo, José Arce e Hijar estuvo asesorado por el ex secretario de Hacienda, Adolfo de la Lama, y varios mexicanos pudientes que veraneaban en San Sebastián, adictos a Huerta (Fabela, 1969: 187-188).

Eduardo Salinas Romero

Acorde a los datos disponibles en la secretaría de Relaciones Exteriores, el 12 de septiembre de 1902, Eduardo Salinas Romero fue designado cónsul en Valencia. El *exequatur* correspondiente lo obtuvo el 3 de diciembre del mismo año. Ante la caída del huertismo, como todos los integrantes del cuerpo consular, quedó al garete, y lo que fue peor, sin comunicación oficial de por medio. Al igual que Francisco A. de Icaza y José Arce e Hijar, se resistió a abandonar el puesto alegando que tenía muchos años en el servicio exterior, y que ejercía sus actividades al margen de los cambios políticos registrados en México. De hecho, vínculo directo con Huerta no lo había. El 9 de junio de 1915, Sánchez Azcona se dirigió a él en términos abruptos llamándolo ex cónsul.

[12] Lema al gobernador de Guipúzcoa, Madrid, 2 de junio de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2558, citado por Óscar Flores, *op. cit.*, p. 435.

[13] Juan Sánchez Azcona a Eliseo Arredondo, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fol. 195.

Le reiteró que Venustiano Carranza había decidido renovar al personal consular, incluido él, y que debía entregar el consulado al súbdito español, Francisco Sempere. En lo sucesivo, éste desempeñaría el cargo de cónsul honorario de México en Valencia. A Salinas Romero no le gustó la orden y puso en aprietos a Sánchez Azcona. En su calidad de portador del *exequatur*, le espetó al emisario carrancista, que primero indagara, si el gobierno español lo consideraba o no el cónsul legítimo.[14] Al mismo tiempo, Salinas Romero se quejó con el marqués de Lema, lo cual de nada sirvió. Después de analizar su queja, el ministro de la Gobernación decidió que Juan Tejón y Marín le dijera a Salinas Romero que sus funciones consulares habían terminado; que la medida debía tomarse para proteger los intereses españoles, sin que ello significara reconocer al gobierno presidido por Carranza, ni a ningún otro. En caso de que Romero Salinas se resistiera, Tejón y Marín le podría espetar que el gobierno que llegó a representar ya no existía, y que hasta donde sabían, no tenía vínculo alguno con las nuevas autoridades mexicanas. Pero luego vino la puntilla: que el gobierno español tenía la facultad de retirar el *exequatur* a los funcionarios consulares, como había sucedido con el cónsul de San Sebastián.[15] Por ende, los alegatos de Salinas Romero de nada sirvieron. Fue echado del puesto.[16] Fue substituido por Francisco Sampere, amigo personal de Vicente Blasco Ibáñez, que no fue del agrado de las autoridades de Valencia. Sucede que tenía inclinaciones republicanas. A estas alturas, Carranza dominaba los puertos, y sus subalternos rechazaban toda documentación avalada por funcionarios del gobierno anterior,

[14] Nota de Eduardo Salinas Romero al ministro de Estado, Valencia, 17 de junio de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2561.

[15] El marqués de Lema a Juan Tejón y Marín, San Sebastián, 24 de julio de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2561.

[16] Eduardo Salinas Romero a ministro de Estado, "Nota Verbal", Valencia 17 de junio de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2561; y Juan Tejón al marqués de Lema, San Sebastián, 11 de agosto de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2561; El marqués de Lema a Juan Tejón y Marín, San Sebastián, 24 de julio de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2561.

un gobierno ya inexistente. Los buques y mercancías españolas transitaban libremente de un lado a otro del océano, sin obstáculo alguno.

Un cónsul carrancista: Inocencio Arreola

Entre el elenco de los cónsules carrancistas, el más incondicional resultó ser Inocencio Arreola, sobre el cual existen dudas sobre quién lo designó: Huerta o Carranza. En la lista de los "Agentes y empleados consulares de México" del año de 1913, aparece su nombre, con un dato adicional: el de coronel huertista.[17] Pero quién era este personaje. En su expediente personal en la Secretaría de Relaciones Exteriores, se registra que el 8 de enero de 1913, fue designado cónsul honorario de México en Stuttgart, con jurisdicción en el Reino de Württemberg y los países de Hohenzollern. Por tales razones, se pidió a las autoridades del Imperio Alemán, brindar su auxilio y protección con la finalidad de que pudiera ejercer a plenitud sus funciones. Se trataba de una fecha durante la cual Francisco I. Madero era el presidente de la República. La persona que firmó el nombramiento fue Julio García.[18] Y aquí viene la novedad: el 8 de abril de 1913, se repitió el mismo nombramiento. En esta ocasión, fue firmado por Francisco León de la Barra, titular de la Secretaría de Relaciones Exteriores, y el presidente de la República era Victoriano Huerta.[19]

Pero algo raro sucedió ya que Arreola no asumió el cargo. Era necesaria su presencia en Alemania y no estaba ahí. El Departamento de Negocios Extranjeros del Gobierno de Württemberg le hizo saber a la Secretaría de Relaciones Exteriores de México que para otorgar el *exequatur* a Arreola, era necesario conocer datos adicionales sobre

[17] *"1913. Personal consular en tiempo de Victoriano Huerta. Lista de los agentes y empleados consulares de México"*, en el AHDGE/SRE, expediente L-E-1579 (4).

[18] Julio García, designación de Inocencio Arreola como cónsul en el Reino de Württemberg, 8 de enero de 1913. en el AHDGE/SRE, expediente 1-6-18-fol. 11.

[19] Francisco León de la Barra, ratificación de Inocencio Arreola como cónsul de México en Stuttgart con jurisdicción en el Reino de Württemberg y los Países de Hohenzollern, en el AHDGE/SRE, expedientes 1-6-18, fol. 11; y 1-6-18, fols. 13 y 28.

su persona. Por lo demás, dijeron, que hasta donde sabían, Arreola no residía en Stuttgart, lo cual era condición básica. Naturalmente que Arreola no estaba ahí, ni lo estaría. Para acabar con este enredo, el 31 de julio de 1913, el funcionario mexicano M. de Beistegui, le hizo saber al Departamento Imperial de Negocios Extranjeros que quedaba sin efecto la patente expedida en favor de Inocencio Arreola.[20]

¿Qué fue lo que sucedió? Todo indica que, desde principios de 1913, Inocencio Arreola tomó el barco en Veracruz para cruzar el océano, pero con el paso de los días, algo le hizo cambiar de parecer. Es probable que, durante su travesía hacia Europa para ocupar el cargo en Stuttgart, se enterara del levantamiento en armas de Carranza, y de la negativa de los Estados Unidos para reconocer al gobierno de Huerta. El sentido común le indicaba que la causa huertista peligraba, y que probablemente Carranza se fortalecería. Ya en tierra firme, habló en París con algunos mexicanos, quienes lo convencieron de no llegar a Alemania. Arreola sopesó las cosas, y optó por quedarse aquí, y alinearse al bando constitucionalista. Supuestamente, en París formó parte del Comité Constitucionalista presidido por Carlos Barrera, Miguel Díaz Lombardo, Manuel Álvarez Rul, Gerardo Murillo, conocido como el doctor Atl, Luis Quintanilla y otros, cuya función fue impedir que le otorgaran determinados empréstitos a Huerta, y al mismo tiempo, hizo propaganda en favor de Carranza (Fabela, 1960: 115-118).

En vísperas de que Huerta renunciara a la presidencia de la República, Arreola dejó Europa, y en junio de 1914 llegó a Saltillo para ponerse a las órdenes de Carranza. Al analizar sus méritos, Isidro Fabela, Oficial Mayor encargado del Despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores, le sugirió a Carranza designarlo Agente Comercial en España, con residencia en Barcelona. Sin problemas, el 10 de julio de 1914, Fabela le tomó la protesta de ley.[21] Entre las razones justifica-

[20] M. de Beistegui a la Legación de los Estados Unidos Mexicanos en Alemania, México, 31 de julio de 1913, en el AHDGE/SRE, expediente 1-6-18, fol. 19; Arturo Palomino al consulado general en Hamburgo, Hamburgo, 7 de agosto de 1913, en el AHDGE/SRE, expediente 1-6-18, fol. 19.

[21] Isidro Fabela a Inocencio Arreola, Saltillo, Sonora, 10 de julio de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 1-6-18.

das para ocupar el cargo, Arreola adujo haber cursado la instrucción preparatoria y dos años de Jurisprudencia, hablar francés, italiano y traducir el inglés. Como periodista, adujo haber publicado artículos en el *Diario del Hogar*, *El Hijo del Ahuizote*, *Monitor Republicano*, *La Oposición Radical* y *El Tercer Imperio,* lo cual garantizaba sus antecedentes revolucionarios. En 1912, durante el maderismo, mencionó haber sido director de la Caja de Ahorros y del Banco de la Policía de México. En el éxtasis, juró haber luchado durante treinta y tantos años contra la dictadura de Porfirio Díaz.[22]

Arreola tomó el barco de regreso a Europa, y a su llegada a Barcelona, el consulado estaba acéfalo. No había cónsul. Como se ha señalado, al triunfo de Madero, Antonio I. Villarreal fue designado cónsul en Barcelona, y al cabo de poco más de un año, se registró un brusco cambio político en México. Madero fue derrocado y asesinado, y según el propio Villarreal, no quiso reconocer al régimen presidido por Victoriano Huerta. Pero no sólo eso, sino que se puso de acuerdo con el ministro de México en París, Miguel Díaz Lombardo, para invitar a los ministros y cónsules acreditados en Europa para formar un frente. El objetivo del citado frente consistía en negarse a entregar sus oficinas a las personas designadas por el gobierno de Huerta. Sin embargo, su prédica no tuvo sentido. Salvo algunas excepciones, el cuerpo consular siguió intacto. Villarreal hizo maletas y se embarcó en el puerto de Santander rumbo a Nueva York, y luego se dirigió a México. Como era previsible, se sumó a las filas de Carranza. Esa es una explicación.[23] La otra, fue que, en realidad, Huerta no refrendó su nombramiento de cónsul, lo que sí ocurrió con los otros. Por ende, el recién llegado Arreola, no tuvo que lidiar con él,

[22] Inocencio Arreola, Antecedentes, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1 de septiembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 1-6-18, fols. 16-17.

[23] Memorias políticas de Antonio I. Villarreal, en *La Opinión*, Los Ángeles, California, 22 de diciembre de 1935. El texto ha sido reproducido en José C. Valadés, *La revolución y los revolucionarios. Tomo I. Parte dos. Las rupturas en el constitucionalismo,* México, INEHRM, 2007a, pp. 192-193.

con nadie.[24] Ya en Barcelona, Arreola se jactaba de haberse hecho cargo del consulado, sin resistencia alguna de los empleados que heredó. En septiembre de 1914, pregonó que el suyo, fue el primer consulado que se puso a las órdenes del constitucionalismo. Para mayor jactancia afirmó que gracias a su talento los otros 27 consulados acreditados en España reconocieron al gobierno constitucionalista.[25] Ni más ni menos, que opacaba la labor de Sánchez Azcona.

Un cónsul hostil hacia los expatriados

En general, Inocencio Arreola tuvo una actitud despectiva hacia los expatriados. A su juicio, la colonia mexicana, aparte de los clérigos y seminaristas residentes en Barcelona, aumentó con la llegada de los mexicanos radicados en diversos países europeos envueltos en la Primera Guerra Mundial. Un segundo grupo estaba integrado por hacendados y empresarios, cuyos intereses habían sido tocados en México, en forma fatal, pero necesaria. Cruzaron el océano para escapar de la ira de los jefes revolucionarios. El tercer grupo incluía al personal político que colaboró con Huerta tanto en el golpe de Estado, como en el asesinato de Madero y Pino Suárez. Ninguno de ellos simpatizaba con la revolución, y en cambio, volcaban su ira contra las autoridades consulares. Un cuarto grupo agrupaba a los aventureros internacionales que, haciendo gala de ser gente decente, utilizaban una serie de triquiñuelas para sorprender a la persona más experimentada.[26] Pero al parecer, a los que más odiaba Arreola, era a los que llamaba políticos expatriados. A Saúl Elorduy, supuesto capitán de las fuerzas huertistas, constitucionalistas y villistas, lo acusó de vulgar aventurero, y a otros, de malagradecidos.[27]

[24] "Capitalistas", en *La Vanguardia*, Barcelona, 22 de septiembre de 1914, p. 3.

[25] Inocencio Arreola, Antecedentes, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1 de septiembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 1-6-18, fols. 16-17.

[26] Inocencio Arreola, Servicio Consular Mexicano, Barcelona, 16 de diciembre de 1918, en el AHDGE/SRE, expediente 735, expediente 1-6-18.

[27] *Loc. cit.*

En agosto de 1918, José Moreno se quejó ante Cándido Aguilar, titular de Relaciones Exteriores, por la conducta de Inocencio Arreola hacia los mexicanos que acudían al consulado de Barcelona. Expresaba que la obligación de todo cónsul era prestar ayuda a los mexicanos, no material, pero sí moral. Entre otras cosas, le solicitó un pasaporte gratuito, por carecer de fondos, pero le fue negado; le pidió autorización para que sus familiares le dirigieran la correspondencia al consulado, y el rechazo fue total. Inclusive, Arreola le advirtió que, de recibir correspondencia alguna en el consulado, la devolvería al remitente. Por estas y otras razones, Moreno aseguró que existía un distanciamiento enorme entre la colonia mexicana residente en Barcelona, y el cónsul, al grado que se había tornado enemiga del gobierno que representaba. Para concluir, le sugirió a Cándido Aguilar, que vigilara la vida privada de Inocencio Arreola, la cual no era precisamente honorable.[28] A su vez, Esteban González, quien trabajaba en la Compañía Barcelonesa de Electricidad, se quejaba de que cada vez que acudía al Consulado, Arreola lo amenazaba con entregarlo a la policía. En venganza, acusó a Arreola de cocainómano y depravado, y de que frecuentaba cabarés ubicados en los suburbios de Barcelona para divertirse con mujerzuelas.[29]

Pero Arreola aseguraba que en realidad trataba bien a sus compatriotas. Pruebas: el 15 de septiembre de 1918, con motivo de la celebración de las fiestas patrias, recibió en el Consulado a lo más distinguido de la colonia mexicana, entre ellos el ex senador Gumersindo Enríquez, quien a la hora del brindis, tomó la palabra para alabar la actitud patriótica de Venustiano Carranza ante los conflictos internacionales, secundado por una persona apellidada Martínez del Campo.[30] De paso, Enríquez le hizo un guiño a Carranza al recordar que fueron compañeros en el senado de la República. Por lo demás,

[28] José Moreno a Cándido Aguilar, México, 23 de agosto de 1918, en el AHDGE/SRE, 1-6-18, fols. 107-108.

[29] Esteban González, Juana Novoa de González, a la Secretaría de Relaciones Exteriores, Barcelona, 8 de abril de 1919, en el AHDGE/SRE, expediente 735, expediente 1-6-18, fols. 121-122.

[30] Inocencio Arreola, Servicio Consular Mexicano, Barcelona, 16 de diciembre de 1918, en el AHDGE/SRE, expediente 735, expediente 1-6-18.

Arreola se jactaba que apreciaba tanto a sus compatriotas, al grado que a varios les buscó empleo en la compañía *Riegos y Fuerza del Ebro,* aunque en realidad, no todos querían trabajar. Algunos abandonaban el empleo el primer día, y otros ni siquiera se presentaban alegando que el empleo no estaba acorde con su nivel educativo. En los talleres colocó entre cinco y seis personas, y en las oficinas a otros tantos, figurando entre ellos Luis del Toro, Emilio Sola, Luis G. Pardo, y Manuel Vidaurrázaga.[31] El primero era el ex director del diario *El Independiente,* famoso por consignar en sus páginas las corridas de toros en las que intervino Rodolfo Gaona y los brindis en honor a Huerta.[32] Luis G. Pardo era el ex cónsul en Japón. En realidad, Arreola los colocó gracias a los buenos oficios de otro expatriado, Carlos Paliza.

Amado Nervo

Como se ha advertido, Amado Nervo figuraba como subordinado de Francisco A. de Icaza en el consulado de Madrid. Había llegado a España en 1905 y para 1914 se había dado a conocer en el ambiente cultural hispano. Por ende, llevaba varios años viviendo en Madrid. Como se recuerda, al ausentarse Francisco A. de Icaza del consulado de Madrid, para evitar tratar con Sánchez Azcona, le encargó las oficinas. Al final de cuentas, Nervo hizo entrega de la Legación al emisario carrancista. Al quedar cesante, Amado Nervo se convirtió en escritor de tiempo completo, lo cual se facilitó debido a que ya gozaba de cierto prestigio. Había publicado parte de su obra en diversos periódicos y revistas de España y América Latina. Entre octubre de 1914 y julio de 1916, preparó los libros de versos *Serenidad* y *Plenitud,* y la novela *El diablo desinteresado* (Rosenzweig, 2012: 1484). Llama la atención que al enterarse que vivía en condiciones pésimas, que rayaban en la austeridad franciscana, el 26 de noviembre de 1915, el diputado en las Cortes Españolas, Antón del Olmet, se dirigió al Ministro de

[31] Inocencio Arreola, Servicio Consular Mexicano, Barcelona, 16 de diciembre de 1918, en el AHDGE/SRE, expediente 735, expediente 1-6-18.

[32] *El Independiente*, 24 de noviembre de 1913; y 12-13 de enero de 1914.

Instrucción Pública, para manifestarle que Amado Nervo compartía con Rubén Darío, el máximo prestigio de la intelectualidad literaria hispanoamericana, lo cual era más que suficiente para admirarlo y verlo con simpatía. Agregó que Amado Nervo era descendiente de españoles, escribía en lengua española, y era de hecho, un hermano. En forma textual dijo: "La situación de Amado Nervo, pues, aunque la lleva con hidalguía que emociona por su grandeza y su temple, es evidentemente anormal". Mencionó que alarmados, algunos intelectuales se le acercaron para poner remedio a su miserable situación:

> Algunos elementos intelectuales de Madrid, unidos a otros de Barcelona, se acercaron recientemente a mí para decirme: ¿quiere usted, como Diputado, exponer al gobierno y a la Cámara esta situación en que se encuentra el poeta americano, cantor de las glorias españolas, para demandar una pensión mientras duren las circunstancias en que actualmente se encuentra la república mejicana, y mientras ésta no le satisfaga su sueldo? Y a eso es a lo que yo he venido esta tarde, señor Ministro de Instrucción Pública, acogiéndome al talento, a la bondad y, sobre todo, al espíritu intelectual de S.S., y al de la Cámara entera con objeto de plantearles esta demanda y rogarles que la miren con el interés que merecen un alto y esclarecido poeta y la misión tutelar de la vieja metrópoli sobre aquellos 50 millones de hijos que en América tiene, la cual es una madre siempre para ellos.[33]

Apenas se enteró de la iniciativa, dos días más tarde, Amado Nervo se dirigió a Luis Antón de Olmet, a quien le manifestó que la petición de un núcleo de escritores y artistas madrileños y barceloneses, presentada en las Cortes, le había producido una de las emociones más profundas de su vida. Asimismo, agradecía su intervención

[33] "Situación del poeta mejicano Amado Nervo: ruego del señor Antón del Olmet.- Contestación del señor Ministro de Instrucción Púbica", en el *Diario de las sesiones de las Cortes. Congreso de los diputados*, España, núm. 19, sesión del viernes 26 de noviembre de 1915, pp. 467-468.

para que le fuera concedida una pensión de 7500 pesetas anuales, hasta que México, su amada patria, superara la difícil situación por la que atravesaba. Agregó que no menos emoción le causaban las palabras del Ministro de Instrucción Pública, quien acogió esta iniciativa. A continuación, expresó algo insólito:

> No aceptaré, empero, la ayuda a que su bella proposición se refiere porque, aún cuando mi situación pecuniaria es sobrado modesta, yo, "como Azorín, soy un pequeño filósofo", y los filósofos vivimos con muy poco, y hasta tenemos cierto amor a la austeridad, que es una de las grandes virtudes de la raza y que no sienta mal, por lo demás, a un poeta místico.
>
> Pero si no acepto la ayuda material, sí, con todo corazón, con toda el alma, acepto la ofrenda espiritual.
>
> Me complace y me enorgullece íntimamente que, en las Cortes españolas, un diputado, con la hidalga aquiescencia de todos, me consagrase cálidas palabras de afecto, que con delicado sigilo haya sabido discernir, sorprendiéndome, homenaje tan inmerecido y tan gallardo; y a propio tiempo me halaga infinito tener en mi espíritu un motivo más de reconocimiento para la madre que con tal actitud enaltecedora y tierna me acoge en su regazo (Perea, 1996: 57-58).

Pasado casi un año, la suerte de Amado Nervo cambió. Seguramente enterado del aprecio que le guardaba la intelectualidad española, y aun el mundo político, y su papel en la transferencia del consulado de Madrid al constitucionalismo, Carranza lo rescató. El 6 de septiembre de 1916 fue designado Primer Secretario de la Legación de México en España. En ello tuvo que ver Juan Sánchez Azcona, quien argumentó que Nervo era una persona gratísima al gobierno español y que en septiembre de 1914 le ayudó a recibir la Legación.[34] Amado Nervo permaneció en España hasta que Carranza lo trasladó al Uruguay.

[34] E. Garza Pérez a Juan Sánchez Azcona, México, 6 de septiembre de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente 261, fol. 19.

Luis Pérez Figueroa

Hubo un personaje un tanto olvidado por los funcionarios carrancistas, pero en cuanto lo detectaron, lo cesaron. Nos referimos al Agregado Militar de la Legación de México en Madrid, de nombre Luis Pérez Figueroa, coronel para más señas. El 5 de junio de 1915, la Secretaría de Relaciones Exteriores giró un mensaje al marqués de Lema, llamándolo en forma ceremoniosa Señor Ministro de Estado. El texto reza: "La Secretaría de Guerra declara que el coronel Luis Pérez Figueroa fue dado de baja por haber servido a Huerta".[35] En consecuencia, fue cesado del cargo de Agregado Militar de la Legación.

Una carta pastoral anticarrancista

A mediados de abril de 1915, un diario cuyo nombre se ignora, publicó una noticia firmada por una persona llamada E. Copach, en la que se lanzó en forma en extremo violenta contra el gobierno mexicano, contra los jefes militares carrancistas, y contra Sánchez Azcona. La llamó *Carta Pastoral Notable: España y los Mexicanos*. Sin tapujos, afirmaba que hablar de México, era hablar de mil tristezas, de incalculables desgracias, de inenarrables persecuciones furiosas, de crímenes desalmados, de desbordamientos crueles, de pasiones torpes y vergonzosas. Páginas horribles para la nación mexicana, próspera y feliz en otros tiempos, y ahora caída en desgracia, y abandonada por las demás naciones. México era una nación gobernada por auténticos tiranos que sólo aspiraban a cometer actos insanos e inhumanos. ¿Por qué afirmaba esto? Porque diariamente se publicaban en la prensa hispana noticias sobre la agonía de la nación mexicana, envuelta en una prolongada "vía dolorosa". ¿Quién propalaba semejante versión dantesca? Personas que por razones de negocios e intereses viajaban

[35] Sin remitente al marqués de Lema, Madrid, 5 de junio de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fol. 207.

constantemente de un país a otro. Ellas eran el mejor árbitro o testigo de lo que ahí ocurría.

Líneas más adelante, E. Copach consignaba que en fechas recientes había llegado a España Juan Sánchez Azcona, el representante del gobierno constitucionalista. De buenas a primeras, el emisario de marras se dio a la tarea de propagar que, bajo la tutela de Carranza, la pacificación de México era una realidad y, al mismo tiempo, como fue previsible, lanzó pestes contra los gobiernos anteriores. Instalado en un cómodo hotel, despotricó contra Victoriano Huerta. Repitiendo las ideas del hispano Edmundo González Blanco plasmadas en un libro escrito por encargo, expresó que nada nuevo tenía que decirles acerca de él, de su personalidad. Meses antes, el propio Huerta habló con los periodistas, y al abrir la boca, demostró con creces su bajeza, y sus escasos modales. Sus palabras vertidas fueron el mejor testimonio de la clase de persona que era, al igual que sus seguidores. Todo era distinto con Carranza, quien estaba rodeado de personas honorables y civilizadas. Como las palabras de Sánchez Azcona provocaron incredulidad, sus interlocutores lo cuestionaron. Puesto contra la pared, el emisario carrancista evadió toda respuesta sobre las "proezas" de Pancho Villa y de Emiliano Zapata, baluartes de la revolución triunfante, así como las hazañas de otros cabecillas del mismo bando, expertos en destruir el patrimonio de gentes honradas, sobre todo si eran españoles. Para la prensa hispana, y quienes lo escucharon, Sánchez Azcona hizo el ridículo. Exasperado, un reportero le espetó que lamentaba haber perdido el tiempo escuchando afirmaciones ridículas y chabacanas.

A continuación, E. Copach aportó un dato desconocido: que debido a que el gobierno español no inspiraba el menor respeto a los revolucionarios, no pocos españoles se habían naturalizado norteamericanos. El gobierno norteamericano sí los defendía. Sólo así se podían defender de las reiteradas agresiones. Pero hubo más. No conforme con atacar a los españoles, en su vida y propiedades, los jefes de la mentada revolución en México atacaban a la Iglesia católica. De ahí que México, el país soñado por la juventud española para forjar su

fortuna y bienestar, se había extinguido. Aquella nación exuberante que premiaba en forma abundante fatigas, desvelos y penalidades, ya no existía. México estaba perdido, ya no tenía salvación. Todo gracias a la labor desenfrenada de seres sanguinarios, ambiciosos e impíos. Pero E. Copach no quedó ahí. Aseguró que estaban a punto de arribar por el puerto de Santander otros emisarios carrancistas, entre ellos, Antonio Villarreal, uno de los generales más distinguidos en las sangrientas contiendas mexicanas. Gran parte de su fama se debía a su papel verdugo de los españoles. Llegaría a España por la provincia que más había resentido los estragos de la revolución acaudillada por los enemigos del orden, y de todo españolismo, con Carranza a la cabeza. Para culminar, lanzó una severa reprimenda al gobierno español. Le reprochó su mirada fría e indiferente ante la triste situación por la que atravesaban sus súbditos en México. Pero el colmo fue que, sin el menor recato, dejara transitar libremente en suelo español a los Huertas, a los Villarreal, y a otros.[36]

[36] E. Copach, "Carta Pastoral notable. España y los mejicanos", Santander, viernes 16 de abril de 1915, en el CEHM-CARSO, Fondo XXI, expediente 3823, fol. 1.

España: refugio de cónsules de otros países

En este frenesí, se registró un hecho inusitado. Ante los cambios políticos registrados en México con la llegada de Carranza a la capital de la República en agosto de 1914, y luego de su cese por parte de la Convención de Aguascalientes, más la designación de un nuevo presidente de la República, algunos integrantes del servicio exterior asignados en diversos países quedaron atrapados en una encrucijada. La incertidumbre fue el pan de cada día y durante varios meses tuvieron la impresión de que en México no había un gobierno tanto legítimo como estable. Y cuando la normalidad empezó a vislumbrarse con un Carranza recuperado política y militarmente, esperaban la ratificación en el puesto, o en su defecto, la notificación oficial de su cese. Pero lo que más les preocupaba era la suspensión de sus haberes. En realidad, les urgía recibir esto último, pero no hubo una cosa ni la otra. Después de varias protestas y pataleos, no se atrevieron a regresar a México por temor de ser juzgados y condenados bajo la acusación de haber servido a Huerta. En realidad, la acusación era injusta ya que su trayectoria en el mundo diplomático databa de años y años. Al parecer hubo casos en que el cese no les importó ya que su máxima aspiración era vivir en España, país con el cual presumían tener gran afinidad intelectual y cultural. A otros, sí.

Alfonso Reyes

En una entrevista que le hizo Emmanuel Carballo, Alfonso Reyes mencionó que Victoriano Huerta le pidió que fuera su secretario particular, lo cual rechazó, y en cambio, aceptó un cargo de segundo nivel en el servicio exterior (Carballo, 1986: 156). Javier Garciadiego afirma que efectivamente, a su ascenso al poder, Huerta instaba a Alfonso Reyes a ser su secretario particular, lo cual no aceptó. Pidió un puesto en el servicio exterior, y mejor si era en París. En julio de 1913, obtuvo su título de abogado, renunció a su cargo de secretario de la Escuela de Altos Estudios, y semanas después se embarcó rumbo a Europa. Llevaba consigo el nombramiento de Segundo Secretario en la Legación mexicana en París (Garciadiego, 1998: 191). Viajó con su esposa e hijo. Su viaje coincidió con el de Francisco León de la Barra, ex titular de la secretaría de Relaciones Exteriores. El nombramiento de éste fue el de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de México en Francia (Chico y Pardo, 1992: 657). Inclusive, es probable que llegaran casi al mismo tiempo al Viejo Mundo, que trabajaran en la Legación mexicana, pero a raíz del estallido de la Primera Guerra Mundial y del cese del cuerpo diplomático, cada quien jaló por su lado. León de la Barra intentó aferrarse al puesto, pero Alfonso Reyes optó por dejarlo y se trasladó a una España neutral en el conflicto bélico. Por ende, estuvo algo así como un año en el puesto. Viajó a España al igual que su hermano Rodolfo y otros diplomáticos latinoamericanos. A principios de septiembre de 1914, entró a España por San Sebastián, momento en que numerosos mexicanos de tinte huertista llegaban también, acomodándose en lo que era tierra ajena (Garciadiego, 1998: 194). Precisamente en San Sebastián se encontró con Pablo Martínez del Río, y en Fuenterrabia con Ángel Zárraga (Reyes, 1937: 132).

En sus escritos, Alfonso Reyes habla maravillas de España. De sus viajes por toda la península, su convivencia con lo más granado de la intelectualidad española, y la buena comida (Reyes, 1941: 31). Pero Gabriel Rosenzweig narra una anécdota que refleja una situación un tanto distinta, no precisamente de la buena vida y la buena

comida. Refiere que en el otoño de 1914, Alfonso Reyes acudió a la Legación Mexicana en Madrid, a cargo de Francisco A. de Icaza, para indagar la posibilidad de encontrar un empleo. En forma súbita, éste le dijo: "Posible es que usted logre sostenerse aquí con la pluma, pero es como ganarse la vida levantando sillas con los dientes" (Rosenzweig, 2012: 1482-1483). En el mismo tenor, Garciadiego afirma que, durante los dos primeros años, Alfonso Reyes padeció severas dificultades lo cual lo orilló a vivir en posadas y pensiones insoportables. Para sobrevivir, escribió en diversas revistas y periódicos, pero con el paso de los días, su suerte cambió. Conoció a Enrique Díez Canedo, Justo Gómez Ocerín, José Moreno Villa, a Ortega y Gasset, entre otros, quienes le abrieron las puertas del medio intelectual español. Para finales de 1916, tenía abundante trabajo. Gracias a sus visitas a la Biblioteca Nacional, conoció a Ramón Menéndez Pidal quien lo invitó a colaborar en el Centro de Estudios Históricos. Su buena estrella siguió refulgente, y a finales de 1919, fue invitado a colaborar en la Comisión Histórica Mexicana presidida por Francisco A. de Icaza, una comisión patrocinada por el gobierno de Carranza. Su misión: trabajar en los archivos europeos (Garciadiego, 1998: 195-197).

Carlos Pereyra

Carlos Pereyra fungía como ministro de México ante el gobierno de Bélgica. Al enterarse de la renuncia de Victoriano Huerta, tomó una decisión drástica. Reunió a sus colaboradores, les repartió los fondos disponibles, y declaró disuelta la Legación. A continuación, empacó sus cosas y junto con su esposa, María Enriqueta Camarillo, abandonó Bélgica. A dónde se fue. Al parecer, a Lausana, Suiza. Su conducta sorprendió a sus conocidos quienes juraron que se trataba de una persona proba y seria. En todo caso, fue innegable su lealtad al gobierno que lo designó.[1] En su papel de detractor de los huertistas, Luis Quintanilla llegó a decir que Carlos Pereyra andaba "fregando la borrega" en

[1] "Renunciaron varios diplomáticos", en *El Imparcial*, 29 de julio de 1914; "El licenciado Carlos Pereyra abandonó la Legación de México en Bélgica y se apoderó de los fondos", en

Bélgica.[2] En Lausana, Suiza, sobrevivió gracias a que impartió clases de español, y su esposa, lecciones y recitales de piano. También se dice que, en determinado momento, María Enriqueta estuvo al frente de una casa de huéspedes (Rosenzweig, 2012: 1483-1484). Luego de una estadía que se calcula fue de dos años, en octubre de 1916 se trasladaron a Madrid, y consiguieron trabajo en la Editorial América, del venezolano Rufino Blanco Fombona (Perea, 1996: 183). Tiempo después, recordaría la Camarillo, "nos dio a Carlos y a mí el pan". Más tarde, el matrimonio logró que Blanco Fombona les publicara sus propias obras. Pereyra escribió textos para diversos periódicos y revistas, al igual que su esposa. Para mediados de los años veinte, Pereyra era reconocido como especialista en historia de América, y su esposa, como novelista y poetisa (Rosenzweig, 2012: 1483; Perea, 1996: 183 y 191).

Luis G. Pardo

En 1893, Luis G. Pardo ingresó en la carrera diplomática, y en el ocaso del porfirismo, fungía como ministro en Chile. A su ascenso al poder, Francisco I. Madero lo nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en China y el Japón.[3] El primero de enero de 1913, se hizo cargo de la Legación, un momento complicado ya que, en febrero del mismo año, tuvo fin la administración de Madero, de lo cual se enteró, gracias a diversos cablegramas procedentes de los Estados Unidos. A resultas de ello, recibió un telegrama de la Secretaría de Relaciones Exteriores en el cual le comunicaban que Madero había renunciado a la Presidencia de la República, y que Victoriano Huerta se había hecho cargo del Poder Ejecutivo, con el carácter de Presidente Interino. Todo esto, hasta que se celebraran nuevas elecciones. De inmediato, Luis G. Pardo notificó al gobierno del Japón el citado cam-

El Liberal, 13 de octubre de 1914, y "El licenciado Carlos Pereyra abandonó la Legación", en *El Pueblo*, 13 de octubre de 1914.

[2] Luis Quintanilla a Juan Sánchez Azcona, 16 de septiembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fols. 287 y 290.

[3] "Acuerdo", Lascuráin a la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 4 y 12 de octubre de 1912, en el AHDGE/SRE, expediente 16-3-71 (11), fols. 163 y 168.

bio de gobierno. Como no fue removido, continuó desempeñando el puesto durante la administración de Huerta. A la caída de éste, en julio de 1914, la Secretaría de Relaciones Exteriores le hizo saber que Francisco S. Carbajal había asumido la primera magistratura del país. Pocos días después, se enteró que Carbajal había abandonado la capital del país, y por cablegramas publicados en la prensa, se enteró que el 20 de agosto, Venustiano Carranza había entrado a la capital de la República, y hecho cargo del poder Ejecutivo.[4]

Luis G. Pardo supuso que la Secretaría de Relaciones Exteriores le haría saber el cambio de Gobierno, a la vez si lo ratificaban en el puesto, o le dirían el nombre de la persona a quien debía entregar la Legación. Pasaron los días sin recibir noticia alguna en un sentido ni en otro. En vista de ello, el 4 de septiembre envió un cablegrama a la Secretaría de Relaciones pidiendo le dieran nuevas instrucciones. Al no tener respuesta, el 24 del mismo mes, dirigió un nuevo cablegrama a la citada Secretaría, manifestando que la Legación y los consulados de Yokohama, Kobe, más la Comisión Militar, carecían de recursos, y que se encontraban en una situación difícil. Debido a ello, solicitaba que le remitiesen algunos fondos, o bien, lo autorizaran a aceptar la oferta de la *Casa de Mitsui*, quien estaba dispuesta a proporcionar los recursos necesarios, sin intereses ni plazo alguno. Pero este telegrama, como los anteriores, quedaron sin respuesta.[5]

A finales de octubre recibió una carta de un amigo y un periódico de fecha atrasada, lo cual le permitió enterarse que, desde el 23 de agosto, Isidro Fabela ejercía el cargo de Secretario de Relaciones Exteriores. Pero lo relevante del caso fue, que había sido relevado todo el cuerpo diplomático y consular. Como la noticia proporcionada por un particular, y la consignada en un periódico, carecían de peso legal, el 24 de octubre dirigió un nuevo telegrama a la Secretaría de Relaciones Exteriores, suplicando le aclararan cuál era su situación, así como la de Efrén Rebolledo, Primer Secretario de la Legación. Para variar, no

[4] Luis G. Pardo a Fernando Iglesias Calderón, Tokio, 10 de diciembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 16-3-71(II), fols. 219-221.

[5] *Loc. cit.*

obtuvo respuesta. Sorpresivamente, el 3 de noviembre, el cónsul de Kobe, de apellido Téllez, se presentó en su oficina para notificarle que había recibido un telegrama de Isidro Fabela, ordenándole hacerse cargo de la Legación, y del consulado de Yokohama, así como de los archivos. En el desconcierto total, Luis G. Pardo le contestó a Téllez que, para entregar la Legación, y los archivos respectivos, era necesario recibir órdenes directas y expresas del gobierno en turno. De cualquier forma, le pidió a Téllez que le transcribiera en forma escrita, lo que afirmaba de palabra. Cumplido este requisito, él también le contestaría por escrito. Ante ello, Téllez le telegrafió a Isidro Fabela pidiendo nuevas instrucciones, y el 10 de noviembre llegó la respuesta que a la letra decía: "Deliver Legation Téllez ask funds afterwards". En vista de una orden tan terminante y violenta, Luis G. Pardo hizo entrega de la Legación al mencionado Téllez, con una condición: que le retribuyeran los sueldos del personal de la Legación, más los gastos de oficio, cubiertos de su propio bolsillo. Como fue previsible, Téllez dijo no tener los recursos solicitados, y que pediría nuevas instrucciones a Fabela.[6]

En forma repentina, ocurrió un hecho inesperado. Téllez se dirigió a la *Casa de Mitsui* pidiendo le facilitaran dos mil yenes. Para convencerlos de que era el único representante de México, les mostró el telegrama de Fabela. Con el dinero en la bolsa, Téllez se embarcó rumbo a San Francisco, California, dejando al garete el consulado de Kobe, y la comisión conferida por Fabela.[7] La conducta inesperada de Téllez tuvo que ver con la escisión de las fuerzas revolucionarias en México. Pero el asunto se complicó más. El 6 de noviembre de 1914, a instancias de la Convención de Aguascalientes, Eulalio Gutiérrez fue designado Presidente Interino de la República, y un día después nombró su gabinete, en el cual Fernando Iglesias Calderón apareció como encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores.[8]

[6] *Loc. cit.*
[7] *Loc. cit.*
[8] *Loc. cit.*

El 10 de diciembre de 1914, desde Tokio, Japón, Luis G. Pardo se dirigió a Fernando Iglesias Calderón, para narrarle su historia. Le decía estar enterado que Eulalio Gutiérrez había asumido la presidencia de la República, y que él había sido nombrado Secretario de Relaciones Exteriores. Para dejar las cosas en claro, le comunicó algo que seguramente ignoraba. Que Fabela le telegrafió ordenando que entregara la Legación a un agente carrancista, que no era otro que Téllez, pero que éste había abandonado Japón, quedando la Legación al garete. Para su desgracia, Luis G. Pardo tampoco tuvo respuesta. En realidad, Pardo había quedado atrapado entre dos bandos que se disputaban el poder. Desesperado, el primero de febrero de 1915, Luis G. Pardo se dirigió nuevamente a Iglesias Calderón, para anunciarle que:

> [...] en vista de que no he recibido ningunas instrucciones de esa Secretaría, a pesar de haberlas solicitado por cuantos medios y conductos me ha sido dado, y siéndome ya imposible sostenerme por más tiempo aquí pues se han agotado por completo mis recursos, para no encontrarme en una situación muy penosa que a la vez perjudicaría el prestigio del país dada posición oficial que aquí he desempeñado, he comunicado a este gobierno que doy por terminada mi Misión, por carecer de personalidad para representar a México en este Imperio, una vez que no estoy en relación con el gobierno de mi país.[9]

Luis G. Pardo se marchó del lejano oriente, dejando a Efrén Rebolledo, su subordinado, como Encargado de Negocios (Rosenzweig, 2012: 1473). Se dirigió a Barcelona, España, ciudad en la cual estaba Huerta, pero al parecer, no lo buscó. En realidad, nada le debía. Inocencio Arreola afirma que le consiguió un empleo en la compañía Riegos y Fuerza del Ebro.[10]

[9] Luis G. Pardo a Fernando Iglesias Calderón, Tokio, 1º. de febrero de 1915, en el expediente personal de Manuel Pérez Romero, AGES-RE1032, citado por Gabriel Rosenzweig, *op. cit*., p. 1473.

[10] Inocencio Arreola a la Secretaría de Relaciones Exteriores, Barcelona, 16 de diciembre de 1918, en el AHDGE/SRE, expediente 1-6-18.

Victoriano Salado Álvarez

El 18 de febrero de 1913, el gobierno presidido por Victoriano Huerta nombró a Francisco León de la Barra, Secretario de Relaciones Exteriores. Por el mes de abril o mayo del citado año, este último firmó el nombramiento de Victoriano Salado Álvarez como ministro en la República de Argentina. Pero Salado Álvarez no pudo asumir el cargo en la Argentina debido a que las cancillerías de este país, Brasil, Chile y los Estados Unidos, obraban en forma conjunta. Y como es sabido, el último de los países citados se negó a reconocer al gobierno de Huerta. Por consiguiente, Argentina no podía dar el *agreement* a Salado Álvarez. En vista de ello, el fallido ministro solicitó vacaciones las cuales pasó en Europa durante el resto del año de 1913 (Rojas Garcidueñas, 1968: 577 y 579-581). En enero de 1914, el Secretario de Relaciones Exteriores, Querido Moheno, le ordenó a Salado Álvarez trasladarse a Brasil, pero debido a complicaciones de familia, y luego una fiebre tifoidea, pidió una prórroga para su retorno. Finalmente, para la última semana de abril, estaba en Brasil. Ahí permaneció hasta que se enteró de la renuncia de Huerta. Como el resto de los miembros del cuerpo diplomático, Salado Álvarez quedaba cesante, y sin ingresos. Rojas Garcidueñas afirma que el 2 de septiembre de 1914, Salado Álvarez envió un telegrama al que llamaba Ministro, Alberto J. Pani, para que le autorizara trasladarse a Bélgica, donde se encontraba su familia (Rojas Garcidueñas, 1968: 581). Se sabe que, a finales de 1914, Salado Álvarez viajó a Bruselas, y que trasladó su familia a Barcelona. Gabriel Rosenzweig también lo ubica en España conviviendo con Carlos Pereyra, Enriqueta Camarillo, Francisco A. de Icaza, Antonio Peña y Alfonso Reyes (Rosenzweig, 2012: 1482; Pi-Suñer Llorens, III, 2002: 351-352). Pablo Macedo confirma que, en febrero de 1915, Salado Álvarez vivía en Barcelona, e inclusive tenía su dirección, la calle Aribau 103, primer piso, y que había sido víctima de la temible fiebre tifoidea.[11] Pero su paso por esta ciudad fue transitorio. En su

[11] Pablo Macedo a José Y. Limantour, Madrid, 20 de febrero de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente CDLIV.2a.1910.18.131.

Diario, Federico Gamboa afirma que, en abril de 1916, procedente de Barcelona, Concha Miramón pasó por La Habana en unión de sus hijas, pintándole un cuadro dramático de los exiliados en la madre patria. Entre otros, mencionó precisamente a Victoriano Salado Álvarez, quien por cierto estaba sin trabajo (Gamboa, 1995: 335). Para la primera semana de julio del mismo año, el vapor *Antonio López* pasó por La Habana. La novedad fue que en él viajaba Salado Álvarez con destino a El Salvador, un país que le causaba repugnancia. Su deseo era quedarse en La Habana, pero por más que lo intentó, sus deseos se frustraron y en septiembre, salió para El Salvador (Gamboa, 1995: 399).

Manuel Rodríguez Lozano

El 3 de agosto de 1911, Manuel Rodríguez Lozano solicitó un empleo en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Como sus contactos eran poderosos, al día siguiente, Bartolomé Carbajal y Rosas, le concedió sus deseos, y lo designó Meritorio Supernumerario. Adriana Malvido ha propalado una versión un tanto distinta. Afirma que Rodríguez Lozano era estudiante del Colegio Militar, y que un tío que trabajaba en la Secretaría de Relaciones Exteriores, lo invitó a trabajar con él. Fue así como siendo muy joven y estudiante, ingresó al mundo diplomático. En uno de los bailes de la secretaría, le fue encomendada la misión de atender a Carmen, la hija del general Manuel Mondragón. Carmen se entusiasmó tanto, que se lo comunicó a su padre, afirmando que Manuel era su pareja ideal. Manuel no tenía intenciones de casarse, pero ella insistió tanto, que el general Mondragón lo encaró y le dijo abiertamente: "Mi hija está entusiasmada con usted, quiere casarse", a lo cual respondió: "Pero mi puesto es bajo y no tengo recursos para una boda de la categoría de ustedes". De alguna forma, el general le insinuó que ello no era problema. Al final de cuentas, Manuel aceptó y, sobre todo, cuando se percató que Mondragón era una persona influyente en el mundo político y militar. Por ende, la boda le convenía. Al entrevistarse con el secretario de Relaciones Exteriores, para darle la buena nueva, Rodríguez Lozano le insinuó un ascenso en el

escalafón, y un salario mejor. León de la Barra se mostró sorprendido, y le contestó: "Oiga, pero usted es muy joven para el puesto". "Sí, pero el general dice que lo tome, me voy a casar con su hija". Ante semejante argumento, no hubo traba alguna. La boda, y un mejor puesto en la citada Secretaría, se hicieron realidad (Malvido, 1999: 23-24; Malvido, 1992: 19-20).

Se ignora si la boda tuvo lugar antes o después de la destitución del general Manuel Mondragón como titular de la Secretaría de Guerra y Marina, acaecida en junio de 1913. Tampoco es posible determinar si la joven pareja salió del país al mismo tiempo que el general Mondragón, o bien si lo hizo más tarde. Lo que sí es cierto, es que el 28 de noviembre de 1913, Rodríguez Lozano fue designado Escribiente Auxiliar en el Consulado General de México en París. Pasaron algunas semanas y el 5 de enero de 1914, Aureliano D. Canales le tomó la protesta de ley. Pero casi de inmediato ocurrió algo inexplicable. Apenas habían pasado unos dos meses y medio, que Rodríguez Lozano apareció en México. Fue adscrito a la Sección Primera del Departamento de Asuntos Internacionales. La pregunta es: por qué dejó París. Pero eso no es todo. El 9 de junio, fue nombrado Oficial Tercero del Departamento de Asuntos Internacionales, en la inteligencia que el nombramiento surtiría efectos a partir del primero de julio, en plena agonía del huertismo. Inmerso en estos vaivenes, Gabriel Rosenzweig afirma que tarde o temprano, Rodríguez Lozano y Carmen Mondragón se asentaron en San Sebastián, donde residía el general Manuel Mondragón. Al parecer, Manuel Rodríguez Lozano portaba una comisión de la Secretaría de Relaciones Exteriores, lo cual no aparece en su expediente. Si lo anterior es cierto, seguramente las influencias de su suegro, o de su propia familia, fueron decisivas para viajar a España con un ingreso seguro.

Los mecanismos de supervivencia

El 22 de septiembre de 1914, un funcionario mexicano del consulado de La Coruña, que firmaba como Martínez de Alor, pintó un cuadro desolador de la situación por la que atravesaba España, y en particular La Coruña. Narraba el drama de innumerables personas sin trabajo que pululaban por las calles de la referida ciudad; de las numerosas industrias que corrían el riesgo de ser clausuradas, y si las cosas empeoraban, el peligro de que estallaran graves desórdenes. Afirmaba que entre las filas de los sin trabajo figuraban muchos extranjeros, mexicanos entre ellos, que vivían en el total desamparo. Se trataba de mexicanos que cruzaban el océano Atlántico con el único objetivo de trabajar; otros que huían de los trastornos provocados por la revolución, y por supuesto también quienes buscaban paz y sosiego. Muchos llegaron pensando que por el simple hecho de hablar la misma lengua era garantía suficiente para encontrar empleo y así poder vivir, pero desgraciadamente apenas desembarcaban en la península, se percataban de su error. Tanto unos como otros eran dignos de elogio y admiración. Todos merecían la protección del gobierno mexicano.

Martínez de Alor ignoraba cuántos mexicanos había en toda Europa, y en el Reino de España, padeciendo miserias y privados de los medios más indispensables para vivir. Eso sí, probablemente, España albergaba en sus fronteras al mayor número de mexicanos

sin trabajo. En La Coruña, en las dos últimas semanas, habían acudido al consulado muchos compatriotas en demanda de auxilio. Por desgracia, ninguno podía demostrar que era mexicano, por carecer de documentos. Para paliar el drama, el funcionario afirmaba que, en ocasiones, tanto él como sus colegas de otros consulados, habían acudido ante las autoridades españolas solicitando auxilio, en otras palabras, trabajo, y la respuesta invariable, fue que tenían el mismo problema: exceso de brazos. Y si algún empleo había, con toda la razón, era para los españoles. Ante este cuadro desolador, imploraba a los cónsules mexicanos, brindarles auxilio a sus compatriotas, dejando de lado leyes y reglamentos estrictos e inhumanos.

Por desgracia, para Martínez de Alor, flotaban en el ambiente otros factores adversos para los mexicanos. Los españoles tenían suma aversión hacia México, y hacia sus hijos. La prensa atizaba con frenesí la animadversión. Pintaba un cuadro de extrema xenofobia en México contra los españoles. Para las clases cultas españolas, la xenofobia resultaba pasajera, y hasta carente de importancia, no así para la clase obrera y trabajadora. Para éstas, el rencor era profundo y tenaz. Para variar, en cuanta ocasión hubo, salían a flote supuestas declaraciones atribuidas a Victoriano Huerta, ofensivas para los españoles, para la religión católica, para las costumbres, y para el gobierno español. No dijo cuáles eran ellas. Para Martínez de Alor, el ex presidente de México, que por cierto vivía en Barcelona, "había insultado a todo lo que constituye el país y todo lo que forma la base del orgullo nacional de España". Más pronto que tarde, la prensa española difundió tales insultos, por todos los rincones de España. Bajo tales antecedentes, los mexicanos recién llegados a la península, y los que ya vivían allí, resultaban ser huéspedes incómodos, cuando no indeseables, aunque en su favor jugaba el hecho de que en ningún momento las autoridades españolas los expulsaron ni les impusieron severas restricciones.[1] A lo expuesto, agregó un ingrediente adicio-

[1] El cónsul Martínez de Alor, "Los mexicanos en España", La Coruña, 22 de septiembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 406, fols. 24-28.

nal. Un racismo feroz, promovido por los carrancistas, aludiendo al fenotipo de Huerta, extensivo a casi todos los mexicanos, más la supuesta expresión de pícaros para denostar a los peninsulares. Todo ello alentó un ambiente hostil.

Pero no obstante este cuadro adverso, más los estragos de la Primera Guerra Mundial, en España hubo mexicanos que en medio de la crisis y de la adversidad, sobrevivieron vía el ejercicio de alguna actividad. Nos referimos a determinados intelectuales que navegaron en el mundo periodístico, en labores editoriales, como traductores, al grado de forjarse un nombre. Asimismo, el arte de la tauromaquia permitió que algunos toreros se ganaran la vida. Año con año, en las distintas plazas, las corridas de toros alegraron la vida de los taurófilos. Fue una actividad pródiga tanto para los mismos españoles como para los mexicanos como Rodolfo Gaona y los hermanos Freg. Asimismo, hubo determinados personajes vinculados al mundo del espectáculo, que para hacerse de recursos desplegaron su arte. Caso típico fue el de María Elena González, la esposa del canciller Rafael García y Sánchez Facio, adscrito al consulado de Barcelona. La referida María Elena González se dedicó al espectáculo conocido como *varietés,* que entre otras cosas implicaba cantar, bailar, declamar, realizar números musicales, humorismo, artes circenses, entre otros. En este abanico, hubo quienes incursionaron en el mundo teatral como actores y declamadores, todo ello sin descartar quienes invadieron los terrenos de la delincuencia, vía el fraude. Caso aparte lo constituían las personas pudientes, a quienes la fortuna les había sonreído, y que viajaban por todo el mundo para disfrutar los beneficios de sus abultadas rentas.

Rodolfo Gaona

¿Qué pasó con Gaona y Huerta desterrados en la madre patria? Por la gran amistad que existía entre ambos, es probable que se hayan encontrado en España, recordado sus días de gloria en México, y también sus desgracias. Lamentablemente, no se sabe si Huerta asistió a

alguna de sus corridas. Gaona ejerció su carrera profesional en España en medio de éxitos y fracasos, sin que fuera olvidado en México. Prueba de ello fue que, durante los años 1915, 1916 y 1917, la *Revista de Revistas* tuvo una columna semanal, en la que se reportaban los triunfos y los fracasos del califa de León.[2] El matador alternó en España con lo más granado de la tauromaquia, entre otros José Gómez *Joselito* y Juan Belmonte, entablando una gran rivalidad. Asimismo, participó en las principales ferias españolas: en Sevilla, Valencia, Salamanca, Pamplona, Santander, Madrid, Bilbao, San Sebastián, entre otras.

Pero hubo una corrida cuyas características vale destacar. El 15 de mayo de 1916, en Madrid, alternó con *Joselito* y Juan Belmonte. El festejo adquirió realce por la asistencia de los Reyes de España: Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia. En el cuarto burel, Gaona realizó un segundo tercio que maravilló a la reina, al grado que dejó caer el hermoso abanico que portaba rodando por las gradas. En medio de la ovación de la concurrencia que premiaba la labor de Gaona, la prenda fue recuperada y devuelta a su propietaria (Padilla, 1987: 292). La emoción real fue el mejor homenaje para el torero. Pero a pesar de su popularidad en la madre patria, el destierro le supo a hiel y anhelaba el retorno. Como lo consumía la nostalgia, en septiembre de 1916 anunció su regreso a México. Hizo ver que el 30 de octubre se embarcaría en el puerto de Cádiz rumbo a Veracruz, acompañado de su señora madre y algunos íntimos. Adelantó que hubiera temporada formal de toros o no en México, él realizaría el viaje. A final de cuentas, no hizo el viaje y siguió toreando en la

[2] "Gaona en España", en la *Revista de Revistas*, 2 de julio de 1915, p. 17; "Gaona en España", en la *Revista de Revistas*, 9 de julio de 1916, p. 13; "Gaona en España", en la *Revista de Revistas*, 16 de julio de 1916, p. 16; "Será contratado Gaona este año", en la *Revista de Revistas*, 23 de julio de 1916, p. 15; "Nuestros toreros en Barcelona: Rodolfo Gaona, en la *Revista de Revistas*, 30 de julio de 1916, p. 14; "Otros triunfos de Gaona en España", en la *Revista de Revistas*, 6 de agosto de 1916, p. 12; "En las últimas corridas, Rodolfo Gaona ha obtenido señalados triunfos", en la *Revista de Revistas,* 13 de agosto de 1916, p. 15; "El clásico Rodolfo Gaona se presenta ante el público de Valencia", en la *Revista de Revistas*, 27 de agosto de 1916, p. 16. En la misma revista se reportan sus corridas del 24 de septiembre y 1 de octubre de 1916.

madre patria.[3] La fama del matador seguía creciendo, y parte de su vida, y sus corridas fueron llevadas a la pantalla. Desde su destierro en La Habana, en octubre de 1916, Federico Gamboa y Alfredo Barreiro asistieron a una función de cine cuyo tema central fue un banquete ofrecido a Gaona en Mixcoac, y una corrida benéfica en la plaza México (Gamboa, 1995: 404).

El matrimonio Gaona-Carmen Ruiz de Moragas

En diciembre de 1916, el empresario peruano Carlos Moreno contrató a Gaona para que se presentara en la plaza de toros de Lima. A bordo del trasatlántico *María Cristina*, el matador cruzó el océano con destino al Perú. La prensa mexicana especuló que se trataba de un contrato millonario, jamás pagado a torero alguno. En la ciudad de Lima, se encontró con la actriz española Carmen Ruiz de Moragas, a la cual había conocido de vista en Madrid. Al hospedarse en el mismo hotel, y dada su condición de extranjeros, el saludo cotidiano se transformó en amistad, y luego en idilio. Por ese entonces, Gaona frisaba los 29 años, en tanto que la citada actriz no llegaba a los 20. Se trataba de una jovencita. El romance coronaba sus triunfos en los ruedos.

Carmen formaba parte de la Compañía Guerrero-Díaz de Mendoza, que realizaba una gira por varios países de América Latina. Era una mujer bellísima. Un comentarista madrileño la describía como una mujer alta, gentilísima, con el pelo rubio, muy blanca, los ojos grandes y claros, la nariz perfecta, la boca pequeña, de dientes cuidados, bonitos, y labios rojos que se separaban y acercaban guardando ritmo cuando modulaban la palabra. Era una belleza tan perfecta que no podría encontrarse otra igual. El idilio cuajó, y a su regreso a España, las cosas se formalizaron. Después de mes y medio de noviazgo, decidieron unir sus vidas en matrimonio. El enlace tuvo

[3] "El 30 de octubre embarcará Gaona para México en el puerto de Cádiz", en la *Revista de Revistas*, 3 de septiembre de 1916.

lugar el día 15 de noviembre de 1917, en la iglesia de la Virgen de las Agustinas, en Granada. La madre del torero, doña Regina Jiménez, viuda de Gaona, acompañó a su hijo. La noticia sobre la boda circuló por todos lados, en México y en España. Pero contra todos los pronósticos, a escasos tres o cuatro meses, el matrimonio naufragó.[4] Qué sucedió. La cruda realidad fue que desde 1915 o 1916, el rey Alfonso XIII y Carmen Ruiz de Moragas sostenían un sonado idilio. Enterados de ello, los padres de la actriz intervinieron para cortar aquella relación difícil y complicada. La fórmula urdida fue alentarla para que se casara con alguien, y ese alguien resultó ser Gaona. A todas luces, para cualquier varón, resultaba complicado competir por el amor de una mujer con un rey. Alfonso XIII estaba acostumbrado a tener una colección de amantes, se dice, dolido por la hemofilia de su esposa, la reina Victoria Eugenia de Batemberg.[5]

Para Rodolfo Gaona, el divorcio y el exilio en España se tornó más amargo. El divorcio le afectó tanto que prefería no mencionarlo. Impuso una cortina de silencio, que sus más íntimos respetaban, pero sus enemigos lo explotaban para lastimarlo. A partir de 1918 fue víctima de la hostilidad de sus enemigos quienes repartían hojas sueltas en las plazas de toros para lastimarlo. Obviamente se referían a su condición de esposo engañado o burlado. Otros, los llamados "espontáneos" en el argot de la tauromaquia, se tiraban al suelo ante sus mejores toros para sabotearlo (Padilla, 1987: 304). Gaona tuvo varios escarceos amorosos, de los cuales el más sonado, fue el de Paquita Escribano, que también había coqueteado con *Joselito*.

[4] "La contrata más grande que haya hecho torero alguno. Rodolfo Gaona en Lima", en la *Revista de Revistas*, 17 de diciembre de 1916, p. 15; "Rodolfo Gaona. Su prometida es una artista bella y culta", en la *Revista de Revistas*, 26 de agosto de 1917, p. 13.

[5] *El Mundo*, España, 3 de agosto de 2004, pp. 1-3.

Los hermanos Freg

De 1911, año en que debutó en España para recibir su primera alternativa en el ruedo de Plascencia, hasta 1932, fecha en que se despidió del público hispano en la plaza Monumental de Barcelona, Luis Freg, "Don Valor", o el "Rey del Acero", como le llamara la crítica taurina, no dejó de torear un solo año. Durante más de dos décadas, el torero mexicano regó con su sangre tantos ruedos, que resulta imposible reseñarlos (Padilla, 1987: 348-349). Vivió en el Viejo Mundo junto con sus hermanos, Alfredo, Salvador, y Miguel, quien perdió la vida en los ruedos. Este último intervino en una novillada en la plaza de Madrid, y para su desgracia, sufrió un grave percance falleciendo en la enfermería. El hecho tuvo lugar el domingo 12 de julio de 1914, vísperas de la renuncia de Huerta a la presidencia de la República. Al día siguiente, su hermano Luis, llegó procedente de Pamplona para ver el cadáver de su hermano. Sobra decir que la escena fue desgarradora. Al unísono acudieron al Depósito de Cadáveres los toreros Vicente Pastor, Belmonte, los dos Gallo, sin faltar Rodolfo Gaona, quien se puso a las órdenes de los hermanos Freg, y otros espadas más. Apenas se enteró, el cónsul de México en Madrid acudió a visitar a Luis Freg para darle el pésame. Por cierto, el presidente de la Asociación de Caridad de Cádiz hizo público que momentos antes de dirigirse a la plaza de Madrid, donde perdió la vida, Miguel Freg le envió un telegrama en el cual aceptaba torear en una corrida con fines benéficos. El deceso de Miguel provocó que una multitud de aficionados a la fiesta brava se aglomerara en los alrededores del Depósito Judicial de Cadáveres para acompañarlo al cementerio.[6] Luis Freg y sus hermanos, Alfredo y Salvador, continuaron ejerciendo su oficio en la madre patria, pero hasta donde se sabe, nada tuvieron que ver con el mundo de la política. No fueron exiliados políticos.

[6] "El cadáver de Freg - La llegada de su hermano - el entierro", en *La Atalaya*, Santander, martes 14 de julio de 1914, p. 2; y "La muerte de Freg", en *La Atalaya*, Santander, martes 14 de julio de 1914, p. 3.

La Dama del Antifaz

Según Gabriel Rosenzweig, entre el extinto cuerpo diplomático se registraron historias chuscas utilizadas para sobrevivir, aunque para otros, se trataba de realizar su auténtica vocación artística en el Viejo Mundo. Una de ellas tiene que ver con el antiguo cónsul en Ginebra, Rafael García y Sánchez Facio, y su mujer, María Elena González. Desde principios del siglo XX, Rafael García y Sánchez Facio era una figura prominente en el mundo político y social en México. En un libro sobre la industria, el comercio, la agricultura, las instituciones de crédito, y la vida pública y social, aparece su nombre al lado del personal político porfirista de renombre. Se dice que entre sus dotes personales figuraba su trato caballeroso, su gran intelecto, su trayectoria desde muy joven como ingeniero civil. En una palabra, se afirmaba que honraba a la clase social a la que pertenecía.[7] Pero además de su labor como arquitecto, a Sánchez Facio también le interesaba el mundo de la farándula. Se sabe que era el propietario de la *Academia Metropolitana*, un centro de variedades que Armando de Maria y Campos definía como *music hall,* situada en la Avenida Independencia esquina con José María Marroquí, en la ciudad de México. A principios del siglo XX, el referido centro de espectáculos fue muy popular los sábados, sobre todo debido a que se bailaban danzones cubanos. Tarde o temprano, el arquitecto incursionó en el mundo diplomático en Europa, donde su esposa dio rienda suelta a su vocación artística (Maria y Campos, 1996: 61-62).

García y Sánchez Facio no figura en el escalafón del cuerpo diplomático de 1913, pero vale la pena mencionarlo por lo singular de su paso por el referido mundo. A finales de diciembre de 1914, Leopoldo Kiel, cónsul mexicano en Trieste, llegó a Barcelona informando que la esposa de Sánchez Facio, se ganaba la vida cantando en un café en

[7] *México en el siglo XX. Primera serie 1909-10. Sus progresos, sus hombres, su industria, su comercio, su agricultura, sus instituciones de crédito y su vida pública y social*, University of Michigan Library Repository, p. 152.

Milán. En una carta dirigida a Sánchez Azcona, Kiel agregaba: "ya comprenderá usted la tristísima situación" en que se encuentra, y pedía auxilio para Sánchez Facio (Illades, 1985: 126). Gabriel Rosenzweig aporta otros pormenores. Expresa que, desde fines de 1914, y durante un largo periodo de tiempo, el matrimonio García y Sánchez Facio sobrevivió gracias a que ella trabajaba como cantante, primero en un café de Milán y, posteriormente, en centros nocturnos de Barcelona, con el nombre artístico de "La Dama del Antifaz". Pastor Rouaix intervino para remediar la situación, y el 7 de septiembre de 1917, Rafael García y Sánchez Facio fue nombrado canciller de planta en el consulado en Barcelona. No obstante, María Elena González continuó desarrollando su vocación artística.[8] En el número del 30 de mayo de 1918, de la *Tribuna Artística*, de Barcelona, revista dedicada al mundo de la farándula, María Elena González publicó la siguiente inserción, con su fotografía y el respectivo antifaz:

> Eminente tiple de ópera que con este nombre se presentará al público, cultivando el género de varietés, como cantante de gran voz. La única en España que canta Rumbas al ESTILO MEXICANO. Para mayores informes, contactar a la Agencia Ibáñez, Calle Barbará 35, Barcelona.[9]

En la revista de una veintena de páginas, los actores, cómicos, cantantes, bailarines, entre otros, se anunciaban con sus respectivas fotografías, mencionando sus habilidades.

Naturalmente, por intermedio de la revista las aficiones artísticas de María Elena González se conocieron por todos lados, pero al acrecentarse su popularidad, estalló un serio conflicto entre el cónsul Inocencio Arreola y su subordinado, el esposo de la artista. Buscando desembarazarse de Rafael García y Sánchez Facio, el 7 de enero

[8] Gabriel Rosenzweig, *op. cit.*, pp. 1489-1490.

[9] *Tribuna Artística*, Barcelona, año V, número 142, 30 de mayo de 1918, p. 2, en el AHDGE/SRE, expediente 3-6-15, fol. 172. Una versión similar aparece en el artículo de Gabriel Rosenzweig, citado, pp. 1489-1490.

de 1919, Inocencio Arreola le transmitió al jefe del Departamento Consular de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Juan B. Vega, todo un catálogo de quejas alusivas a los hábitos y costumbres de María Elena González. A su juicio, se trataba de algo realmente escandaloso e intolerable. Inocencio Arreola mencionó que María Elena solía trabajar en el Circo Barcelonés y que, en una ocasión, para agenciarse recursos supuestamente destinados a los "internados" de Austria-Hungría, hizo una gira por algunas ciudades que calificaba de pequeñas, y para ocultar su verdadera identidad utilizó un nombre artístico.[10] En un teatro de la ciudad de Valencia causó tanto alboroto que las autoridades dispusieron el cierre del local. Inclusive, indignadas, algunas damas de la colonia mexicana protestaron argumentando que las actuaciones de María Elena González, además de inconvenientes, afectaban el decoro del personal consular. Buscando ser en extremo convincente, Inocencio Arreola aseguraba que los vestidos requeridos para el espectáculo de *varietés*, como el que portaba la señora de Sánchez Facio, eran sumamente caros. Para demostrarlo, enviaba una fotografía. El gasto requerido para ese tipo de vestuario, sólo lo podía cubrir quien nadara en dinero. De ahí que el cónsul de Barcelona sospechara que el matrimonio García y Sánchez Facio y María Elena González tuviera recursos extraídos de otras fuentes, ajenas a la función consular. Inocencio Arreola indagó el origen de ese dinero y aseguró que el matrimonio era propietario de la Academia Metropolitana en la ciudad de México, lo cual descartaba que las actividades artísticas de María Elena González fueran realizadas por necesidad. Tenían dinero de sobra. Nada que ver con los juicios lastimeros del cónsul mexicano en Trieste, Leopoldo Kiel. Inocencio Arreola envió recortes de varios periódicos a fin de que Juan B. Vega se formara un juicio exacto de la clase de personas que cultivaban el género teatral conocido como *varietés*.[11] El cónsul aseguró que María Elena provocaba

[10] Inocencio Arreola al consulado general de España, Barcelona, 7 de enero de 1919, en el AHDGE/SRE, expediente 3-6-15, fols. 169-179.

[11] *Loc. cit.*

tantos escándalos en sus actuaciones, lo cual derivó en mala fama, al grado que cuando quiso viajar a Cuba, le fue negado el visado.

Como el espectáculo de *varietés* resultaba demasiado atrevido para el ambiente catalán, Inocencio Arreola sugería cambiar al matrimonio García y Sánchez Facio y María Elena González, a Santander, ciudad donde el público era más liberal.[12] Efectivamente, sus súplicas tuvieron eco, y en febrero de 1919, Rafael García y Sánchez Facio fue transferido al Consulado de México en Saint Nazaire, Francia, en calidad de Canciller de Tercera, un lugar frecuentado por intelectuales y artistas. Se ignora si María Elena González, *La Dama del Antifaz*, continuó acrecentando su vida artística en Saint Nazaire, e inclusive en París.[13]

De diplomático a actor

En diciembre de 1913, arribó a suelo hispano Alfredo Gómez de la Vega en el vapor *Alfonso XIII,* en calidad de tercer secretario de la Legación en Madrid, quien a la par de su cargo consular, pretendía ampliar sus estudios literarios y artísticos.[14] Como se ha señalado, la Legación estaba en manos de Francisco A. de Icaza, secundado por Amado Nervo. Al enterarse de su verdadera vocación teatral, y no tanto de la diplomática, ambos apoyaron a Gómez de la Vega para que viera cristalizados sus sueños. Portando una carta de presentación del cónsul A. de Icaza, Amado Nervo lo introdujo en el *Teatro de la Princesa*, al mando de Fernando Díaz de Mendoza. Se afirma que este último quedó tan impresionado, que después de escuchar al recitador mexicano, no dudó en expresar que saludaba al primer actor de América, todo ello a condición de que corrigiera su pronunciación. A la caída de Huerta, y la barrida del cuerpo diplomático, Juan Sánchez Azcona lo retuvo. No lo cesó. En parte porque se trataba de una persona discreta, inteligente, y eficaz en sus funciones.

[12] *Loc. cit*.

[13] Sin fecha y firma ilegible, en el AHDGE/SRE, expediente 3-6-15, fols. 60 y 96.

[14] "Los asuntos de México", en *El Cantábrico*, Santander, jueves 4 de diciembre de 1913, p. 1.

A mediados de 1916, la secretaría de Relaciones Exteriores removió a Isidro Fabela de la Agencia Confidencial en París, y lo designó ministro Plenipotenciario en Argentina, Brasil y Chile. Antes de cumplir esta misión, Fabela debía cumplir otras obligaciones en Italia. Al pasar por España, en la estación de Irún lo esperaban Sánchez Azcona, acompañado de sus secretarios, uno de los cuales era precisamente Gómez de la Vega. Enterado de su vocación artística, Fabela le preguntó si estaba dispuesto a acompañarlo a Italia. Sin mediar palabra, Gómez de la Vega aceptó. Fue ahí en donde reafirmó su vocación artística y teatral. Al regresar a España, obtuvo un ascenso, a segundo secretario de la Legación en Londres, pero Gómez de la Vega no solo lo rechazó, sino que renunció al empleo. Sánchez Azcona intentó disuadirlo, pero Alfredo contestó: "Llevar a cuestas el cadáver de los ideales, es la cosa más terrible que le puede pasar a un hombre en la vida". Así fue como comenzó en España su vida de actor, recorriendo pueblos y aldeas en las filas de compañías modestas.[15]

Julio Sedano y Leguisamo

Desde la Agencia Financiera del Gobierno de México en Londres, Manuel Zamacona le hizo saber a Sebastián B. de Mier, ministro de México en Francia, que por tales lares deambulaba un mexicano con pésimos antecedentes. ¿Por qué decía esto? Porque habían llegado a sus manos varias circulares en las que una misteriosa empresa organizada en París, promovía viajes turísticos y recreativos a México durante la celebración de las fiestas del Centenario de la Independencia en 1910. Las circulares le resultaban sospechosas ya que el comité organizador era anónimo, y como delegado del citado comité, aparecía un tal Julio Sedano. Años antes, M. Zamacona conoció a un Julio Sedano, empleado del Ferrocarril Interoceánico, quien en 1896 se fugó de México, llevándose todas las cuentas de los boletos de la estación de San Lázaro. Se fugó al enterarse que la administración

[15] Carta de Isidro Fabela, en el Archivo Histórico Isidro Fabela, expediente IF/IV.1.016.

estaba realizando una investigación sobre los reiterados fraudes cometidos en dicha estación. En forma incidental, Zamacona se enteró que el prófugo vivía en París, donde trabajaba como mesero e intérprete en fondas, y sospechaba que se trataba de la misma persona. A estas alturas, el delito cometido en México había prescrito, y Julio Sedano podía regresar sin problemas, pero al parecer, la idea no le agradaba. Zamacona temía que la empresa de marras, anunciada para las fiestas del Centenario, fuera una vil estafa, vinculada al nombre de México. Para despejar dudas, Zamacona aportó algunos rasgos físicos del prófugo: tendría unos cuarenta y tantos años, estatura regular, barba partida en medio, y de color claro. Asimismo, se trataba de una persona con mucha facilidad de palabra. Obviamente la intención de Zamacona fue que intentaran identificar del todo a Julio Sedano. Y si se trataba de la misma persona, se impidiera por todos los medios a su alcance, que cometiera sus clásicas estafas.[16]

Se ignora si el negocio de Julio Sedano, cuyo apellido materno era Leguisamo, prosperó en París, pero una mañana del mes de octubre de 1914, se presentó en las oficinas del consulado de Barcelona. Inocencio Arreola, quien recién se había hecho cargo del puesto, lo atendió. Julio Sedano le informó que procedía de Amberes, Bélgica, en donde estuvo comisionado en la Exposición ahí celebrada en tiempos de Huerta. Entrado en confianza le comunicó que él y varios mexicanos residentes en Barcelona planeaban montar un negocio cuya finalidad era expandir el comercio entre España y América. De ahí que le pidiera apoyo de todo tipo, y en un momento dado, lo invitó a ser partícipe del negocio. Para cerciorarse del todo sobre quién era esta persona, Inocencio Arreola le pidió informes a Carlos Pereyra, quien estuvo acreditado como cónsul en Bélgica. Para su sorpresa, se enteró que Sedano abandonó súbitamente la ciudad de Amberes, por exceso de deudas, muchas de las cuales rayaban en el terreno delictivo.

[16] M. Zamacona a Sebastián B. de Mier, Londres, 14 de julio de 1910, en el CEHM-CARSO, expediente CDLIV.2ª.1910.35.75.

En los días siguientes, las visitas de Julio Sedano al consulado se tornaron frecuentes, y en una de ellas, le informó al cónsul que había lanzado al mercado determinado monto de acciones para crear la empresa Palacio Hispano Americano. Según dijo, entre los socios más prominentes figuraba Indalecio Sánchez Gavito (hijo) y Gumersindo Enríquez. Julio Sedano invitó a más personas residentes en Barcelona a quienes les ofrecía acciones por cantidades relativamente pequeñas, y aun en intercambio por comestibles. Caso típico fue el intercambio que realizó con Edmundo Colomer, dueño del negocio de comestibles ubicado en el Paseo de Gracia número 93. Julio Sedano dispuso de cierta cantidad de comestibles por valor de dos mil pesetas, que inmediatamente vendió entre sus conocidos, embolsándose el producto de la venta. A Edmundo Colomer le pagó con acciones del citado Palacio Hispano Americano.

Pero Julio Sedano fue más allá. Inocencio Arreola empezó a recibir misteriosas cartas de recomendación para que aceptase la invitación de Julio Sedano para trasladar las oficinas del Consulado General al edificio en que se montaría El Palacio Hispano Americano, sin pago de renta. Ante tanta insistencia, el cónsul realizó algunas investigaciones, topándose con que el arriendo del referido edificio, ubicado en el Paseo de Gracia número 132, estaba en duda. El marqués de Alella, administrador de los bienes de Consuelo Fabra de Fuster, se negó a arrendarlo. Para el mes de enero de 1915, el montaje del negocio estaba en veremos. No obstante el traspiés, Julio Sedano logró rentar un piso de dicho edificio, y convenció a los cónsules de Chile, Ecuador y Venezuela para que instalaran ahí sus oficinas.

En el mes de junio de 1915, la prensa de Barcelona publicó una nota en la cual se anunciaba que Julio Sedano había sido designado Cónsul General de México en España. Quién la publicó. Todo indica que Julio Sedano. Pasados unos días, este último se presentó ante Arreola y le exigió la entrega del consulado. Arreola le pidió el nombramiento respectivo, y Sedano adujo no tenerlo. En virtud de ello, Arreola publicó una nota en la prensa desmintiendo lo afirmando por Sedano, e hizo un llamado de atención al público en general para evitar ser víc-

tima de un timo.[17] Como el escándalo siguió creciendo, Juan Sánchez Azcona intervino para poner en alerta a las autoridades españolas. Dijo estar enterado que la prensa de Barcelona había publicado una nota en la cual Julio Sedano afirmaba que Venustiano Carranza lo había designado Cónsul General de México en España. Sánchez Azcona dijo que el citado nombramiento era falso, e imposible de extenderlo a una persona como Julio Sedano, quien tenía varios estigmas en su contra: haber sido expulsado de Bruselas, y servido al que llamaba asesino, Victoriano Huerta. Por consiguiente, Sánchez Azcona rogaba a las autoridades intervenir para evitar que Sedano cometiera otro más de sus consabidos fraudes.[18]

Pero Julio Sedano estuvo lejos de dejarse vencer. El 21 de julio, fecha en la que ya era imposible rentar el edificio ubicado en la avenida Paseo de Gracia, apareció en el diario *El Diluvio* una noticia en la cual aseguraba que el negocio El Palacio Hispano Americano, era una realidad. Ya se contaba con el capital suficiente representado por acciones al portador, suscritas en su mayoría, y la apertura era cuestión de días. Sobra decir que las autoridades españolas seguían muy de cerca sus pasos, al igual que Inocencio Arreola. Este último no tardó en descubrir que Sedano se jactaba de haber desempeñado altos cargos políticos y diplomáticos, no solamente en México, sino en diferentes países de América Latina. Entre los primeros mencionaba haber sido secretario del Gobierno de la Ciudad de México, lo cual era falso. Entre los segundos, aseguraba haber sido secretario de la Legación de Nicaragua en Madrid. Para verificar esto último, Arreola se dirigió al gobierno de aquella República, y la respuesta fue que era falso. Pero la nota del Secretario de Relaciones Exteriores de Nicaragua denunciaba que Julio Sedano logró sustraer el facsímil de la firma del poeta Rubén Darío, y que solía utilizarlo para sus fines

[17] Inocencio Arreola al Juez de Primera Instancia y de Instrucción del Distrito de la Concepción, Barcelona, 8 de abril de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente 16-17-142.

[18] Sánchez Azcona al ministro de Estado, San Sebastián, 30 de junio de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2558.

aviesos. El mismo Rubén Darío lo confirmó. En cuanto a otros puestos diplomáticos, Arreola afirmó no haber tenido tiempo para confirmar su veracidad o falsedad. Pero lo cierto fue que, para el 8 de abril de 1916, Julio Sedano estaba tras las rejas. El juez de Primera Instancia y de Instrucción del Distrito de la Concepción, de Barcelona, lo tenía detenido por el delito de estafa. Estaba siendo procesado.[19]

Felipe Fortuño Miramón

Pero eso no fue todo. El cónsul de Barcelona revelaba que no sólo Julio Sedano, sino también Felipe Fortuño Miramón, estaba detenido, acusado del delito de estafa. Para fundamentar la acusación, el 8 de abril de 1916, el Juez de Primera Instancia y de Instrucción del Distrito de la Concepción, en Barcelona, le pidió informes al cónsul referentes a su estado civil, conducta y moralidad. Como Felipe Fortuño Miramón tampoco era de sus simpatías, Inocencio Arreola no dudó en aportar los datos que tuvo a su alcance para hundirlo. Para iniciar, dijo que era un individuo acostumbrado a llevar una vida licenciosa y que en forma ocasional ejercía uno que otro empleo. Señaló que Fortuño Miramón fue empleado del Hotel Ritz de Madrid, y entre sus funciones figuraba la de intérprete, ignorándose las causas de su separación.[20] En Barcelona, vivía a expensas de su madre, Concepción Miramón, viuda de Fortuño. Debido a que se trataba de una persona sin oficio ni beneficio, al salir de Barcelona el 10 de marzo de 1916 rumbo a México, su madre, le dejó cierta cantidad de dinero para que sobreviviera. Como no confiaba en él, dejo el dinero en manos de Miguel Hernández Gener para que le suministrara mensualmente lo necesario para sus gastos. A últimas fechas estaba empleado en la

[19] Inocencio Arreola al Juez de Primera Instancia y de Instrucción del Distrito de la Concepción, Barcelona, 8 de abril de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente 16-17-142, y 12 de abril del mismo año.

[20] *Loc. cit.*

Compañía Canadiense de Barcelona.[21] Pero al igual que Julio Sedano, estaba siendo procesado por estafa. Qué delito cometió. Se ignora.

El *affaire* Inocencio Arreola-José Moreno-Juan González Rul

Como se recuerda, el 23 de agosto de 1918, José Moreno hizo una protesta por escrito ante Cándido Aguilar, titular de la Secretaría de Relaciones Exteriores, por el trato despectivo que Inocencio Arreola brindaba a los mexicanos residentes en Barcelona. Según el denunciante, Inocencio Arreola no cumplía cabalmente sus funciones protocolarias, lo cual causaba serios problemas a los mexicanos ahí radicados. A su juicio, la obligación del cónsul era prestar ayuda a sus compatriotas, no material, pero sí moral, lo cual no era así. En una ocasión, solicitó un pasaporte gratuito, sin que le fuera otorgado. Asimismo, rogó al cónsul que la correspondencia de sus familiares fuera dirigida al consulado. En ambas peticiones, la respuesta de Inocencio Arreola fue negativa. A causa de ello, no podía recibir el dinero que su padre le enviaba regularmente. Pero lo peor, era que la carencia del pasaporte lo dejaba al garete, sin ser reconocido como súbdito de algún país, y expuesto a viles atropellos. A causa de la conducta de Arreola, la colonia mexicana residente en Barcelona era hostil al cónsul y al gobierno que representaba. Para finalizar, sugería vigilar la vida privada del cónsul.

Interrogado sobre las acusaciones lanzadas por José Moreno en su contra, alusivas al trato despótico que recetaba a los mexicanos, el 16 de diciembre de 1918, Inocencio Arreola se defendió. El cónsul aseguraba que durante su larga estancia al frente del consulado, había aprehendido a calibrar lo osados e inteligentes que eran los aventureros internacionales que navegaban con porte de gente decente al grado de sorprender a la persona más experimentada. Utilizaban desde las lágrimas artificiosas, hasta el amago con el puñal. Dispuesto a desenmascarar a sus detractores, hizo un relato de

[21] *Loc. cit.*

las hazañas de José Moreno y su aliado Juan González Rul. Expresó que el 29 de noviembre de 1916, se presentaron en el consulado solicitando un pasaporte gratuito para viajar a París, lo cual les fue negado. La negativa se basaba en que Juan González Rul pertenecía a una familia acomodada en México, y no requería de tal ayuda. No obstante, los vivales sorprendieron al vicecónsul Francisco Barrera, a quien le dijeron que requerían el pasaporte para cobrar un giro bancario. Barrera se los dio bajo la promesa de que al día siguiente le cubrieran la cantidad de 16 pesetas con 90 céntimos, precio del pasaporte. Al final de cuentas, los vivales no regresaron a cubrir su deuda. Pasado más de un año, el dúo volvió a las andadas. A principios de 1918, José Moreno se presentó en las oficinas de Arreola solicitando que el consulado le cubriera su manutención y el viaje de regreso a México, lo cual le fue negado. No habían transcurrido más que unos minutos que se presentó Juan González Rul, por cierto, tío del aludido Moreno, manifestando que su sobrino se había fugado de la casa donde vivían, llevándose todo el dinero que tenía, solicitando auxilio. Enterado que Moreno acababa de estar en la oficina, salió en su búsqueda, sin saberse si lo alcanzó, o no.

Para dejar en claro los pésimos antecedentes de la sociedad Moreno-González Rul, Inocencio Arreola mencionó otro hecho en el cual estuvo involucrado su subordinado, Sánchez Facio. Sucede que este último le confió a González Rul un lote de relojes para su venta, sin recibir pago alguno. En vista de ello, acudió a diferentes sitios en su búsqueda para reclamarle el importe de los relojes, topándose con que González Rul tenía otros adeudos. Sánchez Facio no quiso presentar una acusación por estafa para no desprestigiar a la colonia mexicana residente en Barcelona. Al margen de ello, Inocencio Arreola le envió a Cándido Aguilar la copia de un abultado adeudo de la última casa de huéspedes que ocuparon Moreno y González Rul.

Para Arreola, este tipo de conductas no eran exclusivas de José Moreno y Juan González Rul. Mencionó el caso del mexicano José Gómez quien tuvo la osadía de robar los ahorros de los obreros en una empresa de la cual era capataz. Como resultante de su felonía, se cerró una

fuente de trabajo para los mexicanos.[22] En cuanto a que el consulado se negaba a recibir la correspondencia de los expatriados, Inocencio Arreola aclaró que este servicio fue cancelado debido a las dificultades que causaban. El aventurero Saúl Elorduy, supuesto capitán de las fuerzas de Huerta, unas veces coronel constitucionalista, en otras, villista, director de fábricas, mecánico, conferencista, etcétera, lo acusó judicialmente por retención y violación de correspondencia.[23]

La vida no tan difícil de los prelados

Como se ha señalado, Aureliano Blanquet fijó sus miras en Félix Díaz, y se olvidó de su ex secretario particular, Manuel Vidaurrázaga, del cual no se supo qué hizo en la madre patria. El cónsul Inocencio Arreola se percató de su pésima situación, y le espetó a Sánchez Azcona, que Vidaurrázaga vivía de las migajas que le proporcionaba la señora María de Jesús Olivos, esposa de Blanquet. No obstante que su situación económica era muy desgraciada, afirmaba que era merecida.[24] Pero hubo personajes para los cuales no hubo aprietos económicos, ni quejas de ninguna clase. Nos referimos a los prelados Ignacio Montes de Oca, y Francisco Orozco y Jiménez, que durante meses transitaron por la península ibérica. El obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca, abandonó el país el 18 de julio de 1914. Al igual que sus congéneres, no quiso exponerse a la ira de los constitucionalistas, y salió del país en el vapor *Buenos Aires*. Un mes después, el citado vapor atracó en el puerto de Cádiz.[25] El prelado se dirigió a Roma, donde permaneció algunos días, y al estallido de la Primera Guerra Mundial, se trasladó a España. Al amparo de sus amigos de sangre real, pasó largas temporadas en palacios ubicados en Rota, Cádiz, Madrid, Utrera y

[22] Inocencio Arreola al servicio consular mexicano, Barcelona, 16 de diciembre de 1918, en el AHDGE/SRE, expediente 1-6-18.

[23] *Loc. cit*.

[24] Inocencio Arreola a Juan Sánchez Azcona, Barcelona, 13 de enero de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fol. 24-25.

[25] "Viajeros de México", en *ABC*, Madrid, 19 de agosto de 1914, p. 17.

en Jerez. El obispo representaba un caso singular entre los exiliados. Se trataba de todo un intelectual. Con Riva Palacio lo unía el gusto por el uso de seudónimos, en su caso el de Ipandro Acaico. Su obra literaria fue vasta, a la vez que se distinguió como traductor de varios de los clásicos griegos (Valverde y Téllez, II, 1949: 98-101).

Casi al mismo tiempo que Montes de Oca, Francisco Orozco y Jiménez salió del país rumbo al destierro. El 16 de agosto de 1914 abordó en Veracruz el vapor *María Cristina*, y el 2 de septiembre llegó a suelo hispano. Pasó por Limpias, y luego estuvo en Barcelona. Al día siguiente, se enteró que el arzobispo de Boloña había sido designado papa, y que se hizo llamar Benedicto XV. De Barcelona, el prelado se embarcó para Génova, y de ahí se dirigió a Roma, para cuadrarse ante el nuevo jefe de la cristiandad, su antiguo compañero de estudios en la Universidad Gregoriana. Llegó al Vaticano el 23 de septiembre (Camberos Vizcaíno, I, 1966: 273, y 276-277). Debido a que conocía a varios funcionarios de la curia romana, le fue fácil tramitar una entrevista con el papa. Como era previsible, le dio su versión particular sobre la cruzada anticlerical de las fuerzas revolucionarias en México (Camberos Vizcaíno, I, 1966: 283-284). En los primeros días de 1915 salió de Roma con destino a Biarritz, Francia, el lugar de recreo de las familias pudientes, donde saludó a Porfirio Díaz, a José Yves Limantour, la familia Landa y Escandón, la del marqués de Guadalupe, y otras más. Para el mes de abril o mayo de 1915, Orozco y Jiménez partió hacia España (Camberos Vizcaíno, I, 1966: 293-295). Huerta ya no estaba ahí, como tampoco un buen número de mexicanos. La diáspora a la inversa estaba en su apogeo. Estando en San Sebastián, el 13 de mayo le escribió una carta a Francisco León de la Barra, residente en París. Entre otras cosas, le manifestó que se congratulaba que el papa lo hubiera recibido al igual que a su esposa. También se comunicó con Sebastián Mier, sin determinar en qué lugar vivía, si en España o en París.[26] A continuación, se desplazó a Valladolid, lugar en el cual fue objeto de

[26] Francisco Orozco y Jiménez, arzobispo de Guadalajara, a Francisco León de la Barra, San Sebastián, 13 de mayo de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente X-1.6.613.1.

atenciones más que deslumbrantes. Asistió a una misa especial en la cual se codeó con el rey Alfonso XIII y su esposa Victoria Eugenia de Battemberg. Al concluir la ceremonia, saludó al rey quien le besó el anillo pastoral. Su biógrafo, Vicente Camberos hizo una gran apología:

> No había sido él quien llamara a la Casa Real de España sino ésta la que lo buscara por medio de su Capellán. Y así en la residencia cardenalicia de Valladolid, como en la imponente Cartuja, en el Escorial majestuoso y monumental, en Lourdes, en el mismo Vaticano y en cuanto lugar pisaba el privilegiado Arzobispo, dejaba a manera de estela el aroma de sus acendradas cualidades que en su propia patria los hombres públicos no habían sabido apreciar (Camberos Vizcaíno, I, 1966: 296-299).

Después de viajar por varias ciudades españolas, regresó a Francia, y el 3 de octubre de 1915 viajó otra vez a Roma. Como se observa, estuvo en la madre patria algo así como medio año, sin sufrir apuros económicos. A finales de mayo de 1916, se embarcó en un vapor de la Compañía Trasatlántica Española con destino a Nueva York (Camberos Vizcaíno, I, 1966: 313 y 315). Para tales fechas, casi todos los acompañantes de Huerta en su exilio en España habían retornado al Nuevo Mundo. En el vecino país de norte, el prelado esperó el momento adecuado para regresar a México.

Tras los pasos de Huerta

Sea lo que fuera, resulta obvio que a Carranza le interesaba saber cuáles eran los planes de Huerta, e incluso de Félix Díaz. Si bien el primero estaba del otro lado del océano, existía la posibilidad de que se recuperara y organizara la contrarrevolución. Al segundo, no le reconocía capacidad alguna. En cuanto a la indagación de los planes de Huerta, la tarea le fue asignada a Inocencio Arreola. Seguir sus pasos desde su llegada a Barcelona, olvidando que un año atrás, el caído en desgracia, le ratificó el cargo de cónsul en *Stuttgart*. En ese entonces, nada hizo Arreola para rechazar la ratificación. Como se recuerda, hizo tiempo para observar si Huerta se consolidaba o bien, su gobierno se tambaleaba. Cuando estuvo seguro de que el gobierno de Huerta no tenía futuro, el panorama se le aclaró, y dio el paso correcto para su futuro que resultó promisorio. Pero no solo se trataba de vigilar a Huerta, sino de lincharlo. A escaso un mes de hacerse cargo del consulado, Arreola inició la citada campaña contra Huerta y su círculo íntimo. El 17 de octubre de 1914, le informaba a Juan Sánchez Azcona que, para sobrevivir, Huerta llevaba consigo giros de diferentes bancos europeos y barras de oro en cantidad considerable, aunque luego dijo que al parecer se trataba de simples rumores. Pero lo que resultaba descabellado fue su afirmación de que Huerta se dedicaba a vender billetes del Banco Nacional de Francia, seguramente falsificados, lo cual era necesario comunicar a las autoridades francesas y mexicanas. Para condimentar aún más su denuncia, dijo que Huerta

había sacado de México grandes cantidades de billetes, papel moneda, que era imposible cambiar en España.[1] De paso mencionó que un tal Rawner, posiblemente Abraham Ratner, se había especializado en realizar negocios bancarios en el Hotel Continental por un monto calculado en tres o cuatro millones de pesetas. Entre los citados negocios figuraba la venta de acciones del "Popo", posiblemente una mina, y de otras empresas mexicanas. En síntesis: en un periodo de tiempo demasiado breve, Arreola fue capaz de reunir información sobre los dineros que supuestamente Huerta se había llevado a España. Incluía acciones de empresas, giros bancarios, barras de oro, billetes falsificados del Banco Nacional de Francia, papel moneda mexicana, pero en su denuncia, dijo que posiblemente eran rumores. Rumores que utilizaba para denostar a Huerta.

¿Cómo obtuvo Arreola esta y otras informaciones? En forma paladina, dijo que se la proporcionó un paleto, o persona con escasa educación, el cual tenía un hijo viviendo en México. El mencionado paleto se enteró que Huerta traficaba con billetes mexicanos y españoles, razón por la cual, una vez que recibía el dinero que su hijo le enviaba, utilizaba sus servicios. Al notar que Huerta le robaba en el tipo de cambio, le expuso la situación a Inocencio Arreola. Naturalmente que le preguntó cuál era el tipo de cambio entre peso mexicano y la moneda española. El cónsul le contestó que para salir de dudas acudiera a un banco, pero ahí le dijeron que no tomaban a ningún precio los billetes mexicanos. Que nada querían saber de tales billetes. No conforme con ello, Arreola envió a una persona de su confianza para que se acercara a Huerta y verificara si se dedicaba a semejante actividad. El emisario llevaba una fuerte cantidad de billetes mexicanos con la intención de que Huerta se los cambiara por moneda española. Huerta reaccionó violentamente, contestando que no era dueño de una casa de cambio.[2] De ahí que los testimonios de Arreola

[1] Inocencio Arreola a Juan Sánchez Azcona, Barcelona, 25 de noviembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fol. 414 y anverso.

[2] *Loc. cit.*

resulten vagos, basados en rumores, aportados por gente de escasos recursos. Una versión que supuso sería del agrado de Carranza y compañía.

El 25 de noviembre de 1914, Inocencio Arreola aportó más datos sobre los desterrados, esta vez sobre Francisco León de la Barra, quien le firmó la ratificación para el puesto de cónsul en *Stuttgart*. Le informó a Juan Sánchez Azcona que en forma continua llegaban al consulado cartas dirigidas a Francisco León de la Barra, lo cual le hacía sospechar que llegaría a Barcelona en cualquier momento, o ya estaba ahí. En previsión de ello, tomó la iniciativa de indagar si estaba hospedado en algún hotel, sin resultado alguno.[3]

La boda de Elena Huerta

Como auténtico perro de caza, Arreola siguió persiguiendo a Huerta. El cónsul hizo saber a sus superiores que, en un momento dado, el ex presidente se cambió de domicilio. Dejó el piso ubicado en la calle Bailen, cerca del templo expiatorio *La Sagrada Familia*, por el cual pagaba 25.00 pesos al mes, y se trasladó a lo que llamaba un chalet cerca de Tibidabo, un barrio ubicado en las orillas de Barcelona. Con la intención de provocar escarnio, el mismo cónsul envió a Sánchez Azcona un ejemplar de *El Día Gráfico* en el que se difundió lo que llamaba "Boda suntuosísima de la hija del Traidor Huerta", a la que concurrieron altas personalidades, como el judío Ratner, y dos curas que salieron de México gracias a los buenos oficios de Huerta. Agregó que durante la fiesta se abusó del Himno Nacional. Eso sí: no concurrió ninguna autoridad española.[4]

Efectivamente, el 21 de diciembre de 1914 se celebró la boda de Elena, la hija del que *El Día Gráfico* llamaba ex presidente de la República Mexicana, general Victoriano Huerta. El diario señalaba que

[3] *Loc. cit.*

[4] Inocencio Arreola a Juan Sánchez Azcona, Barcelona, 22 de diciembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fol. 457.

Elena contrajo nupcias con el general de brigada Alberto Quiroz. A las once de la mañana, acudieron a la morada de Huerta, ubicada en la Avenida del Tibidabo, numerosas personas invitadas a la ceremonia, entre ellas, Ratner, Agustín Oliva, los coroneles Delgado, Dávila, Zertuche, Posada Ortiz, Antonio Pojos Sauri y señora, Pedro Gómez, Úrsula Huerta e hijos, Teresa y Ramona Huerta, los señores Deu y familia, Castro y familia, el reverendo padre Calixto Contreras, Luis Alvadalejo, el general Luis Fuentes y señora, el teniente coronel Víctor Huerta y señora, Arturo Alvaradejo y señora, Fernando Gil y señora, Miguel Montrifar e hija, María Luisa y Natalia Alvaradejo, María Esther Hernández, general Juan Hernández y señora, Francisco Colon y señora, y otros más. Los acompañantes ocuparon varios automóviles para trasladarse a la iglesia parroquial conocida como la *Bonanova* la cual estuvo repleta de invitados, entre ellos varias familias distinguidas de la colonia americana y, sobre todo, mexicanas.

Con sus luces, los focos resaltaban el altar mayor de la iglesia, recientemente restaurada. En el fondo, la imagen de la Virgen rematada con una corona imperial. A los acordes del himno nacional mexicano los novios penetraron en la iglesia, siendo recibidos por el sacerdote, doctor Estebanell. El órgano de la capilla dejó escuchar las notas de la Marcha Real española, y la ceremonia dio inicio. Como se estila en este tipo de ceremonias, el acto culminante tuvo lugar cuando el cura bendijo el lazo sagrado. Concluida la ceremonia, el doctor Estebanell pronunció un mensaje. Entre otras cosas, hizo resaltar su admiración por los mexicanos, amantes fervientes de María Inmaculada, venerada a través de "Nuestra Señora de Guadalupe". Exhortó a los recién casados a perseverar en su amor, les dio sumos consejos para la nueva vida que emprendían, y recalcó el cariño que los españoles profesaban por sus hermanos de las repúblicas americanas. En seguida felicitó a Huerta por haber sido el primer presidente de México que invocó en pleno Parlamento el nombre de Dios, olvidado durante unos cincuenta años. Terminó su peroración con un himno a la Virgen Milagrosa de la *Bonanova*. Después de ello, los recién casados visitaron el llamado camarín para besar el manto de la Virgen.

El banquete y los brindis

A las dos de la tarde, los novios e invitados se dirigieron al *Hotel Palace,* lugar en el que se celebró un banquete. En los salones del restaurante se puso una mesa en forma de T, adornada con flores y plantas tropicales, y en el centro, la bandera mexicana. El lugar preferente fue ocupado por los recién desposados, acompañados del general Huerta y su esposa, Emilia Águila, Abraham Ratner y esposa, el doctor Estebanell, Berta Sada de Huerta, el general Juan A. Hernández y esposa, la señora María P. de Gil, y Arturo Alvaradejo. Al ingresar los novios al salón, hubo grandes muestras de entusiasmo, y puestos todos de pie, entonaron el himno nacional. A la hora del brindis, el doctor Estebanell alzó su copa y dijo que español, como el que más, brindaba por la prosperidad y la vida del general Victoriano Huerta. Añadió que cuando en España se esparcieron noticias difamatorias en contra del ex presidente de México, pidió informes a sus amigos mexicanos, y a los sacerdotes que llegaban huyendo de la persecución de que eran objeto por parte de los rebeldes. De todos escuchó frases de cariño y veneración hacia el general, afirmando que durante su gestión no sólo se respetaron sus haciendas, su patrimonio, sus vidas, sino sus propias creencias. Estebanell entonó un himno en honor de México, de los mexicanos, e hizo votos por la feliz unión de los desposados. Pidió a los ahí reunidos que, si algún día regresaban a México, al pisar su suelo se acordaran de la madre patria, de la hospitalaria tierra que ahora los cobijaba, y que en la primera oportunidad entonasen un himno en honor a España. Todos los mexicanos se pusieron de pie, alzaron su copa, y lanzaron fervientes vivas a España. A continuación, fue ejecutada nuevamente la Marcha Real española.

Emocionado, Victoriano Huerta tomó la palabra. Afirmó que la docta palabra del doctor Estebanell, había llegado al alma de los ahí reunidos, muchos de ellos mexicanos. Advirtió que no era orador, sino un soldado rudo y luchador, y que lo seguiría siendo, mientras el Todopoderoso le concediese un soplo de vida. Dio gracias por las muestras de simpatía hacia él y los mexicanos, y aseguró que, tanto

en Barcelona como en cualquier parte del mundo, el doctor Estebanell tendría en los mexicanos a sus mejores amigos. Le pidió su bendición y lo abrazó en forma afectuosa. El padre Calixto Contreras, aragonés, presente en la ceremonia, que abandonó su parroquia ubicada en una población mexicana, se sumó a la oleada de vivas y aplausos hacia el general Huerta y hacia los mexicanos. A continuación, los invitados entonaron el himno nacional mexicano.[5]

Salvo unos cuantos casos, como fue el de Arturo Alvaradejo, los miembros del gabinete de Huerta brillaron por su ausencia. Estaban desterrados en España, pero habían pintado su raya. Nos referimos a Blanquet, José Refugio Velasco, Manuel Mondragón, Rodolfo Reyes, Adolfo de la Lama, José María Lozano, entre otros. Al parecer, ni sus sobrinos, los Maass estuvieron presentes.

Entre paréntesis, por tales días, por medio de la prensa, Huerta se enteró que el embajador español intervino para que se cancelara en Puebla el decreto de expulsión de los empleados españoles ocupados en las fábricas textiles, lo cual logró.[6] El antiespañolismo de los jefes constitucionalistas brillaba en todo su esplendor. En forma extraña, el 17 de diciembre de 1914, el diario *La Vanguardia* difundió que el ex presidente de México, general Victoriano Huerta, compareció ante el juez de primera instancia del Distrito del Hospital. El citado juez, de apellido Sáinz de Baranda Rius, le pidió responder a la acusación del contratista Cayetano Lacasa, quien reclamaba una deuda de 47 379 pesetas, saldo de la construcción de una casa de Huerta en la calle de Popotla, en la ciudad de México. Interrogado por el juez acerca de la veracidad de la deuda, Huerta contestó que la acusación era falsa.[7]

[5] "Una boda aristocrática", en *El Día Gráfico. Diario de la mañana*, Barcelona, 22 de diciembre de 1914, p. 7.

[6] "La situación de México", en el *Diario de Barcelona*, Barcelona, 9 de noviembre de 1914, p. 14 718.

[7] "Noticias varias", en *La Vanguardia*, Barcelona, 17 de diciembre de 1914, p. 7.

El juicio adverso sobre Huerta

Entre 1913 y 1914 fueron publicados varios libros en los cuales la figura de Huerta resulta contrastante. Dos libros publicados en el año de 1913 resultan apologéticos, y los de 1914, después de su caída, reflejan lo opuesto, un odio feroz hacia su persona. Entre ambos tipos de libros, no hay medias tintas. Pero lo cierto fue que a la postre, ambos tipos de libros fueron relegados al cesto de la basura. Su rescate es incidental, como en este caso.

La literatura apologética
Juan José Tablada y Manuel Doblado

En 1913 aparecieron dos libros, el primero de los cuales es de la autoría de Juan José Tablada, y tiene por título *La defensa social. Historia de la campaña de la División del Norte*. Su redacción se concluyó en el mes de septiembre, a escasos siete meses del ascenso de Huerta al poder.[1] El otro, es un libro de Manuel Doblado, llamado *México para los mexicanos. El presidente Huerta y su gobierno*. El libro tiene un

[1] Juan José Tablada, *La defensa social. Historia de la campaña de la división del norte*, México, Imprenta del gobierno federal, 1913. Existen sospechas de que, en 1910, Tablada escribió *Madero-Chantecler*, en el cual lanzó un ataque brutal contra Francisco I. Madero. Sus personajes son varios animales. La editorial, falsa por supuesto, fue la Compañía Aserradora de Maderos, S. A.

subtítulo sumamente sugerente: *Documentos para la historia de la tercera independencia mexicana* (Doblado, 1913). Al final del libro, se dice que fue concluido en noviembre también de 1913. Aún no se había cumplido un año del ascenso de Huerta al poder. Tablada es un escritor conocido, no así Manuel Doblado. Es probable que tanto Tablada como Doblado hayan sido parte del grupo de intelectuales que desde fechas tempranas quedaron deslumbrados con Victoriano Huerta, el nuevo titular del poder ejecutivo, aunque también queda la impresión que pudo tratarse de libros escritos por encargo. Y es que, en ambos casos, campean las afirmaciones apologéticas.

En su libro, Tablada afirma que, ante la sublevación de Pascual Orozco, iniciada en marzo de 1912, y el fracaso del secretario de Guerra, José González Salas para meterlo al orden, lo cual lo orilló a suicidarse, la situación política y social se tornó terrible. Madero recurrió a Huerta, quien se convirtió en el salvador del gobierno, del ejército, y también de la sociedad. Justo, en aquellos días, cuando la nación fue amenazada por oleadas de orozquistas y zapatistas, al grado de poner a temblar los poderes constituidos, y los dueños de bancos cayeron en la desesperación, Huerta entró en escena para restablecer el orden (Tablada, 1913: 94). En su libro, Tablada pasa lista uno a uno los combates entre los cuales menciona el de Cuatro Ciénegas, verificado el 6 de mayo; el de Tlahualilo del 9 de mayo; el de Conejos, 12 de mayo; el de Pedriceña, de 14 de mayo; el de Rellano del 22 y 23 de mayo; el de La Cruz, del 17 de junio; el de Bachimba del 3 de julio; y el de Balleza, del 4 y 5 de agosto. Para que el lector tenga una idea del libro, reproduciremos cuatro párrafos para observar los límites hasta los cuales llegó Tablada. Puso a Huerta por los cielos. En la página 3, que marca el inicio del libro, lanzó un juicio deslumbrante:

> En estos momentos en que la gratitud de un pueblo habla incesantemente de lealtad, de honor, de abnegación, de todas las supremas virtudes militares que rodean como ciudadela de inexpugnables muros a los sagrados intereses de la Patria, hay que fijarse, para sacarla de la modestia en que

> voluntariamente se esconde, la venerable y gloriosa figura del señor General Victoriano Huerta (Tablada, 1913: 3).

En otro párrafo, ubicado en la página 4, Tablada ensalza a Huerta hasta los límites del paroxismo. Lo compara con el que llama ilustre "condottieri" esculpido por Verrochio, con los guerreros japoneses, y con Cuauhtémoc:

> Es que el General Huerta es un hombre de bronce. No en vano he hablado a ese propósito de la broncínea figura del ilustre "condottieri" que el Verrochio esculpió. También vienen a mi memoria las figuras de los héroes japoneses que han asombrado al mundo y cuyos rostros también sellan con estoicismo impenetrable las almas magníficas que no se sabe si se exaltan hacia la luz sideral de empresas de titanes o se desploman entre las sombras de las catástrofes sin remedio.
>
> El General Huerta es semejante en su estoicismo impávido a los japoneses y a los guerreros del viejo "Anáhuac". El pueblo cariñosamente, con evidente orgullo nacionalista le llama "el indio Huerta". Tiene en efecto las virtudes, las virtudes insólitas de la raza en sus días heroicos. Es de bronce, ya lo he dicho, del mismo bronce de Cuauhtémoc, que no pudo fundir la infame hoguera (Tablada, 1913: 4).

Otro párrafo extraído de la página 6, revela la intención de Tablada de poner por los cielos las virtudes militares de Huerta, desplegadas en especial en 1912, al frente de la División del Norte, en su campaña contra Pascual Orozco:

> ¡Quién sabe! Pero el prodigio se apoderó y aquella masa áspera, informe y ligada con los más bajos metales, adquirió bajo el yunque de hierro de la voluntad del General Huerta, una fuerza, una unidad, un temple, un brillo que sólo pueden compararse al temple supremo, a la fuerza incontrastable, al brillo diamantino de la propia espada, que el general Huerta blandió en su noble diestra y que como la columna de fuego, guió

> a sus legiones a través del Desierto, a la tierra de promisión, al triunfo, ¡a la gloria! (Tablada, 1913: 6).

Finalmente, en la página 7 muestra a un Huerta convertido en un astro capaz de guiar a todo un país sumido en la oscuridad y envuelto en una guerra sin cuartel contra sus enemigos:

> ¡Hay que apartar los ojos de los sombríos dramas callejeros, de la venganza innoble y del bajo rencor y levantarlos a lo alto donde brillen glorias como la que he intentado consagrar en estas líneas, genios que como el de todos nuestros héroes, como el genio militar del General don Victoriano Huerta, brillan sobre la tierra convulsa, lucen con rayos de oro en el zodiaco de la patria y hoy la iluminan y mañana la guiarán como los astros guían a las naves sin rumbo en medio de la noche oscura y del océano proceloso! (Tablada, 1913: 7).

Página tras página, Tablada no se salió un ápice de este estilo, lo cual induce a sospechar que se trató de un libro escrito por encargo. Manuel Doblado escribió un libro similar. No sólo alabó a Huerta, sino también a una cuarteta de sus secretarios de estado: Querido Moheno, a quien etiquetó de tribuno elocuente y político de miras elevadas, autor del proyecto de nacionalización del petróleo, y colaborador de Huerta en la tarea de alcanzar la autonomía nacional vía el control de los intereses extranjeros (Doblado, 1913: 48); Adolfo de la Lama, hacendista probo y calificado, respetuoso de los intereses privados (Doblado, 1913: 81); José María Lozano, un orador fogoso y culto, autor del slogan "El Ejército es la patria" (Doblado, 1913: 113); Aureliano Blanquet, el colaborador más leal y eficaz de Huerta en la reorganización del ejército mexicano (Doblado, 1913: 145). Para despejar toda clase de dudas, reproduciremos también algunos párrafos de su libro:

> Todo el mundo sabe en los Estados Unidos y en Europa, que el nombre de Huerta es sinónimo de orden y garantía de seguridad para las vidas, la honra y las propiedades de la gente de paz; sábese asimismo que Carranza

> y Villa significan traición, anarquía, violaciones y pillaje. Sin embargo, el yanqui subvenciona a Carranza, y pretende arrebatar de las manos de Huerta, nuestra sagrada enseña nacional. ¿Por qué?
>
> Sencillamente porque Huerta ha proclamado con altivez que ni Juárez supo mostrar ante el coloso del Norte el principio de la doctrina Monroe: MÉXICO PARA LOS MEXICANOS (Doblado, 1913: 128-129).

Para rematar, se puede mencionar un párrafo ubicado al final del libro, en el cual Huerta resulta comparado con José María Morelos, con Vicente Guerrero, con Benito Juárez, y Porfirio Díaz:

> No se necesita ya ser profeta para prever que en las páginas de la historia mexicana y al lado de los nombres ilustres de aquellos inmortales indios que se llamaron Morelos, el Libertador; Guerrero el Consumador de la Independencia; Juárez el Reformador y Defensor de la autonomía; y Díaz el Constructor del México moderno, y Creador de la unidad nacional, figurará escrito con áureos caracteres el de Victoriano Huerta, por haber proclamado y sostenido triunfalmente el gran principio antagónico de la doctrina Monroe: ¡MÉXICO PARA LOS MEXICANOS! (Doblado, 1913: 172).

Una vez que Huerta cayó en desgracia, Tablada y Doblado le dieron la espalda. Ansiaban que sus libros fueran quemados.

La otra cara de la moneda

En la introducción del libro *De Porfirio Díaz a Carranza*, Manuel González Calzada, afirma que en 1916 un grupo de intelectuales españoles se reunieron en Madrid con el objeto de analizar el fenómeno social que se estaba registrando en México. El grupo fue encabezado por los hermanos González Blanco: Pedro, Andrés y Edmundo, secundados por Francisco Rivera Pastor, Joaquín Álvarez, Enrique A. Salgado, Vicente Gay y Julio Prieto Villabrille. El objetivo del grupo: realizar una magna obra histórica sobre México llamada *Biblioteca Constitucionalista* compuesta de una veintena de títulos. Hasta donde se sabe,

los aludidos, son poco conocidos en México, pero sin duda, que los hermanos González Blanco resultaron demasiado pretensiosos ya que prometieron escribir catorce libros. Pedro prometió cinco: *De Porfirio Díaz a Carranza*, *Obregón*, *Alvarado*, *Los civiles del constitucionalismo*, y *Jacinto Treviño*. De la pluma de Andrés González Blanco saldrían otros cinco: *Un déspota y un libertador*, *Madero*, *El pretorianismo en México*, *La reacción zapato-villista*, y *Pablo González*. El tercer hermano, Edmundo, dijo sentirse capaz de escribir cuatro libros. Uno de ellos se titula *Carranza y la revolución de México*. Tanto fue el éxito de este título, que dos años más tarde apareció la segunda edición. El resto de los libros fueron los siguientes: *El clericalismo y la revolución constitucionalista*, *Cándido Aguilar*, e *Historia compendiada de la revolución constitucionalista*. A primera vista, sorprende la audacia de los hermanos González Blanco ya que prometieron abordar un periodo amplio como los estertores del Porfiriato, la revolución mexicana, y la década de los veinte, lo cual no era fácil. En realidad, salvo tres libros, escritos por cada uno de los hermanos González Blanco, el resto jamás aparecerían.

Pedro González Blanco

A partir de su levantamiento en armas, en marzo de 1913, al Primer Jefe se le prendió la idea de difundir en Europa un clima favorable a su movimiento mediante una serie de publicaciones escritas, tarea para la cual contrató a algunos literatos y periodistas para cumplir semejante cometido. A juicio de Pablo Yankelevich, entre ellos sobresale el español Pedro González Blanco. El encargado de contactar a este personaje fue el secretario particular de Carranza, Gerzayn Ugarte. Una vez que se consumó el acuerdo, entre 1914 y 1915, Pedro llevó a cabo una intensa labor propagandística en Madrid. En junio de 1915, cuando las fuerzas de Obregón se batían contra las de Villa, urgía adquirir armas y municiones donde las hubiera. En Europa, el encargado de cumplir esta misión fue Juan Sánchez Azcona, quien tuvo gran éxito al comprarlas en Suiza. Compitió con los agentes de

las potencias aliadas inmersas en la Primera Guerra Mundial. En tales momentos, Pedro González Blanco se acercó a Sánchez Azcona para sugerir que las comprara en España (Yankelevich, 1997: 106-107). Sin perder tiempo, Sánchez Azcona le hizo saber a Carranza, al igual que al cónsul de Nueva York, Alfredo Breceda, que la mercancía estaba disponible en las cantidades deseadas. Pero Sánchez Azcona dijo algo más. Que había descubierto en Bilbao importantes pertrechos de guerra adquiridos por Victoriano Huerta durante su gestión, que no pudieron transportarlas a Veracruz. El citado armamento estaba depositado en el Arsenal Oficial de Bilbao, y sólo bastaba realizar ciertos trámites para recuperarlo y enviarlo a México.[2] Pero Pedro también jugó el papel de espía y delator. Le dijo a Sánchez Azcona que era necesario reconvenir a Miguel Covarrubias, asignado en Inglaterra, ya que en un momento dado dijo que en México no había un gobierno estable y reconocido por todos.[3]

Uno de los libros clave de Pedro fue *De Porfirio Díaz a Carranza*, publicado en Madrid en 1916. En las primeras páginas se advierte que el libro fue el resultado de una serie de conferencias dictadas entre los meses de marzo y abril de 1916, en el Ateneo de Madrid, lo que refleja la asombrosa velocidad en escribirlo, publicarlo, y difundirlo (González Blanco, 1916a). Llama la atención que el autor dedicara el libro a Jesús Acuña y Gustavo Espinosa Mireles, seguramente sus mecenas. Naturalmente que Pedro evitó afirmar que se trataba de un libro por encargo. Para disfrazar este hecho, expresó que su intención era ilustrar a sus compatriotas sobre la naturaleza del movimiento revolucionario mexicano, del cual eran totalmente ignorantes, aunque esta tarea no siempre había sido grata y valorada correctamente. Precisamente, por defender a Carranza en forma desinteresada y noble, su hermano Edmundo no había recibido más que insultos. Una

[2] Juan Sánchez Azcona al marqués de Lema, Madrid, 15 de mayo de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2558.

[3] Juan Sánchez Azcona a Venustiano Carranza, Madrid, 12 de junio de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.42.4556.1.

señal de dónde vino el interés en escribir tales libros, se ubica en el hecho de que la edición completa fue adquirida por la Secretaría de Relaciones Exteriores, y lo mismo sucedió con los libros de sus hermanos Edmundo, *Carranza y la revolución de México,* y Andrés, *Un déspota y un libertador.* Tales obras, y quizás otras, fueron adquiridas para fines propagandistas. Tanto fue el éxito de Pedro en este terreno, que a finales de 1916 fue enviado a predicar las bondades de la revolución constitucionalista en Argentina, Uruguay, y Chile. Fue una misión de seis largos meses (Yankelevich, 1997: 106-107).

Edmundo González Blanco

Es probable que a su llegada al Viejo Mundo, Juan Sánchez Azcona haya entrado en tratos con Edmundo González Blanco para que se convirtiera en panegirista del movimiento constitucionalista vía la publicación de libros, y dictando conferencias. El 18 de julio de 1914 dictó una conferencia en La Casa del Pueblo, en Madrid afirmando que, a nivel teórico, Carranza profesaba las mismas ideas del inglés Lord George. No hubo detalles sobre la pretendida similitud. Pasando al terreno de los hechos, afirmó que la misión de Carranza era revisar la Constitución Política de México cuyo contenido era obsoleto, y no respondía a las necesidades del país. A continuación, González Blanco dijo algo estrambótico: que se trataba de una constitución disolvente, defensora de la vieja y arraigada superstición federal. Pasando a otro punto, señaló que una de las banderas de la revolución constitucionalista era recuperar las tradiciones agrarias, aunque por desgracia, en este trance se cometían crímenes y excesos. Para aplacar a sus detractores, reiteró que la revolución buscaba implantar reformas económicas, políticas y sociales sólidas.[4]

Hubo alguien que escuchó la conferencia y de inmediato externó su desacuerdo. Nos referimos a Joaquín Aristiqueta, quien, si bien confesaba admirar a Edmundo González Blanco por la solidez de su

[4] "Una conferencia", en *La Correspondencia de España*, Madrid, 19 de julio de 1914, p. 4.

cultura, consideraba que erraba en sus juicios. En la primera semana de septiembre de 1914, afirmó que le sorprendía, en primer lugar, que el escritor dijera que la revolución mexicana tenía un carácter económico y agrario. En segundo lugar, que en materia de economía política las ideas de Carranza fueran similares a las de Lord George. La diferencia entre ambos era abismal. En Lord George sus ideas mostraban solidez, mientras que en Carranza eran banalidades. Dejando de lado tales comparaciones, que a nada conducían, Joaquín Aristiqueta entró al terreno que realmente le interesaba. Desde su punto de vista, el objetivo único de la revolución mexicana era despojar a los españoles de sus bienes y propiedades. De ahí que los únicos "expropiados", como los llamaba, fueran los españoles, salvo algún caso aislado de un propietario de otra nacionalidad, que de ninguna manera quedaba impune. A continuación, se preguntó, en primer lugar, por qué el ideal agrarista, con expresión en la subdivisión de las propiedades, sólo alcanzaba a los bienes de los españoles, y en segundo lugar, por qué los dos bandos que se disputaban el poder en México mostraban un odio feroz hacia los españoles. Para concluir, sacó a colación la manida frase atribuida a Huerta supuestamente pronunciada ante el cuerpo diplomático, incluido el ministro español, que reza: "Yo no digo que todos los ladrones sean 'gachupines', pero todos los gachupines son ladrones", lo cual derivó en que el español se retirara.

En cuanto al bando opuesto en la contienda, las cosas no eran mejores. Al llegar a Torreón, Villa dictó la orden de expulsar a los españoles. Al rogar que se les permitiera arreglar sus cosas y sacarlas, el magnánimo Villa les dio 24 horas. Deshacerse del producto de toda una vida de trabajo, como eran establecimientos de abarrotes, plantaciones de garbanzo, ganado, casas, resultaba imposible. A la menor protesta de los españoles, Villa contestaba con una frase: "sobrado tiempo es, y más se llevarán de lo que trajeron". Si bien para Edmundo González Blanco, toda revolución buscaba el mejoramiento económico y social de la mayoría de la población, en México era una vulgar anarquía. Ninguno de los contendientes respetaba las reglas más elementales de la guerra. De ahí que la revolución mexicana nada tenía que ver

con la solución de los problemas agrarios, económicos, u otros. El pan de cada día eran los asesinatos en frío, la violación de doncellas españolas, que incluso provocó el suicidio de treinta jóvenes desventuradas, en un pueblo, en un solo día. Para concluir, Joaquín Aristiqueta expresó que la revolución mexicana pudo haber sido noble, y justa, "pero ese pueblo desdichado digno de mejor suerte había hecho una revolución feroz, sin ideal en las masas". En forma complementaria, Aristiqueta preguntó: por qué los revolucionarios no afectaban las más grandes empresas, cuyos propietarios no eran españoles. Por qué mostraban una conducta distinta. A continuación, dijo algo que no suena del todo verídico. A su juicio, en América muy pocos españoles eran millonarios. En su mayor parte, estaban confinados a poseer míseras riquezas.[5]

El ataque contra Huerta

De nada sirvieron los cuestionamientos de Joaquín Aristiqueta a la postura de Edmundo González Blanco. Se había puesto al servicio del carrancismo y siguió adelante. Entre sus obras, destaca el libro llamado *Carranza y la revolución de México,* cuya primera edición apareció en agosto de 1914, en Valencia. La fecha del prólogo: 28 de julio de 1914 (González Blanco, 1914b). Por la fecha, Huerta tenía días de haber dejado el poder. Navegaba en alta mar rumbo al Viejo Mundo, y aún no había pisado suelo hispano. En el prólogo, hizo varias advertencias: que el libro estaba destinado a examinar la revolución de México desde el punto de vista económico y político; que se trataba de una obra que desafiaba la opinión general, en especial, la europea. De la española, advirtió que prefería no hablar, ya que no existía.

Para nuestros fines utilizaremos la segunda edición del libro *Carranza y la revolución de México*, cuyo prólogo está fechado en agosto-octubre de 1915, en Luanco, Asturias. La obra fue publicada

[5] Joaquín Aristiqueta, "Cartas desde Cuba", en *El Cantábrico*, Santander, 8 de septiembre de 1914, p. 3.

en 1916 (González Blanco, 1916c). A juicio de González Blanco, para superar el problema de la parcialidad, recurrió a las fuentes que llamaba "puras", a la consulta de documentos originales, a compulsar los periódicos mexicanos y norteamericanos, y revisar los libros y folletos publicados tanto a favor como en contra de la revolución. Para redondear su criterio imparcial, consultó varios periódicos de América Latina, especialmente de Cuba, y *El Constitucionalista*, órgano oficial del movimiento acaudillado por Carranza (González Blanco, 1916c: 1-2). Tal como se anunciaba, el libro prometía muchas cosas, y sobre todo una aportación original a la historia de México.

Hasta aquí todo está claro, salvo que en una parte del libro *Carranza y la revolución de México,* Edmundo lanzó un ataque lapidario contra Victoriano Huerta. En el capítulo VII, inciso 3, reproduce un juicio demoledor atribuido a Santos Chocano, el cual campea en la historiografía oficial mexicana. Afirma que el célebre poeta hizo un retrato magistral, totalmente fiel de Huerta, que a la letra dice:

> Huerta aparece como un personaje escapado de una tragedia de Shakespeare, que se pasea risueño en su decrepitud de pantera desdentada por el *jardín de los suplicios*, gozándose de escuchar las lamentaciones de un coro esquilano de viudas y huérfanos. Este monstruo de mirada siniestra y manos temblorosas ha venido a enriquecer la fauna de las bestias humanas de Zola (González Blanco, 1916c: 527).

González Blanco no mencionó en qué obra, Santos Chocano dijo tal cosa, pero el peruano no fue un analista imparcial, sino un mercenario que solía vender sus servicios de poeta y escritor al mejor postor. Años antes, en su paso por Guatemala, lo hizo con el dictador Estrada Cabrera. En México, coqueteó con Francisco I. Madero, le cantó loas a Francisco Villa y a Carranza, y durante su gestión, Huerta lo sacó del país por entrometerse en la política mexicana.

En otra parte de su obra, Edmundo González Blanco reprodujo un texto extraído del *Boletín de Veracruz*, fechado en julio de 1915, lo cual resulta contradictorio ya que su libro lo terminó de escribir

exactamente un año antes. Concretamente, en el verano de 1914. La única explicación podría ser que, en su segunda edición, el libro fue ampliado. Sea lo que fuera, el autor se explaya vertiendo juicios racistas y siniestros de Huerta:

> Raza de huichol, semisalvaje y carnicero: ebrio consuetudinario, pérfido y quizá fanático, de energías sobreexcitadas hasta transformar la audacia en demencia, carente de toda virtud privada, punto de convergencia de todos los intereses reaccionarios, secuestrador de honras y putrefactor de la justicia, prosecutor de la política porfiriana, que ha creado el actual cataclismo; su séquito es de banqueros ladrones, de ministros borrachos y prostituidos, de magistrados venales, de aristócratas que llevan por librea de lacayo las águilas de los generales, de clérigos intrigantes y de extranjeros perniciosos; sus brazos chorrean sangre de hermanos (González Blanco, 1916c: 528n).

Es probable que el juicio racista lanzado contra Huerta, registrado en una obra impresa, sea de los primeros. Y si ello fue así, fue hecho suyo por la historia pro revolucionaria mexicana. Lo han hecho suyo los historiadores oficiales, golpeando de paso al elevado número de población indígena mexicana.

En el apartado 5 del libro, llamado "La caída de Huerta", González Blanco aborda la llegada de Huerta a España. De partida, se hizo varias preguntas: ¿Qué efecto produjo entre los periodistas? ¿Destruyó el mal juicio que de él se había formado la prensa? ¿Causó una buena impresión? Para aclarar dudas e interrogantes, utilizó un reportaje periodístico firmado por una persona a la cual identifica como Montero, aparecido el 9 de septiembre de 1914, en el *Mundo Gráfico,* con un título bastante sugestivo: "El dictador errante". En forma un tanto sarcástica, Montero narra, que Huerta desembarcó una mañana gris en el puerto de Santander, al cual lo llevó un buque inglés. En tono novelesco, afirma que el general mexicano pasó en forma fugaz, como un relámpago, sin que nadie le prestara atención, salvo tres o cuatro marineros, y algunos personajes, dignos descendientes de

Surbia, Cafetera, y otros de la misma calaña, que terminaron con sus huesos en las galeras. Ya en tierra firme, compró un cesto de sardinas, e hizo saber a alguien que lo saludó, que planeaba viajar a Granada para conocer la Alhambra, la mezquita de Córdoba, y Guipúzcoa, lugar donde nació el abuelo de su esposa Emilia (González Blanco, 1916c: 548). Burlándose del manejo del idioma español de Huerta, González Blanco aseguró que pronunció *agüelo*. Horas más tarde, Huerta habló con los periodistas interesados en conocer su opinión sobre la guerra recién desencadenada en Europa, y la situación reinante de México, pero desde las primeras de cambio, Huerta emitió juicios aberrantes, al grado que algunos periodistas se desconcertaron. "Uno tuvo que retirarse, ofendido en sus sentimientos, y otro hubo de llamar la atención, del general azteca, por cierta palabreja despectiva que pronunció repetidamente contra los españoles". Es probable que se tratara de la palabra pícaro, con la cual supuestamente meses atrás designó a los españoles. Hubo alguien que dijo en voz alta: "Que nos devuelvan el dinero, decían. Este hombre no es de tierra caliente: es de Siberia". Todo esto, sin faltar quienes francamente tomaron a broma sus palabras. Al poco rato, todos cayeron en la cuenta de que en realidad no valía la pena indignarse. Que era mejor reírse (González Blanco, 1916c: 547-548).

González Blanco afirmó que la vida de Huerta estaba colmada de atrocidades, lo cual lo condenaba a vagar sin rumbo por el mundo. Saltando de un juicio a otro, afirmó que en una ocasión, observó a Huerta paseándose por la terraza de un hotel, como león enjaulado, sumamente agitado, dando la impresión que una idea le dañaba el cerebro y el corazón. En otra parte de su libro, lo describió como una persona con "la cara dura, sin una línea delicada y flexible; la tez bronceada, el bigote recio y cerdoso y la mirada jaspeada de rojo, como si reflejara charcos de sangre" (González Blanco, 1916c: 549). En un pie de página, González Blanco aportó más juicios racistas, y grotescos sobre Huerta, pero se cuidó de afirmar que eran suyos. Se los atribuyó a un mexicano de apellido Puente:

> Huerta es feo, pero con una fealdad rara y cruel, no la tosca y dura de las razas primitivas, cercanas al antropoide, por más que mucho concuerda con los rasgos de las fisonomías aborígenes y ordinarias de nuestros indios *tarascos* o *huicholes*, sino una fealdad impresionante, magnética, de aquellas que inspiran una fascinación inevitable. Viéndolo una vez, se antoja volverlo a ver, con curiosidad asustadiza, pero investigadora, como queriendo desentrañar algún misterio de aquel cráneo pelirralo, semicuadrado y con abolladuras en ambas mitades asimétricas; de aquellos ojillos, que se ocultan detrás de unos anteojos obscuros, rebeldes a ver la plana luz por un padecimiento al que no son ajenas las lacras de una juventud depravada; de aquella gruesa mandíbula, de anchas y separadas ramas ascendentes, que le dan a su boca el aspecto de bestia carnicera; de aquella tez cetrina y barbiescasa; de aquel gesto todo, de aquellas muecas que sus labios delgados y plegadizos las hacen variar rápidamente de cómicas en trágicas, y de aquel cuerpo contrahecho, de grosera osamenta, de piernas patizambas y de andares lentos y pausados de plantígrado más que de ser humano (González Blanco, 1916c: 549-550n).

Según González Blanco, semejante juicio racista, fue publicado originalmente el 13 de septiembre de 1913 en *La Voz de Sonora*. Líneas más adelante, agregó:

> No tiene la altivez del caudillo, ni la marcialidad del soldado, ni la finura del diplomático. Con aquellos calzones en que iban metidas sus piernas, y aquel fachoso sombrero de tela, tenía un aspecto lamentable. Este general, que se atreve a llamar bandido a Villa y viene a España a hablar mal de los españoles, quiso luego hacer el elogio de nuestra tierra. A un cochero le da un duro para que se lo gaste en vino; a unos músicos ambulantes les obsequia con una botella de manzanilla y él mismo se regala unas copas de Jerez (González Blanco, 1916c: 549-550).

Como su descripción no bastaba, González Blanco señaló que un torero ignorado le tendió la mano, "no en señal de saludo precisamente. ¡Todo castizo, muy castizo!". No especificó si se trataba de Belmonte o de

Rodolfo Gaona, pero al parecer, se trató del primero. Culpó a Huerta de tener el hábito de colgar a los españoles por racimos en los árboles conocidos como cocoteros, todo ello al calor del consumo de vinos españoles. Ya en la madre patria, Huerta, el hombre de los cocoteros, intentó ser galante con las mujeres españolas utilizando frases vulgares como la que dicta: "¡Qué buenas hembras hay aquí!". Para González Blanco, el que Huerta detuviera a Belmonte en plena calle para tomarse, mano a mano, unas copas, era un cuento, aunque pudo ser cierto (González Blanco, 1916c: 550-551). A continuación, González Blanco reiteró por enésima vez que, en las conversaciones alusivas a los españoles, Huerta solía decir que:

> No todos los ladrones son gachupines; pero todos los gachupines son ladrones. [...] Todos los negocios de Estado, o la mayoría de ellos, quizás los más importantes, los trataba y resolvía en las tascas y el automóvil de la Presidencia, con el escudo nacional, veíase muchas veces parado frente a las casas públicas (González Blanco, 1916c: 551).

Tanto la frase despectiva contra los españoles, como la de que Huerta solía atender los asuntos de estado en las tabernas, han sido tomadas como ciertas. Para rematar su obra, González Blanco lanzó otro juicio devastador. Un juicio que reza:

> ¿Y a un hombre así habrá que preguntarle su opinión sobre la guerra que asola Europa? ¡Ni siquiera por el toreo de Gaona! Con llevarlo como catador a una bodega de la Rioja bastará y sobrará. Y mejor fuera aun impedir que su planta huelle esta tierra, madre de soldados y de poetas, sobre la que él ha puesto su sombra, como crespón de luto (González Blanco, 1916c: 551).

Para González Blanco fue fácil proferir veneno puro contra Huerta, y clamó que era urgente echarlo de España. Pero quién alentó a González Blanco para escribir este libro. Los españoles cuyos intereses habían

sido afectados en México, o bien Carranza y compañía. La respuesta es simple: Carranza. El libelo fue pagado y comprado por los carrancistas.

La traducción del libro al francés

Casi de inmediato, Luis Quintanilla, quien como se ha advertido, estaba al frente de la Legación de México en París, le pidió a Sánchez Azcona que el libro fuera traducido al francés, para aplacar las voces inmundas de los reaccionarios que por ahí pululaban.[6] ¿Por qué lo hizo? Porque sabía que los hombres fuertes del nuevo régimen habían financiado el libro. La sugerencia la hizo el 2 de marzo de 1915, antes de que apareciera la segunda edición del libro en español. Es probable que Huerta se enterara del libro y de su contenido, pero calló. Su intención era dejar España e irse a los Estados Unidos.

La reacción de *La Atalaya*

El 17 de marzo de 1915, los editores de *La Atalaya*, se enteraron de la publicación del libro de González Blanco *Carranza y la revolución de México,* y en un artículo llamado "La anarquía en México", lo descalificaron. En el subtítulo de su respuesta, lo llamaron simple apología de Carranza, obra de un mal español, defensor de Pancho Villa, especialista en hacer escarnio de sus víctimas. En cuanto a la capacidad intelectual de González Blanco, dijeron que se trataba de un publicista a sueldo, al servicio de los asesinos de españoles en México. Por ende, sus juicios eran venales, propios de un mal patriota. En síntesis: el libro era una apología no solo exagerada, sino servil del llamado caudillo constitucionalista. Por lo demás, ellos no compraron el libro. Les fue enviado de modo oficioso a la redacción del diario para desvirtuar las afirmaciones de Manzanares, probablemente otro de los redactores de *La Atalaya,* cuyo contenido se desconoce. Para los

[6] Luis Quintanilla a Juan Sánchez Azcona, Legation du Mexique, París, 2 de marzo de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fol. 94.

citados editores, quienes enviaron el libro, perdían el tiempo ya que, al leerlo, se reafirmaba el juicio que tenían acerca de la revolución mexicana, y de sus hombres.

Entrando al contenido del libro, los redactores del diario afirmaron que en cada una de sus páginas González Blanco justificaba los excesos cometidos contra los españoles al grado de escarnecerlos y ultrajarlos. Pero en su apasionante espíritu antipatriótico, González Blanco incurría en reiteradas contradicciones. Ejemplo: en la página 59 afirmaba que, durante su gestión, Porfirio Díaz fue la calamidad más grande padecida por el pueblo mexicano. Solo que en la página 27, el bien remunerado González Blanco, hizo un cálido elogio de la obra de aquel gobernante. Lo hizo en los términos siguientes:

> Durante la dictadura de Porfirio Díaz —dice la citada página— el progreso material de México fue sorprendente, casi inaudito. Se estableció la paz por medio de la fuerza y treinta años se mantuvo por el mismo medio, pero México prosperó en su riqueza de un modo considerable. De un país ingrávido México se convirtió en un país seguro, sobre el que cayeron como moscas sobre miel los capitales extranjeros. Se abrieron escuelas en todas partes, se establecieron nuevas industrias, se modernizaron las antiguas, se construyeron grandes vías de comunicación, etcétera.[7]

Líneas más delante, el sorprendente González Blanco justificaba el fusilamiento de sus compatriotas, los gachupines, que no cometieron otro delito que ir a regar con el sudor de su frente, una tierra trágica e ingrata. Pero el colmo fue que para González Blanco el despojo de los bienes y propiedades de los españoles estaba más que justificado:

[7] "La anarquía en México", *La Atalaya*, Santander, 17 de marzo de 1915. Un ejemplar de *La Atalaya* se encuentra en el AHDGE/SRE, expediente 346, fols. 472-473.

> Ni los fusilamientos fueron tan numerosos y frecuentes como se supone [le parecen pocos sin duda], ni los procedimientos eran otra cosa que el reflejo de lo que la necesidad aconsejaba.
>
> Fuerza es convenir en que Villa se presenta a la luz de este criterio como un indio de buena cepa que ha salido a la defensa de los suyos empleando para ello los medios indispensables que conducen al éxito, y empleados en todas las revoluciones que *han sido como deben ser*; quiero decir radicales, avasalladoras, implacables sin cuartel.[8]

A continuación, el articulista de *La Atalaya* sacó a la luz una declaración difundida por el periódico norteamericano *World*, en la que Zapata advirtió que, al ocupar la presidencia de la República, su primer acto de gobierno sería "arrojar a los extranjeros, con prohibición absoluta de volver, porque no van a México más que para robar a los mexicanos". Para *La Atalaya*, Zapata y Villa eran la misma cosa. Comulgaban con las mismas ideas. Para arruinar el cuadro, en su edición del 20 de diciembre de 1913, *El Constitucionalista* difundió un mensaje de Villa dirigido a los cónsules extranjeros. ¿Qué decía el mensaje? Que ofrecería plenas garantías a sus connacionales, "con excepción de los españoles". Bajo esta directriz, González Blanco encontraba justificado que Villa expulsara a los españoles residentes en Chihuahua y Torreón, ya que no cometía "atropello ni abuso digno de censura".[9] Simplemente se lo merecían. En síntesis: para González Blanco, los españoles establecidos en México se dedicaban a la usura, y merecían todas las desgracias. Así de simple. Como corolario, el articulista hizo una reflexión: "¡Y es un español el que esto escribe! ¡Y este libro ha sido publicado por una casa editorial española!".[10]

[8] *Loc. cit.*
[9] *Loc. cit.*
[10] *Loc. cit.*

Un libelo rápidamente pasado de moda

Ante la escisión de las fuerzas constitucionalistas, el 30 de octubre de 1914, Carranza fue desconocido por la Soberana Convención de Aguascalientes, dominada por Villa y Zapata, y en su lugar fue designado Eulalio González. Sobra decir que Carranza ignoró el hecho y siguió fungiendo como Primer Jefe. Lo expuesto tuvo repercusiones en la traducción al francés del libro. Una persona de la cual de ignora su nombre, le pidió el 26 de mayo de 1915 a Luis Quintanilla, que suspendiera la traducción del libro ya que era necesario suprimir varias partes. Argumentaba razones políticas.[11] Villa ya no era una suerte de héroe, y había que suprimir los juicios apologéticos expresados por González Blanco.

Pero al parecer, los libros de los hermanos González Blanco no cumplieron a cabalidad con el objetivo para el cual fueron escritos. Para el mes de mayo de 1918, el jefe de la Sección de Prensa y Propaganda de la Secretaría de Relaciones Exteriores reportaba haber recibido nada menos que tres mil ejemplares de las obras de los hermanos González Blanco, llamadas *Carranza y la revolución de México*, *De Porfirio Díaz a Carraza*, y *Un déspota y un libertador*, lo que indicaba que no habían sido distribuidos.[12] En otras palabras: que no habían cumplido con la función para la cual fueron escritos. Pero eso no fue todo. Al parecer, tampoco hubo pago.

En la primera semana de agosto de 1919, Andrés González Blanco se presentó ante Antonio Dati, titular de la Biblioteca Constitucionalista, para tratar de cobrar la cantidad de diez mil pesetas, costo de tres mil ejemplares de los libros de él y de sus hermanos. Los libros de marras fueron adquiridos por las Oficinas de Información, Prensa y

[11] Juan Sánchez Azcona a Luis Quintanilla, Madrid, 26 de mayo de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346.

[12] Juan B. Delgado, Oficina de Prensa y Propaganda de la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 23 de mayo de 1918, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.122.13802.1.

Propaganda de la Secretaría de Relaciones Exteriores, sin que hubiesen sido liquidados. Andrés había deambulado de oficina en oficina sin resultado alguno. Como el citado Antonio Dati no podía hacer gran cosa, le remitió a Carranza la documentación respectiva. Para concluir, el titular de la Biblioteca le hizo saber a Carranza que en sus oficinas tenía cierta cantidad de ejemplares de los libros, sin saber qué hacer con ellos. De bote pronto, le hizo saber que si el gobierno los necesitaba para fines propagandísticos los ponía a su disposición.[13] Pero naturalmente que muchas de las tesis contenidas en los libros de Pedro, Edmundo y Andrés, estaban en franca contradicción con los nuevos tiempos. Los puntales del constitucionalismo eran otros. Emiliano Zapata había sido asesinado, y Villa andaba a salto de mata. Carranza estaba ocupado en resolver el problema de la sucesión presidencial y en atajar a un Obregón que aspiraba a relegarlo. En sacarlo de la escena política.

[13] Antonio Dati a Venustiano Carranza, México, 4 de agosto de 1919, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.138.15869.l.

Franz von Rintelen, Enrique C. Creel, Victoriano Huerta y la contrarrevolución

Dolidos por la humillación sufrida en México, a escaso medio año de haber llegado a los Estados Unidos, los exiliados buscaron organizarse y acercarse en forma civilizada a los potenciales triunfadores en la lucha armada. Entre sus inspiradores hubo civiles, intelectuales, y algunos militares. En enero de 1915, unas cuarenta personas se reunieron en los altos de la sede de una hermandad de leñadores conocida como *El Presente,* en San Antonio, Texas, para analizar su futuro. Al enterarse del proyecto, se les acercaron algunas personas radicadas en Nueva Orleans, y California. La idea fue crear una organización que los aglutinara, la cual a la postre fue conocida como *La Asamblea Pacificadora Mexicana* (García Naranjo, 1962: 107; Sax, 1916: 17). El plan, fue totalmente pacífico, pero casi de inmediato, el sistema de espionaje carrancista los detectó, y utilizando la prensa a su servicio, los atacó con saña, etiquetándolos de científicos, huertistas y felicistas, que promovían la contrarrevolución. El cónsul carrancista en Texas, J. F. Lozano, opinó que entre los objetivos de los organizadores estaba llevar a la presidencia de la República a Federico Gamboa, y poner a Félix Díaz a la cabeza del ejército mexicano, lo cual fue un embuste. Pero el citado cónsul continuó con su labor de espionaje. Mencionó que los conjurados se reunieron nuevamente en

el Hotel Rice de Houston, y que tenían en sus manos varios millones de pesos para financiar el movimiento.[1]

Federico Gamboa desmintió que la organización pretendiera derrocar al gobierno mexicano, cuya cabeza era Venustiano Carranza. Lo que sí aceptó fue haberse reunido con Félix Díaz, y conversado sobre temas triviales. Tan triviales que no valía la pena mencionar. Para aplacar las voces que le atribuían pretensiones golpistas y presidencialistas, Gamboa hizo ver que para él, su carrera política había terminado, que quería vivir en paz, y que era falso el rumor de que aspirara a ocupar la presidencia de la República.[2] Pero no obstante la persecución implacable del sistema de espionaje carrancista, el 6 de febrero los expatriados se volvieron a reunir para fundar la *Asamblea Pacificadora Mexicana* bajo la presidencia de Federico Gamboa, quien expuso los objetivos de la organización. En la sesión, hubo una voz hasta cierto punto desgarradora, la de Querido Moheno, quien habló de la necesidad de reunirse entre ellos para desahogarse, para paliar sus penas. Habló de la necesidad de trabajar por el bien de la patria, y llegar a la concordia entre los mexicanos de todas las facciones políticas (Moheno, 1922: 264-266). Como a estas alturas, las distintas fuerzas revolucionaras se habían escindido, los promotores de la organización acordaron enviarles un llamado de paz a sus principales jefes, conminándolos a deponer las armas, lo cual así fue. Pero lo que jamás imaginaron, fue recibir en respuesta una andanada de insultos y ataques. No obstante, los delegados de la *Asamblea Pacificadora* se reunieron otra vez el 9 de febrero en San Antonio, para revisar los *Estatutos* y su *Programa de Acción*. Pero la andanada de ataques contra de la *Asamblea Pacificadora* fue tanta que Gamboa consideró que la organización no tenía futuro, y se marginó de ella, al igual que otros de sus integrantes (Sax, 1916: 17-19; Gamboa, 1995: 215-216). Félix Díaz fue de otro parecer, y a su amparo fue fundada la *Junta Revolu-*

[1] *El Demócrata*, 6 de febrero de 1915.
[2] *Loc. cit.*

cionaria de Nueva York, cuyas intenciones eran penetrar en México con las armas en la mano para derrocar a Carranza (Liceaga, 1958: 395).

Nula organización entre los expatriados

Naturalmente que Victoriano Huerta estuvo enterado de la aparición de la *Asamblea Pacificadora Mexicana,* así como de los planes de Félix Díaz de entrar a suelo mexicano empuñando las armas. Él no podía imitarlo en España ya que no tenía un núcleo importante de correligionarios en quien apoyarse, y casi todos sus allegados le habían dado la espalda. De cualquier forma, en su mente rondaba el fantasma de la venganza, al igual que entre otros expatriados en la madre patria, pero ninguno lo externó. Lo único que hubo en España fueron ciertas reuniones entre algunos exiliados decepcionados de su estancia en la península, quienes se alistaban para cruzar de regreso el océano Atlántico y arribar a los Estados Unidos. El 16 de enero de 1915, Rafael Adalid, cónsul en Santander, percibió movimientos extraños entre los mexicanos de su circunscripción y lanzó un grito de alarma. De inmediato alertó a Sánchez Azcona afirmando que un grupo de ex federales rondaba por diversos sitios en Santander para adquirir armas y parque con la intención de enviarlos a México.[3] Es probable que se refiriera al hecho de que algunos ex federales cercanos a Blanquet y a Mondragón se reunían para analizar su adhesión a Félix Díaz en los Estados Unidos, pero nada más.

A juicio de Michael C. Meyer, Huerta rumiaba su desgracia y rápidamente empezó a fraguar su retorno a México, un retorno nada pacifico. En quién apoyarse: en algunos exiliados en los Estados Unidos que le guardaban fidelidad y cierta gratitud. A principios de diciembre de 1914, Huerta visitó la Embajada Británica en Madrid. Al hablar con el embajador se quejó del severo invierno español, y del

[3] Rafael Adalid a Juan Sánchez Azcona, Santander, 16 de enero de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, folio 28 anverso.

disfrute de su estancia fugaz en Jamaica. Acto seguido le preguntó si el gobierno de Su Majestad permitiría su regreso a la isla, o bien a otra posesión británica en las Indias Occidentales. En respuesta se le dijo que en vista de la perturbación que aún privaba en México, lo mejor sería Cabo Verde, las Islas Canarias, o bien Madeira, donde el clima era similar (Meyer, 1983: 236-237). Por supuesto que tales opciones no le interesaban. En la misma tónica, Barbara W. Tuchman, afirma que desde 1914, el general Huerta había estado rumiando en Barcelona, como Napoleón en la isla de Elba, calculando el momento propicio para su regreso (Tuchman, 2010: 99).

Primera invitación a Huerta

En julio de 1914, sir Lionel Carden le confió a Cólogan en forma reservada que estaba seguro de que el general Huerta volvería a México para dirigirlo nuevamente.[4] Tarde o temprano se cumpliría parcialmente su profecía. Veamos: contra todos los pronósticos, hubo alguien que se acercó a Huerta, y le ofreció ayuda para recuperar el poder político en México. Algo que le permitiría saciar sus ansias de venganza contra quienes lo echaron de la silla presidencial. Según los datos disponibles, hubo tres invitaciones las cuales al final de cuentas lo empujaron a cruzar el océano de regreso al Nuevo Mundo, no a México, sino a los Estados Unidos. Sin aportar pruebas convincentes, Michael C. Meyer afirma que

> Algunos obsequiosos exiliados mexicanos fueron en enero [de 1915] a Barcelona y le pidieron a Huerta que se comprometiera a hacer algo acerca de las caóticas condiciones que reinaban en la patria, pero por mucho que lo atrajera la idea se daba cuenta de que cualquier proyecto sería temerario al no contar con amplio apoyo financiero y una organización revolucionaria muy bien consolidada (Meyer, 1983: 237).

[4] Cólogan al Ministerio de Asuntos Exteriores, México, 20 de julio de 1914, en el AHN-MADRID, legajo 2559, citado por Óscar Flores, *op. cit.*, p. 313.

El autor mencionado es demasiado vago en sus afirmaciones, y no aportó detalles convincentes, sobre los nombres de los emisarios ni la fecha, lo cual induce a sospechar que probablemente no hubo tal visita, o bien que la confunde con otra u otras.

La invitación de Franz von Rintelen

El alemán, Franz von Rintelen, era una persona inteligente, audaz y un tanto megalómana, atributos típicos de todo agente secreto. Contaba con 38 años, era alto, bien parecido, de buena familia, vestía impecablemente, hablaba el inglés a la perfección y conocía a fondo los Estados Unidos, México y América del Sur (Tuchman, 2010: 100). Gracias a que había estudiado en detalle la política exterior de los Estados Unidos, se percató que México era el único país al cual realmente temía. Si México lo atacaba, los Estados Unidos quedaban obligados a utilizar parte de o todas sus municiones. No tendrían los excedentes necesarios para abastecer a sus aliados europeos. Como México se hallaba desgarrado, era prioritario restablecer la paz. A su juicio, la persona indicada para restaurar el orden era precisamente el ex presidente, Victoriano Huerta, exiliado en España. Un dato le dio mayores esperanzas. Rintelen se enteró que Huerta culpaba a los Estados Unidos de provocar su caída. Por esta y otras razones, aspiraba a recuperar su sitial perdido. En síntesis: Huerta clamaba venganza. Así, en el marco de la Primera Guerra Mundial entró en acción. Su objetivo: ofrecerle a Huerta la posibilidad de reinstalarse en el poder en México (Rausch, 1962: 134-135; Tuchman, 2010: 99). Apoyarlo en el terreno económico y militar. En sus memorias llamadas *El obscuro invasor*, Rintelen aporta datos acerca de su acercamiento con Huerta.

Supuestamente, tuvo ciertos problemas para descubrir su domicilio, el chalet de la avenida Tibidabo y sus lugares de ocio. Una vez que tuvo el dato en sus manos, fue a buscarlo al restaurante de un hotel, donde Huerta solía paliar sus horas de soledad, y probablemente reunirse con algunos compatriotas. Según George J. Rauch, en febrero de 1915, el capitán Franz von Rintelen, oficial de la marina de guerra,

vestido de civil se presentó ante Huerta. Lo encontró sentado en un sillón, y naturalmente que Huerta se sorprendió al ver que un extraño lo saludaba. Von Rintelen le confió que era un militar alemán, y ya entrado en confianza, le expuso el interés de su gobierno en apoyarlo en todo lo necesario para reinstalarlo en el poder en México (Rintelen, 1942: 152-153). Como era natural, Huerta se mostró temeroso que fuera un agente americano quien le tendía una celada. Guardó silencio, y después de una serie de vacilaciones, se convenció de que no se trataba de un agente de los Estados Unidos. Von Rintelen le expuso los ejes centrales de su plan. El principal: promover una guerra entre México y los Estados Unidos, la cual absorbería gran parte de las municiones que este país enviaba a sus aliados europeos. Para el emisario alemán, el plan era urgente ya que calculaba que, para la primavera de 1915, que estaba a la vuelta de la esquina, los Estados Unidos intervendrían en la guerra. Un pacto con el gobierno de México le permitiría a Alemania contar con una base de operaciones en el hemisferio occidental. En contrapartida, Alemania le ofrecería dinero, y carretadas de municiones, colocadas en el lugar que se acordara.

Huerta le hizo ver a Rintelen que sus correligionarios en los Estados Unidos habían iniciado los preparativos para poner en marcha una contrarrevolución, con él al frente, pero carecían de armas y del dinero necesario. En caso de aceptar el plan alemán, Huerta puso como condición, que los submarinos alemanes desembarcaran grandes cantidades de armas en las costas mexicanas, fondos suficientes para adquirir material bélico, y amplio apoyo moral de parte del gobierno alemán. Bajo tales premisas, México tomaría las armas contra los Estados Unidos. Pero si bien, Huerta se interesó, se abstuvo de comprometerse del todo. Terminada la entrevista, que duró varias horas, von Rintelen le prometió a Huerta que seguirían en contacto. Rintelen permaneció aún unos momentos en el hotel. Vio salir a Huerta, seguido por dos hombres, aparentemente sus guardaespaldas, el abordaje de un automóvil, con destino seguramente a su domicilio. Inmediatamente, dos personas con facha de detectives abordaron un taxi y

lo siguieron. A juicio de Rintelen, la entrevista había sido observada por espías de un país cuyo nombre ignoraba. Inmediatamente, von Rintelen envió un cable informativo a Berlín (Rintelen, 1942: 152-153). Para Barbara W. Tuchman, de realizarse semejante proyecto, generaría consecuencias desastrosas para México, peores que la aventura de abril de 1914 en Veracruz. ¿Por qué? Porque Wilson no habría dudado en lanzar un ataque militar de alcances incalculables contra México, e incluso invadirlo totalmente (Tuchman, 2010: 99).

En un grueso expediente disponible en la Secretaría de Relaciones Exteriores, el cual contiene una serie de artículos tanto a favor como en contra de Huerta, no aparecen indicios de que Inocencio Arreola, o Sánchez Azcona, detectaran el acercamiento de von Rintelen con Huerta. Al parecer, el hecho pasó totalmente desapercibido. Pero no solo eso, sino que, en forma inexplicable, en sus memorias, el capitán Franz von Rintelen ubica la citada entrevista en Nueva York, en lugar de Barcelona. Acorde a los testimonios disponibles, lo cierto es que fue en Barcelona (Rintelen, 1942: 152-153).

La invitación de Eduardo C. Creel

Unas semanas más tarde, según Michael C. Meyer, Huerta recibió otro visitante el cual le transmitió noticias interesantes. La principal, que un grupo de exiliados en los Estados Unidos planeaba hacer estallar un movimiento anticonstitucionalista. Pascual Orozco asumiría el mando militar, pero se requería de una figura política relevante que los aglutinara. Después de una serie de discusiones, concluyeron que la persona indicada no estaba en los Estados Unidos, sino en España, y que se trataba de él. El emisario de marras fue Enrique C. Creel, ex gobernador de Chihuahua, y ex secretario de Relaciones Exteriores. Para convencerlo, Creel le hizo saber a Huerta, que Carranza había elaborado una larga lista de personas a las que se proponía juzgar conforme a la ley de 1862. Concluyó que, ante el peligro de sufrir la pena de muerte, o una larga prisión, muchos mexicanos seguían

huyendo a los Estados Unidos.[5] En su libro sobre Pascual Orozco, Michael Meyer afirma que Creel y Huerta discutieron los pros y los contras de ambas proposiciones, y finalmente se puso en marcha la contrarrevolución.[6] La entrevista entre Enrique C. Creel y Huerta ha sido confirmada por Charles C. Cumberland, quien afirma que tuvo lugar el 28 de marzo de 1915, en Sevilla, y que cuatro días más tarde, Huerta se embarcó en el vapor español *Antonio López* hacia Nueva York en compañía de Enrique C. Creel, José C. Delgado, Abraham Ratner y otros. Por la fecha de la reunión en Sevilla, se infiere que Huerta ya estaba en camino hacia los Estados Unidos, en gran parte alentado por los alemanes, y que el apoyo brindado por Creel fue adicional.[7]

De rechazar tales ofrecimientos, a Huerta no le quedaba más que permanecer en Barcelona por tiempo indefinido, sumido en la soledad, al igual que su familia. La oferta de Rintelen y de los emisarios mexicanos, vía Enrique C. Creel en particular, lo empujaron a regresar al Nuevo Mundo, a los Estados Unidos, en donde para su suerte, partidarios suyos abundaban. Tendría que ser de inmediato, antes de que la euforia de sus compatriotas y de los alemanes, se enfriara. Su plan contemplaba penetrar a México, por la frontera norte para enfrentar a sus verdugos, hasta alcanzar el triunfo, o morir. Por ende, la estancia de Huerta en España fue de siete meses (Meyer, 1983: 241; Rausch, 1962: 134). Entre paréntesis, Rintelen no buscó a Aureliano Blanquet, radicado en Madrid, ni a Manuel Mondragón, en San Sebastián, para ofrecerles semejante plan. Tampoco se acercó a Félix Díaz radicado en los Estados Unidos. La carta fuerte era Huerta.

[5] Michael C. Meyer, *op. cit.*, pp. 238-239. En un texto del mismo autor, "The Mexican German conspiracy of 1915", aparecido en *The Americas*, vol. 23, núm. 1, 1966, se dice que el viaje de Creel fue realizado en marzo de 1915. Ver la página 81.

[6] Michael C. Meyer, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la revolución,* México, UNAM, 1984, p. 152. La fuente de Meyer: *U. S. Foreign Relations*, 1915, p. 827.

[7] George J. Rausch Jr., *op. cit.*, p. 135; Michael C. Meyer, *El rebelde del norte*, citado, p. 152. Además de ello, ver a Charles C. Cumberland, *La revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México, F. C. E., 1983, p. 193. Las fuentes de este último son Gracey (Sevilla) al Secretario de Estado, sin fecha, pero recibido el 31 de marzo de 1915, doc. 812.00/14751, NA, GD 59; y otro documento, fechado el 1 de abril de 1915, que tiene la clasificación 812.00/14753, NA, GD 59.

Es probable que Huerta haya reunido a su familia para plantearles la situación, hasta cierto punto dolorosa. Se ignora si hubo alguien que intentó disuadirlo, y si así fue, Huerta lo ignoró. No hubo poder humano que lo hiciera desistir. De ahí que la conmoción entre su círculo familiar fuera total. No le interesaba seguir viviendo en España. Por lo demás, el rencor contra quienes lo echaron del poder, y contra sus propios aliados, era tanto, y crecía día con día, que decidió jugársela en una aventura hasta cierto punto suicida. Algunos de sus compatriotas exiliados en los Estados Unidos, se enteraron de su nueva aventura, pero no se atrevieron a secundarlo. A doña Emilia Águila no le quedó más que repetir los preparativos para cruzar el océano, en sentido inverso al de unos meses atrás. Huerta abandonó el Viejo Mundo, y a los pocos días, su familia lo siguió.

Huerta hacia el Nuevo Mundo

Según George J. Rausch, Huerta abandonó España el 31 de marzo de 1915, en el vapor *Antonio López,* de la Compañía Trasatlántica Española. Salió por el puerto de Cádiz (Rausch, 1962: 135). Michael C. Meyer reitera que en el mismo vapor viajaba Enrique C. Creel, acompañados de José Delgado, secretario privado de Huerta, Abraham Ratner y otros. Llegaron diez días más tarde a Nueva York, siendo tanto su salida como su destino muy publicitados en la prensa.[1] Rausch da como fecha de su arribo el 12 de abril. Al enterarse de su inminente llegada a los Estados Unidos, el cónsul carrancista, Ramón P. de Negri, dio el grito de alarma. El 9 de abril se dirigió a todos los cónsules asignados en los Estados Unidos, para que solicitaran al presidente Wilson la aprehensión de Huerta y su reclusión en una prisión. ¿Por qué? Porque se trataba de un prófugo de la justicia:

[1] Michael C. Meyer, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la revolución*, p. 152. La fuente utilizada es *U. S. Foreign Relations*, 1915, p. 827. En un artículo del mismo autor, "The Mexican-German conspiracy of 1915", p. 81, se repite la misma información, con la salvedad de que se afirma que la estancia de Huerta en España fue de ocho meses. Su fuente es la siguiente: RDS, Gracey, Consul Sevilla to Sec. of State, 812.00/14751, Mar, 31, 1915. La misma información se encuentra en Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político*, p. 241. Su fuente es la siguiente: Hurst a Bryan, 16 de abril de 1915, RDS, 812.001 H 87/9.

> Muy cordialmente invito a todos mis compañeros en el honroso Servicio Consular Constitucionalista en este país, se dirijan en enérgico y patriótico mensaje al Hon. Presidente Wilson, con motivo del arribo a costas americanas del asesino Victoriano Huerta, solicitando sea arrestado y retenido en las prisiones americanas, hasta ser entregado al Gobierno mexicano, por ser un prófugo de la Justicia de nuestro país.
>
> Muchas razones de peso nos asisten para solicitar el cumplimiento de la Ley, entre ellas que Huerta cometió el crimen de asesinar al Presidente y Vice-presidente reconocidos legalmente por los Estados Unidos y todos los países del orbe, agregando a estas razones legales, las del humanitarismo, como es el dejar libre a un asesino.[2]

Al desembarcar en Nueva York y ser interrogado por los reporteros, Huerta declaró que su viaje era de negocios y de placer, y que de ninguna manera violaría las leyes de neutralidad.[3] Un periodista le preguntó si había tenido participación en el asesinato de Francisco I. Madero, y Huerta contestó negativamente. Otro corresponsal le preguntó si sabía quién o quiénes habían ordenado aquella tragedia. Huerta respondió afirmativamente, pero agregó que no podía revelar los nombres de los responsables. ¿Por qué le dijeron eso los periodistas? Porque se trata de un secreto profesional. Ante el desconcierto de los reporteros, Huerta les dijo que, así como los médicos y los abogados no podían revelar ciertas cosas, así también los hombres públicos conocían algunos secretos pero no los podían externar.[4] Huerta aprovechó la oportunidad para desahogarse. A su juicio, durante su administra-

[2] Ramón P. De Negri a los cónsules constitucionalistas en los Estados Unidos, 9 de abril de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente L-E-819.

[3] Consulado en Phoenix, Arizona, E.U.A., a "Asuntos revolucionarios. Informe (1911-1916)", en AHDGE/SRE, legajo L-E-835; "Boletín No. 219. Editoriales del New York Times", Nueva York, 7 de mayo de 1915, en CEHM-CARSO, expediente 4460, fols. 10; "La nostalgia del chacal", en *El Radical*, 21 de mayo de 1915.

[4] Juan Riaño a Lema, Embajada de España en Washington, 17 de abril de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 5960; Nemesio García Naranjo, *Memorias de Nemesio García Naranjo.* Tomo VIII, p. 129, Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato*, p. 241 y *El Radical*, 21 de mayo de 1915.

ción, México era un país floreciente en el cual los extranjeros gozaban de toda suerte de protección, pero esta situación se acabó por culpa del gobierno de Washington que se negó a reconocer su gobierno, y a venderle las armas para refaccionar al ejército federal. Eso sí: se las vendió a los insurrectos. De haberlas obtenido, el ejército federal habría vencido al enemigo. En tales momentos, en México imperaba la anarquía y se requería "un hombre fuerte" para ponerle fin, sin mencionar nombre alguno. Según Juan Riaño, el embajador español acreditado en Washington, Huerta causó buena impresión entre mucha gente, y lamentaba el trato inicuo que le recetó el gobierno americano. Pero hubo una frase contundente: que el general Huerta, era el hombre indicado para poner fin al desorden que privaba en México. El embajador ignoraba la verdadera razón del viaje de Huerta a los Estados Unidos, pues algunos especulaban que era para ponerse al frente de un movimiento revolucionario, pero otros opinaban que no, que Huerta cruzó el océano porque le urgía atender asuntos personales.[5]

La presencia de Huerta en los Estados Unidos dio lugar a una serie de rumores. Uno de ellos fue que había sido expulsado de España, lo cual negó. Huerta declaró que sus enemigos políticos en Nueva York, a los cuales identificaba como "istas", eran los responsables de semejante información.[6] Al parecer, quien difundió la versión de su supuesta expulsión de España fue Pedro González Blanco, hermano de Edmundo, autor del libelo antes mencionado, que estaba de visita en Nueva York.[7] El 11 de mayo de 1915, apareció una nota en el *New York Times*, en la cual se afirmaba que en ningún momento el gobierno español le pidió a Huerta que abandonara su territorio, que nada tuvo que ver con su partida hacia los Estados Unidos, así como que tampoco le impuso restricciones para que en el futuro entrara y

[5] Juan Riaño a Lema, Washington, 17 de abril de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 5960.

[6] "Huerta no fue expulsado", en *New York Herald*, reproducido en Isidro Fabela, *Documentos históricos de la revolución mexicana XVI. Revolución y régimen constitucionalista,* volumen 4 del tomo 1, México, Jus, 1969, p. 84.

[7] Juan Riaño al ministro de Estado, Washington, 10 de mayo de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2560.

saliera de España. Efectivamente, el 12 de mayo, Juan Riaño recibió un telegrama mediante el cual quedaba autorizado para declarar oficialmente que el gobierno de España era ajeno al viaje de Huerta.[8]

El diario *The Mexican Herald* informó que al llegar a Nueva York las autoridades norteamericanas le proporcionaron a Huerta una guardia de veinte agentes para que lo acompañaran por teatros y cafés, ya que se temía que algunos de sus compatriotas lo asesinaran.[9] Al cabo de una semana, Huerta había desplegado una febril actividad. Había sostenido conferencias con algunas cabezas de los mexicanos exiliados en suelo americano, y con algunos funcionarios de la embajada alemana. Naturalmente que restableció sus contactos con von Rintelen, habló con el agregado naval alemán Karl Boy-De, y con el agregado militar Franz von Papen. Para el mes de mayo, escaso un mes de su llegada a los Estados Unidos, sus planes marchaban sobre ruedas. Se dice que los alemanes

1) le habían depositado 895 mil dólares en varias cuentas bancarias;
2) tenían listos ocho millones de cartuchos, y
3) sus submarinos se alistaban para depositarle 10 mil rifles en las costas mexicanas.[10]

Otras versiones indican que, en algún momento, los alemanes adquirieron 8 millones de municiones en San Luis, e hicieron otro pedido de 3 millones en Nueva York. En el baile de cifras, se habló de un depósito de 800 mil dólares a nombre de Huerta en el Deutsche Bank de La

[8] Juan Riaño al ministro de Estado, Washington, 12 de mayo de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2560.

[9] "El general Huerta se halla en los Estados Unidos", en *The Mexican Herald*, 12 de mayo de 1915.

[10] "Huerta controlado financieramente por Alemania", en *The Mexican Herald*, edición en inglés, 4 de agosto de 1915, reproducido en *El demócrata*, 4 de octubre de 1915; y Michael C. Meyer, *Huerta*, p. 242.

Habana; otro emisario alemán, el agregado naval Boy-Ed, le prometió 10 mil rifles y un crédito de 10 000 dólares (Tuchman, 2010: 116-117).

Las cifras sobre los depósitos y de los rifles no son del todo convincentes, y la duda es si efectivamente todo fue cierto, o se trató de simples rumores para satanizarlo más. Mostrarlo como la punta de lanza de los alemanes en los Estados Unidos, lo cual, por razones desconocidas, no cristalizó.

La bajeza de Inocencio Arreola

Huerta había quedado fuera de la órbita de Inocencio Arreola, y sus labores de espionaje quedaron reducidas al mínimo. No obstante, hubo un suceso que le permitió demostrarle a Carranza que aún seguía siendo útil, y qué mejor que ensañándose con la familia de Huerta. En los días siguientes de su salida rumbo a los Estados Unidos, su esposa Emilia Águila y sus hijos, se hicieron presentes en el consulado en Barcelona para obtener el pasaporte, y así poder viajar al Nuevo Mundo, topándose con algo inaudito. El cónsul Inocencio Arreola asumió una postura inesperada: los insultó. El 12 de abril de 1915, en forma festiva y burlesca, el cónsul de marras le narró el suceso a Juan Sánchez Azcona. Afirmó que le negó a Jorge Huerta el pasaporte, lo cual derivó en un fuerte altercado. Pero no sólo se lo negó a él, sino a "todas las Kakas como cariñosamente llamaban a todas las hijas y señoras de Huerta en México". En forma adicional, Arreola envió una circular a los consulados de su circunscripción para que se abstuvieran de otorgar los ansiados pasaportes. A juicio de Arreola, a la familia de Huerta no le quedó otra alternativa que recurrir al consulado de los Estados Unidos.[11] El 4 de mayo de 1915 arribó a Nueva York la familia de Huerta en el vapor español *Manuel Calvo*. Huerta los esperaba en el muelle trasladándola a una casa ubicada en Forest Hill, población inmediata a Nueva York. Más de treinta personas integraban la

[11] Inocencio Arreola a Juan Sánchez Azcona, Barcelona, 12 de abril de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fol. 117.

comitiva portando un centenar de bultos. Al tratar de ser entrevistados, todos se negaron a hablar. De inmediato, el diario carrancista *El Pueblo*, difundió la noticia. A su juicio, Huerta disponía de recursos abundantes para comprar la citada casa.[12]

Huerta y Rintelen en los Estados Unidos

Rintelen abordó un vapor en España para trasladarse a los Estados Unidos llegando en los primeros días de abril de 1915, casi igual que Huerta y Aureliano Blanquet, quien había ligado su suerte a Félix Díaz. El momento no podía ser el mejor. Justo en este mes, abril para ser exactos, Álvaro Obregón, el caballito de batalla de Carranza, se aprestaba a batirse contra Francisco Villa en el Bajío. Sea quien fuera el ganador, sus fuerzas quedarían diezmadas, y en teoría, Huerta podía entrar en escena con todas las de ganar, y más si contaba con el apoyo alemán. Su ejército, apuntalado por Pascual Orozco, podría nutrirse con los remanentes del ejército que resultara derrotado. Al final de cuentas, la historia tuvo un derrotero distinto.

Bárbara W. Tuchman aporta información sobre algunas conversaciones habidas entre Rintelen y Huerta en Nueva York. Afirma que un día, por la tarde, Rintelen entró en el Hotel Manhattan, y se sentó en el *hall*. Mientras esperaba con aire despreocupado, observó que un automóvil de color negro se detenía frente a la puerta del hotel. De inmediato, vio descender al que llamaba astuto indio de labios apretados, el general Huerta, acompañado de un grupo de plutócratas mexicanos quienes lucían abrigos de cuello aterciopelado (Tuchman, 2010: 107). Se saludaron e intercambiaron algunos puntos de vista, y al parecer, nada más. Hubo más reuniones entre ambos, probablemente en el Holland House, situado en la Quinta Avenida, preferido por los alemanes. En cada una de tales entrevistas, se discutieron los puntos acordados en Barcelona. En vista de ello, von Rintelen envió

[12] "V. Huerta vivirá cerca de Nueva York", en *The Mexican Herald*, 20 de mayo de 1915.

nuevos informes a Berlín, reiterando que Huerta le declararía la guerra a los Estados Unidos, siempre y cuando

1) le aportaran armamento suficiente;
2) su transporte en submarinos a las costas mexicanas;
3) recursos económicos, y
4) apoyo político y moral.

Cumplidas tales cláusulas, cruzaría el río Bravo, y tan pronto como se hiciera del poder, le declararía la guerra a los Estados Unidos (Tuchman, 2010: 115).

Con toda premura, sus correligionarios se desplazaron desde distintos puntos de la Unión Americana hacia Nueva York para cuadrarse con Huerta, su antiguo jefe, ofreciéndole apoyo político, económico y militar. Además de hombres de negocios, personal político desplazado, hacendados, y gran parte de los altos mandos del ejército federal, con Pascual Orozco a la cabeza, salvo los felicistas, todos se le sumaron. Se ignora el papel jugado por Enrique C. Creel, y de quienes lo rodeaban, pero es probable que haya sido importante. En gran parte, gracias a él, Huerta estaba en los Estados Unidos. Huerta buscó a Nemesio García Naranjo para que le diera fundamento legal a su movimiento, topándose con una negativa. Olvidándose de ello, Huerta siguió adelante, y al cabo de unos días, todo estuvo listo para entrar en acción. Armas y dinero los tuvo a la mano. Había llegado la hora de la venganza, pero lo que no se imaginó fue que las autoridades americanas seguían sus pasos, al igual que los cónsules carrancistas. Se ignora si al sur del río Bravo, la población civil se enteró de su inminente entrada a suelo patrio. Tampoco si despertó alguna esperanza entre sus antiguos simpatizantes, y menos si se aprestaron a sumarse a su movimiento.

En sus *Memorias*, Rintelen afirma que finalmente llegó la ansiada respuesta de Berlín que sancionaba el acuerdo con Huerta. Apenas recibió la información, se dirigió al Hotel Manhattan en su búsqueda, topándose con que no estaba. Una persona le indicó que llegaría de un momento a otro. Rintelen esperó, pero nunca llegó. Envió a varios

de sus agentes a buscarlo por toda la Unión Americana, sin descubrir siquiera su rastro. Un día, un sujeto llamado Boniface, de todas sus confianzas, le indicó que la policía federal norteamericana conocía el paradero de Huerta, y que le estaba siguiendo los pasos. En realidad, a estas alturas, corría el mes de junio, y Huerta estaba en camino hacia la frontera mexicana, para reunirse con Pascual Orozco y compañía. Por ende, no hubo la tan manida ayuda alemana. A continuación, Rintelen aportó una versión extraña, inaudita, y nada creíble:

> Una noche, al salir de una fiesta de sociedad, iba por la acera, vestido de *smoking*, en busca de un taxi, cuando avanzó por detrás de mí con paso rápido un individuo en el que no hubiera parado mi atención si no me vierte estas palabras en el oído:
>
> –Le vigilan a usted. ¡Guárdese! No busque a Huerta, pues lo han envenenado.
>
> Dominé mis nervios y seguí a aquel hombre con la vista. En seguida reconocí el continente de *mister* Boniface. Cuando me introduje en un taxi vi que me seguía otro coche. Boniface estaba en lo cierto. Me espiaban. Después oí decir que Huerta había sido envenenado por su cocinera, en una quinta de la frontera mexicana, aunque no se habían publicado detalles de su muerte. Nunca llegué a saber lo que le sucediera en realidad (Rintelen, 1942: 158-159).

A todas luces, la versión de Rintelen acerca del deceso de Huerta resulta absurda. Choca con lo que en realidad sucedió. Una explicación posible tiene que ver con que Rintelen fracasó en sus gestiones para proporcionarle ayuda económica y militar, y convencerlo de que le declarara la guerra a los Estados Unidos. Por ende, inventó su supuesto envenenamiento ejecutado por una cocinera.

Lo que realmente sucedió

Además de la veintena de agentes secretos puestos al servicio de Huerta por las autoridades norteamericanas, un comando de agen-

tes del Departamento de Justicia seguía sus pasos. No obstante, Huerta hizo los arreglos para encontrarse con Pascual Orozco, en *Newman*, Nuevo México, un punto situado a unos treinta kilómetros de *El Paso*. Huerta sabía que no podía perder más tiempo en titubeos, que su cruzada era sumamente arriesgada, y que si fallaba, su suerte sería el martirio. De eso estaba seguro. Por supuesto que las dudas que lo asaltaban eran demasiadas. Si bien Creel le había asegurado que en Estados Unidos se contaba con el apoyo de un vasto número de exiliados, le asaltaba la duda de que fuera realidad. Algunos eran felicistas, a varios de sus viejos amigos los había despedido del gabinete en forma poco elegante, y otros estaban desterrados por su postura anticarrancista. Huerta sabía que Félix Díaz vivía en Nueva Orleans, y circulaban los rumores de que era inminente su retorno a México, apoyado por Blanquet y Mondragón.

El 24 de junio Huerta salió de Nueva York en un tren asegurando que planeaba visitar San Francisco, lo cual era falso. En la madrugada del domingo 27, el tren arribó a la estación de Newman (Ramírez Rancaño, 2002: 143-159; García Naranjo, 1962: 144-145). Pascual Orozco, su hombre clave, y Luis Fuentes, su yerno, lo recibieron con un coche preparado para llevarlo a toda velocidad a la frontera. Pero antes de abandonar la estación, fueron aprehendidos por los funcionarios del Departamento de Justicia, apoyados por tropas federales (García Naranjo, 1962: 143-145). Victoriano Huerta y Pascual Orozco quedaron estupefactos, y de inmediato fueron conducidos a El Paso, Texas, acusados de conspiración y violación de las leyes de neutralidad.[13] La noticia se difundió por todos lados, y los mexicanos congregados en El Paso, se percataron que la contrarrevolución había fracasado. Lo único que pudieron hacer fue acercarse a los confines de la cárcel donde estaba recluido, portando retratos de Huerta y carteles en cuyos textos atacaban a Carranza. Como las autoridades temían que estallara la violencia y que intentaran liberar a Huerta y Orozco,

[13] "Se dice que el general Huerta fue aprehendido", en *The Mexican Herald*, 30 de junio de 1915.

fueron trasladados a la prisión militar de Fort Bliss. Sus abogados consiguieron su libertad bajo fianza de 15 mil dólares para Huerta, y 7 mil 500 para Orozco. No obstante que cubrieron la fianza, los prisioneros quedaron bajo arresto domiciliario en El Paso. El pretexto: la proximidad de la frontera.

Al iniciar el mes de julio de 1915, Huerta se enteró del fallecimiento de Porfirio Díaz en París, un personaje que tuvo palabras de elogio para él. Sospechando que jamás podría cruzar la frontera, e internarse en suelo mexicano, la noche del 3 de julio de 1915, Pascual Orozco saltó por una ventana de la casa, y escapó del arresto domiciliario. En vista de ello, se canceló la fianza de Huerta y se le arrestó de nuevo (García Naranjo, 1962: 146-147; Meyer, 1984: 157-158). En un momento determinado, Orozco se dio cuenta que su suerte sería el sacrificio, y que estaba próximo. Efectivamente, en las primeras horas de la madrugada del 30 de agosto, un ejército de alguaciles, *sheriffes* y *rangers* tejanos distribuidos en ambos lados del Cañón Green River, cayeron sobre el jacal cuando el general Pascual Orozco y sus cuatro fieles amigos dormían (Meyer, 1983: 252-253; Meyer, 1984: 120, 140-141, 154-159; *Revista mexicana*, 12 de septiembre y 21 de noviembre de 1915). Su muerte fue instantánea. Para demostrar a sus superiores que habían cumplido su misión, los lazaron y a lomo de caballo los arrastraron.

Al enterarse de la muerte de Orozco, Huerta cayó en una fuerte depresión. No sólo habían acribillado a tiros a cinco de sus compañeros, sino que su revuelta había llegado a su fin. Huerta estaba literalmente liquidado. Internado en Fort Bliss, una dolencia hepática aguda lo martirizó, razón por la cual fue necesario transferirlo a un hospital militar. Los cirujanos americanos se sorprendieron cuando Huerta rechazó la anestesia y, no obstante la tortura que sufría, se mantuvo inmóvil y quieto, mientras el bisturí se abría paso en la víscera delicada (García Naranjo, s.f.: 347). Al cabo de dos semanas, Huerta apenas pudo levantarse de su cama, y al agravarse, pidió morir en su casa.[14]

[14] T. Beltrán a Jesús Acuña, San Antonio, Texas, 3 de enero de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente L-E-840, fol. 1.

Las autoridades le concedieron sus deseos y dos semanas más tarde, acompañado de Emilia Águila e hijos, falleció. Se trata del 13 de enero de 1916.[15] Así terminó la tragedia de Victoriano Huerta. Un personaje sobre el cual no hay concesiones. Un hombre que durante la Decena Trágica fue apoyado por los norteamericanos, por gran parte del personal político, reconocido por las principales potencias de la tierra, y que al final de cuentas, fue abandonado y denostado.

El réquiem de un mercenario

En el Archivo Histórico Nacional de España existe un pequeño recorte periodístico con un texto cuyo título es: "Mucho siento la muerte de Huerta", en el cual se destila un veneno inaudito sobre el deceso de Huerta. Su autor es Juan de Dios Avellaneda. De su lectura, se infiere que se trataba de un texto escrito por una pluma mercenaria, tal como estilaban los carrancistas. El autor, del mismo estilo de González Blanco y Santos Chocano, no desaprovechó un solo renglón para justificar la suculenta paga.

> Sí, siento mucho que el criminal más grande del siglo XX haya sucumbido sin expiación, que haya muerto en un lecho quien debió morir en la horca, atado al cuello, doblada la cerviz mezquina, saltados los ojos de sus órbitas y la lengua colgando a medio pecho. Siento mucho que la muerte haya burlado la justicia y se haya constituido en protectora de la infamia.
>
> Su agonía debió de haber sido tormentosa, agitada, temblorosa como la de los criminales todos; sobre aquella conciencia embrutecida caía aún la última maldición del soldado moribundo en el campo del combate, las lágrimas de los huérfanos, la tristeza de las viudas, el odio de la Patria, de la raza, de la América.

[15] Recorte de periódico sin nombre, "Anoche murió Victoriano Huerta", en el AHDGE/SRE, expediente 6, fol. 2; Antonio Hernández Ferrer al director general de consulados, La Habana, 14 de enero de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente L-E-727, fol. 1; Federico Gamboa, *op. cit*., p. 314.

Lo que tampoco le gustó al autor del texto, fue que un sacerdote católico, Francisco de P. Andrade, hubiera auxiliado a Huerta en los momentos de su agonía. Justo por ello lo tildó de corrupto y de cómplice:

> Allá, en su destino y prisión, por tantos motivos merecida, sólo un ministro católico fue, dizque en nombre del Eterno, a absolver lo que la humanidad reprueba, lo que la justicia condena, lo que la ley castiga, lo que Dios no puede ni debe dejar de condenar: el asesinato. Ese miembro del clero olvidó el "No Matarás", y que debió ser el primero en anatematizar al asesino, fue el primero, no solo en absolverlo, sino en elogiarlo publicando la Fe de Bautismo del vil, bajo la firma vergonzosa de Francisco de P. Andrade; esos miembros corrompidos del clero, lo acompañaron en su vida de crímenes y en su muerte de bandido, porque solo la corrupción presta realce a la prostitución; porque solamente los fariseos fueron cómplices de Judas.

En un claro mensaje a Emilia Águila y a sus hijos, les advirtió que por ninguna razón se atrevieran a repatriar sus restos a México:

> ¿Qué quieren traer a México sus restos pestilentes? ¡No! Una y mil veces, no; sus despojos no son respetables; son execrables. La Patria no puede tener para él ni un lugar donde descansar para siempre; ni una lágrima, ni una oración, ni una cruz; lágrima, oración, palabras dulcísimas que significan dolor, esperanza, redención; todas ellas están fuera de su caso. La Patria orará por sus hijos queridos, llorará por sus héroes muertos, pondrá una lápida marmórea en donde yazcan los que sucumbieron por defender su honor, su libertad, su ser, no por los que la ultrajaron, la avergonzaron, la escupieron. ¡Maldecirlos![16]

No hubo comentario alguno de parte de sus correligionarios dispersos en el Viejo Mundo ni en los Estados Unidos, sobre su deceso, salvo

[16] Juan de Dios Avellaneda, "Mucho siento la muerte de Huerta", 16 de enero de 1916, en el AHN-MADRID, legajo 2562.

la voz de Nemesio García Naranjo, quien en sus funerales expresó, que había descendido a la tumba el hombre más extraordinario que México había producido, un hombre que vivió convencido, que bajo su férrea dirección, México debía liberarse del influjo estadounidense.[17] Tampoco hubo palabra alguna de parte de sus ex aliados mexicanos, como Luis G. Urbina, Tablada, y aun Díaz Mirón, que meses atrás lo ensalzaron, y ante el triunfo de Carranza, les dio por maldecirlo. Por supuesto, el deceso desencadenó una algarabía brutal en México, la cual persiste.

Otra vez los alemanes

El 3 de agosto de 1916, Inocencio Arreola le hizo saber a Gerzayn Ugarte, secretario particular de Carranza, que en varias ocasiones había recibido la visita de un grupo de alemanes residentes en Barcelona. Supuestamente vivían ahí en calidad de expatriados a causa de la Primera Guerra Mundial. Qué es lo que pretendían: un pasaporte mexicano para salir rumbo a México. Ya en suelo patrio, su intención era alistarse en el ejército revolucionario para combatir la intervención yanqui. Según el cónsul, de ninguna manera podía extenderles el citado pasaporte, por prohibirlo las leyes. De cualquier forma, les agradeció su gesto. Desilusionados por la respuesta, los alemanes se acercaron a varios mexicanos, y los convencieron de publicar sendos artículos en un diario patrocinado por ellos, para combatir la política de Washington. Para Arreola, en realidad, las intenciones de los alemanes no eran del todo inocentes. Tenían fines políticos. El citado cónsul dijo que hubo mexicanos que aceptaron participar en esta aventura periodística, entre ellos, Luis del Toro, el ex director de *El Independiente*, Arturo Alvaradejo, ex integrante del gabinete de Huerta, y su hijo, más otros mexicanos que etiquetaba de insignificantes.[18]

[17] *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, núm. 19, 16 de enero de 1916.

[18] Inocencio Arreola a Gerzayn Ugarte, Barcelona, 3 de agosto de 1916, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.90.10122.1.

Porfirio Díaz hijo y la contrarrevolución

En su correspondencia con José I. Limantour, el 29 de enero de 1915, Pablo Macedo le informó haber recibido la visita de una persona de la cual no dio su nombre. El motivo: exponerle un plan contrarrevolucionario. La misma persona también visitó a Guillermo Landa y Escandón, posiblemente radicado en Madrid, a Porfirio Díaz en París, e inclusive viajó a Inglaterra, aunque ahí no había muchos mexicanos. Es probable que Pablo Macedo haya sido invitado a sumarse al hipotético movimiento, por cierto, montado en los Estados Unidos, pero no quiso involucrarse en él, ni en ningún otro.[1] Con base en algunos datos fragmentarios, el nombre de esta persona puede inferirse. El misterioso personaje le aseguró a Pablo Macedo, que Félix Díaz planeaba encabezar un movimiento contrarrevolucionario, y que contaba con el apoyo y la simpatía de Washington.[2] De quién se trataba. Posiblemente de Rodolfo Reyes, quien en sus *Memorias* confiesa que solía viajar a los Estados Unidos, lo cual no sucedió con otros exiliados.

Rodolfo Reyes fue uno de los personajes más interesados en calentarle la cabeza a Félix Díaz para que, por cualquier medio, se hiciera de la presidencia de la República, como años antes lo hizo con su padre,

[1] Pablo Macedo a José Y. Limantour, Madrid, 29 de enero de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente CDLIV. 2ª.1910.18.131.

[2] *Loc. cit.*

Bernardo Reyes. Por ello, viajó en más de una ocasión a los Estados Unidos. Sin precisar la fecha, en sus *Memorias* afirma que desde tiempo atrás, un amigo mexico-tejano le insistía en que se fuera a vivir a los Estados Unidos, lo cual no le atraía. En forma incidental tuvo una oferta de trabajo atractiva, la cual lo convenció de viajar al citado país. La fecha pudo ser finales de 1914 y el primer semestre de 1915. Lo del contrato laboral pudo ser un ardid, y que en realidad viajó a los Estados Unidos para convencer a Félix Díaz de que pusiera en marcha su movimiento ya que, de lo contrario, Huerta le ganaría la partida. En julio de 1915, Rodolfo Reyes regresó a Europa (Reyes, 1948: 29-31). Para entonces, Huerta había puesto en marcha su plan para penetrar a México con las armas en la mano.

Al momento que Porfirio Díaz falleció en París, lo cual ocurrió en julio de 1915, Rodolfo Reyes expresó que por desgracia no se encontraba en San Sebastián, para asistir al sepelio. En 1916, Rodolfo hizo otro viaje a los Estados Unidos, alegando la realización de trabajos profesionales, aunque lo más probable es que haya sido para insistirle a Félix Díaz que entrara de inmediato a suelo patrio. Se entrevistó con él en Nueva York, pero según su testimonio, su presencia provocó celos e irritación entre quienes lo rodeaban. Temían ser desplazados del primer círculo por alguien que vivía al otro lado del océano, que repentinamente se aparecía y desaparecía, e intrigaron hasta apartarlo. En vista de ello, Rodolfo Reyes regresó a San Sebastián (Reyes, 1948: 35). En otra de sus cartas dirigidas a Limantour, el 20 de febrero de 1915, Pablo Macedo dejó entrever el nombre de otro personaje que también se movía en España para apoyar a Félix Díaz. No menciona abiertamente su nombre, pero aporta tres siglas o iniciales: F. P y F. Es posible que se tratara de Fernando Pimentel y Fagoaga, quien, en unión de otras personas y de varios militares huertistas, apoyaba a Félix Díaz. Entre ellas figuraba Guillermo Landa Escandón, y Luis Fernández Castelló.[3]

[3] Pablo Macedo a José Y. Limantour, Madrid, 20 de febrero de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente CDLIV.2ª.1910.18.131.

Gonzalo Enrile

Pero al parecer, sí hubo lo que pudiera calificarse de farsa contrarrevolucionaria, sobre la cual la información es bastante confusa. Su promotor, Gonzalo Enrile, un personaje bastante obscuro, quien solía afirmar que intervino en la rebelión de Pascual Orozco contra Madero en 1912. Durante el huertismo no jugó un papel que llamara la atención, pero al avizorarse el triunfo de Carranza se exilió. El 4 de noviembre de 1915, Gonzalo Enrile vivía en La Habana, y era vigilado por el delegado de la Compañía Petrolera Mexicana en Cuba, M. Romero Palafox. Al parecer Enrile no era precisamente un hombre de convicciones políticas serias, sino un aventurero, un estafador. Siendo empleado de la Administración de Correos en Ciudad Juárez, fue acusado de falsificar firmas, violar la correspondencia, y robar. Por tales razones, estuvo preso en una cárcel de Chihuahua. Pero su historial no terminó ahí. Se decía que, siendo protegido del general Joaquín Maass, cometió grandes crímenes y robos en San Pedro de las Colonias, Coahuila. Al triunfo de la revolución constitucionalista, se embarcó rumbo a La Habana, a donde llegó con las manos llenas de dinero, el cual rápidamente perdió en el juego. Por cierto, solía hacerse acompañar de un amigo, del cual se ignora su nombre, acusado en México también de estafador.[4]

A principios de 1916, Enrile vivía en La Habana, haciéndose pasar como coronel del ejército federal, lo cual era falso. Al tratarse de una persona inquieta, solía viajar a los Estados Unidos. Debido a sus diversas actividades turbias, y su fama de fungir como agente del imperio alemán, las autoridades lo expulsaron de la Isla.[5] El 20 de enero de 1916, el cónsul de México en La Habana, Antonio Hernández Ferrer, hizo un informe detallado de los pasos y planes de Enrile. Dijo que este personaje había llegado a la Isla procedente de Nueva Orleans, lugar

[4] M. Romero Palafox, a Venustiano Carranza, 4 de noviembre de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.58.6563.1. También ver el expediente 16-16-158 del AHDGE/SRE.

[5] *Revista Mexicana*, San Antonio, Texas, núm. 100, 5 de agosto de 1917, sin página.

en el cual embaucó a diversas personas afirmando ser la cabeza de un plan contrarrevolucionario. Su éxito fue tal que les extrajo alrededor de 5 000 dólares.[6] Al llegar a La Habana se instaló en uno de los mejores hoteles. A continuación, se reunió con el español Pedro Tresgallo, enemigo jurado de la causa constitucionalista, para afinar el plan, que en el fondo era parecido al que Rintelen le expuso a Huerta. Un plan que implicaba una declaratoria de guerra de México contra los Estados Unidos. Tresgallo se reunió con diversos exiliados en la Isla, incluidos miembros del clero mexicano, a los cuales les sacó unos 700 dólares para viajar a España.[7] El 24 de enero, Hernández Ferrer hizo saber a sus superiores, que Enrile y Tresgallo se habían embarcado en el vapor *Alfonso XIII* rumbo a España, con escala en Nueva York. Al margen de las razones políticas, Tresgallo viajaba para saludar a su anciano padre, que con insistencia lo conminaba a regresar al seno familiar.[8]

En busca de Porfirio Díaz hijo en San Sebastián

Gonzalo Enrile sabía que Porfirio Díaz hijo vivía en San Sebastián, y por ahí enfocó sus baterías. Le echó el ojo para que aceptara fungir como adalid de su movimiento. Para convencerlo, llevaba varias cartas de exiliados en los Estados Unidos y en Cuba, en las que le ofrecían la jefatura de un movimiento tendiente a derrocar al Primer Jefe. A todas luces, Gonzalo Enrile buscaba explotar la vanidad juvenil de Porfirio Díaz hijo. Engatusarlo, bajo el entendido de que su nombre, homónimo del de su padre, constituía una suerte de imán para atraer a numerosos personajes de arraigo y solvencia económica. En caso de que el "elegido" aceptara el plan, se le ofrecería el apoyo del clero, de los científicos, e incluso de villistas y zapatistas, de todos los

[6] Antonio Hernández Ferrer al director General de Consulados, La Habana, 20 de enero de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente L-E-798.

[7] Antonio Hernández Ferrer al director General de Consulados, La Habana, 24 de enero de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente L-E-796.

[8] *Loc. cit.*

anticarrancistas.[9] Y aquí vino la otra parte del plan. Sin saber cómo hizo sus cálculos, Enrile difundió que requería un millón de dólares para echarlo a andar.[10] En tono sarcástico, Hernández Ferrer expresó que Porfirio Díaz hijo, era un sujeto inepto, igual o peor que su primo, Félix Díaz.[11] Para arruinar el cuadro agregó que, lo más probable era que Enrile agitara el nombre de Porfirio Díaz, tanto padre como hijo, para finalmente embolsarse el dinero, y quedarse a vivir en Europa.[12] Se ignora si en realidad Enrile viajó a San Sebastián y si se entrevistó con Porfirio Díaz hijo, y cuál fue su respuesta.

Según otras versiones, Enrile y Pedro Tresgallo extrajeron a los exiliados en Nueva Orleans 5 000 dólares para viajar a Alemania, y pactar con su gobierno, un plan que bloqueara las relaciones entre México y los Estados Unidos. En febrero de 1916, Enrile llegó a Madrid, y de inmediato se hizo presente en la embajada alemana. Mostró una carta de recomendación del agregado militar en los Estados Unidos, Franz von Papen, y naturalmente que expuso su plan. El embajador pidió informes al Ministerio de Relaciones Exteriores en Berlín, y la respuesta fue que no estaban interesados en la propuesta. No obstante el revés, Enrile viajó a Berlín y se apersonó en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y nuevamente mostró la carta de von Papen. Finalmente fue atendido por el encargado de los asuntos de México, y Enrile aseguró ser el representante de todas las fuerzas anticarrancistas, incluidos los felicistas, villistas, zapatistas, y otros (Katz, 1982: 15-17). Entrado en confianza, le pidió al gobierno alemán 300 millones de dólares con el objeto de comprar armas para un ejército de 200 000 hombres, por cierto, un número de efectivos jamás tenido en México. En forma desparpajada, Enrile afirmaba tener listo al ejército para derrotar a Carranza. A cambio de ello, ofrecía a Alemania demasiadas cosas: concesiones en la esfera de los ferrocarriles, petróleo, minería

[9] *Loc. cit.*
[10] *Loc. cit.*
[11] *Loc. cit.*
[12] *Loc. cit.*

y comercio; la expulsión del capital norteamericano mediante medidas legales; y una política favorable a Alemania. Por otro lado, con la intención de exacerbar el nacionalismo de los mexicanos, pregonaba un apoyo total a los movimientos separatistas de algunos estados del sudoeste de los Estados Unidos (Texas, Arizona, Nuevo México y California), entre otras cosas (Katz, 1982: 16). A la postre, la intentona de Enrile fracasó. Alemania tenía otros planes. A mediados de enero de 1917, enfocaron sus miras en Carranza, lo cual desembocó en el *affaire* Zimmermann, y el famoso telegrama que lleva su nombre. Finalmente, en abril de 1917, Estados Unidos entró en la Primera Guerra Mundial.

La madre patria abandonada

En teoría, para los exiliados no sólo en España, sino en otros países, regresar a México significaba exponerse a que el gobierno presidido por Carranza los atrapara y los enjuiciara por haber colaborado con Huerta. También sabían que el veredicto sería el paredón como sucedió con Alberto García Granados, a quien fusilaron el 8 de octubre de 1915. No obstante tener más de 60 años, fue pasado por las armas. Fue por ello que, no obstante lo adverso del destierro, se movieron con suma cautela. A lo anterior, habría que considerar que el 1 de julio de 1915, circularon noticias de que el gobierno presidido por Carranza había gestionado la extradición de Huerta, Blanquet, y Félix Díaz, refugiados en Estados Unidos, lugar en el cual tenían numerosos partidarios.[1] Fue incluido Manuel Mondragón, quien en realidad vivía en España. Al final de cuentas, ninguna gestión prosperó. Es probable que algunos desterrados se hayan acercado a los consulados, en particular al de Madrid y Barcelona, para sondear la posibilidad de retornar a México. Ante ello, los cónsules consultaron con las altas autoridades mexicanas cuál debía ser la directriz para seguir. El 11 de

[1] Eliseo Arredondo al gobierno de los Estados Unidos, 1 de julio de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 13-30-25; Ramón P. de Negri a los cónsules constitucionalistas en los Estados Unidos, San Francisco California, 9 de abril de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente L-E-819; y "Varios ciudadanos piden que Huerta sea extraditado", en *El Mexicano*, 27 de octubre de 1915.

julio de 1915, Carranza le hizo saber a Juan Sánchez Azcona, encargado de la Legación de México en Madrid, que "los emigrados" –como los llamaba– solo podrían regresar a México hasta la promulgación de una ley de amnistía.[2]

El 24 de abril de 1916, una persona que firmaba con las siglas Q.E.S.M., le preguntó a Sánchez Azcona si era cierta la noticia alusiva a que el gobierno mexicano había solicitado la extradición de Gumersindo Enríquez, y de Indalecio Sánchez Gavito, y de otras personas radicadas en Barcelona.[3] Al día siguiente, o sea el 25 de abril, una persona que también firmaba con varias siglas, y que al parecer era Juan Sánchez Azcona, le hizo saber a un tal Manuel de Figuerola y Ferreti, que no era portador de "instrucción alguna de solicitar al Gobierno Español la extradición de ningún mexicano residente en España". Ni antes ni después de su llegada a España.[4]

Pero cuál fue la situación de los mexicanos de tinte huertista refugiados en España, así como de los residentes de vieja data. A nuestro juicio: heterogénea. Como se ha visto, hubo mexicanos como Rodolfo Reyes que, explotando su formación de abogado, se jactó de ser todo un triunfador en tierra ajena. Lo mismo sucedió con varios ex cónsules que contra viento y marea se incrustaron en el mundo académico y cultural hispano, logrando sobrevivir. Lucharon a brazo partido, y se ganaron un espacio en una realidad un tanto hostil. Otros como Pimentel y Fagoaga, hicieron gala de sus habilidades empresariales, para triunfar en cualquier parte del mundo. Asimismo, las personas del mundo del espectáculo y taurino, soportaron las marejadas de la guerra, sin amilanarse, saliendo airosos. Personajes otrora importantes en México como Luis del Toro, ex director de *El Independiente*, tomaron las cosas con calma, y aceptaron trabajar

[2] Archivo Isidro Fabela, expediente F9-110.

[3] Q.E.S.M. a Juan Sánchez Azcona, Madrid, 24 de abril de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente 355, fol. 115.

[4] Juan Sánchez Azcona a Manuel de Figuerola y Ferreti, Madrid, 25 de abril de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente 355, fol. 116.

sin remilgos en las oficinas de una empresa catalana. Naturalmente que hubo personajes que huyeron de México para sortear los estragos de la lucha armada, en particular, los rentistas. Se instalaron en varias partes de España, con recursos generados en México, sin pasar grandes problemas. Ciertamente que hubo mexicanos que se quejaron de la falta de empleo en España, e incluso, es probable que se desesperaran. Esto tiene que ver con que muchos tenían una posición privilegiada en México, y no se resignaron a perderla. En los Estados Unidos y en Cuba, tampoco hubo empleo en abundancia, pero los mexicanos ahí exiliados sortearon mejor la situación aceptando empleos que a primera vista resultaban denigrantes.

Tanta era su inadaptación, que casi todos arriaron banderas y salieron de España. Federico Gamboa, radicado en La Habana, y contactado por los mexicanos que iban al Viejo Mundo, y a la inversa, obtuvo información suficiente para formarse una idea sobre su situación económica. Procedente de Barcelona, Concha Miramón de Duret hizo una escala en La Habana, y le dijo que su situación era realmente dramática. La referida escala tuvo lugar el primero de abril de 1916. Sin tapujos, expresó:

> ¡Todos náufragos! Fernando [su esposo] sin hallar qué hacer y neurasténico perdido; Pablo Macedo peor, casi no sale a la calle; don Gumersindo Enríquez con estrecheces monetarias y roído de murrias; Victoriano Salado Álvarez también sin trabajo –parece que en España nadie lo halla– llora a propósito de cuanto hay; Carlos Pereyra en vísperas de trasladarse a la Argentina contratado en un diario, y su mujer al frente de una casa de asistencia por cuenta propia.
>
> ¡Qué sé yo cuántos más! Larga lista de dramas familiares que no se conocen. ¡El desastre colectivo de un enorme grupo![5]

[5] Federico Gamboa, *op. cit.*, pp. 335-336.

José María Lozano

El ex secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, y de Comunicaciones y Obras Públicas, José María Lozano, soportó únicamente unos meses en el exilio. En noviembre de 1914, salió de Madrid, y abordó un vapor rumbo a Nueva York junto con otras personas.[6] Pero al parecer no se quedó ahí, ya que en un momento dado se trasladó a La Habana, donde apareció el 23 de junio de 1919. Debido a que no aceptaba al nuevo régimen, solía atacar a Carranza por medio de sendos artículos publicados en la prensa cubana. León Osorio, quien lo delató, se dio a la tarea de rebatirlo.[7]

Francisco Chávez

El 19 de enero de 1915, Francisco Chávez fue detectado en Barcelona. Se reunió con varios militares huertistas, e incluso españoles. El informante, Inocencio Arreola para más señas, supuso que Chávez planeaba embarcarse en el vapor *María Cristina*, con rumbo desconocido, lo cual resultó ser cierto.[8] Un memorándum fechado el 12 de marzo de 1915, firmado por una persona cuyas siglas son APR, hizo saber que Francisco Chávez había llegado a La Habana en un vapor cuyo destino final era Nueva Orleans. La intención del referido Chávez era reunirse con los refugiados en la citada ciudad.[9] Resulta difícil determinar si su intención fue enrolarse en la cruzada huertista, o en la felicista. Para el 7 de octubre del mismo año, Francisco Chávez deambulaba por La Habana, con la novedad de que acudió al consulado mexicano en

[6] Juan Sánchez Azcona comenta a Miguel Covarrubias sobre la presencia de Huerta y los huertistas en España, Madrid, 10 de noviembre de 1914, en Carlos Illades, *op. cit*., p. 122.

[7] León Osorio a Venustiano Carranza, La Habana, 23 de junio de 1919, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.135.15459.1-3.

[8] Sin remitente, a Juan Sánchez Azcona, Santander, 19 de enero de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fol. 30.

[9] APR al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Veracruz, 12 de marzo de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.31.3277.1

compañía de Teodoro Dehesa, y otras personas más, donde Antonio Fernández Ferrer, lo escuchó pacientemente, y luego los mantuvo bajo vigilancia.[10]

Mario y Daniel Maass

Para el 27 de abril de 1915, los hermanos Mario y Daniel Maass, vivían en la ciudad de San Salvador.[11] Como se adelantó, se trataba de los sobrinos de Victoriano Huerta. Se ignora en qué lugar estuvieron antes. Si en España, o bien en La Habana. Asimismo, se ignora si en algún momento secundaron la aventura contrarrevolucionaria de Huerta. Es probable que no haya sido así. Por cierto, por tales tierras deambulaba Victoriano Salado Álvarez, trabajando en Costa Rica como académico en el Colegio de Cartago, y en El Salvador como periodista.[12]

Aureliano Blanquet

El 26 de abril de 1915, una persona cuyo nombre no aparece en la fuente consultada, le informó al cónsul Inocencio Arreola, que Aureliano Blanquet y cuatro militares más, salieron de Madrid rumbo a San Sebastián para tramitar sus pasaportes en el consulado de esta ciudad. Agregó que tenía informes fidedignos de que Blanquet planeaba tomar un barco para cruzar el océano.[13] Al cotejar las fechas, sucede que entre su viaje y el de Huerta hubo alrededor de un mes de diferencia. Efectivamente, el viaje de Blanquet a los Estados Unidos fue cierto. El 9 de mayo de 1915, *El Demócrata*, de filiación carrancista,

[10] Antonio Fernández Ferrer a Venustiano Carranza, La Habana, 7 de octubre de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.54.6030.1.

[11] Julio Falomir a Venustiano Carranza, San Salvador, 27 de abril de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.37.4011,1.

[12] José Rojas Garcidueñas, "Don Victoriano Salado Álvarez como diplomático", en *op. cit*., pp. 582-585.

[13] Rafael Adalid a Inocencio Arreola, Madrid, 26 de abril de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 270, fol. 196.

difundió un cable que decía que Blanquet salió de San Sebastián, con dirección a Nueva Orleans, paraíso felicista, y que seguramente se instalaría en San Antonio, Texas.[14] A todas luces, su estancia en España no llegó al año. Fue de meses. Blanquet se había olvidado de Huerta, y en los Estados Unidos, le repitió el desdén de meses antes en Madrid. Lo ignoró completamente. Había decidido abrazar la causa felicista, y en los Estados Unidos tuvo numerosas reuniones con su nuevo jefe. En febrero de 1916, Félix Díaz entró a suelo mexicano, pero inexplicablemente, Blanquet permaneció quieto (Liceaga, 1958: 364). Pasados los meses, Félix Díaz le hizo un llamado para que lo alcanzara en México, y Blanquet obedeció. Llegó a suelo patrio con las armas en la mano, y fue premiado con un nombramiento rimbombante, el de Segundo Jefe del Ejército Reorganizador Nacional, con la resultante, de que casi de inmediato cayó en un barranco con su caballo, y perdió la vida (Liceaga, 1958: 538).

Manuel Mondragón

Distanciado de Huerta desde 1913, el general Manuel Mondragón fue empujado al exilio, y se afincó en San Sebastián. En 1915 quiso sondear las probabilidades de éxito del movimiento contrarrevolucionario acaudillado por Félix Díaz en los Estados Unidos, por quien había volcado sus simpatías, pero hechos sus cálculos, desistió. No quiso jugarse la vida con las armas en la mano. De la contrarrevolución de Victoriano Huerta puesta en marcha también en los Estados Unidos, tampoco quiso saber. Supo que ahí estaba su ex jefe, pero fue tanto el rencor que le guardaba, que lo ignoró. En la primera semana de julio de 1915, Mondragón fue detectado en Nueva York, en el domicilio de Aureliano Blanquet, lugar en el cual intercambió ideas con Javier de Moure, cercano a Huerta. Al margen de sus supuestas simpatías por Félix Díaz, lo que en realidad le interesaba era negociar sus inventos militares, y construir obras públicas. Por tales razones fue común

[14] *El Demócrata*, 9 de mayo de 1915.

que viajara entre Europa, los Estados Unidos y Cuba. El primero de mayo de 1919, un informe firmado por el cónsul de Nueva York, indicaba que se encontraba en la citada ciudad.[15] A continuación, zarpó para Europa y jamás regresó ni a los Estados Unidos ni a México. La causa: su salud empezó a fallar. Permaneció en San Sebastián, con su familia que incluía a su esposa, Mercedes B. de Mondragón, y sus hijos. Por cierto, Manuel Mondragón hijo, se ganaba la vida como fotógrafo. Al año siguiente, su salud declinó al grado que para el mes de noviembre la tuberculosis lo tenía postrado en cama. Rodolfo Reyes lo visitó y le comentó a Félix Díaz, que sus días estaban contados.[16] Su hija, Carmen Mondragón y su yerno, Manuel Rodríguez Lozano, lo vieron palidecer en forma alarmante, pero optaron por regresar a México. Sobra decir que ya no lo volverían a ver.

Roberto A. Esteva Ruiz

El 13 de abril de 1915, Rafael Adalid, encargado del consulado en Madrid, le remitió a Jesús Acuña, secretario de Gobernación, la petición de amnistía de Roberto A. Esteva Ruiz, quien ansiaba regresar a México. Rafael Adalid abogó por el ex subsecretario de Relaciones Exteriores, afirmando haber recabado informes sobre su conducta. Todos ellos indicaban que, durante su permanencia en la península, Esteva Ruiz había mostrado buena conducta, y dedicado al ejercicio de su profesión. Su alejamiento de la política era total.[17]

[15] Bernardino Mena Brito, "Servicio consular mexicano", en el AHDGE/SRE, expediente L-E-839, expediente 9.

[16] Rodolfo Reyes a Félix Díaz, Bilbao, 13 de noviembre de 1920, en el CEHM-CARSO, expediente DCXXI.2.189.1. 0

[17] Rafael Adalid a Jesús Acuña, Madrid, 13 de diciembre de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fol. 20; R. Esteva Ruiz a Rafael Adalid, Madrid, 1 de diciembre de 1915, en el AHDGE/SRE, expediente 346, fols. 2 y 4.

Carlos Rincón Gallardo

El 8 de junio de 1915, desde Madrid, Juan Sánchez Azcona le hizo saber a Carranza, que se le había acercado con insistencia el ex "General en la trágica mascarada huertista", Carlos Rincón Gallardo, manifestándole sus deseos de regresar a México. Su intención era dedicarse de lleno al ejercicio de trabajos particulares, apartado de la vida política, en la cual figuró de manera incidental, cuestión que deploraba. Rincón Gallardo no tenía queja alguna contra las autoridades constitucionalistas, las que incluso habían respetado sus propiedades, y las de su familia. Como no quería seguir siendo un prófugo, prometía regresar a México, y presentarse ante el Primer Jefe para pedir benevolencia. En abono a su petición, Sánchez Azcona afirmó que Rincón Gallardo solía pregonar por toda España que los constitucionalistas eran gente de bien y que, como todo buen gobernante, Carranza brindaba toda clase de garantías a los mexicanos. El cónsul mexicano agregaba que innumerables personalidades españolas se habían acercado a él, e intercedido en su favor, lo cual lo indujo a expedirle un salvoconducto. Sánchez Azcona le hizo saber a Carranza que no se sorprendiera en el momento que Rincón Gallardo llegara a México y se le presentara.[18]

José Refugio Velasco

Todo indica que la estancia de José Refugio Velasco en España fue transitoria ya que para junio de 1915 vivía en Los Ángeles, California (Ramos, 1960: 167). Si bien salió de México en la tercera semana de septiembre de 1914, ocurre que su estadía en el Viejo Mundo duró poco más de medio año. Se ignora la razón de su traslado al continente americano. Una hipótesis indica que, enterado del traslado de Victoriano Huerta a los Estados Unidos para recuperar el poder político en México, decidió secundarlo. Sólo que no existe evidencia

[18] Juan Sánchez Azcona a Lema, Madrid, 8 de junio de 1915, en el AHN-MADRID, legajo 2558; y CEHM-CARSO, expediente XXI.41.4508.1.

en tal sentido, y la hipótesis es falsa. Es más, al parecer no lo buscó ni en España ni en los Estados Unidos. También se sospecha que se dirigió a los Estados Unidos para defenderse de los múltiples ataques por haber disuelto el ejército federal, sin descartar que en realidad estaba enfermo (Ramos, 1960: 117-167).

Salvador Díaz Mirón

Díaz Mirón no tuvo la suerte de Rodolfo Reyes ni de su hermano Alfonso, y apenas vivió poco más de un año en Santander. En un recorte de periódico, sin fecha, se lee que el poeta Salvador Díaz Mirón, había dejado Santander, y tomado un barco para trasladarse a La Habana. La nota agregaba que el "cantor azteca, el perseguidor tenaz de Santanon", llegaría a la Isla, lugar en el que con toda seguridad permanecería una larga temporada. En señal de franca simpatía, se dijo que Díaz Mirón encontraría una hospitalidad noble y sincera.[19] En su *Diario*, Federico Gamboa expresa que Díaz Mirón llegó a La Habana el 2 de noviembre de 1915.[20] El 4 de noviembre de 1915, una persona que firma como M. Romero Palafox, Delegado en Cuba de la Compañía Petrolera Mexicana, le confirmó a Carranza la llegada de Díaz Mirón a La Habana, y que su propósito era fijar aquí su residencia. Pero dijo algo sorprendente: que al llegar a la Isla, el poeta habló pestes de Huerta y se deshizo en halagos para Carranza.[21] En la isla de Cuba, el exilio le resultó más soportable.

[19] Recorte de periódico, en el CEHM-CARSO, expediente 50.54788.1.4.

[20] Federico Gamboa, *op. cit*., p. 292; y Antonio Castro Leal, *Díaz Mirón, su vida y su obra*, México, Porrúa, 1970, pp. 44-45.

[21] M. Romero Palafox a Venustiano Carranza, La Habana, 4 de noviembre de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.578.6563.1.

Javier de Moure

El 3 de noviembre de 1915, Javier de Moure, del cual se ignora si estuvo o no en España, sacó la cabeza. Por tratarse de un militar cercano a Huerta, es probable que haya intervenido en la cruzada huertista, y ante su fracaso, optó por permanecer en los Estados Unidos, avecindándose en la ciudad de Brooklyn. Anhelaba regresar a México, aunque temía resultar atrapado y fusilado. Para ablandar a Carranza, hizo una denuncia un tanto falsa. Afirmó que Antonio Villareal y José Vasconcelos, se habían erigido en la cabeza de un movimiento contrarrevolucionario en los Estados Unidos, arrastrando tras de sí a las fuerzas villistas, y otras más. Pero luego vino la verdadera razón de su carta. Le espetó a Carranza, que después de varias peticiones, se le dijera en definitiva si podía regresar a México, o no. Alegó que su conciencia estaba tranquila, y que no había cometido delito alguno que lo avergonzara. Ciertamente que jugó un papel relevante durante el huertismo, pero no era razón para resultar chantajeado, o "extorsionado". No se arriesgaba a ingresar a México por la libre, razón por la cual solicitaba piedad. Aseguró estar en la miseria y, que una persona vigorosa como él, lo que más deseaba era trabajar. En México tenía amigos que con seguridad lo ayudarían, pero él deseaba que Carranza le autorizara pisar suelo mexicano, y lo aceptara en el nuevo ejército, con el grado de general de división que ostentó anteriormente. Si ello no era posible, pidió que le diera otro empleo con un ingreso similar al de divisionario, para vivir con decoro en la patria.[22]

Como no hubo respuesta, el 7 de julio de 1916, Javier de Moure insistió, pero en esta ocasión se dirigió a Eliseo Arredondo, el embajador de México en los Estados Unidos. Como preámbulo, lo felicitó por su habilidad en las gestiones realizadas para evitar una guerra con los Estados Unidos, la cual habría sido la ruina de México. Al igual que lo hizo con Carranza, entró de lleno en el tema que le interesaba:

[22] Javier de Moure a Venustiano Carranza, Brooklyn, 3 de noviembre de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente 58.6546.1.

> También me permito suplicarle se digne indicarme si mediando su valiosa influencia, puede conseguir que se me abran las puertas de la Patria, pues la precaria situación por la que atravieso me obliga a dar este paso para poder arreglar algunos asuntos que serán el porvenir de mis hijos.

Ofreció sus servicios a Carranza en el caso que México afrontara una guerra con los Estados Unidos. Finalmente, si autorizaban su regreso, prometió que su conducta sería de absoluto respeto al gobierno mexicano y a las instituciones.[23]

Ricardo Gómez Robelo

Es probable que al igual que otros exiliados en España, a Ricardo Gómez Robelo la vida no le resultara fácil en la madre patria, y decidió retornar al Nuevo Mundo, a los Estados Unidos en particular. Desde 1915, y hasta 1920, vivió aquí. Apenas llegó, se vinculó a García Naranjo, quien dirigía la *Revista Mexicana*, en San Antonio, Texas, de gran impacto entre la comunidad mexicana. En sus *Memorias*, Nemesio García Naranjo confiesa que junto con Gómez Robelo escribía los artículos y comentarios para la revista, a cambio de una paga raquítica. Diez dólares semanarios. La mayor parte de las colaboraciones de Gómez Robelo fueron de carácter político, y aparecieron sin firma. Según Serge I. Zaitzeff, en el número correspondiente al 10 de septiembre de 1916 de la *Revista Mexicana*, se lee lo siguiente: "El Lic. Gómez Robelo selecciona el material literario, y algunas veces, substituye al Lic. García Naranjo en la redacción de fondo y en las notas pequeñas de los tópicos" (Gómez Robelo y Díaz Duffo Jr., 1981: 9). A su regreso a México, escribió de vez en cuando textos para las revistas *México moderno*, *Azulejos*, *El Universal Ilustrado* y *El Maestro*. Falleció en 1924.

[23] Javier de Moure a Eliseo Arredondo, Brooklyn, 7 de julio de 1916, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.88.9836.1-2.

Juan A. Hernández

Entre los exiliados en España resulta sorprendente un caso. Se trata del ex gobernador de Puebla, Juan A. Hernández, quien regresó a suelo patrio para defender sus ideales, aun a costa de sufrir el martirio. Se trataba del consuegro de Victoriano Huerta. Al finalizar el año de 1915, formaba parte de un grupo armado que operaba en Esperanza, Puebla, y en un enfrentamiento con la columna de Natalio Espinosa, perteneciente a las tropas del general Pablo González, resultó muerto. Con suma crueldad, al igual que sucedería años más tarde con Aureliano Blanquet, Natalio Espinosa le cortó la cabeza y se la mandó a Pablo González. El encargado de cumplir tan tétrica misión fue el teniente coronel Teófilo Gómez. Para justificar su obra, el general carrancista afirmaba que Juan A. Hernández había sido uno de los enemigos más encarnizados de la Patria, y que con la caída de más cabezas, como ésta, México alcanzaría la paz y la grandeza, como todas las naciones cultas.[24] Lo que llama la atención, fue que el ex gobernador de Puebla apareciera en México luchando contra Carranza, mientras que su consuegro, encarcelado en Fort Bliss, agonizaba, sin poder cumplir con su sueño de penetrar a México, y recuperar la presidencia de la República. Esto permite suponer, que a pesar de que la causa estaba perdida, Juan A. Hernández, entró a suelo mexicano para jugarse su última carta, con la resultante que perdió la vida.

El remanente

Para 1916, todos los exiliados en España estaban enterados que Huerta había fallecido, y que Blanquet y Mondragón habían decidido jugar sus cartas por el bando de Félix Díaz exiliado en los Estados Unidos.

[24] "El consuegro del usurpador V. Huerta, ex general Juan B. Hernández, fue muerto en un combate, cerca de Esperanza", en *El Demócrata*, 10 de diciembre de 1915; y "Ha sido muerto el ex general Juan B. Hernández", en *El Pueblo*, 10 de diciembre de 1915.

A estas alturas, su moral estaba tan baja, que nada querían saber de aventuras contrarrevolucionarias, a más de que entre sus filas, no existía un líder que los aglutinara, protegiera y orientara. Para mayor desgracia, la hostilidad del pueblo español y la carencia de empleos los atormentaba. La única opción era regresar al Nuevo Mundo, quiere decir, a los Estados Unidos, a Cuba, a algunos países de América Central, y aun a México, lo cual, así fue. Ante ello, el flujo de mexicanos se repitió, aunque ahora en sentido inverso. Al igual que sucedió con Huerta y su familia, dejaron la madre patria, derrotados y amargados. No todos fueron detectados por el sistema de espionaje carrancista, debido a que sus nombres no causaban gran sobresalto. Además, al margen de la pacificación del país, que día con día era una realidad, a Carranza le interesaba resolver otros problemas, en particular, sortear las dificultades con los Estados Unidos, y contener las insinuaciones provocativas alemanas. Todo ello sin considerar sus planes de expedir una nueva Constitución Política, que a la postre le dio grandeza y un lugar prominente en la historia.

Luis G. Pardo

Según Federico Gamboa, a Luis G. Pardo no le agradó mucho el exilio en España, y a mediados de julio de 1916 decidió trasladarse a México, afrontando todos los riesgos que implicaba. Gamboa reporta que el 4 de agosto atracó en los muelles de La Habana un barco con Luis G. Pardo a bordo, acompañado de su hermana María, ya viuda y una hijita (Gamboa, 1995: 389). Con la ayuda de su hermano Rafael, soñaba encontrar un empleo en México, pero apenas desembarcó en Veracruz, fue aprehendido. Gerzayn Ugarte, secretario particular de Carranza, dirigió un *memorandum* a la Secretaría de Relaciones Exteriores, para comunicar lo siguiente:

> El Coronel Gonzalo G. de la Mata, Jefe de las Armas en Veracruz, avisa al C. Primer Jefe que aprehendió a su llegada a dicho Puerto procedente de

> La Habana, al licenciado Luis G. Pardo, que desempeñó el cargo de Ministro de México en el Japón.[25]

Según Gamboa, el delito de Luis G. Pardo fue servir a su patria en el extranjero, y no haber hecho nunca política (Gamboa, 1995: 392). Se ignora en qué momento quedó en libertad, pero el 18 de junio de 1917, el vapor *María Cristina* tocó costas cubanas rumbo a España, y en él viajaba Luis G. Pardo. Contra su voluntad, regresaba al exilio. Se dirigía a España para reunirse con su familia (Gamboa, 1995: 389, 392 y 477). Pero algo cambió en México. Gabriel Rosenzweig afirma que entre 1917 y 1920 entró y salió del país un par de veces sin ser molestado (Rosenzweig, 2012: 1501).

Manuel M. Guasque

Manuel M. Guasque, es un caso especial sobre el cual vale la pena referirse. Ocurre que el 1 de junio de 1916, procedente de Nueva Orleans, el general pasó por La Habana, y visitó a Federico Gamboa. Se ignora si intervino en el movimiento de Félix Díaz que estalló cuatro meses antes, en febrero para ser exactos. Gamboa lo describió como una persona alicaída y neurasténica (Gamboa, 1995: 364). Después de un saludo fraternal, el general se embarcó rumbo a España, un país del cual huían los mexicanos. El primero de noviembre de 1917, Manuel M. Guasque se dirigió a Carranza, para narrarle muchas cosas. Haber sido general brigadier del extinto ejército federal; servido al gobierno de Huerta como Jefe de su Estado Mayor; Inspector General de Policía, cargo del cual fue removido a los treinta y tantos días por rehusarse a obedecer órdenes que no eran de su atribución. En su abono, afirmó haber auxiliado a más de una persona perseguida durante la administración huertista, como fue el caso de Vicente G. Gutiérrez, Agente General de Fletes y Pasajes de los Ferrocarriles Constitucionalistas.

[25] Gerzayn Ugarte al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, México, 10 de agosto de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente 16-3-71 (11), fol. 222.

Pero luego dijo algo que era desconocido: que desde agosto de 1917 vivía en Cuba. Al restablecerse el orden constitucional, sus sueños eran regresar a México, razón por la cual encomendó a su hijo, Manuel Guasque Jr. que realizara las gestiones necesarias para repatriarse. Su hijo se acercó al licenciado Roque Estrada, quien le manifestó que haría las gestiones conducentes, siempre y cuando no hubiera intervenido en algún acto contrario a la moral, que con tanta frecuencia se registraron durante el huertismo. Guasque pidió autorización para entrar a México en completa libertad y no ser juzgado, ya que en su vida nada reprobable realizó. Todo indica que Roque Estrada le dio señales positivas, y el ex general abandonó Cuba, llegando a México el 18 del mismo mes. Inmediatamente acudió a las oficinas de Roque Estrada para expresarle su agradecimiento, y ponerse a sus órdenes. Guasque afirmó que desde su llegada a México había vivido en forma tranquila y pacífica. A sus 53 años las enfermedades lo aquejaban, entre ellas la neurastenia, dispepsia, gastralgia y reumatismo. No obstante lo azaroso de su situación, afirmó que su vida y su moral era intachable, lo cual siempre le hizo abrigar la esperanza de regresar a México para pasar los últimos años de su vida, al lado de su familia.[26]

Gonzalo C. Enrile

En mayo de 1917, el encargado de Negocios *ad interim* en La Habana, Alberto L. Franco, se comunicó con el secretario de Relaciones Exteriores, para informarle que en el vapor *Alfonso XIII* procedente de España, y con destino a Veracruz, viajaba el ex coronel federal Gonzalo C. Enrile, un sujeto peligroso que llegó a insultar a Isidro Fabela y a Gonzalo Travesi. Enrile viajaba con pasaporte y documentos proporcionados por un cónsul en España, que pudo haber sido Sánchez Azcona, o bien Inocencio Arreola. Como aún no concluía la Primera Guerra Mundial, el informante sugirió no perderlo de vista ya que

[26] Manuel M. Guasque a Venustiano Carranza, México, 1 de noviembre de 1917, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.119.13422.1.

estuvo en connivencia con los alemanes, quienes le proporcionaron cartas de recomendación y dinero. Al tocar La Habana, Enrile bajó a tierra y se entrevistó con algunos mexicanos en el *Hotel de la Unión*, entre ellos, el general Luis Medina Barrón y otros. Sobra decir que, puesta sobre aviso, la policía cubana lo mantuvo vigilado. Al ser considerado enemigo del constitucionalismo, Alberto L. Franco sugirió que al llegar a Veracruz el vapor *Alfonso XIII*, no se le perdiera de vista.[27]

Gumersindo Enríquez

El 3 de agosto de 1919, procedente de España, atracó un vapor en las costas de La Habana. Lo notable fue que en él viajaba Gumersindo Enríquez con destino a México. Atrás quedó su destierro en Barcelona. Sus hijos tramitaron su retorno a su patria. Viejo, triste, atemorizado, ya no podía más con el destierro. No obstante que el vapor tardaría uno o dos días en levantar anclas, apenas saludó a Federico Gamboa, para narrar sus amarguras y desgracias, regresó al barco, y ahí durmió. No quiso ver a nadie más. Su anhelo era estar en México con los suyos (Gamboa, 1995: 616-617).

Rodolfo Gaona

En 1919, Rodolfo Gaona tuvo noticias de que el gobierno mexicano había levantado el veto a las corridas de toros. Efectivamente, Carranza derogó el decreto que por varios años privó a la afición mexicana de la fiesta brava. Para mayor suerte, el presidente Adolfo de la Huerta brindó amplio apoyo al espectáculo y ofreció toda clase de garantías para que Gaona retornara a México. En 1920, amargado por la actitud del público madrileño que juzgó en forma injusta su vida privada, preparó su retorno a México. Juró no volver a torear en España. El califa

[27] Alberto Franco al secretario de Relaciones Exteriores, La Habana, 5 de mayo de 1917, en el AHDGE/SRE, expediente 17-8-75; *Revista Mexicana*, San Antonio Texas, núm. 100, 5 de agosto de 1917.

de León abordó el ferrocarril en Madrid, junto con su esposa, Enriqueta Gómez, y un hijo. Al cruzar la frontera española, asomó a su hijo por una ventanilla y le dijo: "¡Da el adiós a la tierra en que naciste, porque no volverás más!". Gaona tenía los ojos empañados en lágrimas. En España gozó de innumerables triunfos, pero también fue víctima del infortunio. La travesía que siguió fue Francia, luego Nueva York, y el 18 de octubre de 1920, después de seis años de ausencia, Gaona pisó suelo patrio (Padilla, 1987: 316-319). Para su fortuna, el público no lo había olvidado y, asimismo, nadie le reprochó su amistad con Huerta. Al año siguiente, intervino en los festejos del Centenario de la Independencia de México. En esta ocasión, y en otras más, lidió sendos bureles para el beneplácito de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles. Sobre su amistad con Huerta, dijo algo que parece ser cierto:

> El general Victoriano Huerta me buscaba. Le gustaba conversar conmigo y que la gente nos viera juntos. Esto hizo que algunos, equivocadamente, me creyeran su partidario. La amistad con Huerta, aunque superficial, me costaría a la postre la destrucción de mi casa de las calles de Puebla y la confiscación del dinero que tenía en México (Padilla, 1987: 305).

Ignacio Montes de Oca

En 1920, el obispo de San Luis Potosí, Ignacio Montes de Oca, vivía en Roma en calidad de residente en la Academia Eclesiástica de Nobles. Deseoso de regresar a su patria, con 80 años encima, se trasladó a España, y el 30 de julio de 1921 tomó un barco en Cádiz. El 12 de agosto desembarcó en Nueva York muy enfermo, y ocho días después, falleció, sin lograr pisar tierra mexicana (Valverde y Téllez, 1949: 101).

Manuel Rodríguez Lozano

Gabriel Rosenzweig afirma que Manuel Rodríguez Lozano y Carmen Mondragón regresaron a México en 1921 (Rosenzweig, 2012: 1518-1519). El exilio de Rodríguez Lozano en España fue circunstancial, atribuido

a los deseos de su esposa, Carmen Mondragón, y de su suegro. Al año siguiente, concretamente el 13 de marzo de 1922, Rodríguez Lozano, quiso reingresar al mundo diplomático. Adujo haber sido examinado, y aprobado por el Jurado designado en la época de Francisco I. Madero. Para convencer al Secretario de Relaciones Exteriores del gabinete de Álvaro Obregón, argumentó que la Ley Orgánica del Cuerpo Diplomático contemplaba la realización de las justas aspiraciones de quienes deseaban dedicarse al mundo diplomático. Pero a diferencia del año 1911, cuando su ingreso fue casi instantáneo a la fecha de su petición, en esta ocasión le dijeron que no era posible. No lo era debido a que las calificaciones obtenidas en esa época fueron bajas, tanto que, convertidas a la escala numérica vigente, estaban muy por debajo del promedio necesario.[28]

Joaquín Maass

Estando en tierras europeas, Joaquín Maass tuvo noticias sobre el derrumbe del gobierno de Huerta, la rendición del ejército federal, y de su licenciamiento. Considerando que si regresaba a su patria podría sufrir represalias de parte del gobierno presidido por Carranza, permaneció en el Viejo Mundo. Tiempo después, pasó a radicarse a los Estados Unidos. Atento a lo que sucedía en México, en 1920 aprovechó la amnistía decretada por Álvaro Obregón, y regresó (Sánchez Lamego, 1952: 58-59).

Alberto Quiroz

Según Alfonso Taracena, en 1923, el ex general Alberto Quiroz, vivía en una localidad llamada Central Baragúa, Cuba (Taracena, 1992: 153).

[28] Manuel Rodríguez Lozano a la Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 13 de marzo de 1922, y la respuesta de la citada Secretaría fechada el 22 de marzo del mismo año, en el AHDGE/SRE, expediente 4-30-113, fols. 57 y 58.

Se trata del yerno de Huerta, casado en Barcelona con Elena. Todo indica que no regresó a México ya que fue asesinado.

Gabriel Huerta

Gabriel Huerta apareció en París, apersonándose en la Legación mexicana cuyo titular era Luis Quintanilla.[29] Como es sabido, estuvo implicado en algunos de los asesinatos registrados durante el huertismo. En concreto, se le acusaba de intervenir en la detención y asesinato de Belisario Domínguez (Mellado, 1914: 106). Otra víctima con la cual se le involucraba fue en el asesinato del ex gobernador del Distrito, Enrique Cepeda (Mellado, 1914: 137-138). Fue egresado del Colegio Militar, y lo que es más: fue compadre de Victoriano Huerta. Naturalmente, ocupó un lugar importante en el engranaje gubernamental, llegando a ser Jefe de la Policía Reservada, y también se dice que estuvo en el Departamento del Estado Mayor de la Secretaría de Guerra. En su afán de denostarlo físicamente, Guillermo Mellado afirma que se trataba de una persona de estatura baja, deforme, rechoncho, mofletudo, de abdomen pronunciado y patizambo (Mellado, 1914: 9-10).

Para el 27 de abril de 1915, Gabriel Huerta vivía en San Salvador.[30] En el mes de noviembre de 1919, le escribió a Venustiano Carranza, para narrarle a su manera, su historia personal. Le espetó que durante la administración de Victoriano Huerta alcanzó el grado de general brigadier, que fue diputado, y que ejerció el cargo de Jefe de la Policía Reservada. Aseguró que nada tuvo que ver en el llamado cuartelazo de la Ciudadela, ni en el asesinato de Francisco I. Madero. Con motivo de la caída del gobierno de Huerta, salió de México dirigiéndose a Europa, pero a los pocos meses, regresó al Nuevo Mundo,

[29] Luis Quintanilla a Juan Sánchez Azcona, París, 16 de septiembre de 1914, en el AHDGE/SRE, expediente 343, fols. 287 y 290.

[30] Julio Falomir a Venustiano Carranza, San Salvador, 27 de abril de 1915, en el CEHM-CARSO, expediente XXI.37.4011,1.

concretamente a Centro América, dedicándose al ejercicio de trabajos particulares. Adujo que durante los últimos cinco años, jamás intervino en alguna actividad contraría al régimen constitucionalista. Por las razones expuestas, solicitaba la amnistía para regresar a México.[31] Como no tuvo repuesta, insistió al año siguiente. El 24 de marzo de 1920, Gabriel Huerta le escribió a Hilario Medina, subsecretario de Relaciones Exteriores, y Encargado del Despacho, recordándole que se había trasladado a Tegucigalpa, Honduras, y solicitaba ser amnistiado para regresar a México. Un funcionario de la embajada mexicana en Honduras, cuyo nombre resulta ilegible, afirmaba que, durante su estancia en Tegucigalpa, la conducta de Gabriel Huerta había sido intachable, que jamás criticó al gobierno mexicano, ni propaló noticias adversas. Incluso, cuando la prensa difundió noticias alarmantes que presagiaban una ruptura de las relaciones entre México y los Estados Unidos, Gabriel Huerta fue uno de los primeros mexicanos que se presentaron en la Legación, ofreciéndose a cooperar en la defensa del país.[32]

Fernando Pimentel y Fagoaga

En 1921, Pimentel y Fagoaga, prominente financiero, ex presidente del Ayuntamiento de México, y director del Banco Central, entre otros cargos de alto nivel, tenía su residencia oficial en Madrid.[33] A la par de moverse en el mundo de los negocios en España, tuvo una activa actividad política de la cual dio cuenta Pablo Macedo. Por tales razones, se llegó a afirmar que fungía como comisionado de un grupo de capitalistas mexicanos radicados en Europa para proporcionar apoyo

[31] Gabriel Huerta a Venustiano Carranza, Tegucigalpa, noviembre de 1919, en el AHDGE/SRE, expediente 11-18-6.

[32] Texto de Gabriel Huerta reenviado por T. Franco a Hilario Medina, México, 24 de marzo de 1920, en el AHDGE/SRE, expediente 11-18-6.

[33] Teodomiro L. Vargas, Certificado de Matrícula No. 7, Servicio Consular Mexicano, Madrid, 26 de febrero de 1921, en el AHDGE/SRE, expediente 408, fol. 117. También ver el expediente 406, fol. 126.

pecuniario a Félix Díaz. A finales de 1923, había regresado a México, y supuestamente seguía apoyando a Félix Díaz en su cruzada contrarrevolucionaria, lo cual resultaba un tanto absurdo ya que éste se había amnistiado. Se dice que Pimentel y Fagoaga tenía su despacho en la Avenida Isabel la Católica (Liceaga, 1958: 759-760). Pero a su retorno del exilio, México había cambiado y su éxito en el mundo de los negocios, palideció. Sus contactos y relaciones, al igual que ocurrió con otros miembros de su generación, se convirtieron en cosa del pasado. Agobiado por el desastre, y en la ruina completa, se suicidó. El 16 de abril de 1929 fue hallado muerto en una barranca cerca de la capital (Creel, 1998: 24; *Colección de las efemérides*, 1950: 699).

Rafael Galindo y Josefa Sanz de Solórzano

El violinista Rafael Galindo, quien compuso una de las versiones de *Los Aires Nacionales* que tanto gustó a Huerta, vivía en Madrid, y se afirma que regresó a México en 1921. Por ende, estuvo desterrado siete años. Por no comulgar con el nuevo régimen, Josefa Sanz de Solórzano y siete hijos, vivían en San Sebastián. Ricardo Rendón Garcini asegura que justo en 1921, regresó a México con sus siete hijos presta para recuperar sus propiedades (Rendón Garcini, 1984: 300).

La colonia mexicana en los años veinte

El censo de Antonio I. Villarreal, levantado en 1912, consignaba 167 mexicanos inscritos en nueve consulados de España. Al considerar a sus familiares, su número se eleva a 233. De cualquier forma, las cifras alusivas a los familiares son incompletas. No todos las proporcionaron. Mediante el uso de diversas fuentes, en esta investigación se detectaron 78 huertistas llegados a España entre julio y agosto de 1914, pero es probable que el número se eleve al centenar. Por desgracia, tampoco fue posible considerar a sus familiares. Pero qué sucedió con ellos, una vez que Huerta abandonó la madre patria rumbo a los Estados Unidos. Se ha mostrado que casi todos regresaron al Nuevo Mundo, a los Estados Unidos, Cuba, América Central, y otros a México. Pero cuántos se quedaron en la península, huertistas y no huertistas. Como se verá más adelante. Unos cuantos. Para 1921, nueve consulados reportaron que había 264 mexicanos. Para variar, algunas cifras contemplaban a los familiares, pero otras, no. A lo expuesto había que agregar que a algunos mexicanos jamás les interesó registrarse en los consulados. La causa: su antipatía ante las nuevas autoridades en México. Otro dato relevante radica en que, de los mexicanos registrados, un centenar estaba concentrado en Madrid, y en San Sebastián 47. Por ende, aquí tenía su residencia más de la mitad. En Barcelona vivían 35 mexicanos,

y el mismo número en Bilbao; en Málaga 19 al igual que en Valencia; en Sevilla siete y en Gijón dos.[1]

De los 264 mexicanos, ¿cuántos eran huertistas? La respuesta es: contados. Otro dato radica en que se trataba de intelectuales que formaron parte del equipo consular que estuvo al servicio de Huerta y de gobiernos anteriores. Trabajaban en la Comisión Cultural Mexicana con sede en Madrid, creada por el gobierno mexicano para realizar investigaciones de índole histórica en el Archivo de Indias, en Sevilla. Entre Madrid y Sevilla existe cierta distancia lo cual los obligaba a trasladarse de una ciudad a la otra. Pero quiénes eran los intelectuales de marras. Veamos: al ser disuelto el cuerpo consular en 1914, Francisco A. Icaza, se quedó cesante. Para sobrevivir, se refugió en la literatura y el periodismo. En 1919 viajó a México para intentar recuperar su sitial en el mundo diplomático. Después de veintinueve años de servicio, consideraba justo que le reconocieran sus méritos. Sus gestiones tuvieron éxito y en 1921 fungía como Jefe de la Comisión Cultural Mexicana. Nadie le achacó su pasado (Castillo, 1980: 40; Huerta, II, 2000: 23). En la misma Comisión trabajaba María Enriqueta Camarillo en calidad de secretaria. Salvo en los inicios de su llegada a España, cuando las cosas fueron complicadas, la buena suerte acompañó a Alfonso Reyes. En sus escritos asegura que se codeó con la crema y nata de la intelectualidad española. Nada de estrecheces. Con el paso del tiempo, el gobierno revolucionario pasó por alto que estuvo al servicio de Huerta, en París concretamente, y en 1920 lo designó Segundo Secretario de la Legación de México en Madrid. Ni más ni menos, que reingresó al mundo diplomático. A propósito de ello, Rodolfo Reyes le comentó a Francisco León de la Barra, que no podía oponerse a la invitación que le hizo Miguel Covarrubias, secretario de Relaciones Exteriores del presidente Adolfo de la Huerta, a su hermano Alfonso, para que reanudara su carrera diplomática. No

[1] Servicio Consular Mexicano, *Mexicanos residentes en los consulados de España: 1921*, en el Archivo Histórico Diplomático, Secretaría de Relaciones Exteriores. Consultar el legajo 406 con los folios siguientes: 33, 34, 39, 41, 45, 47-51, 62-63, 65, 67 y 117.

tenía derecho a obligarlo a que siguiera sus pasos.[2] En 1921, Alfonso Reyes vivía en Madrid, con su esposa Manuela Mota, y su hijo Alfonso Reyes Mota. Oficialmente aparece registrado como diplomático. Rafael Castillo reafirma que Alfonso Reyes trabajaba en la mencionada Comisión Cultural al igual que Artemio del Valle Arizpe. Sólo que eran ayudantes (Castillo, 1980: 100-101). A su vez, Manuel Toussaint Ritter, también fungía como secretario de la citada Comisión.

Al margen de la Comisión Cultural Mexicana, en Madrid vivía Carlos Pereyra, registrado en el consulado como escritor, y su esposa, la mencionada María Enriqueta Camarillo. Como se recuerda, se trataba del ex ministro de México en Bélgica. Sin provocar gran ruido, el violinista Rafael Galindo también estaba domiciliado en Madrid. En la misma ciudad vivía Luis G. Urbina, un desertor del huertismo y, por ende, carrancista por conveniencia. Allá por el mes de julio de 1920, gracias a las influencias de Juan Sánchez Azcona, Héctor Casasús ingresó al cuerpo diplomático. Como es sabido, su familia fue cercana a Porfirio Díaz y al desencadenarse el movimiento armado, se exilió. Sánchez Azcona olvidó su estigma porfirista, y lo incrustó en las filas del nuevo personal político. Con cierta ironía, Alfonso Reyes llegó a decir, que desde que lo conoció, Héctor mostraba sumo interés en relacionarse con la sociedad española, para lo cual le ayudaba su trato afable (Tello Díaz, 1993: 242). Para 1921, vivía en Madrid, ostentándose como diplomático, junto con su esposa, Celia Busch (Tello Díaz, 1993: 181 y 242).

En Madrid vivían también los toreros Salvador, Alfredo y Luis Freg, junto con su hermana Elvira, quienes tuvieron una larga estancia en la madre patria, que superó en varios años a la de Rodolfo Gaona. Guillermo Prieto Padilla afirma que Luis llegó a España en 1911 para recibir su primera alternativa en el ruedo de Plascencia, y permaneció ahí hasta el año de 1932, en que se despidió del público en la plaza Monumental de Barcelona. Luis Freg, *Don valor,* o el *Rey del Acero,*

[2] Rodolfo Reyes a Francisco León de la Barra, Bilbao, 26 de junio de 1920, en el CEHM-CARSO, expediente X-1.11.1286.1.

como le llamara la crítica taurina, no dejó un solo año de actuar en las plazas hispanas. El torero mexicano, que regó con su sangre no pocos ruedos, pasó más de dos décadas por aquellas tierras. De sus hermanos, no se supo mucho, salvo Miguel que murió al calor de una corrida (Padilla, 1987: 348-349). A la lista habría que agregar una docena de comerciantes, una quinteta de propietarios, entre otros.

Cuadro 10
Algunos mexicanos residentes en Madrid: 1921

Nombre	Ocupación
Agustín Ballesteros Paredes	Comerciante
Juan A. Beistegui	Propietario
Juan Francisco Beistegui e Iturbe	Propietario
Carlos Beistegui e Iturbe	Propietario
Héctor Casasús	Diplomático
Celia Bosch de Casasús	Sus labores
Gerónimo Calera	Comerciante
José Cortina Estrada	Comerciante
Salvador Calvet	Comerciante
Luis Eguía Irisari	Propietario
Manuel Eugui	Comerciante
Sandalio Eugui	Comerciante
Humberto Esquivel Medina	Escritor
Manuel Escandón y Barrón	Propietario
Luis Freg	Torero
Salvador Freg	Torero
Alfredo Freg	Torero
Rafael Galindo	Violinista
Francisco A. de Icaza	Jefe de la Comisión Cultural Mexicana
Ana Icaza y León	Sus labores

Guillermo Jiménez	Canciller del Consulado
Manuel Lourdes Hernández	Escribiente de la Legación
Pablo Martínez del Río	Comerciante
Alfonso Noriega	Comerciante
Carlos Pereyra	Escritor
María Enriqueta Camarillo	Secretaría de la Comisión Cultural Mexicana
Fernando Pimentel y Fagoaga	Financiero
Alfonso Reyes	Diplomático
Diego Redo	Industrial
Manuel Toussaint Ritter	Secretario de la Comisión Cultural Mexicana
Luis G. Urbina	Escritor
Artemio del Valle Arizpe	Diplomático
José Sánchez Ramos	Comerciante
Ignacio Vidaurreta	Comerciante
Francisco Zorrilla y Castilla	Comerciante

Fuente: El cónsul Teodomiro L. Vargas, "Lista de mexicanos residentes en el consulado de Madrid", 9 de julio de 1921, en el AHDGE/SRE, expediente 406, fols. 47-51.

A diferencia de los anteriores, Rodolfo Reyes vivió en San Sebastián. Ahí convivió con los ex ministros Adolfo de la Lama y Manuel Mondragón. Definió al primero, como una persona inteligente y de nobles sentimientos, y al segundo, como una persona simpática, pero agobiado por sus achaques y dolencias (Reyes, 1948: 33). En octubre de 1916, Rodolfo trasladó su residencia a Madrid. La Primera Guerra Mundial generó un notable desarrollo industrial y financiero en Bilbao, y Rodolfo estuvo ahí. Qué hizo. Según sus propias palabras: se abocó al ejercicio de actividades industriales y comerciales (Reyes, 1948: 45-448; González Navarro, III, 1994: 379-381). De su vínculo con Victoriano Huerta, nada, de su calidad de redactor del Plan de la Embajada, nada, de su calidad de ministro de Justicia, nada. Oficialmente, en 1921 seguía viviendo en Bilbao con su esposa Carmen Morales, y cuatro hijos:

Bernardo, Rodolfo, Roberto y Fernando. En sus memorias, exuda un hispanismo delirante. Rodolfo no quiso hablar de los mexicanos que aquí vivían agobiados por múltiples problemas para sobrevivir. Fue quizás, uno de los expatriados más exitosos en el terreno profesional.

Mención especial merece el ex cónsul de San Sebastián, José Arce e Hijar, jalisciense de nacimiento, que después de su cese, se quedó a vivir aquí. Para entonces tenía medio siglo de vida.

Algunos fallecidos

Hubo personajes que por distintas razones ya no regresaron a México. Uno de ellos fue Rafael Chousal, secretario particular de Porfirio Díaz, testigo privilegiado de muchas de las decisiones tomadas por su jefe durante más de tres décadas que dirigió el país. Hizo gala de su lealtad hacia su jefe, lo siguió en el destierro, y envejeció a la par que él. Para 1916 estaba internado en el Sanatorio Mondragón, en Guipúzcoa, cerca precisamente de San Sebastián. Murió el 5 de febrero de 1916, sin regresar a México (Tello Díaz, 1993: 48). Otro fue Pablo Macedo quien vivió una corta temporada en París, y el 26 de junio de 1914 desembarcó en Santander con su familia, radicándose en Madrid. Como es sabido, fue uno de los pilares del grupo de los "científicos", comandado por José Yves Limantour. Su filiación porfirista explotada con encono, le significó su olvido casi total. Sus méritos en el terreno financiero e industrial fueron escatimados. Llegó a la madre patria agobiado por el derrotero que asumía México en manos de los revolucionarios, al grado de provocarle una severa depresión. A los cuatro o cinco años de vivir en el destierro, perdió la batalla contra la vida, y falleció el 25 de diciembre de 1919 de neumonía.[3] A la lista de los fallecidos habría que agregar el general Manuel Mondragón, radicado en San Sebastián junto con su esposa Mercedes B. de Mondragón, y sus hijos Manuel y Teresa.

[3] Algunas fuentes aseguran que falleció en el año de 1919. Véase: *https://gw.geneanet.org/sanchiz?lang=es&n=macedo+gonzalez+saravia&oc=0&p=pablo.*

Colofón

Según Francisco L. Urquizo, en los años veinte, los mexicanos residentes en Madrid eran unos cuantos. Incluía a los diplomáticos de la Legación de México, tres militares exiliados: los generales Alfredo Rodríguez, que fue jefe del Estado Mayor del general Pablo González, Francisco P. Mariel, Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina, y el propio Urquizo. A ellos habría que agregar cuatro o cinco estudiantes de los cuales dos estudiaban medicina, uno ingeniería y dos pintores, más algunos artistas de teatro y toreros que con frecuencia viajaban a la península para hacer sendas temporadas. Si acaso, había dos o más personas que radicaban en forma permanente ahí. Otro rasgo que advirtió fue que no había contacto entre ellos. Los diplomáticos o miembros del cuerpo consular tenían su mundo aparte. Miguel Alessio Robles era el ministro; el primer secretario, nada menos que Alfonso Reyes; y el segundo, Artemio del Valle Arizpe; más Guillermo Jiménez, adscrito al consulado. Los cuatro eran escritores, actividad a la cual se dedicaban la mayor parte del tiempo. Urquizo se preguntaba: ¿Por qué la costumbre de la diplomacia mexicana, y latinoamericana, de enviar escritores y poetas a ocupar tales puestos? (Urquizo, 1961: 1035-1036).

Finalmente, cabe señalar que el exilio de los mexicanos en España pasó desapercibido. Casi nadie se interesó en ellos. No vieron en los mexicanos potencial contrarrevolucionario alguno, o no lo quisieron ver. Salvo las notas periodísticas que rastrearon los pasos seguidos por Huerta, los restantes fueron ignorados. Los estudios disponibles en la madre patria sobre la época aluden a los estragos sufridos por los españoles en México en sus vidas y propiedades, y nada más. A la madre patria le interesaba Europa, y la Primera Guerra Mundial. De sus antiguas colonias, nada, o casi nada.

El destino de la familia Huerta

Pero cuál fue el destino de la familia de Victoriano Huerta. Evidentemente no regresó de inmediato a México. Tanto fue el encono que se le tenía, que podía resultar linchada. El 28 de febrero de 1916, poco más de un mes de fallecido su esposo, el cónsul carrancista en La Habana, Antonio Hernández Ferrer, informó que Emilia Águila había llegado a la Isla procedente de los Estados Unidos, acompañada de su yerno Luis Fuentes. Como si se tratara de una persona peligrosa, el cónsul prometió vigilar cada uno de sus movimientos.[1] Para Emilia Águila, su peregrinar iniciado en julio de 1914, había llegado a su fin. Junto con sus hijos, acompañó a su esposo a Jamaica, Londres, Santander, Cádiz, Madrid, Barcelona, y finalmente Nueva York y Texas. Unos siete meses en Europa, y el resto del tiempo en los Estados Unidos. A raíz de la muerte de su esposo, se trasladaron a Cuba, lugar en el cual estuvieron varios años, a la espera de que la maledicencia en su contra disminuyera.

[1] Antonio Hernández Ferrer al director general de consulados, La Habana, 28 de febrero de 1916, en el AHDGE/SRE, expediente L-E-798.

Cuadro 11
Posible derrotero de Huerta y de su familia

Concepto	Fecha
Salida de la Ciudad de México	15 de julio de 1914
Llegada a Puerto México	17 de julio de 1914
Salida hacia Kingston, Jamaica, en el vapor *Dresden*[a]	20 de julio de 1914
Llegada a Kingston, Jamaica[b]	24 de julio de 1914
Llegada de Huerta a Bristol, Inglaterra en el *Patia*[c]	16 de agosto de 1914
Huerta y su familia de visita en Londres[d]	17 de agosto de 1914
Llegada del vapor *Buenos Aires* al puerto de Cádiz, en el cual llegaba su hijo Víctor[e]	18 de agosto de 1914
Retorno de Huerta a Bristol[f]	24 de agosto de 1914
Hacia Santander[g]	24 de agosto de 1914
Llegada de Huerta a Santander[h]	27 de agosto de 1914
Huerta y Blanquet hacia Cádiz[i]	29 de agosto de 1914
Hospedaje de Huerta y Blanquet en Cádiz[j]	2 de septiembre de 1914
Huerta y Blanquet hacia Madrid[k]	4 de septiembre de 1914
Huerta ubicado en Barcelona[l]	20 de septiembre de 1914[a]
Boda de Elena Huerta Águila[m]	21 de diciembre de 1914
Visita de Franz von Rintelen[n]	Febrero de 1915
Visita de Enrique C. Creel[o]	Marzo de 1915[b]
Huerta sale de España por el puerto de Cádiz[p]	31 de marzo de 1915
Llegada de Huerta a Nueva York[q]	12 de abril de 1915
Salida de Huerta hacia Newman, Texas[r]	24 de junio de 1915
Aprehensión de Huerta[s]	27 de junio de 1915
Juicio contra Huerta	Julio de 1915 a enero de 1916
Fallecimiento de Huerta[t]	13 de enero de 1916[c]

Fuentes:
[a] George J. Rausch, Jr., "The exile and death of Victoriano Huerta", en *The Hispanic American Historical Review*, vol. 42, núm. 2, mayo de 1962, p. 133. También ver *ABC*, Madrid, 25 de julio de 1914.
[b] George J. Rausch, Jr., *op. cit*, p. 134.
[c] George J. Rausch, Jr., *op. cit*., p. 134.
[d] George J. Rausch, Jr., *op. cit*., p. 134.
[e] *ABC*, Madrid, 19 de agosto de 1914.
[f] George J. Rausch, Jr., *op. cit*, p. 134.

[g] El ministro de Estado al de la Gobernación de España en Madrid, San Sebastián, 21 de agosto de 1914, en el AHN-Madrid, legajo 2558.
[h] *ABC*, Madrid, 28 de agosto de 1914.
[i] *ABC*, Madrid, 30 de agosto de 1914.
[j] *Diario de Barcelona*, 2 de septiembre de 1914, p. 11816.
[k] *ABC*, 5 de septiembre de 1914, p. 17.
[l] *Heraldo de Madrid*, 20 de septiembre de 1914.
[m] *El Día Gráfico*, Barcelona, 22 de diciembre de 1914.
[n] George J. Rausch, Jr., *op. cit*., p. 134-135.
[o] Michael C. Meyer, en su libro *El Rebelde del Norte. Pascual Orozco y la revolución*, México, UNAM, 1984, p. 152, afirma que la visita de Enrique C. Creel a Huerta es cierta, y aporta como fuente, *U. S. Foreign Relations*, 1915, p. 827. Asimismo, la fecha aparece en un artículo del mismo autor, llamado "The Mexican-German Conspiracy of 1915", en *The Americas*, vol. 23, núm. 1, 1966, p. 81. Lo mismo sucede con Charles C. Cumberland, en *La revolución mexicana. Los años constitucionalistas*, México, F. C. E., 1983, p. 193.
[p] George J. Rausch, Jr., *op. cit*, p. 135.
[q] George J. Rausch, Jr., *op. cit*, p. 135.
[r] George J. Rausch, Jr., *op. cit*, p. 138.
[s] Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político*, México, Domés, 1983, p. 246, y George J. Rausch, Jr., *op. cit*, p. 139.
[t] Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político,* p. 255; George J. Rausch, Jr., *op. cit*, p. 150.

El linchamiento: una amenaza latente

En forma incidental o calculada, el primero de abril de 1915, cuando Huerta aún no había llegado a Estados Unidos, el diario *The Mexican Herald* difundió una noticia con un título llamativo: "Fueron recogidos los archivos del general Huerta. Las autoridades militares los descubrieron en una casa en la calle de Mina". El domicilio exacto era la calle citada con el número 29. Se dijo que se trataba de los archivos pertenecientes a Huerta y a Blanquet, y todo lo relacionado con el 29 Batallón, que los protegió en su salida de la ciudad de México hacia Puerto México. La persona que dio con el lugar en que estaban depositados los archivos fue el teniente coronel Eduardo Siqueiros, perteneciente al Ejército del Sur. Siqueiros recabó una orden de cateo de la casa, y con la autorización en la mano, penetró en ella, sin encontrar la menor resistencia. El licenciado Ignacio Olmedo, dueño de la casa, alegó que la documentación era suya, y para demostrarlo enseñó varias facturas. También se dijo que se encontraron numerosos muebles, al parecer propiedad del general Huerta. La nota periodística agregaba que seguramente la documentación revelaría muchos hechos ocurridos durante los diecisiete meses que Huerta estuvo en el

poder, así como del papel jugado por Aureliano Blanquet, su ministro de la guerra.[2] Al mismo tiempo, el diario dio a conocer que el gobierno de la Soberana Convención había incautado seis casas, propiedad de su familia. Se informó que las casas estaban a nombre de sus hijas, sobrinos, y otras personas. Una vez incautadas, las casas quedaron bajo el control de la Tesorería General de la Nación, presidida por Luis Zubiría y Campa. Entre paréntesis, dos casas ubicadas en la calle de Carpio, devengaban una renta mensual de 364 y 374 pesos; dos más en la calle de Galeana, 229 y 349; una en la calle de El Sol, 292, y la renta más elevada la generaba la casa ubicada en la calle de Factor, la cual se elevaba a 447 pesos. En total, la media docena de casas generaba una renta mensual de 2 095 pesos, ignorándose quien usufructuaba ese dinero. La misma dependencia prometió que en los días siguientes daría a conocer la situación de otras propiedades de la familia Huerta ubicadas en Tacuba y en Popotla. Pero hubo una duda. La nota decía que, al parecer, ya estaban intervenidas.[3]

Las citadas propiedades, más las incautadas por las fuerzas constitucionalistas, hacían ver que Huerta y su familia eran unos potentados, lo cual no es del todo cierto. Los hijos del ex mandatario estaban casados y tenían su casa propia. El archivo de marras jamás ha sido mencionado, y es probable que se haya tratado de una noticia falsa, lo cual no excluye que alguien lo tenga, o bien que haya sido destruido. El gobierno emanado de la Convención de Aguascalientes deambulaba por Cuernavaca y luego Toluca, con más pena que gloria, hasta quedar disuelto.

Llama la atención que Federico Gamboa, quien vivía en Cuba, no se haya referido en su diario a Emilia Águila ni a sus hijos. Fue parte del gabinete de Huerta, pero al igual que muchos exiliados, nada quería saber de él ni de su familia. Con el paso de los días, arribaron a la Isla

[2] "Fueron recogidos los archivos del general Huerta. Las autoridades militares los descubrieron en una casa en la calle de Mina", en *The Mexican Herald*, 1 de abril de 1915.

[3] "Las casas de la familia Huerta. El gobierno de la Soberana Convención se ha incautado seis casas", en *The Mexican Herald*, 27 de abril de 1915.

varios mexicanos que estuvieron exiliados en España con la novedad que le recetaron a la familia Huerta la misma indiferencia. Solidaridad con la familia de su ex jefe en desgracia, no la hubo. Posiblemente, su temor fue que Carranza se enterara de un reencuentro para tramar la contrarrevolución, pero nada de ello sucedió.

El 15 de junio de 1917, el encargado de negocios, Alberto C. Franco atizó más la hoguera. Informó que después de conferenciar con Maqueo Castellanos, Luis Medina Barrón y un tal Arozamena, más otros disidentes, Víctor Huerta hijo salió de Cuba rumbo a Nueva Orleans, con la finalidad de contactar a los grupos felicistas. El caudillo estaba en México tratando de derrocar a Carranza, y en los Estados Unidos solo permanecían quienes le enviaban provisiones y dinero. En realidad, Víctor Huerta no engrosó la causa felicista.[4] La campaña contra la familia de Huerta continuó. El 4 de julio de 1918, *El Demócrata* reportó que Victoriano Huerta y familia tenían más propiedades. Sin más ni más, afirmaba que, durante su gestión, Huerta compró unos terrenos en Pantitlán, propiedad de Arturo Braniff. Para mayores señas, los terrenos se ubicaban cerca del llamado Peñón Viejo. Con el fin de evitar que su nombre apareciera en la escritura, los puso a nombre de su esposa, Emilia Águila. Como la misión de la revolución era hacer justicia, se decía que los citados terrenos serían incautados de inmediato.[5] Pero tantas propiedades en manos de la esposa de Huerta provocan suspicacias, y más cuando en tales años, la prensa se caracterizaba por hacer señalamientos sin aportar pruebas de por medio. Bajo este entendido, Emilia Águila no se atrevió a regresar a México.

[4] Alberto Francos al director general de consulados, La Habana, 15 de junio de 1917, en el AHDGE/SRE, expediente L-E-1579.

[5] "Se repartirá un terreno de Huerta", en *El Demócrata*, 4 de junio de 1918.

La desincautación de bienes

El 12 de junio de 1920, el secretario de Hacienda, Salvador Alvarado firmó una circular en la cual hizo saber que el presidente substituto de la República, Adolfo de la Huerta, había ordenado la desintervención de todos los bienes incautados. Para su logro, era necesario que los Departamentos de Bienes Intervenidos hicieran un llamado a los dueños de las propiedades incautadas durante el movimiento armado para que se presentaran a reclamarlas. Para gestionar la mencionada recuperación, debían comprobar su legítima adquisición, mediante un certificado expedido por el Registro Público de la Propiedad. Si se trataba de una propiedad de poco valor, bastaba con una prueba testimonial. Pero hubo una condición: el dueño debía renunciar ante dos testigos al reclamo por los daños ocasionados en la propiedad durante el periodo de intervención. Acto continuo se dijo que los dueños de los bienes incautados tenían un plazo de treinta días para hacerse presentes y realizar la reclamación. En compensación, les serían condonados los impuestos. Las fincas que quedaran pendientes de entregarse pasarían a ser administradas por el Departamento de Bienes Nacionales de la Secretaría de Hacienda, y por las Jefaturas o Administraciones del Timbre de los Estados. Pero a continuación vino algo que golpeaba más a la familia de Huerta. Se expresó que todos los afectados tenían derecho a recuperar sus propiedades, salvo la familia de Victoriano Huerta, y otros más. En concreto, quedaban excluidos los bienes de Victoriano Huerta, Emilia Águila de Huerta, Elena Huerta, Jorge Huerta, Berta Sada de Huerta, Eugenio Paredes, que integraban el clan del ex presidente. Ellos quedaban fuera de la generosa medida gubernamental dictada por el presidente Adolfo de la Huerta. La lista restrictiva incluía también las propiedades de Félix Díaz, Francisco Villa, José María Maytorena; más las haciendas de Chapingo, propiedad del general Fernando González, y la llamada Xico y Anexas, del español Íñigo Noriega, debido a que el gobierno tenía planeado utilizarlas para fundar colonias agrícolas, obreras, y de mendicidad. Es probable que la familia de Huerta se enterara de

semejante medida, pero nada podía hacer. Casi todos los enemigos de la causa podían recuperar sus bienes, pero ellos, no.[6]

El retorno de la familia a México

Pero tarde o temprano, la familia de Huerta regresó a México. Lo hizo cuando las aguas agitadas se habían tranquilizado. Emilia Águila y su familia salió de México en julio de 1914, sin saberse la fecha de su regreso, aunque pudo ser durante el callismo o el cardenismo. Se ignora si hubo alguna petición especial al gobierno mexicano, o bien regresaron bajo su propio riesgo. La literatura disponible no reporta el hecho, ni que haya habido escándalo alguno, al igual que sucedió con la viuda de Porfirio Díaz, Carmen Romero Rubio, quien regresó en noviembre de 1934. Emilia Águila regresó junto con sus hijos y vivió en el anonimato absoluto sin que nadie se percatara. Tampoco reclamó sus propiedades ni las de sus hijos.

El 14 de enero de 1940, salió a la luz pública que Emilia Águila había fallecido. Dos días más tarde, el día 16 fue sepultada en el Cementerio Francés. Por ende, ya vivía en México aguantando en silencio los embates de los detractores de su extinto esposo, que se contaban por miles. No obstante, la prensa hizo una semblanza enaltecedora de su persona. Expresó que, durante toda su vida, la señora Emilia Águila fue una dama virtuosa que conquistó el cariño y la gratitud de muchas familias para quienes siempre tuvo palabras de aliento. Asimismo, la citada dama tuvo rasgos de caridad y abnegación. Al sepelio asistieron el general Benjamín Camarena, el también general Ignacio Corona, que más bien pudo ser Ramón Corona, los doctores Octavio y Joaquín Maass, ingenieros Roberto, Joaquín y Armando Maass, Carlos Águila, sus yernos Enrique Pimienta y Luis Fuentes, entre otras personas. Como se recuerda, los Maass eran descendientes

[6] *Diario oficial de los Estados Unidos Mexicanos*, 17 de junio de 1920, p. 262; y Toribio Esquivel Obregón, *Desde el exilio: correspondencia de Toribio Esquivel Obregón, 1914-1924*, Estudio introductorio y selección de Mónica Blanco, México, INEHRM, 2005, pp. 366-367.

de una de las hermanas de la recién fallecida.[7] El 20 del mismo mes fue asesinado el líder revolucionario ruso, León Trotsky, acaparando la atención de todo el mundo. El sepelio de Emilia Águila no fue muy comentado. Pasó casi desapercibido.

El 26 de febrero de 1942 se difundió una extraña noticia que llama la atención. Refiere que el ciudadano mexicano Alberto Quiroz había sido asesinado en la provincia de Ciego de Ávila, en Cuba. La víctima trabajaba como Segundo Administrador del Ingenio Azucarero Baragúa, y el asesino, Francisco Pinillos, prestaba sus servicios como maquinista. Indignado por su cambio de un departamento a otro en la negociación, Pinillos acudió al despacho del Jefe de Locomotoras, Francisco Flamand, cubano, y en el intercambio de palabras, lo mató de dos disparos de pistola. En seguida, el agresor, se dirigió a la casa habitación del mexicano Quiroz, quien se encontraba comiendo en unión de su familia, y sin que mediara palabra alguna, disparó contra él, dejándolo muerto.[8] Pasó más de un año del asesinato para que los sobrinos de Alberto Quiroz se enteraran de su fallecimiento. Esto fue el 31 de mayo de 1943. Entre otras cosas, dijeron que en la última carta enviada por su tío Alberto, la cual databa de diciembre de 1941, les decía que se iba a casar con una mujer cubana, sin saber si realmente se llevó a cabo el aludido matrimonio. Pero hubo algo más. En su testamento, Alberto Quiroz dejó varias pólizas de seguros de vida en bancos americanos, y entre los beneficiarios figuraban sus sobrinos, uno de los cuales era Filiberto Quiroz.[9]

Resulta complicado saber ¿quién era Alberto Quiroz?, un mexicano avecindado en Camagüey, Cuba, cuyo nombre era un homónimo del yerno de Victoriano Huerta, casado en Barcelona con Elena, o bien era él. Si esto último fue cierto, en dónde quedó Elena Huerta. Se habían divorciado, o había fallecido. Pero lo que resulta más extraño fue que

[7] "Sepelio de la Sra. Emilia A. Vda. de Huerta", en *Excélsior*, 17 de agosto de 1940.

[8] Arturo Beteta al secretario de Relaciones Exteriores, La Habana, Cuba, 26 de febrero de 1942 en el AHDGE/SRE, expediente IV-1045-7.

[9] Filiberto Quiroz a Harvey F. Clover, Central Baragúa, Camagüey, Cuba, 31 de mayo de 1943, en el AHDGE/SRE, expediente IV-1045-7.

entre los beneficiarios de la fortuna del mexicano, apareció el nombre de Emilia Águila, nada menos que la viuda de Victoriano Huerta. Repetimos: la viuda. Le dejaba la suma de 35 dólares mensuales hasta completar la cantidad de 1 750. Para completar la citada cantidad se requerían 50 meses. El pago lo realizaría el Royal Bank of Canada.[10] Sea lo que sea, Emilia Águila viuda de Huerta había fallecido a mediados de enero de 1940.

El 22 de enero de 1944, se celebró una misa en la iglesia de San Rafael Arcángel, en la colonia San Rafael, en honor del eterno descanso del general Victoriano Huerta. Antes de las 13.00 horas, comenzó a llegar la familia y amigos, siendo recibidos por Jorge Huerta, su hijo. Entre las primeras personas que llegaron figuraron la esposa de Jorge, Berta Sada y cuatro de sus hijos: Dora, Berta, Victoriano, y Carmen Huerta, casada con Juan Antonio Garduño Serrano. También estuvo Víctor Huerta, y un Gustavo Huerta, posiblemente su hijo. A las personas citadas se agregaron Celia Huerta, quien como se recuerda, se casó con Enrique Pimienta Ruiz. También apareció María Elisa Huerta, cuyo esposo, Francisco Colom Prat, había fallecido. A las personas citadas se agrega una hija más de Huerta, llamada Eva Huerta de Calderón, Alfonso Fuentes, Joaquín Maass, José Luis Castro Maass, Carlos Rincón Gallardo, José Rincón Gallardo, Benjamín Camarena, Enrique Castillo y familia, José Sámano y familia, Amparo Pérez Gallardo de Morales, y otras personas más. El templo estuvo adornado de paños negros, y los sacerdotes lucieron ropajes fúnebres, en una ceremonia presidida por el reverendo José Guadalupe Palos (Taracena, 1977: 169-171). Salvo Benjamín Camarena, el resto de sus ex seguidores nada quisieron saber de Huerta.

[10] Alberto Quiroz a Harvey F. Clover, Central Baragúa, Cuba, 11 de agosto de 1940, en el AHDGE/SRE, expediente IV-1045-7.

La medusa: ¿mito o realidad?

Cuando Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, y otros partícipes de la Decena Trágica habían fallecido, entre los supervivientes del exilio en España, y aun en los Estados Unidos, se registró un suceso siniestro que hizo recordar el mito de la medusa en el cual, se dice, solían enroscarse en su cabeza cientos de serpientes abriendo sus enormes fauces. Al mito solo le faltó decir, que las serpientes amenazantes devoraban a quienes estaban a su alcance, y posiblemente, a sí mismas.[1] En la década de los veinte y posteriores, se registró algo parecido. Rodolfo Reyes, Félix Díaz, Manuel Mondragón, y otros personajes de menor calibre como Joaquín Maass, Luis Fuentes, entre otros partícipes de la Decena Trágica, sacaron la cabeza, lo cual dio lugar a que se recordara la vieja tragedia. Los supervivientes empezaron a hacerse trizas entre ellos, a devorarse, e inclusive, se lanzaron sobre los restos de sus ex aliados ya fallecidos.

El detonante pudo haber sido la investigación promovida por Calixto Maldonado al inicio de la administración de Álvaro Obregón (1920-1924). El tema central: los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez. El libro incluyó la lista elaborada por Salvador Alvarado a finales de 1914, que mencionaba los nombres de cada uno de los candidatos a ser sometidos a juicio por su participación en la

[1] Como se recordará, el mito fue mencionado por el diario *La Atalaya*.

Decena Trágica, en los referidos asesinatos, y por apoyar a Victoriano Huerta durante su gestión (Maldonado, 1922: 44-46). La intención de Calixto Maldonado era llamarlos a cuentas, y someterlos a juicio, lo cual quedó trunco. Obviamente que los supervivientes de la tragedia se alarmaron al verse nuevamente señalados con índice de fuego. Rodolfo Reyes, estaba en la lista fatídica. Se enteró del citado reinicio de las investigaciones, y en su condición de abogado, pudo haber regresado a México para encarar a Calixto Maldonado y compañía, e incluso acusarlo de difamación, pero no se atrevió. Manuel Mondragón se enteró, e intentó defenderse, pero su salud estaba flaqueando, y al poco tiempo falleció. A su vez, Félix Díaz, quien después de su intentona contrarrevolucionaria en México, regresó al destierro en los Estados Unidos. Analizó la situación, y es probable que haya considerado que no le convenía intervenir. Que lo mejor era callar.

Manuel Mondragón

Tal como se ha señalado, por su avanzada edad, y la degradación de su salud, Manuel Mondragón ya no pudo defenderse del escándalo desatado a raíz de la publicación del libro de Calixto Maldonado, ni de un artículo publicado en junio de 1922 cuyo título era:

> A Félix Díaz le ha resultado grave cargo. – El ex general Fuentes declara que Díaz ordenó la ejecución de Madero y del general Bassó. Narra los hechos en interesante carta. – Esta carta fue escrita a petición del general D. Joaquín Maass para rectificar a Félix Díaz.[2]

[2] *Excélsior*, 4 de junio de 1922, pp. 1 y 6; y también Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas II (México 1913-1914)*, p. 43. La noticia trascendió, y tanto Manuel Mondragón como Rodolfo Reyes y Félix Díaz se enteraron. Según Rodolfo Reyes, lo expuesto derivó en un debate entre Luis Fuentes y Mondragón, pero este último estaba muy enfermo en San Sebastián, y al parecer, quien intervino fue un hijo, del mismo nombre. Obviamente trató de deslindar a su padre de tales señalamientos, pero no hay pruebas suficientes. Ver el libro citado, página 41.

En la citada carta, Agustín Figueras y Agustín Fuentes afirmaron que, por órdenes de Aureliano Blanquet, le entregaron en la Ciudadela a él, a Manuel Mondragón, a Gustavo A. Madero para su virtual sacrificio. Entre paréntesis, en tales momentos, Mondragón estaba acompañado de Rodolfo Reyes, Félix Díaz y Joaquín Maass. Una vez que recibió a Gustavo A. Madero, Manuel Mondragón le preguntó a Félix qué hacer con él. El sobrino de Porfirio Díaz contestó: "Fusílenlo".[3] Cumplida la orden tajante, repitieron la mecánica con Adolfo Bassó. Como se infiere, Manuel Mondragón resultó demasiado incriminado. El 28 de septiembre de 1922, Manuel Mondragón falleció en San Sebastián. A raíz de su fallecimiento, Rodolfo le escribió una carta a Félix Díaz en la cual le transmitió el referido desenlace, afirmando que veinte días antes lo visitó en su casa, y lo vio tal mal, que consideró que su fin estaba próximo, y que no lo volvería a ver. En San Sebastián quedaba su viuda, su hijo mayor, y otro más. En caso necesario, ofreció ayudarlos.[4]

Rodolfo Reyes

Debido a que Rodolfo Reyes fue mencionado en el *affaire*, aceptó que ciertamente estuvo en la Ciudadela, pero sólo unos minutos. Observó cuando llevaron ahí a Gustavo A. Madero, y luego se alejó. Adujo que unas dos horas más tarde, se enteró de su fusilamiento, al igual que el de Adolfo Bassó. Por ende, nada tuvo que ver (Reyes, 1930: 54-55). Para librarse de una posible incriminación en el asesinato de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, sugirió fijar sus miras por otro lado. Dijo que, justo cuando redactaba el mandamiento procesal para justificar la detención de Francisco I. Madero, solicitado por el consejo de Ministros, "los sicarios de un ebrio [Huerta] lo asesinaban" (Reyes, 1930: 21-22). Repetimos: los asesinaban. Así mancharon a hombres,

[3] Carta de Luis Fuentes a Joaquín Maass, La Habana, 28 de octubre de 1920, en el libro de Rodolfo Reyes, *De mi vida. Memorias políticas II (México 1913-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1930, p. 45.

[4] Rodolfo Reyes a Félix Díaz, Bilbao, 14 de octubre de 1922, en el CEHM-CARSO, expediente DCXXI.7.631.1.

como él, que no sabían matar. Para limpiar del todo su imagen, lanzó un apotegma moralista: "nosotros fuimos unos rebeldes francos, no traicionamos a nadie, estábamos aún en el calor de la lucha y bajo las leyes de la guerra" (Reyes, 1930: 53). En otras ocasiones juraba y perjuraba que durante la Decena Trágica, tanto él como Félix Díaz, fueron "demasiado ingenuos; pero también demasiado honrados y decentes" (Reyes, 1930: 173).

El éxtasis

A propósito del fallecimiento de Mondragón, Rodolfo expresó que fue uno de los pilares en el montaje de la Decena Trágica. En forma textual le dijo a Félix Díaz: "Quedamos solos, querido Félix, de los cinco que dirigimos lo de 1913, preciso será poder hacer algo juntos".[5] No dio los nombres del resto de la quinteta golpista, pero se pueden inferir los nombres: Manuel Mondragón, Victoriano Huerta, Aureliano Blanquet, Bernardo Reyes, Gregorio Ruiz, Cecilio Ocón, sin faltar el embajador americano Henry Lane Wilson. Por ende, Rodolfo Reyes, Manuel Mondragón, Aureliano Blanquet, exiliados en España, estuvieron demasiados involucrados en la Decena Trágica, y de alguna forma, en los asesinatos registrados.

Rodolfo Reyes se quedó a vivir en España, y en 1948 publicó otro libro llamado *De mi vida III. La Bi revolución española,* en el cual hizo una radiografía de la guerra civil española, pero de México, casi no quiso hablar. Entre otras cosas, mencionó que en 1936 vivía en el edificio de la embajada mexicana en Madrid, y que fungía como abogado de tres embajadas y cuatro legaciones extranjeras (Reyes, 1948: 473 y 476). Resulta difícil de precisar si en los años siguientes comulgó con el franquismo. Lo que sí es claro, es que pudo ejercer su profesión de abogado sin ser molestado. Gran número de republicanos se refugiaron en México, pero él no tuvo necesidad de regresar a

[5] Rodolfo Reyes a Félix Díaz, Bilbao, 14 de octubre de 1922, en el CEHM-CARSO, expediente DCXXI.7.631.1.

México. Rodolfo Reyes, cuyo apellido materno era Ochoa, murió en junio de 1954, a los 76 años. Vivió 40 años en España. Fue quizás el mexicano que más largo tiempo vivió en el exilio. El diario *ABC* de Madrid hizo una reseña aludiendo a su calidad de ministro de Justicia en México, y catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de México. Vivía en España desde la primera guerra europea, y tenía el orgullo de considerarse un español más. Calificado como ilustre hispanista, poseía la Gran Cruz de Isabel la Católica, y otras condecoraciones otorgadas por el gobierno español. Un gobierno presidido por el general Francisco Franco. Su entierro tuvo lugar el 4 de junio, en Madrid.[6]

Félix Díaz

Félix Díaz conoció también el libro de Calixto Maldonado y el señalamiento de Joaquín Maass y Luis Fuentes, alusivo a que ordenó el asesinato de Gustavo A. Madero, y solapó o también autorizó el de Adolfo Bassó, sin descartar una posible injerencia en los asesinatos de Francisco I. Madero y de José María Pino Suárez. Como era previsible, del primero, se deslindó en forma un tanto peculiar. Expresó que el 18 de febrero, fecha del asesinato de Gustavo A. Madero, estuvo enfermo de cuidado por haber comido "una lata descompuesta, que le provocó una severa intoxicación". Estando en cama, "oyó un alboroto en uno de los patios de la Ciudadela, y poco después Ocón le comunicó que fuerzas de Huerta acababan de matar a Gustavo A. Madero y a Adolfo Bassó". Fuerzas que no estaban apoltronadas en la Ciudadela. Eran las suyas. Las de Félix. Para dar coherencia a su argumentación, dijo que todo fue la resultante de la perversidad de Huerta, quien utilizó a Joaquín Maass, jefe de su Estado Mayor, para introducir sus fuerzas en la Ciudadela, y asesinar a Gustavo A. Madero. Todo para dañar su reputación (Liceaga, 1958: 211).

[6] "Ha fallecido en Madrid don Rodolfo Reyes", en *ABC*, Madrid, 5 de junio de 1954, p. 20.

Sobre los asesinatos de Francisco I. Madero y Pino Suárez, su versión también es fantástica. Afirma que Huerta aprehendió a Madero y a Pino Suárez, sin su consentimiento, razón por la cual le exigió una explicación. Además de Huerta, llamó a Mondragón. Por cierto, la reunión se verificó en las oficinas de la secretaría de Gobernación (Liceaga, 1958: 213). Sin saberse cuáles fueron las explicaciones que le dieron, Félix adujo que nada supo de lo sucedido. Nada absolutamente nada. Entre otras cosas, afirmó que no estuvo en la reunión del consejo de Ministros, en la que se analizó la situación de Madero y Pino Suárez, ya fuera juzgarlos, sacarlos del país, o bien asesinarlos. Fue hasta la medianoche del 22 de febrero que se enteró de la muerte de Madero y Pino Suárez, lo cual le produjo manifiesta indignación (Liceaga, 1958: 239). A continuación repartió culpas. Desde su punto de vista, los culpables indirectos fueron el ministro de Cuba en México, Manuel Márquez Sterling, el general José Refugio Velasco, y naturalmente Huerta, un personaje siniestro, que arrojó la culpa de los asesinatos sobre sus propios ministros, y peor aún, sobre los felicistas, para "hacerlos aparecer como cómplices, para desprestigiar a los defensores de los principios del orden y del respeto al derecho ajeno" (Liceaga, 1958: 241-242).

A continuación, Félix Díaz se lanzó contra Huerta y Mondragón, dos piezas clave en la Decena Trágica. Aun muertos, los masacró. A su juicio, Huerta fue un tipo malévolo, cuyas virtudes eran el crimen y la violencia. Para acabar con los grupos levantados en armas en distintas partes del país, montó una campaña sangrienta:

> Los sentimientos perversos que durante tanto tiempo había reprimido Huerta se desarrollaron en forma impetuosa; destruyó los frenos sociales y morales, dio libre paso a sus pasiones desenfrenadas, y como su conducta se hacía más odiosa por su virulencia y maldad, el general Mondragón, pensó llegado el momento de realizar su compromiso contraído en la conjura de la Academia Metropolitana.

De qué conjura se hablaba: de asesinarlo. Una idea sugerida por Manuel Mondragón. Sus cómplices: Guillermo Rubio Navarrete, Fernando

Pimentel y Fagoaga, Luis Fernández Castelló, Agustín del Río y Cecilio Ocón. La mano ejecutora: el mismo Manuel Mondragón. A resultas de ello, acompañado de Cecilio Ocón, Mondragón se dirigió al domicilio de Félix Díaz para pedir su autorización. De buenas a primeras le espetó: "General, la actitud de Huerta es insoportable, y no hay más que matarlo". Cecilio Ocón intervino y dijo: "Y lo mato". "Solo esperamos el asentimiento de usted". En forma sorprendente, Félix les contestó:

> Señores, yo no puedo autorizar la muerte de Huerta, como tampoco autoricé la de los señores Madero y Pino Suárez; yo no permito ni deseo que por mí sea derramada una gota de sangre; si para llegar a la Presidencia, es menester seguir derramando más sangre, yo renunció definitivamente a ella (Liceaga, 1958: 298-299).

La pregunta es: por qué a él tenían que pedirle su autorización.

Fuentes de investigación

Sin duda que el mejor libro sobre Victoriano Huerta es el de Michael C. Meyer, *Huerta. Un retrato político*, publicado originalmente en inglés en 1972, y en español en 1983. Jamás ha sido reeditado. Otro libro del mismo autor, *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la revolución*, publicado en 1984 en español, agrega más elementos para conocer el huertismo. De las *Memorias de Victoriano Huerta*, catalogadas como apócrifas, no vale la pena hablar, aunque Toribio Esquivel Obregón afirma que el libro refleja la psicología exacta de Huerta, que se trata de un documento humano, y da la impresión de que al leerlo se le estaba escuchando. Pero los libros mencionados casi nada revelan sobre su exilio y el de sus correligionarios.

Existen cuatro libros que tocan en forma tangencial el exilio de los mexicanos en España durante la revolución de 1910. Sin duda que el principal y más completo es el de Óscar Flores llamado *El gobierno de su majestad Alfonso XIII ante la revolución mexicana* publicado en el año 2001; el segundo es la compilación llevada a cabo por Carlos Illades que tiene por título *México y España durante la revolución mexicana*, publicado en 1985. El autor reúne una serie de documentos existentes en el Acervo Histórico Diplomático Genaro Estrada de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Un tercer libro es de Lorenzo Meyer, *El cactus y el olivo: las relaciones de México y España en el siglo XX*. Después existe un libro con dos títulos distintos. Nos referimos al de José Fuentes

Mares que publicó en Madrid en 1975 con el título de *Historia de un conflicto: México-España (El tesoro del Vita)*. Pasados nueve años, el libro fue editado en México con el título *Historia de dos orgullos* por la editorial Océano. En lo personal, en 2002 publiqué el libro *La reacción mexicana y su exilio durante la revolución de 1910,* que pinta un cuadro general del exilio del personal político, porfirista, felicista, huertista, y aun carrancista en los Estados Unidos, Cuba, Guatemala, y en menor medida a Francia y España. Un libro más es el de Javier Garciadiego y Emilio Kouri, *Revolución y exilio en la historia de México: del amor del historiador a su patria adoptiva. Homenaje a Friedrich Katz,* publicado en el año 2010. Otros libros publicados sobre México y España para los años referidos y que tocan el exilio de Huerta y compañía, son los del Capitán von Rintelen, llamado *El oscuro invasor*, y el de Barbara W. Tuchman, *El telegrama Zimmermann*, publicado en España.

Existen tres excelentes artículos de investigación sobre el tema, uno de ellos es el de George Rausch, Jr., "The exile and death of Victoriano Huerta", aparecido en la revista *The Hispanic American Historical Review;* el de Michael C. Meyer, "The Mexican-German Conspiracy of 1915", en *The Americas*, y el de Gabriel Rosenzweig, "Los diplomáticos mexicanos durante la revolución: entre el desempleo y el exilio", aparecido en la revista *Historia Mexicana* en 2012. En España han aparecido varios artículos en revistas especializadas con la salvedad de que se centran en los estragos causados por los grupos revolucionarios sobre los bienes y propiedades de los españoles en México, incluidas las personas mismas. Casi nunca aluden a los mexicanos que llegaron a la madre patria huyendo de las fuerzas constitucionalistas.

La investigación tiene como soporte fundamental la información disponible en el Archivo Histórico "Genaro Estrada" de la Secretaría de Relaciones Exteriores, *Serie Embamex España*. Edgar Andrade Jasso y Pablo Castillo Reyes han elaborado el catálogo *Relaciones consulares y diplomáticas México-España Siglo XX* que, si bien no es exhaustivo, tiene la virtud de orientar al investigador para obtener la información buscada.

El Archivo Histórico Nacional de Madrid, ubicado en la calle de Serrano 115, alberga, entre otros muchos fondos, media docena de legajos voluminosos que cubre los años 1913 hasta 1921, agrupado bajo el título de *Exteriores II A: Política México*. No existe un catálogo que permita hurgar con celeridad la información deseada, pero con cierta paciencia se obtiene el resultado anhelado. El grueso de la información revela las protestas del gobierno español y de sus ministros en México por los destrozos cometidos por las fuerzas revolucionarias en los bienes y propiedades de los españoles. Existen listados y más listados sobre los propietarios afectados, el año, el tipo de propiedades y su nombre, de tal forma que es posible tener un cuadro casi exacto de lo sucedido. Además de ello, el Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares contiene toda la documentación de la Comisión Hispano-Mexicana de Reclamaciones.

El Centro de Estudios de Historia de México Carso, particularmente el Fondo Carranza, permite consultar en línea la información anhelada, sin problema alguno, lo cual no resulta así con el Archivo Histórico Isidro Fabela. La tónica oficial de solicitar los documentos por vía electrónica no da resultado. Todo se queda en la petición en línea y el silencio como respuesta.

Para obtener parte de la información que más interesaba fue necesario acudir a la Biblioteca de Catalunya, donde existe *El Día Gráfico. Diario de la mañana,* microfilmado, y el *Diario de Barcelona* en papel, que permiten detectar el núcleo huertista en esta ciudad. Además de lo expuesto, se extrajo información de más de una docena de diarios españoles, dos cubanos, y una revista editada en San Antonio, Texas. Cabe señalar que la trayectoria que siguió Victoriano Huerta en España fue reportada precisamente por los diarios españoles, y nunca o casi nunca, por la prensa mexicana. La prensa mexicana resulta prolija para detectar la salida de la ciudad de México de Huerta y de sus seguidores, así como su embarque hacia el Viejo Mundo, y después, todo fue silencio.

Archivos

AHN-MADRID: Archivo Histórico Nacional, Madrid. Ahí se consultaron los siguientes fondos:
En el Fondo Exteriores H, se consultaron los siguientes legajos:
Política México: legajo 1913-1914
Política México: legajo 1914
Política México: legajo 1914-1915
Política México: legajo 1915-1916
Política México: legajo 1916-1917
Política México: legajo 1918-1921
AHDGE/SRE Acervo Histórico Diplomático Genaro Estrada, Secretaría de Relaciones Exteriores.
Archivo Histórico Isidro Fabela.
Archivo Senado de la República - Ratificación en el senado de la República: 26-410-0038.
Centro de Estudios de Historia de México Carso.
Capitanía de Puerto, *Registro de Entrada de pasajeros, La Habana*, en el Archivo Nacional de La Habana, Cuba.

Diarios extranjeros

ABC, Madrid
El Cantábrico, Santander
El Correo de Asturias, Asturias
El Día Gráfico, Barcelona
El Mundo, Madrid
Diario de Barcelona, Barcelona
Diario de Córdoba, Córdoba
Diario de la Marina, Cuba
Diario de las sesiones de las Cortes. Congreso de los diputados, España
El Liberal, Sevilla
Heraldo de Cuba, Cuba
La Atalaya, Santander
La Campana de Gracia, Barcelona
La Correspondencia de España, Madrid
La Opinión, Los Ángeles, California
La Vanguardia, Barcelona
New York World, Nueva York
Revista Mexicana, San Antonio, Texas

The New York Times, Nueva York
Tribuna Artística, Barcelona

Diarios nacionales

El Demócrata
El Imparcial
El Independiente
El Liberal
El Mexicano
El País
El Pueblo
El Radical
Excélsior
Gil Blas
La Jornada Semanal
Revista de Revistas
The Mexican Herald

Diarios oficiales

Diario de los debates de la cámara de diputados
Diario Oficial de los Estados Unidos Mexicanos
El Constitucionalista
Periódico Oficial del gobierno constitucionalista del Estado de Puebla

Catálogo

Andrade Jasso, Edgar, y CASTILLO REYES, Pablo (1989). *Relaciones consulares y diplomáticas México - España Siglo XX,* México: Archivo Histórico Diplomático Mexicano "Genaro Estrada", 418 páginas.

Referencias

Libros

Alessio Robles, Vito (1979). *La convención revolucionara de Aguascalientes*. Ediciones Conmemorativas LXXV Aniversario Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

Almada, Francisco R. (1964). *La revolución en el estado de Chihuahua*. Tomo II: *(1913-1921)*. Serie Biblioteca del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, 35. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

Blanes, A., E. Gil, y J. Pérez (1996). *Población y actividad en España: evolución y perspectivas*. Colección Estudios e Informes, 5. Barcelona: La CAIXA, Caja de Ahorros y Pensiones de Barcelona.

Camberos Vizcaíno, Vicente (1966). *Francisco el Grande, Mons. Francisco Orozco y Jiménez. Biografía*. Tomo I. México: Editorial Jus.

Carballo, Emmanuel (1986). *Protagonistas de la literatura mexicana*. Segunda Serie, Lecturas Mexicanas, 48. México: Ediciones del Ermitaño-Secretaría de Educación Pública.

Castro Leal, Antonio (1970). *Díaz Mirón, su vida y su obra*. México: Editorial Porrúa.

Colección de las efemérides publicadas en el calendario del más antiguo Galván. Desde su fundación hasta el 30 de junio de 1959 (1950). México: Antigua Librería de Murguía.

Collado, María del Carmen (1987). *La burguesía mexicana. El emporio Braniff y su participación política 1865-1920*. México: Siglo XXI Editores.

Correa, Eduardo J. (1991). *El Partido Católico Nacional y sus detractores; explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades*. México: Fondo de Cultura Económica.

Creel, Enrique (1998). *El color del cristal de una época de la ciudad de México*. México: Diana.

Cumberlando, Charles Curtis (1983). *La revolución mexicana. Los años constitucionalistas*. Obras de Historia. México: Fondo de Cultura Económica.

Curiel, Fernando (1999). *La revuelta: interpretación del Ateneo de la Juventud, 1906-1929*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas-Centro de Estudios Literarios.

De cómo vino Huerta y cómo se fue (1975). México: El Caballito.

Díaz, Luis Miguel, y Jaime G. Martini (1977). *Relaciones diplomáticas México-España (1821-1977)*. México: Editorial Porrúa.

Doblado, Manuel (1913). *México para los mexicanos: el presidente Huerta y su gobierno. Documentos para la historia de la tercera independencia mexicana, reunidos y publicados por Manuel Doblado*. México: Imprenta de Antonio Enríquez.

Esquivel Obregón, Toribio (2005). *Desde el exilio. Correspondencia de Toribio Esquivel Obregón, 1914-1924*. Estudio introductorio y selección de Mónica Blanco. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana.

Fabela, Isidro (1960). *Documentos históricos de la revolución mexicana. Revolución y régimen constitucionalista*. Tomo I. Vida y Pensamiento de México. México: Fondo de Cultura Económica.

Fabela, Isidro (1962). *Documentos históricos de la Revolución mexicana. Revolución y régimen constitucionalista*. III: *Carranza, Wilson y el ABC*. Vida y Pensamiento de México. México: Fondo de Cultura Económica.

Fabela, Isidro (1969). *Documentos históricos de la revolución mexicana XVI*. Tomo XVI. Vol. 4, tomo 1. México: Editorial Jus.

Flores Torres, Óscar (2001). *El gobierno de su majestad Alfonso XIII ante la revolución mexicana: oligarquía española y contrarrevolución en México, 1909-1920*. México: Senado de la República-Universidad de Monterrey.

Fuentes Mares, José (1975). *Historia de un conflicto: México-España (El tesoro del Vita)*. Madrid: CVS Ediciones.

Fuentes Mares, José (1984). *Historia de dos orgullos*. México: Editorial Océano.

Gamboa, Federico (1995). *Mi diario VI: 1912-1919. Mucho de mi vida y algo de la de otros*. Memorias Mexicanas. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

García Naranjo, Nemesio (s. f.). *Memorias de Nemesio García Naranjo*. Tomo VII: *Mis andanzas con el general Huerta*. Monterrey, Nuevo León: El Porvenir.

García Naranjo, Nemesio (1962). *Memorias de Nemesio García Naranjo. Nueve años de destierro*. Tomo VIII. Monterrey, Nuevo León: El Porvenir.

Garciadiego, Javier, y Emilio Kouri (2010). *Revolución y exilio en la historia de México: del amor del historiador a su patria adoptiva. Homenaje a Friedrich Katz*. México: El Colegio de México.

Gayón, Roberto (1918). *El general Blanquet*. Nueva York: s. e.

Gómez, Marte R. (1978). *Vida política contemporánea. Cartas de Marte R. Gómez*. Vol. 1. Historia. México: Fondo de Cultura Económica.

Gómez Robelo, Ricardo, y Carlos Díaz Dufoo Jr. (1981). *Obras*. Serie Letras Mexicanas. México: Fondo de Cultura Económica.

González-Blanco, Pedro (1916a). *De Porfirio Díaz a Carranza. Conferencias dadas en el Ateneo de Madrid en los meses de marzo y abril de 1916*. Madrid:

Helénica. Existe una segunda edición facsimilar publicada en 1980 por el Consejo Editorial del Gobierno de Tabasco.
González-Blanco, Edmundo (1914b). *Carranza y la revolución de México*. Valencia: Prometeo Sociedad Editora.
González-Blanco, Edmundo (1916c). *Carranza y la revolución de México*. Madrid: Imprenta Helénica.
González Navarro, Moisés (1994). *Los extranjeros en México y los mexicanos en el extranjero 1821-1970*. Vol. III. México: El Colegio de México.
Huerta, Victoriano (1957). *Memorias de Victoriano Huerta*. México: Vértice.
Illades, Carlos (1985). *México y España durante la revolución mexicana,* 21. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
Katz, Friedrich (1982). *La guerra secreta en México. La revolución mexicana y la tormenta de la primera guerra mundial*. México: Editorial Era.
Liceaga, Luis (1958). *Félix Díaz*. México: Editorial Jus.
Macedo, Pablo (1989). *La evolución mercantil. Comunicaciones y obras públicas. La hacienda pública. Tres monografías que dan idea de una parte de la evolución económica de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Economía.
MacGregor, Josefina (1992). *México y España: del Porfiriato a la Revolución*. Colección Sociedad. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana/Secretaría de Gobernación.
Maldonado, Calixto R. (1922). *Los asesinatos de los señores Madero y Pino Suárez como ocurrieron. Recopilación de datos históricos*. México: Agrupación Pro-Madero.
Malvido, Adriana (1999). *Nahui Olín, la mujer del sol*. México: Edivisión, Compañía Editorial.
Maria y Campos, Armando de (1996). *El teatro de género chico en la Revolución Mexicana*. México: Cien de México/Consejo Nacional para la Cultura y la Artes.
Meléndez, José T. (1987). *Historia de la revolución mexicana*, Tomos I y II. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
Mellado, Guillermo (1914). *Crímenes del huertismo*. México: sin editorial.
México en el siglo XX. Primera serie 1909-10. Sus progresos, sus hombres, su industria, su comercio, su agricultura, sus instituciones de crédito y su vida pública y social. Ann Arbor, Michigan: University of Michigan-Library Repository, sin año.
Meyer, Lorenzo (2001). *El cactus y el olivo: las relaciones de México y España en el siglo XX*. México: Océano.
Meyer, Michael C. (1983). *Huerta. Un retrato político*. México: Domés.

Meyer, Michael C. (1984). *El rebelde del norte. Pascual Orozco y la revolución*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas.
Moheno, Querido (1922). *Sobre el ara sangrienta*. México: Andrés Botas e hijo.
O'Shaughnessy, Edith Coues (2005). *La esposa de un diplomático en México*. México: Editorial Océano de México.
Padilla, Guillermo Ernesto (1987). *El maestro de Gaona*. México: Compañía Editorial Impresora y Distribuidora.
Perea, Héctor (1996). *La rueda del tiempo: mexicanos en España*. México: Editorial Cal y Arena.
Prida, Ramón (1958). *De la dictadura a la anarquía: apuntes para la historia política de México durante los últimos cuarenta y tres años*. México: Ediciones Botas.
Procacci, Giuliano (2005). *Historia general del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
Ramírez Rancaño, Mario (2002). *La reacción mexicana y su exilio durante la revolución de 1910*. México: Instituto de Investigaciones Sociales-Instituto de Investigaciones Históricas-Miguel Ángel Porrúa.
Ramos, Miguel S. (1960). *Un soldado, Gral. José Refugio Velasco*. México: Ediciones Oasis.
Reyes, Alfonso (1937). *Las vísperas de España*. Buenos Aires: Sur.
Reyes, Alfonso (1941). *Pasado inmediato y otros ensayos*. México: El Colegio de México.
Reyes, Rodolfo (1930). *De mi vida. Memorias políticas*. II: *México 1913-1914*. Madrid: Espasa Calpe.
Reyes, Rodolfo (1948). *De mi vida*. III: *La Bi-revolución española*. México: Editorial Jus.
Rintelen, Franz von (1942). *El oscuro invasor*. México: Quetzal.
Sánchez Lamego, Miguel A. (1952). *Generales e ingenieros del ejército mexicano 1821-1914*. México: sin editorial.
Sax, Antimaco (1916). *Los mexicanos en el destierro*. San Antonio, Texas: International Printing Co.
Tablada, José Juan (1910). *Madero-Chantecler*. México: Compañía Aserradora de Maderos, S. A.
Tablada, Juan José (1913). *La defensa social: historia de la campaña de la División del Norte*. México: Imprenta del Gobierno Federal.
Tablada, José Juan (1992). *Obras*. IV: *Diario (1900-1944)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Filológicas.
Taracena, Alfonso (1977). *La vida en México bajo Ávila Camacho*. Tomo segundo y último. México: Editorial Jus.
Taracena, Alfonso (1992). *La verdadera revolución mexicana, 1922-1924*. 2a. ed. México: Editorial Porrúa.

Tello Díaz, Carlos (1993). *El exilio. Un relato de familia*. México: Editorial Cal y Arena.
Tuchman, Barbara W. (2010). *El telegrama Zimmermann*. Barcelona: RBA.
Urquizo, Francisco Luis (1961). *Madrid en los años veinte*. México: Costa-Amic, Edit.
Valadéz, José C. (2007a). *La revolución y los revolucionarios*. Tomo I, Parte Dos: *Las rupturas en el constitucionalismo*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
Valadés, José C. (2007b). *La revolución y los revolucionarios*. Tomo II, Parte Uno: *La revolución constitucionalista*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
Valverde Téllez, Emeterio (1949). *Bio-bibliografía eclesiástica mexicana, 1821-1943*. Tomo II. México: Editorial Jus.
Yankelevich, Pablo (1997). *Miradas australes: propaganda, cabildeo y proyección de la revolución mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
Womack Jr., John (1985). *Zapata y la revolución mexicana*. México: Siglo XXI Editores.

Capítulos de libro

Castillo, Rafael (1980). "Estudio preliminar". En *Obras,* de Francisco A. de Icaza. Serie Letras Mexicanas. México: Fondo de Cultura Económica.
Chico y Pardo, María Elena (1992). "Francisco León de la Barra". En *Cancilleres de México 1910-1988*. Tomo II. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
Gamboa, Leticia (2010). "Marcelino García Presno". En *200 emprendedores mexicanos. La construcción de una nación*, de Leonor Ludlow. Vol. 1. México: LID Editorial Mexicana.
Gamboa, Leticia (2019). "Manuel Rivero Collada". En *200 emprendedores mexicanos. La construcción de una nación*, de Leonor Ludlow. Vol. 1. México: LID Editorial Mexicana.
Garciadiego, Javier (1998). "Alfonso Reyes: cosmopolitismo diplomático y universalismo literario". En *Escritores de la diplomacia mexicana*. Tomo I. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
Huerta, David (2000). "Francisco A. de Icaza. Daguerrotipo de un profesor de melancolía". En *Escritores en la diplomacia mexicana*. Tomo II. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
Pi-Suñer Llorens, Antonia (2002). "Victoriano Salado Álvarez o la añoranza del tiempo viejo". En *Escritores de la diplomacia mexicana*. Tomo III. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.

Rendón Garcini, Ricardo (1984). "La revolución armada vista por el administrador de dos haciendas tlaxcaltecas (1910-1920)". En *Haciendas in Central Mexico from Late Colonial Times to the Revolution,* compilado por R. Buve, 273-306. Ámsterdam: CEDLA.

Artículos

Malvido, Adriana (1992). "Nahui Olín, una vida". *La Jornada Semanal*, 2 (marzo): 19-20.

Meyer, Michael C. (1966). "The Mexican-German Conspiracy of 1915". *The Americas* 23, núm. 1 (julio): 76-89.

Rausch Jr., George J. (1962). "The exile and death of Victoriano Huerta". *The Hispanic American Historical Review* 42, núm. 2 (mayo): 133-151.

Rojas Garcidueñas, José (1968). "Don Victoriano Salado Álvarez como diplomático". *Historia Mexicana* 17, núm. 4 (abril-junio): 569-586. El Colegio de México.

Rosenzweig, Gabriel (2012). "Los diplomáticos mexicanos durante la revolución: entre el desempleo y el exilio". *Historia Mexicana* 61, núm. 4 (abril-junio): 1461-1523. El Colegio de México.

Sevilla Soler, Rosario (2001). "La prensa y las difíciles relaciones hispano-mexicanas: 1910-1917". *Comunicación, Historia y Sociedad: Homenaje a Alfonso Braojos:* 597-612. Universidad de Sevilla.

Sevilla Soler, Rosario (2006). "España y los revolucionarios mexicanos en la prensa andaluza: una visión condicionada". En *Insurgencia y republicanismo,* coordinado por Jesús Raúl Navarro García, 297-337. Madrid: Ministerio de Educación y Ciencia-Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Victoriano Huerta y sus correligionarios en España: 1914-1920,
editado por el Instituto de Investigaciones Sociales
y el Instituto de Investigaciones Históricas
de la Universidad Nacional Autónoma de México,
se terminó de imprimir en septiembre de 2020, en los talleres
de Gráfica Premier, S.A de C.V., calle 5 de febrero núm. 2309,
Col. San Jerónimo, C.P. 52170, Chicahualco, Metepec, Estado de México.
La composición tipográfica se hizo en fuente
TheSerif (10.5/15, 9.5/15 pts.) y TheSans (11/15, 8.5/11 pts.).
La edición en offset consta de 500 ejemplares
en papel bond ahuesado de 90 gramos.

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales